



Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos

Pensarse intelectual.

***Reflexiones de intelectuales latinoamericanos
sobre su quehacer desde dos revistas, Casa de
las Américas y Punto de Vista (1981-1990)***

*Tesis que para optar por el grado de doctora en Estudios Latinoamericanos
presenta*

Alejandra González Bazúa

Tutora: Regina Aída Crespo

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC)

México, D. F. , marzo de 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para la abue Isabel, por enseñarme a preguntar.

***Para Víctor Bazúa, al que siempre le apasionaron las preguntas y
respuestas.***

***Para las Bases de Apoyo Zapatistas, por enseñarme que a distinguir entre
el ¿cómo se hace? y el ¿qué es?***

Agradecimientos

Andrea, detrás de estas líneas está mi percepción de tu mirada, ojalá un día puedas reconocerla. Tú también me has enseñado a preguntar.

Emiliano, gracias por la paciencia, tu vitalidad fue imprescindible para darle otros sentidos a esta “tesis” que se volvió todo un tema en nuestra cotidianidad.

Emilio, gracias infinitas. Has sido un cariñoso compañero de viaje en esta aventura. Sabrás siempre reconocer tus huellas en estas líneas.

Mamá y abue, ustedes son pilares fundamentales en los andamios que sostienen la narración de estas historias, gracias.

Lili, gracias, siempre gracias.

Ana, eres un espejo que atesoro, te quiero, amiga del alma.

Arturo, “ya tú sabes, caballero”.

Ángeles, este agradecimiento va por los ayeres y los porvenires, te quiero y admiro.

Regina, gracias por la paciencia, las enseñanzas, alientos, correcciones. Todo eso hizo posible que llegara el punto final que es más bien suspensivo.

Mónica, va este agradecimiento presente que se extenderá al futuro.

Erandi, te agradezco por adelantado.

Marina, en esta historia hay algo de ti.

Daniel, aquí estás.

Horacio, Andrés y Lucio. Gracias por incitarme a pensar y repensar lo escrito.

Familia ampliada y amigos, los abrazo en este inicio de agradecimientos que, paradójicamente, es un final.

A [Nosotr@s](#), a nadie, a los más pequeños, a los sin rostro, a los que me han enseñado a resguardar celosamente la flor de la palabra.

Índice

Introducción	7
Capítulo I	
Objetivar la fuerza inmanente.	13
Revistas e intelectuales en una época de quiebre	13
1. Las palabras	13
2. Revisteros	20
3. América Latina en los bordes	28
4. Rupturas después del 59	32
5. Argentina en los ochenta, una breve perspectiva	40
Capítulo II	
La revista como artificio.	
Hechura de <i>Casa de las Américas</i> y <i>Punto de Vista</i>	50
1. Los nacimientos	50
1.1. Una casa para las Américas	50
1.2. Tener un punto de vista	54
3. (Re) vistas y (entre) vistas	57
3.1. Artífices de <i>Casa de las Américas</i>	58
Roberto Fernández Retamar	58
Arturo Arango, Esther Pérez y Fernando Martínez Heredia	62
Ambrosio Fornet: pensar las contradicciones	77
3.2. Artífices de <i>Punto de Vista</i>	79
Beatriz Sarlo	79
Carlos Altamirano	86
María Teresa Gramuglio	91
Hilda Sábato	94
4. <i>Empalmes contrastados.</i>	
<i>Un vistazo paralelo a Casa de las Américas y Punto de Vista</i>	99
<i>Empalmes</i>	100
Capítulo III	
La Casa de los mil colores	122

1. Encuentros de intelectuales	122
2. Presencia de Haydée	136
3. De revisitas y revistas. <i>Calibán</i> revisitado en 1986	139
4. En los márgenes de la unanimidad	144
5. “Literaturiza la revista”	157

Capítulo IV.

El derecho al punto de vista	172
1. Desembalar un orden propio	172
2. Textos colectivos	175
3. La fuente del deseo	185
4. El riesgo de que la inquietud se estanque	192
5. Derecho de réplica	198
6. Intelectuales en transición	200
7. El derecho al recuerdo	218
8. <i>Sur</i>, un espejo y no	222
9. Ser lección, no paradigma	277

Capítulo V.

Significar los fragmentos	235
1. Un número para Cortázar	236
2. Un número para Haydée	249
3. Punto de Vista en las marquesinas	255
4. La utopía de cabeza, número 42	263
5. Políticas gráficas, políticas estéticas	269

A manera de conclusión. Reflexiones finales	271
1. Las coordenadas	271
2. (Im)pensarse intelectual	277
3. Tiempo y espacio	280

Introducción

El pensamiento es entonces para mí, en esos casos, como el mástil que sobresale de las aguas al que el náufrago se aferra, no sólo para sobrevivir, sino también para pedir ayuda, agitando sus brazos en la inmensidad del mar, con la esperanza de que alguien pueda venir a socorrerlo.

Respiración artificial, Ricardo Piglia

Con esto quiero decir que una persona, para lograr que “lo que (cree que) sabe” y “lo que no sabe” coexistan en paz, necesita una hábil estrategia — ¡sí, lo has adivinado!— consiste en pensar. En otras palabras, en mantenerse firme sujeto a algo. De otro modo, no lo dudes, emprenderás un estúpido e irremediable “rumbo al desastre”.
Sputnik, mi amor, Haruky Murakami.

Un error judicial que acusaba al capitán del ejército francés Alfred Dreyfus de haber entregado a los alemanes documentos secretos desató una polémica acalorada que tendría como una de sus consecuencias la intervención de Émile Zola con la célebre misiva dirigida al presidente de la República, la cual iniciaba con el lema “Yo acuso”. El documento sería publicado en enero de 1898 en el periódico *L'Aurore*. Ese acto fue la constatación de una serie de transformaciones en las formas de intervención en el espacio público de los “hombres de pensamiento”. Aquel caso evidenció un proceso en que los “intelectuales” defenderían su relativa autonomía respecto a las formas anteriores de vinculación con el Estado y sus instituciones. El término también cumplía la función social de construir una especie de “credencial” que dotaba a su portador del derecho de intervenir en debates y la obligación moral de defender ciertos valores éticos. Cabe decir que en sus orígenes no fue un concepto positivo, en el contexto del caso Dreyfus se utilizó para denostar a aquellos que se rebelaban en contra del orden proclamado desde el poder.

¿Cómo repensar el caso Dreyfus cuando más de un siglo después se siguen firmando cartas y manifiestos de intelectuales en pos de una diversidad de causas? ¿Los intelectuales están cumpliendo la misma función social que cumplieron aquellos pensadores defensores de Dreyfus? ¿Qué sustenta éticamente al trabajo intelectual en la actualidad? ¿Cómo definir el trabajo intelectual en este contexto mundial de transformación de la división social del trabajo? ¿Cómo hablar de “intelectuales” cuando este concepto es cada vez más lejano y ajeno en el vocabulario y la práctica de la juventud? ¿Cómo

caracterizar las definiciones de un concepto que es valorado negativa o positivamente según las particulares experiencias históricas?

Las siguientes reflexiones tienen el objetivo no de distinguir nítidamente los debates entre concepciones diferentes sobre lo que es o no es un intelectual; más bien son vistas rápidas que pretenden constatar la idea de movimiento e hilación en las elaboraciones teóricas del concepto y sobre todo en su práctica y en sus engarces con la política. Se trata no de hacer el trabajo (necesario e indispensable también) del detective que busca en el detalle, sino del fotógrafo de cine cuyas imágenes, al ser proyectadas en relación con otras, generan en el espectador la sensación de cambio, movimiento, transformación, continuidad.

El cuestionamiento fundamental que cruza estas líneas busca, en las reflexiones que algunos intelectuales latinoamericanos realizaron sobre su propio quehacer, claves para pensar un presente que en ocasiones se revela como desesperanzador, desmemoriado y ausente de una crítica radical a sus formas de construcción y transmisión del conocimiento.

Pero no sólo se busca indagar sobre las ideas: es fundamental la pregunta por la forma material desde la que ellas fueron enunciadas. El concepto de intelectual, desde sus orígenes, no podría entenderse sin la forma de *revista* como uno de los medios ejemplares de su inserción en el espacio público. En ese sentido, interesará no sólo qué pensaban, sino desde dónde y cómo.

A lo largo de la investigación fueron emergiendo cabos que atan el presente con diversidad de tiempos contenidos en el pasado. En la vorágine neoliberal la idea de cambio constante, incesante, convierte todo en pasado. El mercado se reproduce en formas culturales que invisibilizan o refuncionalizan los tiempos largos de la historia en pos del mercado, del consumo. Así, será importante entender que el núcleo central del cuestionamiento sobre el intelectual latinoamericano en una época bisagra en la que se gestó una nueva etapa del capitalismo, contendrá la paradoja de buscar los cambios, las distinciones entre dos momentos, pero también los hilos largos y fuertes que sustentan culturalmente nuestras prácticas y modos de pensar. Si algo se ha revelado como una constante a lo largo de la investigación es que nos parecemos más a nuestros padres y abuelos de lo que creemos.

La revista cubana *Casa de las Américas* y la argentina *Punto de Vista* tuvieron poco o nada que ver directamente durante la década de los ochenta, años en los que se empezaba a ver con claridad un viraje en las políticas económicas y culturales a nivel mundial. No fueron revistas que mantuvieran sólidos lazos intelectuales o políticos. Desde su nacimiento, la primera ha formado parte del entramado de las instituciones culturales surgidas con la Revolución cubana. La segunda nació en medio de la dictadura y mantuvo, durante toda su existencia, pocos o nulos vínculos con instituciones del Estado. Una buscaba llegar a un público continental y ser un medio de encuentro entre las rebeldías continentales. Otra buscó a un público metropolitano, especializado. En la revista cubana participó un número copioso de personalidades de América Latina, principalmente, pero también de otras latitudes; la revista argentina fue hecha por un número muy acotado de intelectuales.

Las diferencias entre una y otra forman una ancha zanja. Sin embargo lo que las ha unido en este trabajo es el momento presente. En ambas se encuentran recaudos de reflexión sobre el quehacer intelectual que contienen una gran potencia para el presente y el futuro. Es claro que hay un sentir colectivo en el que se enuncia que algo de la cultura se está transformando cuando las primeras planas de los diarios anuncian la muerte de los que fueron los grandes pensadores del siglo XX; ¿quién de nosotros escribirá *El Facundo*? se pregunta en su título el autor de uno de los más recientes y completos análisis sobre la cultura argentina de los setenta y ochenta;¹ ¿quién de nosotros responderá a *Calibán* con la misma lucidez con que Retamar bordaba sobre el *Ariel* de Rodó? ¿Quién puede decir que cumplirá la misma función social de significar la palabra que cumplieron personajes como Ángel Rama, Antonio Cándido o Antonio Cornejo Polar? ¿Estamos en las mismas condiciones para debatir sobre el lugar que ocupa América Latina en la dinámica capitalista que tuvieron Ruy Mauro Marini o Agustín Cueva?

Un cierto aire de tristeza, melancolía y desazón recorre estas últimas preguntas porque muchos de estos pensadores dotaron de significado colectivo a los procesos de emancipación continental que tanto movilizaron nuestra

¹ José Luis de Diego, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?. Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, Ediciones Al margen, La Plata, Argentina, 2004.

región en todo el siglo XX, y su muerte física es dolorosa porque implica un duelo que tiene una dimensión política. El Estado se ha transformado; con él también varias de sus formas y relaciones sociales: entre ellas la que le dio sentido al trabajo intelectual durante un siglo entero.

Se ha construido una crítica a la intelectualidad que la acusa de haber abandonado, desde los años ochenta, la potencia de las explicaciones totalizadoras y el ejercicio crítico y radical de la realidad. Sin estar en completo desacuerdo con esta apreciación, cabe decir que dichos cuestionamientos pueden pecar de localismo y olvidar que los procesos sociales de estas últimas décadas no se han expresado de manera unívoca e uniforme. Las prácticas intelectuales son ejemplo de ello y las revistas, entendidas como prácticas comunes del quehacer intelectual, también.

¿Se puede hablar de “intelectuales” en abstracto? ¿No es este uno de los conceptos inseparables de la identidad nacional, del territorio? En estas páginas se busca dar cita en un presente a dos prácticas intelectuales distintas, en dos territorios diferentes y con apuestas políticas que podrían pensarse, incluso, como excluyentes. El vértice de unión en el pasado de estas experiencias intelectuales fue la concepción de la revista como la forma de objetivar “una fuerza inmanente”, dirá José Aricó. A estos cruces entre la concepción del intelectual y la revista se refiere el primer capítulo.

A la comprensión de las revistas *Casa de las Américas* y *Punto de Vista* como artificio de su época está dedicado el segundo capítulo. En él no sólo se habla de los contextos en los que se enmarcó la producción de esas dos publicaciones, también se incluyen entrevistas a algunos de sus hacedores con el fin de rastrear algunos puntos de la construcción de la memoria en torno a la producción de las publicaciones. En este capítulo se incluye, además, una recapitulación sincrónica sobre cada uno de los ejemplares publicados durante la década de los años ochenta.

El capítulo tres busca claves de reflexión intelectual en *Casa de las Américas*. Durante la época abordada (1981-1991), se realizaron varios encuentros de intelectuales que reflejaban particulares concepciones del quehacer intelectual y de sus relaciones con el poder, la política y la cultura. Fueron años en los que poco a poco se fragmentaron estructuras institucionales y prácticas culturales que tributaban a ejercicios del poder y

parametración cultural que se arraigaron en los años setenta. Como parte de ese proceso crítico, el arte, en particular la literatura, desempeñó un papel crítico importante.

Cuestionarse sobre la militancia política en los años sesenta y setenta, sobre la violencia y la dictadura, sobre la transición a la democracia, el nacionalismo, los partidos políticos, la crisis del marxismo, la cultura popular, los medios masivos de comunicación y sobre el propio quehacer intelectual, fueron constantes en los números de la revista argentina editados en esa época. Un acercamiento crítico a la forma en que el colectivo intelectual de *Punto de Vista* abordó estos temas conforma el capítulo cuarto.

Finalmente, el capítulo cinco se detiene a mirar y describir las políticas gráficas de estas dos publicaciones. Las ideas vertidas en una revista guardan particularidades y relaciones con proyectos políticos que también se despliegan gráfica y materialmente.

El lector advertirá zonas de desequilibrio en el análisis de ambas revistas. Ello se debe a que, para el caso cubano, la investigación documental fue mucho más complicada que para el caso argentino. La bibliografía existente sobre la cultura cubana en esta época es mucho menor a la disponible para el análisis de la cultura argentina. *Punto de Vista* ha sido una revista estudiada desde una gran diversidad de enfoques y existen trabajos de investigación sobre cada una de sus etapas. Los trabajos de investigación sobre *Casa de las Américas* se centran, principalmente, en los primeros años de su existencia, que son también los de la Revolución cubana en ciernes. Sin embargo, existe un vacío documental de trabajos que coloquen a ambas revistas en coordenadas compartidas con publicaciones de otras latitudes.

El encuentro en tiempo presente de estas experiencias de revisteros que buscaron incidir apasionadamente en el espacio público común no puede sino hacernos partícipes críticos de ese pasado cercano que es más nuestro de lo que aparenta. Una vuelta crítica a las formas pasadas de pensarse y definirse como intelectual arroja luz sobre nuevas formas de transmitir conocimiento en el contexto presente. El ejercicio común de pensarnos y construirnos comunitariamente formará ese mástil del que nos sujetaremos en la tempestad. Sujetarnos firmemente a algo para evitar el rumbo al desastre: sujetarnos, es decir, sabernos sujetos de la historia, del devenir.

El sentido del trabajo y la creación intelectual crítica están en crisis. Esa afirmación puede contener, al menos, tres diagnósticos sobre el futuro. Uno sería aquel donde el pensamiento y la crítica seguirían un proceso en el que el intelectual pasaría a ser una pieza de museo, un personaje no útil en el proceso de reconfiguración y reproducción del capital en el que el Estado y sus instituciones van siendo desmanteladas poco a poco, quedándose con mínimos espacios de injerencia social. Otro camino posible es seguir navegando en la crisis actual, dejar que la calidad del conocimiento vaya cada vez más a la deriva, permitir que los procesos de tecnificación y mecanización sigan su curso; algunos podrán salvarse siguiendo este camino, sobretodo porque el sistema siempre necesitará algunos pensadores que legitimen el orden de las cosas.

Sin ser el único camino restante, queda también la posibilidad de sujetarnos al pensamiento y la crítica. Saber que si la función del intelectual es histórica puede ser radicalmente distinta a lo que es y ha sido, incluso trascenderse. Si el intelectual ha de dejar de existir, que no sea porque fue vencido por la mecanización de la vida y por la sumisión de ella al capital, sino porque se lograron construir nuevas relaciones políticas y diferentes formas de reproducción de la vida misma.

Capítulo I

Objetivar la fuerza immanente. Revistas e intelectuales en una época de quiebre

1. Las palabras

Porque las palabras han dejado de comunicar. Cada palabra es dicha para que no se oiga otra. La palabra, hasta cuando no afirma, se afirma: la palabra es la hierba fresca y verde que cubre los dientes del pantano. La palabra no muestra. La palabra disfraza.

Hay, también, el silencio. El silencio es, por definición, lo que no se oye. El silencio escucha, examina, observa, pesa y analiza. El silencio es fecundo. El silencio es la tierra negra y fértil, el humus del ser, la melodía callada bajo la luz solar. Caen sobre él las palabras. Todas las palabras. Las palabras buenas y las malas. El trigo y la cizaña. Pero sólo el trigo da pan.

De este mundo y del otro, José Saramago

Paso del saber al comprender, al sentir, y viceversa, del sentir al comprender, al saber. El elemento popular "siente". Por lo tanto, los dos extremos son la pedantería y el filiteísmo por una parte y la pasión ciega y el sectarismo por la otra. No es que el pedante no pueda ser apasionado, todo lo contrario; la pedantería apasionada es tan ridícula y peligrosa como el sectarismo y la demagogia más desenfrenados. El error del intelectual consiste <en creer> que se pueda *saber* sin comprender y especialmente sin sentir y sin ser apasionado.

Los cuadernos de la cárcel, Antonio Gramsci

Alguna vez escribió José Saramago que las palabras eran buenas y malas; podrían ofender o pedir disculpa, quemar o acariciar, venderse, inventarse, cambiarse o estar ausentes. Las palabras, viniendo de libros, periódicos, anuncios publicitarios, rótulos, cartas, podrían absorbernos. "Son melifluas o ácidas. El mundo gira sobre palabras lubricadas con aceite de paciencia. Los cerebros están llenos de palabras que viven en paz y en armonía con sus contrarias y enemigas. Por eso la gente hace lo contrario de lo que piensa creyendo pensar lo que hace".²

La palabra comunica, es decir que hace a otros partícipes de lo que uno

² José Saramago, *De este mundo y del otro*, Madrid, Alfaguara, 2003, p. 32

tiene, hace, piensa, transmite, dice, vislumbra, imagina, teme, anhela, aborrece. A veces resulta que las palabras dejan de nombrar o cambia su significado en el transcurrir del tiempo; también hay palabras que son apropiadas dependiendo de la experiencia o intenciones de cada sujeto al nombrarlas.

Intelectual, ciudadano, democracia, política, sociedad, poder, cultura, igualdad (por citar sólo un puñado), son algunas de las palabras que ocuparon el terreno académico y político de una manera generalizada a partir de 1960. Ello sucedió en un contexto global de masificación de la educación en donde universidades públicas y centros de investigación mantenían la hegemonía de la generación y transmisión de conocimiento académico. Por lo tanto era desde tales instituciones que se enunciaba y definía la mayoría de los conceptos académicos, intelectuales.

Hoy las cosas son distintas, los Estados desmantelados a manos del mercado han arrastrado también con la educación pública y por lo tanto con lo que en ella se piensa, se produce. Opera, como contexto en el que se genera el pensamiento social, un proceso en el que el bien común entra en contradicción con los intereses de la llamada “iniciativa privada” y del mercado. En esas condiciones, necesariamente, el ejercicio de pensar, conocer, crear, enseñar, se transforma.

Pierre Bourdieu llamó *homo academicus* a aquellos sujetos pertenecientes a su misma “especie”: los profesores universitarios franceses. Dado que, a decir del propio Bourdieu, las propuestas por él planteadas corresponden al estudio de un amplio universo empírico, serían necesarios muchos antropólogos y sociólogos dispuestos a estudiar una gran diversidad de *homo academicus* (los estudiosos del tema tendrían un problema de “objetividad” al analizar a la propia “especie”) que recrean, desde diferentes instituciones educativas formas determinadas de producir y transmitir conocimiento.

El sociólogo que toma como objeto su propio mundo, en aquello que tiene de más próximo y familiar, no debe, como hace el etnólogo, domesticar lo exótico, sino exotizar —si se me permite la expresión— lo doméstico mediante una ruptura de la relación primera de intimidad con modos de vida y de pensamiento que le resultan extraños precisamente por demasiado familiares. Este movimiento hacia el mundo originario, y ordinario, debería ser la

culminación del movimiento hacia los mundos extranjeros y extraordinarios.³

El análisis de Bourdieu partió de un primer diagnóstico que caracterizaba a la universidad como una institución transitando por un momento crítico. Dicha crisis, propone el autor, se entenderá si se coloca en un modelo que pueda dar cuenta de los efectos sociales que ha producido.⁴ Sin embargo, y no sin cuestionar la existencia de una crisis universitaria e intelectual que ha tenido efectos sociales, habría que preguntarse por la forma en la que se enuncian las coyunturas y momentos de quiebre. Los nacidos a partir de la década de los años ochenta, a los que les ha tocado lidiar con el neoliberalismo y todas sus prácticas sociales, tienen en su memoria histórica una palabra de la cual difícilmente pueden desligarse: *crisis*.

No hay dimensión de la existencia que no sea objeto de estar en crisis. Se entiende dicho concepto más en la acepción que nombra una situación dificultosa o complicada y menos en el sentido de ser un momento decisivo de un proceso. Para muchos la crisis no es coyuntura, sino condición permanente; si esto no es verdad, preguntémonos cuál será el antónimo de crisis que opera socialmente.

Cientos de documentos corren calificando todo desde la crisis. La universidad está en crisis, la cultura también, la palabra, la academia, el libro, la educación, el arte, la economía, el Estado, la clase política, la soberanía, la ética, la utopía, la esperanza. En crisis también está la política en un sentido amplio, en crisis están algunos de los que se sentían blindados ante cualquier crisis; el mundo está en crisis, las relaciones de género, la masculinidad y la juventud, la niñez y las mujeres, la producción. Crisis en los partidos políticos, crisis en los medios de comunicación, crisis global, crisis generalizada, crisis existencial, crisis en la Bolsa de valores, crisis en las relaciones afectivas, crisis ambiental.

El interés que motiva el acercamiento a las revistas e intelectuales, juntándolos en coordenadas comunes, no está exento de justificarse por la idea de que el intelectual está en crisis junto a las formas y canales de transmisión de conocimiento. Sin embargo, más que elaborar un diagnóstico que confirme

³ Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, México, siglo XXI editores 2008, p. 289.

⁴ *Op. cit.*, pp. 209-210.

que, efectivamente, el quehacer del intelectual, el pensamiento, la avidez por conocer están en crisis, lo que importa es tejer hilos nuevos con el pasado que le den vuelta a esta especie de condición permanente y alargada en el tiempo, que permitan imaginar y construir caminos comunes que se reencuentren con aquello del pasado que queremos que continúe y aquello urgido de transformación, de novedad.

Es posible que, socialmente, el concepto de “intelectual” vaya quedando dentro del museo de la palabra como uno de aquellos que definió las condiciones sociales de producción de pensamiento y significación en una época determinada; esto puede ser posible dado el contexto actual en el que los Estados están siendo desmantelados, y con ello las funciones sociales y políticas de los muchos engranes que lo constituyen, el intelectual, por ejemplo. Otro escenario es que la “crisis del trabajo intelectual” se alargue con la crisis misma.

Pensamiento, intelectuales, revistas y la década de los ochenta son coordenadas que sirven para cuestionarse sobre las prácticas intelectuales en el pasado y sus herencias; criticar las formas de transmisión del conocimiento en el pasado reciente y, sobre todo, dimensionar históricamente el hacer actual, dado que una de las características del neoliberalismo como forma de reproducción de la vida, es crear la ilusión de que todo cambia radicalmente de un día para otro. Todos aquellos que cumplen la función de historiadores en la actualidad tienen que lidiar con la simulación vertiginosa del cambio, con tiempos y espacios que se acortan o se alargan según las necesidades del mercado.

Las siguientes líneas son también una defensa de la palabra como trigo más que como cizaña. Bajo el atrevimiento de parafrasear al poeta español Blas de Otero, cuyo poema memorable dice:

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.
Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.⁵

⁵ Blas de Otero, “En el principio”, *Verso y prosa*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, 1982, p. 32.

Nos queda la palabra de uno y la de otros, la palabra de nuestro tiempo presente y la del pasado propio y ajeno; la palabra dicha en otras lenguas, la que se escribe en el aire para jamás quedar consignada en letras de imprenta. Nos quedan los silencios que interpretaremos para hacerlos hablar o volvernos cómplices de ellos.

La palabra escrita ha sido la forma hegemónica que el intelectual ha usado para comunicar sus ideas y transmitir conocimiento; si las palabras son la mezcla usada por el intelectual, la revista fue durante el siglo xx una de las argamasas predilectas para contenerlas.

La historia de la producción y lectura de las revistas literarias y culturales en América Latina durante el siglo xx conforma uno de los nichos de estudio con un potencial que exige contar con nuevas miradas y acercamientos teóricos, metodológicos y epistemológicos. Las revistas nacieron en la modernidad y forman parte de varias expresiones culturales dedicadas a llevar a la esfera de lo público, “las últimas novedades”, las reflexiones más “frescas”. Esa condición será también la que las condenará a ser un material de consumo efímero. Paradójicamente esa será la condición que les otorgue la posibilidad de constituirse como una de las fuentes esenciales para comprender a las formaciones intelectuales y artísticas en el largo proceso de modernización y autonomización de la escritura y el pensamiento intelectual que se vivió durante todo el siglo xx. Así, en este presente tan urgido de ojos y miradas frescas, hay que afilar el ojo revistero.

El intelectual, en el imaginario moderno, es una figura que construye representaciones articuladas de una sociedad y una cultura con la idea de poder interpretar épocas o procesos para poder intervenir en la historia futura, es decir, en la política. A lo largo del siglo xx las revistas fueron el espacio privilegiado en el que se expresaron los campos de batalla de esa historia futura. Es por ello que una historia cultural o literaria sobre la América Latina de la última centuria no puede prescindir de ellas.

Habrá otro elemento fundamental en la elaboración de las revistas impresas del siglo xx, especialmente a las que nos referiremos. Ellas involucraron al intelectual en su hechura. El ejercicio del pensar se juntó con el hacer. Dirá José Aricó, en el texto fundacional de la revista *Pasado y presente*,

que una revista de cultura es muestra de la necesidad urgente de objetivar una especie de fuerza inmanente que roe el interior de quien la hace. Es voluntad compartida, concreción de un proceso de maduración semejante y de una posición crítica frente a la realidad. En otras palabras una revista de cultura sería “el vehemente deseo de elaborar en forma crítica lo que se es, lo que se ha llegado a ser, a través del largo y difícil proceso histórico que caracteriza la formación de todo intelectual”.⁶

El epígrafe que acompaña este texto de Aricó es una cita de *Cuadernos de la Cárcel* de Antonio Gramsci, titulada justamente “Pasado y presente”; en ella, el pensador italiano dijo que el presente es una crítica al pasado entre otras cosas porque es su “superación”. Ello implicaría no hacer de lado el pasado pero sí descartar aquello que el presente ha criticado intrínsecamente, descartar también la parte de nosotros mismos que a ese pasado corresponde. Habría que hacer conciencia de esa crítica hacia el pasado en una dimensión no sólo teórica, sino política. “O sea que debemos estar más apegados al presente, que nosotros mismos hemos contribuido a crear, teniendo conciencia del pasado y de su continuarse (y revivir)”.⁷ Así, hay que defender la historia crítica, aquella que nos apegará al presente, nos construirá como sujetos capaces de crear y descartar. En ese sentido hay una urgencia por salvar prácticas sobre las formas en que el ser humano ha aprendido a conocer y transmitir el conocimiento, al tiempo que urge también un proceso de remoción que sacuda en los cimientos algunas de las formas hegemónicas del ejercicio intelectual.

En el acontecer histórico del siglo xx, el concepto de intelectual se ha tejido sobre las relaciones entre la cultura y la política, el saber y el poder, la práctica y el pensamiento, la utopía y la realidad. Mucha tinta y papel han corrido sobre el tema; en la introducción a *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Norberto Bobbio dice que “los intelectuales reflexionan y, a continuación, hablan o escriben sobre todo. No pueden prescindir de reflexionar, hablar y escribir también sobre sí mismos”.⁸

⁶ José Aricó, *Pasado y Presente*, Córdoba, Argentina, abril-junio de 1963, año I, núm. 1, p. 1.

⁷ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, tomo I, Editorial Era, México, 1975, p. 193.

⁸ Norberto Bobbio, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Editorial Paidós, 1998, p. 14.

Sería una labor ardua, ajena al propósito de esta tesis, realizar una síntesis sobre las diferentes concepciones del trabajo intelectual planteado por los propios intelectuales. Y es que todo ejercicio de pensamiento intelectual es siempre una postura sobre el propio quehacer. Más compleja se volvería la tarea si no sólo miráramos el hacer, sino la contradicción entre lo que se hace y se piensa, o la omisión y el silencio como formas también de decir. También podríamos darnos a la tarea no sólo de buscar lo que los intelectuales dicen sobre sí mismos sino lo que se dice de ellos desde lugares no pertenecientes al circuito consignado a los hombres de pensamiento. Trayendo a cuento a Gramsci, preguntarnos cuáles son los rangos en la actualidad que le dan homogeneidad y conciencia a los intelectuales dentro de su propia función. Incluso cabría también poner en duda la existencia de rasgos homogéneos y conscientes. O, también con Gramsci, pensar las concepciones de intelectual respecto a la función social que cumplen en el mundo moderno, y que se despliegan como abanico inconmensurable.⁹

No sería impertinente preguntarse, en medio del caos neoliberal, qué es lo que está produciendo el intelectual, cuáles son las características de aquello que intercambia y de su propio trabajo en este nuevo sistema económico que, sin salirse del esquema básico del capitalismo, ha modificado la dinámica de la producción y por lo tanto del trabajo. Una de las características del neoliberalismo es su “flexibilización”, es decir, una modificación sustancial de las formas de organización y división del trabajo en general. En ese sentido, al modificarse las relaciones entre Estado y mercado, entre técnica y trabajo, también se ha modificado el propio quehacer intelectual.

También habría que cuestionarse sobre el desencanto generalizado por el “hacer”, por la práctica misma; en ese sentido, el pasado “revistero” de América Latina puede arrojar luz en las zanjas profundas que existen entre la producción de ideas y las materialidades en donde ellas se difunden y socializan.

⁹ Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1984. pp. 9-20.

2. Revisteros

El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española consigna que la revista (*re-vista*) es una segunda vista o un examen hecho con cuidado y diligencia; es también la inspección de un jefe hacia las personas o cosas sometidas a su autoridad. La tercera acepción es aquella que se refiere al examen de producciones literarias, representaciones teatrales, funciones, etc., que se hace y publica. La cuarta es una acepción castrense referida a la formación de las tropas para que puedan ser inspeccionadas por un general o jefe. La quinta y última dice que una revista es una publicación periódica por cuadernos que contiene escritos sobre varias materias o sobre una en específico.

Todas las acepciones derivan de la primera: una revista es una segunda vista o un examen hecho con cuidado y diligencia. ¿Qué serían los historiadores sino revisteros? El trabajo del historiador es volver a ver; ver con otros ojos y otro tiempo, pero ver lo que otros vieron o hacer de la vista una especie de revelación de lo que otros no lograron ver.

Las revistas de las que ocuparemos en esta investigación tienen que ver sólo con la primera, la tercera y la quinta definición. Despojamos al concepto de “revista” de aquello que tenga que ver con las “inspecciones” de jefes o “sometimientos” a la autoridad.

En el caso de las revistas, esos cuadernillos individuales, numerados y que por lo regular traen consigo la promesa de que después vendrán más cuadernillos, no se trata de una “vista” en singular, sino de muchas en donde participan varios sujetos. Es por ello que las revistas son fuentes invaluable para el estudio de redes intelectuales, de agrupaciones políticas o colectivos artísticos, es decir, de identidades políticas, culturales, intelectuales y/o artísticas.

Si la identidad reside no en una sustancia sino en "una coherencia interna puramente formal y siempre transitoria de un sujeto histórico de consistencia evanescente", la cual se afirma en el juego dialéctico de la consolidación y el cuestionamiento "de la cristalización y disolución de la

misma",¹⁰ entonces, la revista literaria, cultural y política, hecha por intelectuales que buscaron identificarse y distinguirse con y de otros, es una fuente invaluable para ver el juego dialéctico entre consolidación y cuestionamiento de ideas, proyectos políticos, imaginarios culturales. Ellas nos acercan a los procesos de metamorfosis intelectual y social, nos muestran también la oscilación incesante de la cultura que va y viene de la cristalización a la disolución.

Todo el siglo xx fue particularmente dinámico en la publicación de revistas. Pero fue a partir de la década de 1970, en una etapa más consolidada de la llamada *masificación cultural*, que las revistas literarias y culturales comenzaron a ser un producto que llegó a sectores más amplios de la sociedad.

Entre las décadas de 1970 y 1980 las revistas se fueron especializando; muchas de ellas se vincularon explícitamente con proyectos políticos específicos convirtiéndose, en algunas ocasiones, en el escenario de importantes polémicas políticas y culturales que sintetizaron conflictos históricos. Si a partir de la historia intelectual podemos vislumbrar los cruces entre la política y la cultura, en las páginas de las revistas podemos mirar la concreción de esa relación. Detrás de una revista cultural, política y/o literaria, siempre estuvo presente la relación de un grupo con el poder en turno, ya fuese para legitimarlo, criticarlo o confrontarlo.

No es que la construcción de las representaciones y simbolizaciones del mundo social sean monopolio de los intelectuales, pero es verdad que muchos de ellos desearían que esta dimensión de la vida política les perteneciera. El empeño por significar y dar orden a la realidad está presente en la mayoría de las revistas que se publicaron en América Latina en la época que nos concierne en esta investigación. Sus páginas son un cúmulo diverso de representaciones sobre el poder, lo político, la rebeldía, el Estado, la utopía, la revolución, etc. Todos o alguno de estos conceptos están como telón de fondo visible o invisible.

Es importante mencionar que un análisis de las revistas latinoamericanas quedaría incompleto si no se tomara en cuenta el gran

¹⁰ Bolívar Echeverría, *Definición del a cultura*, Itaca-FCE, México, 2010, p. 149.

dinamismo cultural y político de la época, que provocó que existiera un gran intercambio de ideas y proyectos entre los intelectuales revisteros, el cual traspasó las fronteras nacionales. Bastaría echarle un vistazo al índice de las revistas latinoamericanas más prestigiosas de los años ochenta para darse cuenta de que existían redes intelectuales amplias que respondían en muchos de los casos a los ánimos de integración latinoamericana, y en otros a la afinidad ideológica o estética aunque no se compartiera un empeño político concreto.

Ejemplo de las redes intelectuales tejidas a partir de lazos políticos se encuentran en la revista *Casa de las Américas*. En el primer número de la década de los ochenta sus páginas publicitaban a las siguientes revistas: la longeva *Cuadernos Americanos*, que había nacido en 1941 como un proyecto intelectual encabezado hasta 1985 por Jesús Silva Herzog;¹¹ *Sin nombre*, revista dirigida por la escritora puertorriqueña Nilita Vientos Gastón; la *Revista de crítica literaria latinoamericana*, creada en Lima en 1973 por Antonio Cornejo Polar y cuya larga y fructífera vida todavía no se apaga (esta revista también será anunciada en la páginas finales de *Punto de Vista*); *Historia y sociedad*, que bajo la dirección de Roger Bartra y Enrique Semo se anunciaba como una revista latinoamericana de pensamiento marxista. *Cambio* se presentaba como una publicación trimestral de Editorial Extemporánea dirigida colectivamente por Julio Cortázar, Miguel Donoso Pareja, Pedro Orgambide, Juan Rulfo y Eraclio Zepeda. También se anunciaba la revista *Caribbean Quarterly*, dirigida por el intelectual y artista jamaquino Nex Netteford. *Acoma*, revista de literatura y ciencias humanas y políticas, dirigida por Edouart Glissant, se anunciaba como una publicación de Martinica.

Pero las redes intelectuales y políticas iban más allá de América Latina; la última página de la revista cubana anunciaba cuatro publicaciones cuya hechura y concepción provenía de intelectuales e instituciones pertenecientes al campo socialista: *América Latina*, revista trimestral del Instituto de América Latina de la Academia Latina de la Academia de Ciencias de la URSS; *Ciencias Sociales*, publicación trimestral de la Sección de Ciencias Sociales de

¹¹ Con la muerte de Jesús Silva Herzog en 1985, “Cuadernos Americanos” pasó por un periodo de transición quedando, en 1987, bajo el respaldo de la UNAM y la dirección de Leopoldo Zea. Véase: Adalberto Santana, “Cuadernos Americanos, 60 años: recuentos y retos”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 90, 2001, p. 233.

la Presidencia de la Academia de Ciencias de la URSS; *Iberoamericana Pragensia*, que era un anuario del Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad Carolina de Praga y, finalmente, la revista *Lateinamerika*, publicada en la República Democrática Alemana.¹²

Además de *Casa de las Américas*, en Cuba se publicaron otras revistas importantes de diverso tipo como *El Caimán Barbudo*, *Santiago*, de la Universidad de Oriente, *Signos*, que hacía Samuel Feijoo, *Letras cubanas*, *Opciones*, *La Gaceta de Cuba* y *Unión*, renovadas en 1987, *Revolución y cultura*, *Bohemia*.

En Argentina la llamada transición a la democracia trajo consigo el nacimiento o la reconfiguración de un gran número de revistas: *Nova Arte*, *Brecha*, *El Ornitorrinco*, *El Porteño*, *La ciudad futura*, por ejemplo. Sobre ellas la investigadora Roxana Patiño ha indagado acerca de la revista como lugar desde el que se recolocó a los intelectuales y escritores respecto a la nueva cultura política propuesta desde la democracia.¹³

Rastreando los vínculos entre el poder, la cultura y la política y saliendo de Argentina y Cuba como coordenadas, podríamos ir, por ejemplo, a México y a las páginas de la revista *Vuelta* (1976-1998), las cuales son un material indiscutible para mirar la relación de un grupo intelectual con el poder político y con el Estado y también las fracturas, las contradicciones, la diversidad estética, la metamorfosis de la que se hablaba anteriormente. La polémica que existió entre revisteros de la revista *Nexos*, fundada en 1978, y *Vuelta* todavía sigue sacudiendo memorias. En Brasil, al sur del continente, la revista *Novos Estudos. CEBRAP* (1981) puso como centro de sus reflexiones el debate sobre la democracia y las formas de articularla en sociedades plurales.

Además de estas y otras revistas consignadas a formar parte de la memoria histórica de la humanidad, existieron muchas otras que siguen esperando ojos que las visibilicen. Detrás de las revistas consagradas como referentes ineludibles, de las páginas de revistas críticas que hoy son el resguardo de la memoria de unas izquierdas, existieron también publicaciones

¹² Cabe mencionar que al iniciar el año 1982 ya no se publicitaron más revistas en las páginas finales de *Casa de las Américas*. Las redes intelectuales pueden rastrearse a partir de la sección "Al pie de la letra".

¹³ Roxana Patiño, *Intelectuales en transición: las revistas culturales argentinas (1981-1987)*. Curso de Pós-Graduação em Literaturas Espanhola e Hispano-Americana, Cuadernos de recenvenido, Universidade de São Paulo, 1997.

disidentes de éstas dentro del mismo espectro de la izquierda, publicaciones pequeñas que esperan ese cepillo a contrapelo que las desencubra, las desempolva.

A propósito de esta metáfora benjamiana que sintetiza una de las acciones que acompañan el ejercicio de la historia crítica, vale la pena releer un texto escrito entre 1921 y 1922 por Walter Benjamin que, de no haber sido por las dificultades económicas que se interpusieron para su realización editorial, hubiera conformado la presentación de la revista *Ángelus Novus*. Faltaría muy poco para celebrar una centena de aniversarios de este texto y, sin embargo, las palabras vertidas en él guardan ideas sumamente sugerentes, inquietantes. Decía Benjamin que con la publicación de la revista tendría la esperanza de que al justificar su forma se lograra también inspirar confianza en su contenido. La revista, al ser la manifestación vital de cierto espíritu, sería impredecible e inconsciente, y al mismo tiempo estaría llena de futuro, “se desconocería a sí misma si ella quisiera reconocerse en unos ciertos principios, sean los que sean”.¹⁴

La revista, a diferencia de los periódicos, salvaría aquello que es problemático en principio porque aceptaría la existencia de lo problemático; la revista debería ser “implacable en su pensamiento e imperturbable en sus declaraciones”, aunque ello implicara un desafío a los códigos de “actualidad” valorados por el público. “Para toda revista que se entienda así, la crítica es sin duda el guardián obligado de su umbral”.¹⁵

Las formas y límites de la crítica ejercida por *Casa de las Américas* y *Punto de Vista* serán diferentes porque distinto también era el contexto que le daba razón de ser a las publicaciones, sin embargo, sus hacedores compartieron la idea de que la revista sería una de las formas de concretar algunas de sus ideas; hacer una revista fue un reflejo, casi natural, del quehacer intelectual.

Roberto Fernández Retamar y Beatriz Sarlo han sido dos de los revisteros más importantes de América Latina. La trayectoria intelectual de ambos está cruzada por los caminos andados por las revistas en las que

¹⁴ Walter, Benjamin “Presentación de la revista *Ángelus Novus*”, en *Contrahistorias*, núm. 13, septiembre 2009, p. 69.

¹⁵ *Ibidem*, p. 70.

volcaron su ser. Para Retamar *Casa de las Américas* ha sido una especie de hija; los compañeros de Sarlo que se involucraron con la hechura de la revista *Punto de vista* comparten la idea de que ella era el motor que hacía posible la existencia de la publicación.

Ambos han escrito ensayos en donde abordan el tema de la revista como ejercicio y apuesta intelectual. Más allá de los diversos textos que desde la academia se suman a las reflexiones sobre las posibilidades que ofrece la revista como fuente para el estudio del siglo xx, es interesante retomar algunos puntos de contacto y desencuentro en las ideas vertidas por Retamar y Sarlo en torno a la producción de las revistas.

En el siglo xx una de las frases más pronunciadas por intelectuales que hablaban con otros intelectuales era “publiquemos una revista”, frase que, dirá Sarlo, se envolvía en una mezcla de necesidad y vacío. Los colectivos que se unen en torno a una revista buscan hacer política cultural, incidir en el espacio de lo público en un tiempo presente. La revista no se plantea alcanzar el reconocimiento futuro sino encontrar escuchas contemporáneos. Los textos particulares incluidos en una revista pueden o no alcanzar a futuro, pero no “la forma *revista* como práctica de producción y circulación”.¹⁶

“Nada es más viejo que una revista vieja”, afirma en aquel texto pionero sobre las reflexiones en torno a las revistas culturales. Inspirada en el concepto benjamiano de aura, Sarlo dirá que la revista pierde el aura al aspirar a tener presencia inmediata en la actualidad.

Las revistas viejas, más que al lector interpelarían al especialista. Son objetos que han perdido su aura porque su autenticidad se encuentra en el presente en el que siguen ilustradas. Pero que se convierten drásticamente en pasado. Siguiendo con esta argumentación, para Sarlo, las revistas viejas interesarían infinitamente más al historiador de la cultura que al crítico literario, que prefiere trabajar con lo que de las revistas ha pasado a los libros, integrándose así a la sintaxis (la del libro) que se juzga más definitiva.¹⁷

Las combinaciones con las que se juega al hacer una revista, responden a la voluntad de intervenir en el presente para modificarlo. Por tanto, una evaluación de los aciertos y errores cometidos en relación con esa apuesta

¹⁶ Beatriz Sarlo, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en *Le discours culturel dans les revues latino-américaines de 1940 á 1970*. Université de la Sorbonne Nouvelle- Paris III, Paris, 1999, p. 9.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 10.

inicial son líneas a las que puede apuntar el historiador que, por otro lado, debe cuidarse de no caer en anacronismos. Si se tratara de encontrar pistas sobre la problemática de una época, las revistas serían un buen indicio sobre ellas, de la misma forma que si se quisieran rastrear las transformaciones institucionales en relación con el lugar que ocupa la cultura en de ellas. En ellas también se puede indagar sobre el concepto de cultura en épocas y grupos determinados. Son también fuentes para el estudio de la lectura y recepción de las ideas.

Las revistas perderían pronto el aura por la inmediatez con la que el presente se convierte en pasado, porque son medios con una cualidad instrumental. Una revista, proseguirá Sarlo, busca mostrar los textos, no solamente publicarlos; es decir, que los hacedores de revistas eligen no solamente una política textual sino una gráfica. Todas las revistas tendrían sus geografías culturales, buscarían un espacio concreto para circular y otro imaginado, deseado. La superposición entre ambas geografías sería variable. “La geografía de una revista, como el deseo del viaje, una vía regia hacia su imaginario cultural”.¹⁸

Aquellos que rastreen los itinerarios de la historia intelectual, encontrarán en la revista un lugar en donde se organizaron discursos diferentes. Serán un mapa de las relaciones intelectuales atravesadas, entre otros factores, por la edad e ideología. Formarán un vínculo de comunicación entre la dimensión cultural y la política. Al buscar ser modernizadoras, propositivas y programáticas, estarán siempre jugando con un arma de doble filo. La actualidad deseada será la que las convierta en “ensayos liquidados, ejemplos muertos de innovación [...] Espacios, por lo tanto, más de reconstrucción histórica que de placer se ordenan con la mansa inevitabilidad de la que carecieron por completo cuando su presente era presente”.¹⁹

Roberto Fernández Retamar mencionó este texto de Sarlo en la inauguración del ciclo de conferencias “Un siglo de revistas culturales españolas e hispanoamericanas (1898-1992)”, el 20 de octubre de 1994.²⁰

A Retamar le parecieron agudas las reflexiones de Sarlo en torno a la sintaxis de la revista y su diferencia con la del libro. No así la frase dicha en

¹⁸ *Op. cit.* p. 12.

¹⁹ *Op. cit.*, p. 15

²⁰ Roberto Fernández Retamar, “Casi un siglo de revistas culturales españolas e hispanoamericanas”, en *En la España de la eñe*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007, pp. 11-124.

aquella ponencia acerca de que, “nada es más viejo que una revista vieja. No se trata tanto de que se vuelva vieja, hecho inevitable, como de que se vuelve otra”,²¹ lo cual para Retamar es una característica propia de cualquier producto cultural.

Las revistas, pasado el tiempo, tendrían que abrirse a una pluralidad de interpretaciones. Retamar profundiza en la idea de que la revista es una *opereta abierta*, un taller o laboratorio. “El carácter colectivo de la revista no se refiere sólo, ni primordialmente, al hecho de que en ella aparezcan materiales de varios autores. Se refiere sobre todo a que es la obra de un equipo, o de varios. Lo que no está reñido con el papel, por lo general importante, que en ella desempeña una persona”. Tal es el caso de la relación del propio Retamar con *Casa de las Américas* y de Beatriz Sarlo con *Punto de vista*.

Habrán personalidades cuyos nombres propios serán inseparables de una revista. Difícil es imaginar una orquesta sin director, aunque las ha habido, lo que es imposible imaginar es una orquesta sin orquesta, dijo Retamar. Cómo se configuran estas orquestas, qué es lo que las lleva a unirse, es lo distintivo de cada revista. En algunas se notan rasgos generacionales, en otras, serán las apuestas políticas lo que cruce la participación de cada integrante del colectivo revistero. Durante la década de los años ochenta, se publicaron en el continente muchas revistas desde las cuales se puede ver esta época no muy trabajada desde la perspectiva histórica, al formar parte de los complejos entramados del pasado reciente.

3. América Latina en los bordes

Y los poetas del futuro no cesarán de dibujar todos los rostros del niño muerto al que todas las políticas abandonan.

Breves, Viajes al país del pueblo. Jacques Rancière

²¹ *Op. cit.*, p. 117.

Es dado pensar que uno de los instrumentos con los que el historiador opera es un bisturí aséptico que corta a la perfección hechos, épocas, momentos, décadas, años, siglos. Muchas veces, la necesidad metodológica del historiador de adentrarse en las profundidades de una parte de algo se confunde con la ceguera epistemológica que omite que la “parte” cobra sentido cuando se coloca en relación con otras.

En este proyecto de investigación se pensó que para el estudio de una época de dos revistas latinoamericanas era necesario no un bisturí de trazo fino, sino una especie de tiza que marcara la diferencia de terrenos pero que permitiera el salto fácil entre uno y otro. Esta especie de tiza que ha trazado una frontera entre décadas diferentes será pues una herramienta metodológica para ver “los ochenta” con sus prólogos y anexos. “Los ochenta” es una forma de periodizar los bordes que en esa década anunciaron cambios; bordes entre el autoritarismo institucional y la democracia (para algunas latitudes); entre muros con un tipo de exclusión y dominación a otros gigantescos cuya invisibilidad es lo más excluyente porque crean la fantasía de la inclusión; el borde al vacío neoliberal o, visto de otra manera, la orilla desde la que se puede tomar impulso y saltar hacia otros lados.

Ni bien terminada la Segunda Guerra Mundial, comenzaron otras guerras, de ninguna manera menos importantes, ni menos violentas. La llamada *Guerra Fría* es sólo una tautología que esconde tras una metáfora sobre la temperatura, la magnitud de su violencia. Como dijo Michel Foucault durante los años setenta, la política es la continuación de la guerra por otros medios y no viceversa.²²

Apenas veinte años después de terminada la segunda Gran Guerra, una nueva y determinante fractura generacional dio paso a una transformación social, pero esta vez de alcances mayores. Si como lo narra Stefan Zweig, su generación vivió el colapso de una forma de autoridad en la familia europea del inicio del siglo xx,²³ la generación de los años sesenta vivió las movilizaciones sociales europeas y latinoamericanas como un nuevo rompimiento con la

²² Esta idea es uno de los ejes de las conferencias dictadas por Foucault, las cuales fueron compiladas en el libro: Michel Foucault, *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

²³ Stefan Zweig, "El mundo de ayer", en *Obras completas. Memorias y ensayos*, Editorial Juventud, Barcelona, 1953, pp. 1286-1668.

autoridad, y colocaron a la Revolución cubana como paradigma y faro de sus movilizaciones.

Frente a los aires revolucionarios, melenas largas, libros rojos bajo el brazo, la crisis social se hizo acompañar por una respuesta que vino desde las corrientes más conservadoras y las clases económicas altas, que habían venido acumulando poder frente a sus enemigos socialdemócratas y frente a los trabajadores. Los conservadores apelaron también a la consigna de la libertad, pero para destruir la libertad y dar un fuerte golpe a esa corriente emancipatoria que avanzaba por el mundo, como un fantasma. Y por supuesto, para restaurar no sólo el control en la esfera política y reencausar al Estado hacia las nuevas necesidades del capital, determinadas por la crisis de acumulación, desempleo e inflación acelerada.

Esa respuesta volvió a la famosa consigna de Clausewitz, ocupando la guerra como continuación de la política, y las nuevas tecnologías del poder, que Naomi Klein llama “terapias de shock”, como método de control social.

Mientras con el “Consenso de Washington” se abandonaban los postulados de Bretón Woods, “liberando” las tasas de cambio, las dictaduras latinoamericanas se colocaron como punta de lanza de dicho experimento, y antes de que el golpe pudiera ser aplicado con toda su fuerza, real y simbólica, se dobló a los mineros ingleses y los controladores de vuelo estadounidenses. Estas fueron las banderas de salida con las que Margaret Thatcher y Ronald Reagan marcaron el regreso de las oligarquías al poder del Estado capitalista. Al final del proceso la democracia se convirtió en un terreno tan amplio y en tramos ajeno, que a muchos de los que buscaban construir realidades sin injusticias, les ha costado trabajo encontrarse.

La relación de dominación internacional fue restaurada, y en los flujos de excedentes de las periferias hacia los países centrales encontraron algún alivio las angustias capitalistas. La deuda tercermundista fue un caballito de batalla de la reparación económica y de la hegemonía económica y política mundial. La innovación financiera y el cambio en la política económica estadounidense, en 1979, propició un aumento en las tasas de interés, volviendo los préstamos impagables. Entre otras cosas, esos préstamos eran utilizados como sostén de las dictaduras latinoamericanas, y el pago de la deuda absorbía brutalmente una parte de los recursos generados por los trabajadores del sur.

Desde la perspectiva económica, en América Latina la crisis de la deuda durante los años ochenta sirve para abrir las economías nacionales a las inversiones extranjeras directas, mientras los países periféricos intentan paliar la inequidad aumentando sus exportaciones, pero lo único que logran es abaratar sus productos y ampliar las ventajas de las empresas transnacionales.

En medio de todo esto, pensar la cultura en América Latina es pensar también en esas condiciones antes descritas. Mientras en esta región las dictaduras encerraban a los disidentes, en otros lados operaba un simulacro de unidad y gobernabilidad. No hubo región de América Latina que quedara fuera de las dinámicas sociales que esta nueva fase de capitalismo voraz imponía.

Hoy no es nuevo decir que el poder económico de las empresas transnacionales crece gracias al desmembramiento y el sometimiento de los Estados periféricos al dictado de los grandes capitales; pero este proceso no era tan claro en los años ochenta.

Así se verá que muchos de los intelectuales críticos de América Latina no lograron ponerle apellidos a la democracia para que no fuera posible su refuncionalización en el neoliberalismo. Las libertades ganadas durante los últimos años son cambiadas por la libertad de los capitales y la “flexibilización” del trabajo. Flexibilización en la que incluso afectó el trabajo intelectual.

Por una parte se modificó el papel del “hombre de pensamiento” en la esfera de lo público, y por otra se consolidaron nuevos paradigmas que definieron la disputa por el contenido de los conceptos, entre estos, el del propio “intelectual”.

La bandera de la libertad y la lucha contra el autoritarismo fueron utilizadas por algunos como argumentos a favor de la agenda neoliberal. Si durante el periodo anterior el reclamo nacionalista había sido una mayor participación del Estado en la solución de los problemas sociales, ahora el consenso se situaba en una extraña desarticulación del Estado, se reclamaba su reforma y se trataba de limitar su acción.

La crisis y las nuevas prioridades del Estado durante la llamada “década perdida” abrieron la brecha para fenómenos que más tarde se conceptualizarían como representativos de una “sociedad del riesgo”. La conciencia ecológica y el fortalecimiento de la agenda ambientalista internacional tienen en esos años algunos de sus mitos fundantes, como el

“sofocante verano” de 1988 en Estados Unidos, la transmisión televisiva de las quemas de la Amazonía, el asesinato de Chico Mendes, la Conferencia de Río.

La década de los ochenta fue también un momento en el que se resistió a la crisis. Junto a una creciente conceptualización de la cultura como terreno de transformación social (del cual forma parte la proliferación de las revistas culturales y literarias), también se generaron nuevas formas de participación social, juntas de vecinos, organizaciones sociales, comités de abastecimiento, grupos culturales, etc., que fueron dando forma al reclamo de la descentralización del Estado y su reforma democrática.

Siguiendo a Rancière, la democracia fue un concepto al que le faltó la mirada desde el *desacuerdo*.²⁴ Por otro lado y mirando al bloque socialista, habría que decir que también faltó la mirada que encontrara los desacuerdos contenidos en el socialismo y que pudiese leer al neoliberalismo más allá de fórmulas económicas y pudiese alcanzar a ver su dimensión cultural.

Algunas corrientes de pensamiento vieron en la construcción de la ciudadanía (liberal) un punto de llegada para avanzar en la corrección de las desigualdades del capitalismo y en los paliativos a la pobreza, la degradación ambiental o el ejercicio desmesurado del poder.

Durante estos años, la noción de ciudadanía se impuso con fuerza, y con ella, en el ámbito espacial, la ciudad reforzó su poder ante los territorios no urbanos (las revistas, por ejemplo, se crearon como un producto cultural básicamente urbano). Se empezaron a conformar nuevos imaginarios sobre lo social, pero en la mayoría de los casos resultó muy difícil que éstos se alejaran de la idea liberal de democracia.

La democracia es “tutelada” y bien vigilada para que en ningún momento rebase los cauces de la nueva forma de dominación; se limita a la participación electoral y al reconocimiento de derechos ciudadanos y políticos básicos.

El desmantelamiento del Estado no significó el fortalecimiento, en términos de autonomía, del espacio público-político.²⁵ Como afirman algunos

²⁴ Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Nueva visión, Buenos Aires, 1996.

²⁵ Federico Vázquez, “Espacio público, política y ciudadanía: las paradojas de las democratizaciones”, en Cerutti, Horacio y Carlos Mondragón (coord.), *Resistencia popular y ciudadanía restringida. Política, economía y sociedad en América Latina y el Caribe*, CCyDEL-UNAM, México, 2006, p. 72.

autores,²⁶ se trata más bien de un asunto de polisemia, ya que la idea democrática es planteada casi siempre de manera muy abstracta, “sin adjetivos”, “sin apellidos”. Pero esto, lógicamente, no tiene una sola cara ni un efecto social uniforme. Una cosa es que el discurso dominante haya configurado sus posibles interpretaciones, que arrastraron a buena parte de las academias deslumbradas por los nuevos paradigmas de la ciencia política y los debates infértiles sobre el *fin de la Historia* y el *choque de las civilizaciones*, y otra muy distinta es que las sociedades hayan podido ser absolutamente controladas.

4. Rupturas después del 59

En los años bisagra entre la década de los sesenta y setenta, la Revolución cubana estaba en un momento de recomposición en varios niveles. Desde 1959 hasta el periodo analizado se perciben tres momentos de quiebre.

Poniendo el énfasis en el terreno cultural se puede decir, a grandes rasgos y no sin riesgo de hacer cortes traicioneros, que de 1959 a 1968 se vivieron años de mucha creatividad, de invención del futuro, de imaginación política; a partir de 1968 y hasta principios de los años ochenta se vivió un proceso de institucionalización en el que la cultura perdió margen de autonomía respecto a otros espacios de lo social; fueron años en los que se socializó la censura o la aprobación institucional como elementos fundamentales en el quehacer cultural y en los que se fortaleció la idea de que la unanimidad era un buen arma para enfrentar al enemigo.

La creación del Ministerio de Cultura en 1976 marcó el inicio de una nueva etapa institucional en relación con la cultura, cuyas transformaciones se palparán con mayor claridad hasta inicios de los ochenta, época en la cual se percibirá mayor apertura, libertad y, aunque no desaparecieron, dejaron de ser dominantes las prácticas en materia de política cultural de la década anterior. Este es un quiebre más entre una y otra etapa.

²⁶ Es muy interesante, en este sentido, la opinión de Gustavo Ogarrio, quien en “Crítica de la razón democrática. Configuraciones de la democratización conservadora en América Latina” analiza la asimilación de las prácticas y lenguajes democráticos por parte de una tendencia conservadora dominante; en Cerutti, Horacio y Carlos Mondragón, *op. cit.*

Los años ochenta, en sus inicios, fueron, para los cubanos, momentos de auge económico. La política económica se regía por el modelo soviético. Por las calles habaneras es común escuchar decir que aquellos fueron tiempos de tranquilidad económica en los que el sueldo promedio alcanzaba para vivir bien.

Desde inicios de los ochenta se percibirá en América Latina la irrupción de la ola neoliberal con toda su carga de reconfiguración económica, geopolítica y cultural; sin embargo, para el caso cubano, será el inicio de los noventa cuando se viva la crudeza provocada por el derrumbamiento del campo socialista. Los ochenta terminaron dejando paso a una década que los cubanos guardarán en la memoria como uno de los momentos más difíciles de su historia reciente.

Decíamos que el periodo que va desde 1959 hasta los dos últimos años de la década del sesenta estuvo marcado por un gran dinamismo cultural. En poco tiempo, al mundo entero llegaron las imágenes de la Plaza de la Revolución repleta de rostros expectantes y comprometidos. ¿Quién podría ser indiferente ante esa imagen quijotesca que atrapó Alberto Korda en la que el sujeto principal que está en primer plano cobra mayor importancia por el fondo multitudinario que la acompaña? Esa fotografía tomada en 1959 da cuenta de un momento de enorme efervescencia social, de expectativa y esperanza por el futuro. Es reflejo también de un momento en el que una diversidad de movimientos se dieron cita en la historia con todo y sus diferencias políticas. Los cubanos iniciaron esos años cuestionando su pasado, reinventando las relaciones sociales e institucionales.

La sociedad hacía entonces esfuerzos extraordinarios por pensarse a sí misma, comprender sus cambios y sus permanencias, sus conflictos y sus proyectos, sus modos de transformarse, en medio de acciones colectivas, luchas violentas, enfrentamientos ideológicos, cambios en las creencias, conflictos desgarradores y tensiones muy abarcadoras. Los propios tiempos se transformaron. El presente se llenó de acontecimientos y las relaciones interpersonales y la cotidianidad se llenaron de revolución; el futuro se hizo mucho más dilatado en el tiempo pensable y fue convertido en proyecto; y el pasado fue reapropiado, descubierto o reformulado, y puesto en relación con el gran evento en curso.²⁷

²⁷ Fernando Martínez Heredia, *El ejercicio de pensar*, Ruth Casa Editorial-ICIC Juan Marinello, La Habana, Cuba, 2008, p. 15.

Siguiendo a Fernando Martínez Heredia, hay que poner atención a los procesos culturales previos a la revolución, ya que el dinamismo revolucionario no puede explicarse como si hubiese nacido por generación espontánea. Si de pensamiento social se hablara, habría que recordar todas aquellas disputas y empalmes entre el liberalismo, el patriotismo, el democratismo, el socialismo, por sólo mencionar algunos “ismos” que antes de la revolución animaron los más acalorados actos y debates políticos.

Volviendo a la primer etapa de la Revolución, esta gran diversidad cultural ya existente se enriqueció con un latinoamericanismo que tenía puesta la mirada y las esperanzas de emancipación continental en el proyecto cubano. Eran años de en los que Cuba era el epicentro latinoamericano. No hay ejemplo más claro de esto que la propia revista *Casa de las Américas*. Esa fue la década en la que se publicaron *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965) y anteriormente *Palabras a los intelectuales* (1961) en donde Fidel Castro decía:

La Revolución quiere que los artistas pongan el máximo esfuerzo en favor del pueblo. Quiere que pongan el máximo de interés y de esfuerzo en la obra revolucionaria. Y creemos que es una aspiración justa de la Revolución.

¿Quiere decir que vamos a decir aquí a la gente lo que tiene que escribir? No. Que cada cual escriba lo que quiera, y si lo que escribe no sirve, allá él. Si lo que pinta no sirve, allá él. Nosotros no le prohibimos a nadie que escriba sobre el tema que prefiera. Al contrario. Y que cada cual se exprese en la forma que estime pertinente y que exprese libremente la idea que desea expresar. Nosotros apreciaremos siempre su creación a través del prisma del cristal revolucionario.²⁸

Más allá de las divergencias y complicaciones entre la Cuba revolucionaria y la URSS en materia económica y política, los años sesenta fueron aquellos en los que se leía todo lo que del bloque socialista llegaba a manos de los cubanos. Están en ciernes los estudios sobre la recepción de ideas en este momento de la Revolución Cubana, el cual estuvo lejos de conformar un bloque interpretativo monolítico. Durante toda esta década lo mismo eran leídas múltiples ediciones de textos de Marx y Engels, como de Konstantínov o Nikitin²⁹ que representaban una corriente del pensamiento ruso que no puede

²⁸ Fidel Castro “Palabras a los intelectuales”, en Ministerio de Cultura, disponible en: <http://www.min.cult.cu/loader.php?sec=historia&cont=palabrasalosintelectuales>, (fecha de consulta: 22 de febrero de 2010).

²⁹ Apunta Fernando Martínez Heredia que existieron ciertos rasgos comunes en los textos teóricos de origen soviético: conformaban una mezcla no orgánica del viejo estalinismo, autoritario, clasificador, excluyente y modernizante; fundamentaban una política socialista que en muchos aspectos entraba en

ser puesta en el mismo lugar que las ideas de Gyorg Luckacs, las cuales también fueron difundidas. Asimismo circularon textos de Mao Tse Tung y Liu Shao Chi y del polaco Adam Schaff.³⁰

El marxismo fue asumido masivamente y se consideró que debía guiar al pensamiento, con la legitimidad que daba la Revolución. Pero dos preguntas aparecieron en seguida: el marxismo, ¿vendría a participar, a ayudar a la Revolución, o sería sólo un certificado que le expedían y una doctrina que ella aceptaba? ¿Y cuál marxismo asumiría la Revolución cubana? Es imprescindible que todos conozcamos la historia viva de cómo el pensamiento social cubano dio un enorme salto hacia adelante al asumir el marxismo, que tuvo consecuencias decisivas para su desarrollo; y también la historia viva de las dificultades y los conflictos, de los estudios y las polémicas, de las corrientes diferentes dentro del marxismo, a través de los cuales ese pensamiento social encontró su vitalidad y su forma y sus funciones cubanas.³¹

Además de la avidez con la que se leyeron textos provenientes del bloque soviético, fue importante la circulación en algunos espacios de textos de Antonio Gramsci, Herbert Marcuse, Perry Anderson, Louis Althusser, Roger Garaudy, Wriqth Mills, por mencionar algunos. Desde los primeros años de la década de los años sesenta, los teatros montaron varias de las obras de Bertold Brecht, uno de los autores que lograron plantear con maestría los dilemas intelectuales entre el pensamiento, la práctica y la sensibilidad.

Qué podemos decir del pensamiento latinoamericano ampliamente difundido en la época. Tan sólo al asomarse por los índices de *Casa de las Américas* puede verse el mosaico interminable de autores latinoamericanos difundidos en la isla. El texto de Graziella Pogolotti *Polémicas culturales de los sesenta*³² compila algunos de los debates de estos años cuyas motivaciones principales dan cuenta de un campo cultural dinámico, vivo y creativo.

Además de *Casa de las Américas*, existió una infinidad de proyectos que condensaron la complejidad cultural de la época en cuanto al pensamiento social se refiere. Un ejemplo paradigmático fue la publicación, entre 1967 y 1971, de la revista *Pensamiento crítico*, que tenía entre sus motivaciones

contradicción con la política cubana; elaboraba explicaciones a partir de modelos teóricos generales que excluían a los procesos históricos del llamado “Tercer Mundo”; difundía una postura coincidente con el positivismo que no ayudaba a formar un espíritu crítico sino a dogmatizar el pensamiento. Cfr. Fernando Martínez Heredia, *Op. cit.*, pp. 21-22.

³⁰ Rafael Hernández, “Sin urna de cristal. Notas al pensamiento cubano contemporáneo”, en: Rafael Hernández (comp.), *Sin urna de cristal. Pensamiento y cultura en Cuba contemporánea*, La Habana, Cuba, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura “Juan Marinello”, 2003, p. 14.

³¹ Fernando Martínez Heredia. *El ejercicio de pensar*, *op. cit.*, p. 23.

³² Graciela Pogolotti, *Polémicas culturales de los sesenta*, Letras cubanas, La Habana, Cuba, 2006.

principales editar un material que diera cierto orden y coherencia a ideas que estaban surgiendo al interior de la isla, a la vez que se difundían otras producidas en el extranjero, todo ello con el fin de ejercer un pensamiento revolucionario.

El editorial del primer número de *Pensamiento crítico* decía que su interés era incorporar a la investigación científica los problemas sociales de la Revolución cubana. Para un intelectual revolucionario que es revolucionario a secas, no tendría que ser difícil hacer coincidir su función de intelectual, en tanto creador y divulgador de conocimiento social, con la de revolucionario; bajo esta premisa surgió la revista *Pensamiento crítico*, que será una de las víctimas de la censura de los años setenta.³³

Otros proyectos importantes fueron las ediciones que coordinaron Ambrosio Fornet y Edmundo Desnoes en la editorial *Arte y Literatura*, las cuales pusieron al alcance de muchos obras fundamentales de la literatura universal; la publicación de la revista *Revolución y Cultura*, dirigida por Lisandro Otero, fue otro de los grandes proyectos que actualmente siguen publicándose.

Hacia 1972 surgió una publicación que desempeñó un importante papel en la difusión de traducciones de textos de crítica literaria. Según lo narra su fundador, Desiderio Navarro, *Criterios* nació como un intento de “contrarrestar el oscurantismo intelectual” que inició el llamado “Quinquenio Gris”.³⁴ Tal expresión hace referencia a una época en la que fue palpable un viraje en la política cultural. Para designar este periodo de censura y cerrazón intelectual que claramente contrastaba con los llamados “sesenta”, Ambrosio Fornet acuñó el término “Quinquenio Gris”, cuyo corte temporal queda enmarcado en el *pavonato*, es decir el periodo comprendido entre 1971 y 1975 en el que estuvo Luis Pavón Tamayo al frente del Consejo Nacional de Cultura.³⁵

³³ Fernando Martínez Heredia, *La crítica en tiempos de Revolución. Antología de textos de Pensamiento Crítico*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2010. p. 19.

³⁴ Desiderio Navarro “Introducción a *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión*”, en <http://www.criterios.es/pdf/navarrointrociclo.pdf>

³⁵ El 5 de enero de 2007, en el programa “Impronta” del canal de televisión “Cubavisión” apareció Luis Pavón Tamayo. Dicho programa, como su nombre lo indica, tenía como objeto hacer breves cápsulas sobre personalidades que hubiesen dejado una impronta en la cultura cubana. Luis Pavón Tamayo sin duda fue un personaje que dejó huella en la cultura cubana. Eso quedó demostrado con la inmediata indignación y revuelo que se despertó ni bien terminó la transmisión de aquel programa. El periodo en el que Pavón fue el director del Consejo Nacional de Cultura (1971- 1976) se le ha llamado “Pavonato” y está guardado en la memoria de muchos cubanos como aquel en el que se fortaleció una política de censura y cerrazón cultural que ya venía gestándose desde finales de los sesenta.

Como ya se dijo, los procesos culturales no se enmarcan en tiempos cortados con la precisión de un bisturí, pero es claro que desde la constitución de hechos históricos se pueden pensar los momentos de cambio; en el caso específico de Cuba, en 1968 existió una ruptura en las redes intelectuales que habían cobijado desde el exterior la causa cubana; para 1971 era claro que había una disputa en torno a las concepciones sobre los vínculos entre la política y la cultura.

En abril de ese año se celebrará el criticado Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, que tendrá como una de sus consecuencias la asunción de Pavón al Consejo Nacional de Cultura. En septiembre de ese mismo año, la revista *Casa de las Américas* proponía una visión más plural en torno a la cultura y la política, aunque algunas de las políticas institucionales dominantes y hegemónicas de los setenta impactaron, de una forma heterogénea, a la revista cubana. *Sobre cultura y revolución* será el encabezado del número 68, en el que Roberto Fernández Retamar publicará su ensayo *Caliban* como una propuesta para leer la cultura latinoamericana y el trabajo intelectual.

Para fines de la presente investigación es más pertinente pensar en una temporalidad de mayor amplitud y con cortes menos abruptos; interesan más los empalmes que las rupturas drásticas. Se asume el poder explicativo del término Quinquenio Gris para denotar ese momento de institucionalización de una política cultural, pero se considera necesario hacer un corte temporal más amplio, dado que las prácticas culturales no se modifican en el instante en el que llega un político con una visión distinta a ocupar la silla de otro.

En este caso, en 1976 se creó el Ministerio de Cultura, impulsando un viraje en la política cultural del Estado cubano cuyos frutos se verán con mayor nitidez al iniciar la década de los ochenta. Fue Armando Hart quien tomó el

En esta página de internet está compendiada una gran cantidad de correos electrónicos y cartas que circularon a raíz de la aparición televisiva de Pavón: “Polémica intelectual. Consenso desde Cuba”, disponible en: http://www.desdecuba.com/polemica/articulos/25_01.shtml, (fecha de consulta: 5 de noviembre de 2009).

Entre enero y mayo de 2007 se llevó a cabo el ciclo “La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión” en el Centro Teórico- Cultural Criterios. Todas las ponencias se pueden consultar en la página: <http://www.criterios.es/cicloquinqueniogris.htm>

A partir de 2007 se inició una fructífera reflexión sobre la censura, la represión y el acallamiento en la cultura cubana. Desde entonces y hasta la fecha, se han debatido públicamente temas a los que antes se les rehuía por miedo, por autocensura.

cargo de dicho ministerio desde su inicio hasta 1997. Armando Hart había estado vinculado a la organización político- militar llamada Movimiento 26 de julio, que fue uno de los pilares de la Revolución Cubana. Hart también participó, al inicio de la revolución, organizado las campañas de alfabetización que lograron bajar los índices de analfabetismo a cifras sin parangón en la historia de América Latina.

Durante los años comprendidos en esta investigación será evidente que en Cuba seguían en pugna diferentes versiones de concepción y práctica del socialismo. Sin que pueda reducirse a un esquema simple la conceptualización de estas concepciones, a grandes rasgos podemos decir que una de las posturas dominantes fue la que se alineó a los lineamientos soviéticos no sólo en materia de política económica sino cultural y social, otra tributaba a un socialismo de otra índole, más guevarista, latinoamericanista, tercermundista.

Los vaivenes en la política cultural cubana no sólo se relacionaban con los cambios institucionales internos; Cuba era profundamente dependiente del campo socialista, de tal suerte que después de lidiar con el pavonato y su epílogo, los cubanos tendrían que enfrentarse con un nuevo contexto internacional perfilado con el fin de la Guerra Fría.

A partir de 1985 se evidenciaron errores cometidos en el sistema político y económico cubano con respecto a las relaciones que habían tenido con otros modelos de socialismo, sobre todo el soviético. Fue así que en 1985 se inició el llamado “Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas”, que buscaba dar un cambio de timón a las prácticas que habían alejado a la revolución de un ejercicio cotidiano y común de aquellas prácticas que eran fundamentales para que la revolución siguiera viva.³⁶ Los años de la zafra de los 10 millones perfilaron un carácter mono-exportador de Cuba que ya para principios de los ochenta estaba haciendo agua.³⁷ Se tenía que desmontar también un sistema burocratizado y la subvención sistemática de empresas con

³⁶ Con el llamado “Proceso de rectificación de errores y tendencias negativas”, se nombra al proceso de revisión y cambio de la política económica seguida por Cuba hasta mediados de los ochenta, esto en un contexto mundial en el que ya se perfilaba un viraje hacia el capitalismo en los países socialistas.

³⁷ El 14 de julio de 1969, Fidel Castro pronunció un discurso en el que se decretaba el inicio de la zafra de los 10 millones que tenía como objetivo mejorar la situación económica del país. Aumentando la producción de azúcar se pensó llegar a producir 10 millones de toneladas de azúcar que serían vendidas a países socialistas. Al final se llegó a la cifra, de todas formas extraordinaria, de un poco más de ocho millones de toneladas. Véase el discurso de Fidel Castro pronunciado el 14 de julio de 1969 y el del 26 de julio de 1970.

déficit.

En 1985, había 2,5% de funcionarios más que en 1971 (1%). El fondo de esta burocratización se basa en un cambio de mentalidad: la creatividad y la capacidad de iniciativa de los seres humanos, lo máspreciado que tiene Cuba, se verán frenadas, cuando ellas favorecen que cada uno se sienta realizado dentro de la sociedad. Esta burocratización, y lo que ella supone como rotura y atomización del pensamiento social, impidió toda reflexión sobre nuestros problemas y también sobre nuestro proyecto.

Ella provocó que el entusiasmo decayera y que se sustituyera por fórmulas rituales. Que la lengua se vaciara de contenido. Todo este proceso de deterioro prosiguió durante la segunda etapa.³⁸

Como consecuencia de un periodo de estancamiento económico (1986-1989), de la caída del Bloque Soviético, la disolución del CAME (Consejo de Ayuda Mutua Económica) y de los virajes socioculturales a los que hemos hecho referencia, iniciará el Periodo Especial en tiempos de Paz, el cual fue una propuesta de salida o estrategia de resistencia del gobierno cubano a la profunda crisis que azotó a la isla caribeña.

En un debate reciente sobre el Periodo Especial, la investigadora cubana Mayra Espina argumentaba que, más allá de las diferentes visiones económicas para caracterizar la crisis que inició en los noventa, es indispensable hablar del problema en términos más amplios, en dónde los cambios sociales queden incluidos. Desde la segunda mitad de los años ochenta comenzó a ser evidente que el modelo de sociedad de Cuba estaba en crisis, “sostenido por un ideal de igualación u homogeneización un poco artificial, pues no estaba sustentado en un basamento económico sólido e ignoraba nuestra diversidad social real y los problemas de equidad subyacentes, no solucionados, que estallaron después, en la reproducción de las desigualdades —de género, de raza, de territorios”.³⁹

Como los campesinos que logran percibir el cambio en el olor de la tierra cuando se avecina una tormenta, muchos de los artistas, intelectuales y pensadores cubanos supieron ver que venían tiempos de cambio y que era apremiante pensar, crear, debatir. No en balde, y sobre todo en la segunda mitad de los ochenta, se comenzaron a realizar estudios que dieron cuenta de la existencia del mito de la unanimidad y homogeneidad, y sumaron voces para

³⁸ Entrevista a Fernando Martínez Heredia, “Cuba, cincuenta años de revolución, nuestra edición especial”, en <http://www.humanite-en-espanol.com/spip.php?article165>

³⁹ Mayra Espina, “El periodo especial veinte años después”, en *Temas*, número 65, enero-marzo 2011.

que éste no fuese una forma dominante de explicación sobre lo cubano revolucionario.

No sería aventurado decir que desde finales de la década de los años noventa se vislumbraba un cambio que, conforme pasa el tiempo, puede apreciarse con mayor nitidez; difícil es configurar con exactitud la potencialidad contenida en lo nuevo. Sin embargo es claro que las formas de pensar en, desde y sobre Cuba, están cambiando vertiginosamente y que si algo no puede eludirse en cualquier reflexión es la vuelta constante al pasado, a la historia del pensamiento y las prácticas culturales de un país en el que su entramado cultural le dio a la historia del socialismo una práctica distinta.

5. Argentina en los ochenta, una breve perspectiva

En la década de los años setenta se logró distinguir con mayor claridad un proceso que se venía gestando desde tiempo antes: el nacimiento de la llamada “Nueva izquierda”.⁴⁰ Con este concepto amplio y no falto de ambigüedad, se nombró a aquellos grupos que, por una parte, no se sentían representados por las organizaciones de la izquierda tradicional, el Partido Comunista en particular, y por otra, a grupos que reinterpretaron al peronismo considerándolo no una versión criolla de los fascismos europeos y sí “un movimiento de masas de seductores ribetes antiimperialistas”.⁴¹

La revolución cubana, la amplia lectura de textos de Jean Paul Sartre, el regreso a la obra de Roberto Arlt, la teoría de la dependencia, la ola latinoamericanista, el *boom* de la novela latinoamericana, son algunos de los entretelones de los sesenta que explican los setenta. Además, existió una característica que se puede hacer extensible a varios otros lugares aunque la cita se refiera específicamente al caso argentino:

Un escritor no necesariamente es un intelectual, un intelectual no necesariamente es un político, un político no necesariamente es un revolucionario. Si llegó a haber una simbiosis entre el primero y el último de los términos de la serie es porque los setenta se caracterizaron precisamente por

⁴⁰ Cfr. José Luis de Diego, *op. cit.*, p. 25.

⁴¹ *Ibidem.*

una supresión casi total de las mediaciones entre campo literario y campo político.⁴²

No será tema de estas líneas discutir sobre la pertinencia o no de la propuesta bourdieana de usar la noción de “campo intelectual” para conceptualizar a los intelectuales y sus múltiples relaciones. Es claro que dicho concepto, tal como el mismo Bourdieu lo advierte, sirve para nombrar un papel y estatus del intelectual relacionado con formas específicas de autonomía del propio campo respecto a otros. Los pensadores de lo social también suprimieron muchas de las mediaciones entre el quehacer cultural y el quehacer político.

En América Latina, desde que se visibilizaron los procesos de profesionalización de la escritura y del trabajo intelectual, las relaciones entre política y cultura serán estrechas, confusas, dificultosas, contradictorias, pasionales. Dirá Claudia Gilman que la gimnasia característica del escritor moderno fue la disidencia, aquella que se teje frente al autoritarismo, la injusticia, la opresión; palabras que la historia latinoamericana ha colmado de realidad.⁴³

Justo con el triunfo de la Revolución cubana esta relación tuvo que cambiar porque el escritor y/o intelectual necesitó bordarse desde una nueva relación con los espacios de poder en donde ser disidente era ser contrarrevolucionario. Para pensar el inicio de los años ochenta en Argentina y la posdictadura, habría que considerar que uno de los aspectos que definieron la práctica intelectual fue precisamente la dificultad para concebir y visibilizar los límites y alcances del ejercicio crítico disidente.

En el caso argentino, el ejercicio de pensar y escribir en los setenta se identificó como una práctica absolutamente disidente del poder ejercido por el régimen autoritario. Se escribiese desde donde se escribiese, pensase desde donde se pensase, existía un consenso desde “las izquierdas” de levantar la voz en contra de la dictadura.

El fin de la dictadura, el vuelco a las urnas como forma de elección política, modificará la relación entre poder, política y cultura en Argentina. Es por ello que se explica una atinada observación de José Luis de Diego en torno

⁴² *Op. cit.*, p. 27

⁴³ Claudia Gilman, “Las literaturas de la política en Cuba”, en Cristian de Paepe y otros, *Literatura y poder*, Leuven University Press, Bélgica, 1995, p. 153.

a las diferencias entre los debates entre la izquierda argentina. Si durante los años setenta se debatía apasionadamente sobre la responsabilidad que en aquel presente tenía el escritor para modificar el futuro inmediato, en los ochenta será el pasado lo que empieza a discutirse con gran pasión.⁴⁴

Sin embargo, como la historia no se divide en décadas similares a ladrillos, esto es válido más para la primera parte de la década. Ya al final de los ochenta, cuando van emergiendo los límites de la democracia no visibilizados en un principio, la crítica y el debate retornan al futuro como un lugar de pendientes, la utopía vuelve a estar en el vocabulario intelectual.

Para comprender esos virajes, habremos de hilar un tanto más fino y no ver a los años ochenta sólo como la vuelta a la democracia después de un régimen dictatorial; en esos años una pluralidad de sucesos nos arroja explicaciones para mirar el camino que estamos por transitar.

La historia larga en la que se escribe el periodo abordado en esta investigación puede pensarse como la de las oscilaciones o como un giro de 360°, que por supuesto no regresa del todo al punto inicial, pero pone el énfasis en ciertas recurrencias de la sociedad argentina. Algunas ideas fundamentales en la historia reciente argentina ofrecen la pauta para pensarla de esta manera. Una de ellas es la democracia, y con ella el autoritarismo, los derechos humanos, la ciudadanía, entre otros conceptos de la ciencia política y la teorización liberal del Estado.

Políticamente, este giro no va sólo de la democracia a la dictadura y de regreso (oscilación constante en la historia inmediata previa argentina) sino de un peronismo a otro, pasando por el periodo de la Junta militar y un breve gobierno radical, durante los años ochenta.

Antes de la caída y exilio de Perón en 1955, el doble carácter del peronismo ya se había hecho notar, y sus oscilaciones entre distintos sectores sociales hicieron crisis luego de la muerte de Eva Perón.⁴⁵

Entonces, un golpe militar colocó en el poder al general Eduardo Lonardi e inmediatamente después al general Pedro Eugenio Arámburu, quien luego de las elecciones de 1952 entregó la presidencia al radical Arturo Frondizi, pero éste fue depuesto una vez más por las Fuerzas armadas y

⁴⁴ José Luis de Diego, *Op. cit.*, p. 123.

⁴⁵ José Luis Romero, *Breve historia de la Argentina*, FCE, Buenos Aires, 2004, p. 163.

sustituido por José María Guido en 1962. Un año después, nuevas elecciones designan presidente a Arturo Illia. Pero en 1966 es depuesto por los militares. Asumió Juan Carlos Onganía, apoyado también por sindicalistas y otros sectores, a los que pronto subordinó, pero no sin encontrar una resistencia que creció en movilizaciones populares y organizaciones guerrilleras, estallidos sociales y la toma de la ciudad de Córdoba por dos años. “Aquel movimiento, el llamado ‘Cordobazo’, hirió de muerte al gobierno de Onganía”.⁴⁶ Después el ejército colocó al general Lévingston y luego al general Lanusse.

Mientras, Perón acumulaba fuerzas desde España, y en 1973 su regreso es operado mediante la elección de Héctor Cámpora, en torno a cuya presidencia se aglutinaron diversas organizaciones de izquierda como Montoneros y la Juventud Peronista, que conformaron el peronismo de izquierda, mientras que otros sectores desplegaron posiciones

tradicionales en el peronismo, decididamente adversas a las ideas de izquierda. Ambos sectores compitieron por el poder y por el control de las movilizaciones callejeras, y ambos recurrieron a la violencia, al terrorismo y al asesinato. Fue claro que Perón, quien en su anterior lucha con los militares había respaldado a los jóvenes, repudiaba ahora su forma de acción, sus consignas y propósitos, se inclinaba por los sectores más tradicionales del partido y se ocupaba de desalojar a los sectores juveniles de posiciones de poder.⁴⁷

Lo anterior se replicó simbólicamente en un acto público, el 1º de mayo de 1974, en el que Perón los denostó y ellos abandonaron la plaza. El “peronismo sin Perón” se había ido conformando desde la década anterior, especialmente en el sector sindical.

En ese momento el líder en el exilio logró conservar la hegemonía dentro del movimiento. Pero, tras su muerte, en junio de 1974, y asumida la presidencia por María Estela (Isabel) Martínez de Perón, el enfrentamiento con opositores, activistas, intelectuales y organizaciones guerrilleras, sucedió de manera violenta y clandestina. “Poco después, la crisis económica y política combinadas creaban las condiciones para que las Fuerzas Armadas desplazaran a la presidenta y se hicieran cargo del poder, sin oposición y hasta con el consentimiento de la mayoría de la población”.⁴⁸

⁴⁶ *Op. cit.*, p. 179.

⁴⁷ *Op. cit.*, p. 185.

⁴⁸ *Op. cit.*, p. 187.

El 24 de marzo de 1976 vuelven los militares. La Junta militar, formada por las “Tres Armas” designa presidente al general Jorge Rafael Videla, quien en 1981 es remplazado por el general Roberto Marcelo Viola, a quien a finales de ese año lo remplaza Leopoldo Fortunato Galtieri.

El 2 de abril de 1982 Galtieri ocupó militarmente las Islas Malvinas y desató, aparte del ánimo chauvinista y belicista cultivado por los sectores nacionalistas de la sociedad argentina, una guerra en la que las fuerzas armadas no sólo fueron derrotadas militarmente por Gran Bretaña sino que entraron en una profunda crisis, que derivó en la designación presidencial de Reynaldo Bignone, sólo para que un año después hubiera elecciones nuevamente. En octubre de 1983, la Unión Cívica Radical (UCR) vuelve al poder con Raúl Alfonsín.

A diferencia de la mayoría de los políticos, Alfonsín se había mantenido lejos de los militares, y no había apoyado la aventura de Malvinas. Reunió en torno suyo un grupo de activos dirigentes juveniles, provenientes de la militancia universitaria y también un grupo de intelectuales que le dio a sus propuestas un tono moderno y renovador que faltaba en otras fuerzas políticas.⁴⁹

Entonces se impuso el reclamo de justicia a los militares. Una primera salida política fue la ley conocida como de Punto final, cuyo fracaso se expresó en el levantamiento de un grupo de militares a los que se conoce como “carapintadas”. La movilización militar suscitó un rechazo popular generalizado, la negativa del ejército para reprimirlos y una negociación con Alfonsín, de la que resulta la Ley de Obediencia debida. Ésta, al contrario de la de Punto final, exculpaba a los oficiales que participaron en la represión durante la dictadura.

Una vez más, la hiperinflación, a la que se sumaron las fracturas del ejército, agravadas por nuevas acciones de los carapintadas, la movilización sindical, la alianza del presidente con los empresarios y más tarde el boicot de éstos, pusieron al gobierno contra la pared, y después de las elecciones de mayo de 1989, en las que el regreso del peronismo no estuvo dirigido por aquella corriente de izquierda al interior del justicialismo, Alfonsín tuvo que entregar el poder seis meses antes de haber concluido su periodo.

El regreso del peronismo fue también el del líder carismático, encarnado ahora en Carlos Saúl Menem; así como el regreso de la dirección

⁴⁹ *Op. cit.*, p. 194.

unidireccional del movimiento y el presidencialismo, expresado en los decretos de Necesidad y Urgencia. Dichos decretos permitieron a Menem pasar sobre el Congreso. Una Corte Suprema subordinada a la Presidencia, una comunicación centrada en la propaganda y la farándula, relaciones renovadas con la iglesia y el ejército, a cuyos jefes Menem indultó por las atrocidades de la dictadura, y la posibilidad de reelección del presidente, serían otras características de la nueva etapa.

Así, en 1995 Menem se reeligió con más del 50% de los votos, sólo para dirigir un segundo periodo en el que la economía caería estrepitosamente y los efectos de las políticas neoliberales comenzarían a generar un gran descontento.

Económicamente, las oscilaciones en este periodo fueron de una debacle hiperinflacionaria a otra, de una alianza gobierno-empresarial a otra y de un ajuste económico a otro. Si la inflación pudo ser uno de los efectos de la política de altos salarios durante el primer mandato de Perón⁵⁰ esto no cambiaría por ejemplo con Frondizi, quien en 1958 tuvo que aplicar el Plan de Estabilización y desarrollo, ni con Guido, quien tuvo que devaluar la moneda; ni en el segundo periodo peronista, cuando Celestino Rodrigo, ministro de Economía del gobierno de Isabel Perón, volvió a devaluar y aumentó tarifas públicas, como parte de un plan de ajuste económico conocido como “Rodrigazo”.

Si desde Aramburu se venía girando hacia el liberalismo y contra el intervencionismo (a pesar de que en ese momento el economista Raúl Prebisch sugiriera lo contrario) con el golpe militar de 1976 vino un decidido énfasis en el mercado. “También debería reducirse la industria nacional, orientada al mercado interno y tradicionalmente protegida por el Estado, y con ella los poderosos sindicatos industriales”.⁵¹ Se rompía por fin una tendencia económica que había tenido mucha fuerza entre 1930 y 1945, pero que no sería sino hasta la llegada de la Junta militar y su Proceso de reorganización nacional que se cambiará de tajo.

Fue mucho tiempo después que se pudo comprender éste como un cambio que forma parte de una tendencia mundial de profunda transformación

⁵⁰ *Op. cit.*, p. 159.

⁵¹ *Op. cit.*, p. 189.

no sólo económica o política, sino social y cultural, llamado neoliberalismo, y que transige todos los límites de lo cotidiano, las subjetividades y los cuerpos, lo material y lo intangible.

Si en 1974 el diez por ciento más rico tenía ingresos 12 veces mayores que el diez por ciento más pobre y concentraban el 27% de la riqueza, para 1989 esta cifra había alcanzado casi los 42 puntos porcentuales. En el penúltimo año del gobierno de Alfonsín la inflación pasó de 175% a 338%, y en el último, el golpe de los grandes grupos económicos terminó de derrumbar la economía argentina.

Durante el periodo menemista, al regreso del peronismo, hubo un primer momento de estabilidad económica, un auge que sólo colocó al país en un peldaño más alto desde donde iría a caer súbitamente pocos años después. El gobierno de Menem aprobó las leyes de Emergencia económica y Reforma del Estado; aplicó con toda fuerza la política que el ministro Martínez de Hoz había comenzado en 1976 privatizando las empresas nacionales, comenzando por la telefónica Entel y siguiendo con empresas tan fundamentales como Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), pero esto no fue suficiente para solucionar el déficit fiscal, de forma que en 1991 creó la ley de Convertibilidad, que igualó al peso argentino con el dólar.

Aunque en un primer momento fue posible contener el crecimiento de las franjas de pobreza, luego hubo que implementar cada vez más medidas como la distribución de alimentos, proyectos sociales y emergencia ocupacional. Entre 1991 (cuando se cambiaron las leyes laborales) y 1993 la reducción del empleo afectó a más de cien mil trabajadores del Estado.⁵²

El derrumbe del Estado se acompañaba de la primacía de lo económico sobre lo político, de una “democracia presidencialista fuertemente decisionista”, y de un consenso neoliberal que ocultaría las demandas económicas tras las de democratización y depuración de las instituciones.⁵³ Esto se vería reflejado, por ejemplo, en las propuestas de la centro izquierda, representada en 1993-94 por el Frente grande y el Frente por un país solidario (FREPASO).

Los sectores conservadores habían dejado su tradicional tendencia a

⁵² Maristella Svampa, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Buenos Aires, 2005, pp. 38 y 40.

⁵³ *Op. cit.*, pp. 53 a 55

apoyarse en los militares para canalizar sus intereses, pues encontraron la posibilidad de colonizar los grandes partidos políticos. El Partido Justicialista por su cuenta, rompió su alianza con el sector corporativo sindical, pues el mundo del trabajo sufría una de las transformaciones más radicales, por ejemplo en su relación con el Estado, lo que afianzó la hegemonía de los grupos económicos más poderosos.

Todo esto ayudó a romper los lazos sociales y a crear un tipo de ciudadanía patrimonialista, individualista y excluyente, en donde cobró centralidad el consumidor antes que el ciudadano. La experiencia traumática de la hiperinflación puso sobre la mesa la demanda de la estabilidad y, combinada con todas las demás transformaciones económicas y políticas, dio prioridad también a la de la seguridad.

Los derechos humanos y el reclamo por la justicia se colocaron también en el centro del discurso social. Las organizaciones que habían surgido durante la dictadura tuvieron gran importancia en el periodo inmediatamente posterior, ayudaron a instalar estas ideas de manera definitiva, y un “sentido común democrático”,⁵⁴ aunque la “desilusión democrática” significó también un escepticismo político que daría paso al ciudadano consumidor.

El discurso gubernamental en el último periodo, de Menem a Kirchner, repitió la misma fórmula en busca de una refundación de la identidad nacional. Todos criticaron a sus predecesores inmediatos y prometieron un país distinto, un país “serio y normal”.⁵⁵

Por otra parte, el discurso y la práctica social y política de una diversidad de actores fueron, desde finales de los años ochenta, tan infinitos como la realidad misma. Desde entonces y hasta ahora, lo que se han ido trazando son los caminos para poder llegar a poner un freno al tren neoliberal que amenaza al planeta entero y a todos los seres vivos que en él habitamos. En Cuba y Argentina, en México, Chile y Bolivia, también en Belice y Costa Rica, pudiendo seguir con cualquier combinación de países, estamos viviendo un momento histórico en el que es urgente visitar y encontrarse críticamente con el pasado. Ahí están los hilos que se tejen entre un “nosotros” amplio; ahí están la

⁵⁴ Marcos Novaro y Vicente Palermo (comps) *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires, 2004, p. 19.

⁵⁵ *Op. cit.*, p. 259.

sabiduría y el conocimiento para reactivar un pensamiento social crítico que debe pertenecer a todos. En la conciencia de ese pasado que se continúa o se interrumpe en el presente, también está la clave para pensar en ese “nosotros” que incluye a las generaciones venideras a las que tenemos que heredar el derecho de forjar su propio futuro.

Los siguientes textos son un acercamiento a las páginas de *Casa de las Américas* y *Punto de Vista* no desde quien mira con nostalgia el pasado o de quien juzga y enjuicia olvidando ese pasado que está continuándose en el presente. *Casa de las Américas* fue un referente cultural para toda América Latina, sus páginas merecen seguir vivas, aleteando en la memoria histórica del continente y el mundo justamente porque ellas, con todo y sus contradicciones, sostuvieron la idea de que el futuro podía ser distinto. *Punto de Vista* constituye un documento elaborado por intelectuales artífices que pusieron un gran empeño en hacer una revista reflexiva cuyas páginas reflejaran un trabajo intelectual constante y profundamente crítico. Hoy se extrañan esfuerzos por trabajar el pensamiento de esa manera.

Un documento sólo vive cuando se le cuestiona, cuando se mira como documento de cultura y barbarie, cuando el cuestionamiento desde un presente permite que los seres humanos se apropien de su historia y sean sujetos artífices de su futuro. El artificio es el arte, el ingenio, el primor o la habilidad con los que algo está hecho. En este presente si algo está en crisis es la conciencia de la cualidad del ser humano de ser artífice; de crear algo con ingenio, primor, destreza y habilidad, con arte.

Hoy día sería deseable que “superáramos” críticamente aquellos aspectos del pasado de los que queremos deshacernos; pero también sería deseable que recuperáramos ánimos extraviados. Uno de ellos tiene que ver con reencontrarse históricamente con aquellos que apasionadamente objetivaron el pensamiento, por ser artífices de nuevas formas para transmitir el conocimiento. Durante todo el siglo xx la revista cultural fue un artificio, una apuesta intelectual que vinculó al pensamiento con el hacer, con la técnica.

Capítulo II
La revista como artificio.
Hechura de *Casa de las Américas* y *Punto de Vista*

1. Los nacimientos

1.1. Una casa para las Américas

Un año después del triunfo de la Revolución, en julio de 1960, saldría a la luz el primer número de *Casa de las Américas*; sus páginas guardan memorias sobre la cultura y la política latinoamericanas de la segunda mitad del siglo xx y lo

que va del *xxi*. Sin perder de vista sus orígenes, la revista cubana sigue publicándose bajo el cobijo de la misma institución que la vio nacer aquel verano de 1960.

Casa de las Américas rebasó ya el cincuentenario, su historia constituye un importante acervo documental para aquellos que busquen mirar y mirarse en el entramado político y cultural latinoamericano de la segunda mitad del siglo *xx* y la fracción breve del *xxi* que ya ha trascurrido.

La revista cubana surgió como una extensión en tinta y papel de la Casa de las Américas, y que a poco tiempo de su creación logró posicionarse como el espacio que facilitaba el diálogo entre la intelectualidad mundial, principalmente de América Latina, y el régimen emanado de la revolución cubana.

La institución, Casa de las Américas, se creó a los cuatro meses del triunfo de la revolución y fue dirigida por Haydée Santamaría, fundadora del Movimiento 26 de julio, participante del asalto al cuartel Moncada en 1953 y una de las mujeres emblemáticas de la Revolución cubana. Su forma de pensar la política y lo político será indispensable para entender el carácter que fue tomando la revista.

Sin tener un proyecto cultural nítido, el equipo que le dio vitalidad a la revista *Casa de las Américas* materializó con exposiciones, premios, conferencias y con la propia revista, la idea general de crear un espacio de encuentro entre lo latinoamericano, lo cubano y la Revolución, así como un lugar de enunciación desde América Latina. El nombre de *Casa* aducía justamente a la idea de construir articulaciones artísticas e intelectuales desde la Cuba revolucionaria, en la que se reivindicara una forma particular de imaginar, construir y ejercer la identidad latinoamericana. Una *Casa* como punto de partida común, como lugar en el que habitan personas con un origen compartido o como espacio que acoge ideales diversos; una *Casa de las Américas*, enunciando así la multiplicidad contenida en el continente americano.

Casa de las Américas se creó a iniciativa de Antón Arrufat y Fausto Masó. En el texto de presentación de la revista, titulado *¿Cómo haremos?*, se colocaron palabras que fungieron como los ejes rectores de la publicación: revolución, utopía, esperanza, transformación, América y pueblo. Todos estos

conceptos estarían presentes explícita o implícitamente en la gran mayoría de los textos publicados por la revista cubana. *Casa de las Américas* concebiría a la literatura como una “aventura” para transformar la realidad haciendo confluír la política y la cultura.

El éxito de *Casa de las Américas* fue casi inmediato: si en un inicio se tiraron 2,000 ejemplares, para 1962 esta cifra se duplicó; en 1965 subió a 9,000; durante la década de 1970 se incrementó a 12,000 ejemplares, y a 15,000 en los años ochenta.⁵⁶

Para fines de esta investigación se ha indagado en un periodo de la revista cubana en el cual hay un vacío bibliográfico que se extraña, dados los importantes virajes ideológicos, políticos y culturales en la década de los ochenta, de los cuales *Casa de las Américas* dio cuenta. Se estudiará el periodo que va desde el inicio de los años ochenta hasta los números inmediatamente posteriores a 1989, año simbólicamente emblemático por la caída del Muro de Berlín.

En la etapa analizada hubo un cambio paulatino de la red de colaboradores y la revista comenzó a percibirse como una publicación con una presencia en el espacio público significativamente menor al *boom* de años anteriores.

En los primeros años de la década del setenta, la isla caribeña tuvo un acercamiento mayor con la Unión Soviética y con otros países socialistas. Dicho acercamiento, que se tradujo en la implantación de modelos económicos y sociales distintos, no gustó a muchos de los antiguos colaboradores de la revista, por lo que se generaría un reordenamiento en la antigua red intelectual cercana a *Casa de las Américas*.

Otro acontecimiento que repercutió en la producción de la revista cubana fue el triunfo de la revolución sandinista, en julio de 1979, que replanteó el lugar de la utopía revolucionaria y le dio un giro al pensamiento intelectual latinoamericano. En este momento se percibe con mucha mayor claridad una nueva etapa de la revista *Casa de las Américas*. En 1981 se convoca al Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos, celebrado en la

⁵⁶ Nadia Lie, *Transición y transacción. La revista cubana Casa de las Américas* (1960–1976), Bélgica, Ediciones Hispamérica, 1996, p. 24.

ciudad de La Habana y cuyas memorias serán publicadas en el número 129 de la revista cubana.

Este número constituye un punto de partida para indagar acerca del viraje en las reflexiones sobre el papel de los intelectuales latinoamericanos, en un momento en que parecía renacer la utopía revolucionaria. Como cierre temporal se tomó el último año de la década de los ochenta y el primero de la del noventa, cuando cae el bloque soviético, los sandinistas son derrotados en las urnas y comienza el Periodo especial cubano, con el recrudecimiento del bloqueo económico de Estados Unidos sobre el pueblo de Cuba.⁵⁷ Todos estos acontecimientos llevaron incluso a modificar de forma importante la materialidad y tiraje de la revista. El número 184, concerniente a julio-septiembre de 1991, será el último de los números a los que haremos referencia formalmente en el caso de Cuba. En la materialidad de este ejemplar, en la falta de color en la que se nota a primera vista el necesario ahorro de tinta que se tenía que hacer, es tangible el Periodo Especial que en 1991 y 1992 pasó por su etapa más dura.

Muchos son los intelectuales, escritores y políticos que han firmado textos publicados en *Casa de las Américas* desde sus inicios y hasta la actualidad. Durante los ochenta podríamos hacer la mención de varios autores para dar cuenta de la pluralidad de voces y perspectivas que se daban cita en sus páginas: Roberto Fernández Retamar, quien fungió como director de la publicación la mayor parte del tiempo que se aborda en la investigación, Julio Cortázar, Antonio Cándido, Adolfo Sánchez Vázquez, Florestán Fernandes, Eduardo Galeano, Paulo Freire, Cintio Vitier, Tomás Borge, Roberto Bolaño, Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Thiago de Mello, Pedro de Oraá, Eliseo Diego, Ariel Dorfman, Alex Fleites, Jean Franco, García Marruz, Mario Benedetti, Frei Betto, García Márquez, Pablo González Casanova., Manuel Galich, Jorge Enrique Adoum, Claribel Alegría, Antón Arrufat, Miguel Barnet, Gioconda Belli, Luis Britto García, Alfredo Bryce Echenique, Emilio de Armas, Adelaida de Juan, Ariel Dorfman, Armando Hart, Raúl Hernández Novás,

⁵⁷ En 1991 inició una profunda crisis económica en Cuba a raíz del colapso de la Unión Soviética y del COMECON (Consejo de Ayuda Mutua Económica), el cual era una organización de cooperación económica formada por países del bloque socialista y que buscaba oponerse a los planes geo-económicos de las organizaciones capitalistas. En 1992 Estados Unidos legalizó el embargo comercial, económico y financiero en contra de Cuba, lo cual recrudeció la crisis económica en la isla caribeña.

Reynaldo González, Nancy Morejón, Carlos Montemayor, Volodia Teitelboim. Este listado abarca sólo una pequeña parte del índice total de los autores publicados en esa época, pero da cuenta del mosaico que constituía la revista cubana.

Fue esta multiplicidad de nombres propios, la cantidad de papel y tinta, y las propias condiciones materiales de investigación que hicieron que la decantación de textos elegidos para reflexionar sobre las concepciones que sobre sí mismos tuvieron los intelectuales cubanos, fuese, en principio, más complicada que para el caso de *Punto de Vista*.

Para el estudio de la revista cubana no se tuvo la comodidad de contar con un disco compacto en el que estuvieran contenidas todas y cada una de las páginas de la revista. Fue una larga base de datos construida artesanalmente la que ayudó a decantar los textos pertinentes.

¿Cuáles fueron los colaboradores recurrentes en *Casa de las Américas?*, ¿qué diferentes posturas políticas y estéticas dentro del campo cultural cubano se dieron cita en sus páginas? Estas dos preguntas fueron las que definieron ese “orden”, que en ocasiones se revelaba como una empresa imposible de alcanzar. Seguramente en el camino quedaron páginas fundamentales que enriquecerían este andar o que harían tambalear el orden aquí propuesto. Sin embargo, los textos decantados son indicios para proseguir un camino de investigación sobre la heterogeneidad política y cultural de Cuba después de la revolución del 59, el cual, como se ha mencionado, tiene la difícil tarea de luchar contra la puesta en práctica del mito de la unanimidad y el monocromo político.

Pensar la pluralidad, los roces, fracturas, grietas, pero también las uniones, fortalezas y consensos, será lo que mantendrá vivo un pensamiento crítico en, desde y/o sobre Cuba. Sin la crítica oportuna y el discernimiento constante, cualquier revolución está condenada a traicionarse a sí misma.

Los autores y textos indiciarios decantados serán un número mayor que en la revista *Punto de Vista*. Esto se debe a las propias características de *Casa de las Américas* que, como ya se dijo, publicó muchísimos más nombres propios que la revista argentina.

2. Tener un punto de vista

Con un diseño sobrio y una portada con una sugerente ilustración del artista belga Jean-Michel *Folon*, en marzo de 1978 apareció el primer número de *Punto de Vista*. Ese número materializó ideas sueltas de personalidades intelectuales a las que les urgía hacer algo en y a pesar de la dictadura. Entonces Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia, que ya se conocían de haber compartido la experiencia de publicar en la revista *Los Libros* y de militar en un partido maoísta (tendencia que abandonarán justo al tiempo que publican *Punto de Vista*), armaron una nueva revista que, en su primer etapa, coincidente con un momento muy duro de la dictadura argentina, construirá una base sólida para conformar una de las publicaciones emblemáticas de la Argentina de las últimas dos décadas del siglo xx y principios del xxi.

Como punto de partida para los fines de esta investigación, entre los números publicados a inicios de los ochenta, interesan particularmente el número 12, de julio de 1981, en el que se anuncia formalmente la constitución del Consejo de Dirección de la revista, y el número 15, publicado en agosto de 1982, con un artículo de Carlos Altamirano titulado “Lecciones de una guerra”, que fue abrazado por el Consejo de Dirección como postura compartida. En él se hablaba de los absurdos y contradicciones de la Guerra de Malvinas en un momento en que era consenso nacional apoyar la guerra contra los ingleses. Sin poner en duda que las Malvinas pertenecían legítimamente al pueblo argentino, Altamirano denunció que un sentimiento y la reivindicación legítima habían sido “jugados en una aventura militar cuyo precio era la mutilación de otra generación de jóvenes y el agravamiento de una situación económico-social ya insoportable”.⁵⁸

El texto de Altamirano fue un parteaguas por varias razones. Primero porque *Punto de Vista* se posicionó como grupo intelectual ante una política del régimen militar, segundo porque desde entonces se visualizó una crítica mucho más explícita a la dictadura y tercero porque fue en la década de los ochenta que *Punto de Vista* se constituyó como un referente cultural que marcó pautas

⁵⁸ Carlos Altamirano, “Lecciones de una guerra”, *Punto de Vista*, núm. 15, agosto-octubre de 1982, p. 3.

y cánones intelectuales que dibujaron trayectorias de pensamiento, cuyos trazos pueden distinguirse actualmente.

El cierre temporal de este apartado está marcado por el número 42, de abril de 1992, época en la cual es distinguible un cambio en la esfera de lo político y lo social vinculados a la inserción del neoliberalismo como tema más allá del plano económico. Materialmente ese número reflejará un nuevo rostro gráfico, más pulido, ordenado, fino, que será muestra de que la publicación argentina gozaba de buena salud.

Los números analizados corresponderán a la etapa de *Punto de Vista* de más discusión colectiva, en la que se incluyeron polémicas y algunas cartas de los lectores, y en la que se publicaron artículos de autoría compartida o que fueron redactados por agrupaciones políticas o intelectuales. Durante esos números se testificó el surgimiento del Club de Cultura Socialista, el cual construyó importantes vasos comunicantes con los miembros de la revista. Fueron años también en los que muchos de los exiliados volvieron a Argentina.

Aunque el corte temporal se alarga hasta 1992, es importante señalar que la muerte de José Aricó en 1991 es uno de los hechos tomados en cuenta para cerrar el ciclo analizado. Los años comprendidos en el análisis fueron también los de la llamada “transición a la democracia” y que conforman la llamada “década perdida”, la cual, dicho sea de paso, deberíamos reconceptualizar, para *encontrarla*, para preguntar qué tan perdida andaba o para denunciar en dónde está lo que hicieron perdedizo.

Todos los intelectuales artífices de *Punto de Vista* propusieron debates e instauraron ideas acerca de lo que debía ser el ejercicio intelectual en una época de quiebre, en la que se ponía fin a una dolorosa dictadura militar al tiempo que se fincaban todas las esperanzas en la democracia.

Tanto en *Punto de Vista*, como en *Casa de las Américas*, se cargó de realidad el concepto de intelectual, los autores se propusieron más que definir formalmente el concepto de intelectual, cuestionarse, desde prácticas específicas, sobre el papel que sería legítimo que éste desempeñara dentro de la sociedad. En *Punto de Vista*, con la transición a la democracia será notoria la aparición del término “intelectual ciudadano” o “intelectual de izquierda”, el cual será concebido como un individuo que es capaz de cuestionarse a sí mismo y a su tradición, que defiende los valores democráticos y se confronta con la

imagen del intelectual redentor que, según el grupo intelectual de esta revista, se construía desde la izquierda tradicional.

Existió en la revista *Punto de Vista* una gran tensión entre personalidades intelectuales diversas. Fue una publicación que encerraba la paradoja de ser colectiva y al mismo tiempo una obra detrás de la cual había una fuerte personalidad intelectual. Beatriz Sarlo funcionó siempre como el “motor” de la publicación, en ella recaía la mayor parte del trabajo material de la revista. Sin embargo, *Punto de Vista* es también un material colectivo que reflejó el sentir de un grupo de pensadores que coincidieron en la visión de lo que tendría que ser la Argentina posdictatorial.

Punto de Vista fue una publicación que se sumó al debate sobre el exilio, argumentando que tal debate, si se daba en términos morales y versaba sobre quiénes eran más heroicos, si los que se habían ido o los que se habían quedado, era absurdo y poco fértil. En cambio, la revista impulsó la idea de que lo que había que debatir era el futuro inmediato, para lo cual era necesaria la crítica al populismo que precedió a la dictadura; un acercamiento nuevo a Borges y al grupo intelectual de la revista *Sur*; un debate sobre la violencia política; una discusión sobre la democracia y el socialismo; la inclusión de nuevos autores (Williams, Hogart, Bourdieu, Foucault, Benjamin y después Rama, Cándido y Cornejo Polar), un posicionamiento ante la institución universitaria, por sólo mencionar algunos de los temas puestos por *Punto de Vista* en la esfera pública.

Una de las frases pronunciadas por Sarlo en la entrevista realizada para esta investigación fue que habría que reconceptualizar la revista *Punto de Vista* y las tradiciones intelectuales que heredó: “en realidad, nosotros, éramos gramscianos”. Esta frase sugiere la necesaria profundización en el estudio de las relaciones estrechas que se mantuvieron entre los llamados “gramscianos argentinos”, principalmente José Aricó y el grupo de *Punto de Vista* o bien poner atención a los virajes sobre las auto concepciones intelectuales que cambian con el tiempo.

Los artífices de *Punto de Vista* cuentan cómodamente su historia. Es una generación que muestra interés por seguir narrándose, de responder preguntas que no les habían hecho, de nombrarse en colectivo (aunque en un principio les cueste trabajo por tener en la actualidad nombres individuales

fuertemente armados), de hablar de *su* revista y *sus* compañeros, con los cuales tejieron relaciones fraternas que forman lo que varios de ellos imaginan hoy como un río subterráneo de solidaridades sin el cual hubiese sido imposible la concreción material de un proyecto editorial tan importante para mirar una Argentina fragmentada.

3. (Re) vistas y (entre) vistas

Al igual que la palabra *revista*, *entrevista* es otra palabra cuya raíz incluye la acción de ver. Con estas entrevistas se buscó ver más allá de los textos, iluminar los lados oscuros de los indicios textuales. Han pasado más de 30 años desde que se vislumbró con claridad la emergencia de una nueva etapa en la historia de la humanidad, la cual estará completamente atravesada por la mercantilización de la vida. Entre las víctimas de la vorágine está la propia historia, aquella invisibilizada por los tiempos cortos, en donde pareciera que nuestra vida es radicalmente distinta a la de aquellos años. Es por eso que el encuentro vista a vista entre quien pregunta y quien responde fue importante para comprender desde otra perspectiva que hay entramados históricos tan recientes como lejanos.

Las conversaciones permitieron habitar zonas de la memoria reciente en las que hay claridad, crítica certera, pero también zonas difíciles, endebles, enigmáticas, frágiles. Las entrevistas fueron eso: entre-vistas, indagaciones verbales que habitan el espacio entre una vista, la del cuestionador, y otra, la del que responde.

3.1. Artífices de *Casa de las Américas*

Roberto Fernández Retamar

Desde la banca en la que espero a Roberto Fernández Retamar se escucha una conferencia que está impartiendo Aurelio Alonso, actual subdirector de *Casa de las Américas*. Retamar se baja de un modesto auto y al entrar me pregunta si soy yo la que viene a conversar con él, me saluda con un abrazo respetuoso y me hace un gesto para que lo siga escaleras arriba. El lugar de

trabajo de Retamar es lo más ajeno a una oficina común y corriente, se respira historia en ese amplio espacio; posters y fotografías se sostienen en las paredes, miles de papeles se recargan en las mesas.

Desde el inicio sabía que la entrevista sería breve por la apretada agenda de Retamar. Todavía sentada ahí me parecía increíble que estuviera a punto de empezar una entrevista con el personaje con el que llevaba varios años conviviendo desde el papel, la tinta y las ideas. Sé que entrevistar a Retamar es una tarea bastante difícil. Al segundo día de aterrizar en la Habana fui a pedir una cita y me dijeron que él prefería las preguntas por escrito. Ninguna de las entrevistas las había estructurado de esa manera, de hecho el concepto de entrevista no lo usaba, hablaba más bien de conversar, platicar. Ya llevaba meses en la Habana y todavía no podía lograr el encuentro. Aún después de haber dejado una especie de cuestionario en las manos de la secretaria de Casa, la llamada con la confirmación de alguna cita no llegaba.

Al regresar a mi cuartito de 27 y J, después de haber conversado por más de dos horas con Ambrosio Fonet, la señora que me alquilaba la habitación en la que vivía me dijo, gritando felizmente y a modo cubano, que habían hablado de la *Casa de las Américas* para decir que mañana a medio día me esperaba Retamar para conversar conmigo. No sé si la plática con Ambrosio Fonet tuvo algo que ver en que el encuentro tan esperado por meses fuese posible, supongo que sí.

Varias veces he escuchado la grabación de la charla que tuve aquel 11 de noviembre del 2010 con Retamar. Al hacerlo me desespera mi nerviosismo. Retamar siempre me habló de “usted”, mi candidez no logró dejar de tutearlo hasta el final de la conversación.

Fernández Retamar quiso hablar básicamente sobre dos temas: la actualidad de la revista y Haydée Santamaría. Todas las preguntas que le hacía derivaron en esos dos temas y yo pude jalar pocos hilos que hicieran que mi interlocutor hablara de lo que formalmente me interesaba. Así que lo más importante de aquella conversación fue la forma en que Retamar armó explicaciones a partir de un pasado que nunca se desligó del presente. Sí habló de las diferencias epocales, pero hizo más hincapié en aquello que permanecía, en el pasado que palpitaba en *Casa de las Américas*, la revista y la institución.

Comenzamos hablando del Quinquenio Gris. Retamar ha respondido innumerables veces a preguntas similares, quizá ese fue el peor camino que pude elegir para iniciar la conversación; él sabe qué decir y cómo hacerlo, es por eso que su respuesta es parca. Dice que fue Ambrosio Fornet el autor del sintagma, padre del actual co-director de *Casa de las Américas* y director del Centro de Investigaciones Literarias, Jorge Fornet.

En el 76, al crearse el Ministerio de Cultura con Armando Hart al frente, quien como Ministro de Educación había encabezado la campaña de alfabetización, se inició una época que Retamar califica como aquella en la que se empezó a airear el ambiente intelectual y a sentar sobre bases justas la tarea intelectual. Los años ochenta son gananciosos de ese hecho, dirá. Algunas instituciones en el país, como *Casa de las Américas*, el Instituto de Cine y el Ballet Nacional, “frenaron, en el área que les correspondía, los males asociados al Quinquenio Gris”.⁵⁹

Es entonces cuando comienza a hablar de Haydée y dice que la recuerda y echa de menos todos los días por haber sido una persona excepcional. Haydée, dice Retamar, se preocupó porque los aires viciados no entraran a *Casa*. Lo hace con un gran respeto y cariño. Le pregunto sobre la particularidad de las relaciones fraternas que se tejen cuando se comparten proyectos políticos, y mientras hablo saco de mi bolso un ejemplar de 1984 de *Casa de las Américas* dedicado a Cortázar (con esa revista en las manos creo que puedo explicar mejor la pregunta, materializarla de alguna manera). Comienza a hojearlo y dice que, efectivamente, ese es un número muy especial porque con el escritor argentino se mantuvieron relaciones de mucho cariño y fraternidad. Le leo un fragmento de una carta suya enviada al escritor en la que decía lo siguiente:

Al final (claro, sin saber, sin aceptar que era el final) empezamos a vosearnos.
Pero no por tu Buenos Aires querido, donde apenas estuve unas semanas
antes de conocerte,
Sino por la tierra que hiciste tuya en tus últimos años,
Por la que peleaste con la linda gallardía que era tu manera natural de pelear
(Linda aunque me parece que alguna vez te equivocaste de molino,
Pero cada cual tiene derecho a molinear a su manera,

⁵⁹ Roberto Fernández Retamar, entrevista realizada en La Habana, 11 de noviembre de 2010.

Con tal de no apearse del rocín ni avergonzarse del grotesco yelmo).⁶⁰

Retamar se ríe, exhala y toma aire de nuevo. Es en ese momento cuando la entrevista pasó a ser algo más parecido a una conversación, a una plática entre una joven ávida de conocimiento sobre el pasado y un hombre al que le gusta transmitir su experiencia acumulada por más de ocho décadas de vida.

“Cortázar fue un hombre maravilloso, un hombre prodigioso y dejó una huella no sólo como escritor, sino como ser humano. Ese número revela muy bien el sentido de Casa”,⁶¹ dice en medio de otras frases similares que evocaban su recuerdo sobre el escritor argentino. Al seguir ojeando aquel ejemplar vuelve a hablar sobre Haydée y su biografía no despojada de acontecimientos terribles, sobre los cuales yo ya tenía conocimiento, pero que escuchados con la voz de Retamar alcanzaban otro nivel humano.

“Me hubiera gustado mucho que usted conociera a Haydée. Es una persona que valía la pena conocer [...] Era ya una leyenda de la Revolución cubana cuando se crea la *Casa de las Américas*. Los que hemos venido después tenemos la esperanza de no serle infieles a Haydée Santamaría”.⁶² Esta última idea la repite en varias ocasiones durante la plática, entonces me queda claro que en los años ochenta Roberto Fernández Retamar tuvo que cumplir con la auto demanda de serle fiel a Haydée, de quien al evocarla rescata su gran sentido de justicia y la personalidad excepcional que la caracterizaba, entre otras, por haber sido una amante de la lectura y lectora voraz sin haber pasado de la escuela primaria. “Cortázar, que era el hombre de todas las palabras, se quedaba silencioso oyéndola hablar. Haydée era una persona cuya inteligencia deslumbrante sobrepasaba los cánones, sobrepasaba las academias”. Haydée fue quien le enseñó a Retamar y a otros trabajadores de *Casa de las Américas* a trabajar en colectividad, “ella era muy hostil a lo que llamaba ‘las casitas’, es decir, a que las distintas áreas de la casa de las Américas se desvincularan de la institución en tu totalidad”.⁶³

“Haydée vivía siempre en los extremos de la vida”, dice al concluir el relato sobre el episodio en el que a Haydée le mostraron el ojo de su hermano

⁶⁰ Roberto Fernández Retamar, “Última carta”, en *Casa de las Américas*, julio – octubre de 1984, p. 234.

⁶¹ Roberto Fernández Retamar, entrevista realizada en La Habana, 11 de noviembre de 2010.

⁶² *Ibidem*.

⁶³ *Ibidem*.

Abel, guerrillero que en el asalto al cuartel Moncada fue capturado, torturado y asesinado por el régimen de Fulgencio Batista. Con el suicidio de Haydée terminó la década del setenta y comenzó la del ochenta. Al morir Haydée Santamaría, el 28 de julio de 1980, el pintor Mariano Rodríguez pasó a presidir la institución y en 1986, año en el que se retira éste de la dirección, toma su lugar Roberto Fernández Retamar. En ese proceso de cambios institucionales Roberto dejó, por primera y única vez, la dirección de la revista a otra persona que no fuera él. Arturo Arango, quien fungía como Jefe de redacción, pasó a ser director de la publicación.

Yo entendía que siendo presidente de la institución no debía dirigir la revista. Lo que yo hago esencialmente es dirigir la revista, lo que me gusta hacer, aquello para lo que tengo cierta facilidad. Fue un momento en el que pensé, equivocadamente, que debía abandonar la dirección de la revista. Después leí que era al revés, que ser presidente era una razón más para dirigir la revista.⁶⁴

Después le paso un ejemplar de 1991, que no se ha salvado de los hongos ocasionados por la humedad. Lo ojea y con las yemas de los dedos toma una hoja como si quisiera palpar su grosor y textura. Es el número 184, de julio-septiembre de 1991, y en el que a simple vista se nota un cambio en la materialidad de la revista.

En general la década difícil fue la del noventa, cuando comenzó el periodo especial, cuando ocurre la desaparición del campo socialista europeo, la implosión de la Unión Soviética y Cuba entra en lo que se llamó Periodo especial en tiempos de paz, es decir aplicar medidas de gran austeridad que se habían previsto para tiempos de guerra y que se aplicaron en tiempos de paz. Fue un momento duro desde todos los puntos de vista. Algunas revistas desaparecieron. *Casa de las Américas* no desapareció pero disminuyó su tiraje, a partir de ese momento aparece cada tres meses.⁶⁵

Con aquel ejemplar de los años noventa en las manos, Retamar comienza a hablar sobre cómo se organizaban para hacer la revista. A pesar de que eran muchos los autores publicados, no eran tantas las manos que la hacían. Cuando estaba Arturo Arango como director eran básicamente él y Retamar quienes organizaban la revista; en el número que tenía en las manos también estuvo involucrada Esther Pérez, vicepresidenta de la institución. Entonces no había un criterio único para ordenar materialmente la revista, dice Retamar,

⁶⁴ *Ibidem.*

⁶⁵ *Ibidem.*

“muchas veces el orden es azaroso, el azar tiene sus misterios y a veces es saludable”.⁶⁶

La charla va terminando, y en las palabras finales hablamos de este momento particular en Cuba, en el que coexisten diferentes generaciones en el quehacer cultural, cada una con su propia visión de pasado, presente y futuro. En Retamar no hay lugar para el pesimismo. Las últimas palabras versarán sobre aquello que llama una “primavera de revistas” en Cuba. Menciona a *La Gaceta de Cuba* y a *Temas* como dos importantes ejemplos de la actividad revistera en Cuba; la primera es la publicación insigne de la UNEAC y la segunda es una de las revistas latinoamericanas referentes del pensamiento social.

Como jefe de Redacción de *La Gaceta de Cuba*, Arturo Arango es uno de aquellos que contribuyen a que en Cuba las revistas tengan un lugar imprescindible en la difusión de la cultura. También Esther Pérez, desde el Centro Memorial Martin Luther King hará lo propio editando la revista *Caminos*.

Arturo Arango, Esther Pérez y Fernando Martínez Heredia

Para llegar a Marianao hay que tomar la *guagua* 9 que pasa por Coppelia. Abordo un camión largo color naranja, no hay asientos libres y, aunque el crudo verano ha pasado, el calor aprieta. La cita era a las 12 y yo a esa hora todavía estaba perdida buscando la calle 53 entre 96 y 98, que es en donde se encuentra el Centro Memorial Martín Luther King. Con sudores propios y ajenos adquiridos en el trayecto, me encuentro con la también acalorada Esther Pérez, quien desde que me ve me regala una sonrisa tan plena que pareciera que ese no fuera nuestro primer encuentro. Esther va y viene, toma hojas, imprime, revisa pruebas del número próximo de la revista *Caminos*. En un momento de calma vamos una pequeña sala y nos sentamos en un amplio sillón de mimbre. Es una escena completamente caribeña.

Le cuento sobre el proyecto de investigación y comienza a decir mil y una cosas, yo iba preparada para un primer encuentro más informal que diera pie para otro formal, no llevaba conmigo más que una pequeña libreta en la cual, mientras Esther habla aceleradamente, yo anoto datos, nombres, fechas,

⁶⁶ *Ibidem*.

frases. Se le ocurre a Esther que lo mejor será hacer una entrevista colectiva en la que estén ella y Arturo Arango.

El encuentro sucedió el 28 de octubre de 2010 y en él no sólo estuvieron Arturo Arango y Esther Pérez; desde un sillón que no formaba parte de la mesa central salía de tanto en tanto la voz de Fernando Martínez Heredia, quien acababa de salir de una cirugía de espalda. Fernando es, además del compañero de Esther, mi tutor de investigación en La Habana y el pensador al que la Feria del Libro de la Habana dedicaría su edición del 2011.

Lo primero que se escucha en la grabación es el fuerte sonido del golpeteo de unos hielos siendo desmoldados. Mientras los vasos eran llenados de bebidas para aliviar la sed, Esther y Arturo platican sobre sus respectivas familias. Varios dibujos infantiles ilustran la sección “La Casita” del número 1989 de *Casa de las Américas*. Los autores de los trazos serán Maribel, Haydée Beatriz y Alejandro, así están consignados sus nombres, sin apellidos. Sobre dos de los entonces pequeños ilustradores se referirá Arturo cuando le hable a Esther de sus hijos y sus carreras profesionales, aquellos que en aquel 1989 dibujaban casas de techos firmes y chimeneas humeantes cuando otros muros se derrumbaban.

Mientras se realiza la entrevista tengo que lidiar con los rayos crepusculares del sol que se cuelan por la ventana que queda en mi costado derecho.

También con ellos nos adentramos en el tema partiendo del Quinquenio Gris, al que Arturo prefiere llamar “Quinquenio Gris y sus alrededores”, porque hay un prólogo y un largo epílogo, dice.

Esther y Arturo coinciden en que los ritmos de “aireamiento” fueron diferentes para algunos autores (Antón Arrufat fue de los últimos autores “descongelados”, volvió a circular hasta 1982) pero de manera general fueron las letras, y no el pensamiento social, las que primero salieron de las dinámicas de los setenta.

No es que en los años sesenta no hubiese pugnas, las había y no eran menores, pero estas se dirimen públicamente y además la hegemonía la tienen las “posiciones más abiertas”, dice Esther;⁶⁷ Haydée en *Casa de las Américas* y

⁶⁷ Arturo Arango, Esther Pérez y Fernando Martínez Heredia, entrevista realizada en la Habana, 28 de octubre de 2010.

Alfredo Guevara en el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), por ejemplo, desempeñaron un papel con posiciones abiertas. Pugnas había. Por ejemplo, en el grupo de *Lunes de revolución*⁶⁸, no había unanimidad, no todos eran amigos porque tenían diferencias cuyas raíces eran anteriores a la revolución, había gente cercana a *Lunes de revolución* que le hacía la guerra a Lezama Lima, por ejemplo. Pero para muchos conflictos la creación de la UNEAC en 1961 fue una solución, a ella ingresan personas que provenían de *Orígenes*⁶⁹ como Lezama y Eliseo, y personas de *Lunes de revolución* o de sus cercanías, como César López. La UNEAC fue entonces dirigida por Nicolás Guillén, quien provenía del Partido Socialista Popular.

Antón Arrufat, que estuvo en el comienzo en *Casa de las Américas*, no era realmente la persona que correspondía con la ideología que se buscaba transmitir desde *Casa*. El pretexto que desató su salida de la revista fue un poema homoerótico de José Triana que Antón publicó. A Antón lo sustituye Retamar que regresaba del servicio diplomático en Francia.

Al tiempo que Retamar estaba con su esposa y sus hijas en París, Raúl Roa, el canciller cubano, estaba en la ONU. Retamar viajó a Nueva York para hablar con Roa porque no entendía qué era lo que estaba pasando con su caso. La gente del PCC (Partido Comunista Cubano) se estaba apropiando de todo. Lo que hay detrás del caso Padilla es justo este momento en el que el PCC cobra más poder dentro de Cuba; lo que incomoda es una sección del libro de Padilla que se llama *El abedul de hierro* y que hace una clara crítica al estalinismo. Todo esto Arturo Arango lo cuenta con tal soltura y detalle que, en el momento de la charla, fueron muchos los hilos perdidos en la conversación.

Vamos en el minuto 21 de la grabación. Entonces Esther y Arturo comienzan a hablar sobre el realismo socialista. Coinciden en que retóricamente se dijo por mucho tiempo que en Cuba nunca se quiso imponer el realismo socialista. Efectivamente muy pocas veces se atrevieron a decir públicamente la frase “realismo socialista” porque tenía “mala prensa”, pero es claro que en los setenta se difundía, desde el Estado, una definición teórica del

⁶⁸ *Lunes de Revolución* fue el suplemento literario semanal del periódico *Revolución*, en cual se fundó después de la caída de Fulgencio Batista. El periódico estaba dirigido por Carlos Franqui y el suplemento semanal por Guillermo Cabrera Infante.

⁶⁹ *Orígenes* fue una emblemática revista cubana que representa a un grupo dentro de una generación de escritores cubanos. Se publicó entre 1954 y 1956 y fue dirigida por José Lezama Lima y José Rodríguez Feo.

tipo de arte y literatura que se pretendía sin nombrarlo. Dice Esther que “de pronto surgía un escritor malo, vomitivo, abominable pero que era realista socialista y sus textos eran publicados”.⁷⁰ Entonces aparece a lo lejos la voz queda de Fernando Martínez Heredia quien compara los años setenta con los sesenta, en los que se publicaron en Cuba, textos en contra del realismo socialista. *La revolución pictórica de nuestro tiempo* de Fernando Claudín es un ejemplo. Arturo agregará los títulos *Un día en la vida de Iván Denisovich*, de Alexander Solzhenitzyn y *La caballería roja* de Isaac Babel.

Esther parte de ello para decir que los años sesenta son un terreno de pugnas donde de todas maneras se llevaron el carro al agua “las mejores posiciones”. Arturo asiente pero señala que habría que profundizar en la idea porque era más complejo el problema que pensarlo desde dos bandos. Cuenta la anécdota del momento en el que cuando Hart, teniendo 27 años, tomó la dirección del Ministerio de Educación y se dio cuenta de que los únicos que tenían una experiencia organizativa en materia de la cultura eran las personas del partido, puso en ellos la responsabilidad de la dirección de la secretaría de cultura.

Para él habría tres núcleos además de los librepensadores. Primero el núcleo del Partido Socialista Cubano, PSP. Otro con un pensamiento heterodoxo de izquierda que, con los años, lo podíamos llamar guevarista y que se formó en torno a *Casa de las Américas* y de alguna manera al ICAIC (Retamar, Ambrosio Fornet, Graciela Pogolotti, y personas que entraron y salieron, como Lisandro Otero. Hart y Haydée eran pareja desde la insurrección en el año 56, y conformaban un pensamiento marxista independiente).

Un tercer grupo sería el de los “liberales” que no eran contrarrevolucionarios pero tampoco militantes con un pensamiento activo político, como los de *Casa de las Américas* y el ICAIC. “Eran más esteticistas”, agrega Esther a la intervención de Arturo. Estaban más en el coto de la cultura artística y literaria cerrada. “Eran patriotas”, agrega Fernando. Pablo Armando Fernández será uno de los representantes de este grupo.

Arturo dice que entre el grupo de Retamar y Fornet, por un lado, y el de Pablo Armando Fernández por el otro, no existieron afinidades. Pero, como si

⁷⁰ *Ibidem.*

quisiera matizar su pensamiento dentro de la propia explicación, recuerda el número de *La Gaceta* en la que apareció una foto de Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla, Roberto Fernández Retamar y Fayad Jamís caminando por el malecón.⁷¹ La fotografía apareció en el número 4 de *La Gaceta de Cuba*, de julio-agosto de 2010, ilustrando uno de los textos que homenajearon a Roberto Fernández Retamar a propósito de sus ochenta años.

Son muchos los nombres propios, muchos los “asegunes” dichos hasta ese momento de la plática, varias las interrupciones de unos a otros. Los tres deben haber visto mi cara de duda y confusión. Yo había llegado a la plática con varias lecturas sobre el “campo cultural” cubano, no es que me fueran desconocidos los nombres ni las corrientes políticas y del pensamiento. Lo que me estaba costando trabajo entender eran las “notas al pie”, que después de años estaban poniendo tres personajes importantes dentro de la cultura cubana.

Entonces, ante mi silencio interrogativo, Esther pausa y dice “lo que pasa es que en medio de todas estas pugnas, los grupos se reconfiguran”.⁷² Pasamos inmediatamente a la pregunta de por qué *Casa de las Américas* quedó un tanto a salvo de la tormenta ideológica. No es que haya quedado intacta, recibió algunas esquirlas, dice Arturo. Instituciones como el ICAIC o *Casa de las Américas* permanecieron, si no intactas, sí a salvo, y Esther agrega:

El principio de los setenta implicó ceder algo para poder salvar lo principal, salvar la revolución, y algo que se cede es el terreno de la cultura y las ideas. Para poder salvar la política internacional, el proyecto general, la sobrevivencia, el proyecto económico se tuvo que dar el timonazo. Viene el acercamiento a los soviéticos que implicó el reforzamiento del grupo de PSP.⁷³

Arturo recuerda que una vez estuvo en una reunión en *Casa de las Américas* en la que participaron Darcy Ribeiro, Leopoldo Zea y Sánchez Vázquez, con Hart y Retamar. En ella Sánchez Vázquez dijo a Hart: “lo que yo nunca entendí

⁷¹ *Ibidem.*

⁷² *Ibidem.*

⁷³ *Ibidem.*

es por qué Cuba le pagó a los soviéticos en moneda ideológica la ayuda económica”.⁷⁴

“Porque no tenía otra moneda”, interrumpe enfáticamente Fernando desde la banca en la que escucha la plática. Salvar la nación o salvar la revolución era la dicotomía de entonces, aunque se quería salvar a las dos. Había presiones muy fuertes de parte de la Unión Soviética. Presiones reales, por ejemplo la amenaza de parar el envío de petróleo.

Y mientras Fernando habla, Esther quiere comentar y Arturo también. Gana la palabra Arturo y secunda a Fernando diciendo que efectivamente en esos momentos todo era muy difícil. “Retamar me decía que Haydée le ordenaba: ‘literaturiza la revista’, corta los vínculos con la realidad cubana. La revista donde yo ingreso en julio del año 82 es una revista desarticulada de la realidad cubana”.⁷⁵

Arturo entró a *Casa de las Américas* por azar, pero su vínculo orgánico es con el grupo de *El Caimán Barbudo*, lo cual le permitirá acercar intelectuales de una generación nacida a partir de 1950. De ese grupo formaron parte Leonardo Padura, Víctor Rodríguez Núñez, Francisco López Sacha, Reinaldo Montero, Reina María Rodríguez, Miguel Mejides.

Un poco antes que Arturo, había entrado a la revista un exiliado profesor de biología, uruguayo y tupamaro. Fernando Butazzoni llegó a Cuba huyendo de la dictadura y, después de ganar uno de los premios de *Casa*, se trasladó de Holguín, lugar donde vivía, a La Habana. Desde los años sesenta había muchos escritores no cubanos que vivían en la isla, y este internacionalismo fue crucial para el grupo literario al que pertenece Arturo.

Entre las relaciones que mejor atesora este grupo está la que mantuvieron con la poetisa estadounidense Margaret Randall, la cual comenzó justo cuando en medio del oscurantismo cultural se gestaron rumores falsos que la ligaban con la CIA.⁷⁶ A pesar de ello, estos poetas jóvenes siguieron con

⁷⁴ *Ibidem.*

⁷⁵ *Ibidem.*

⁷⁶ La biografía de Margaret Randall es una de las más significativas del siglo XX. Su vida y su quehacer político y estético han pasado por las más diversas luchas sociales y culturales. En México fundó la revista “El Corno emplumado” junto a Sergio Mondragón. Participó en el movimiento estudiantil en 1968. Debido a la represión se fue a Cuba en donde vivió hasta 1980. Presenció el proceso de la Nicaragua sandinista hasta 1984. Actualmente vive en Nueva York en donde participa activamente de la lucha feminista.

ella. Dice Gregory Randall, hijo de Margaret, en un libro testimonial sobre sus años en Cuba:

Durante los años del ostracismo de mi madre seguimos vinculados a la Revolución a pesar de esa especie de exilio interior. La gente que siguió viniendo, muy especialmente los poetas jóvenes que casi vivían en casa, demostraba que las cosas eran más complejas. Ellos eran la prueba de que había gente entera y coherente, que era posible seguir siendo fiel a sí mismo aun en medio de esa locura.⁷⁷

El grupo que visitaba a Margaret estaba básicamente formado por Arturo Arango, Bladimir Zamora, Víctor Rodríguez Núñez, Alex Fleites, Ramón Fernández Larrea, Norberto Codina. En la época en que la conocieron, Margaret se unió al poeta colombiano Antonio Castro, quien también se sumó al grupo de escritores. Por la casa de Margaret pasaban varios núcleos de militantes, intelectuales y artistas latinoamericanos, lo mismo gente del MIR chileno, que José Benito Escobar, Armando Orfila, Julio Cortázar, Ernesto Cardenal.

Cuando Arturo Arango llegó a *Casa de las Américas* acercó a este su grupo literario con la revista, porque le interesaba que en sus páginas se recuperara a la realidad cubana como tema, la realidad conflictiva, imperfecta. También llegó con el interés de reconfigurar el trabajo colectivo que se había fracturado desde los años setenta. Al iniciar los ochenta en el armado de la revista participaban básicamente Roberto Fernández Retamar, Fernando Butazzoni y Arturo Arango. Se recibía una cantidad incesante de textos provenientes de la amplia red artística e intelectual que se había formado durante toda la historia de la institución y que, para los ochenta, todavía tenía mucha vitalidad y dinamismo.

La revista publicaba en esos entonces 18 mil ejemplares, de los cuales más o menos 10 mil salían gratuitamente o por canje a todo el mundo.

Poco a poco y mientras Arturo iba teniendo más responsabilidades (en 1983 Butazzoni ya no estaba en la revista) se comenzaba a pensar que era importante rejuvenecer la revista y diversificar la red de autores y colaboradores. En un principio importó también fortalecer las redes de escritores cubanos.

⁷⁷ Gregory Randall, *Estar ahí entonces. Recuerdos de Cuba 1969-1983*, Ediciones Trilce, Montevideo, Uruguay, 2010, p. 148.

La revista era leída dentro de Cuba básicamente al interior del ámbito estudiantil, artístico, intelectual, académico. Llegaba a varias ciudades de provincia y era fácil obtenerla por quien iba a la Casa de las Américas a alguna conferencia, concierto, presentación de libro, exposición. Era una publicación barata, costaba 40 centavos en ese entonces. Pregunto por la relación del costo. “Era como ocho veces un viaje en ómnibus, como un tercio de pizza”.⁷⁸ No se vendía en muchos estancillos porque no había un sentido comercial, era totalmente subsidiada.

Arturo Arango llegó a la dirección con un empuje de reverdecimiento de la revista, con el interés compartido de que había que rejuvenecerla y vincularla en un grado mayor con la realidad cubana. Tal discusión coincidió con el Periodo de rectificación y con la cresta de una ola en la que se estaba recuperando la crítica al seguidismo soviético, el pensamiento del Che, etcétera.

Había un conjunto de acciones y factores en la sociedad e intelectualidad cubana que coincidieron, primero, con una voluntad del partido y el gobierno para hacer la crítica a las afinidades excesivas con el modelo soviético, y luego un pensamiento crítico en el interior de la intelectualidad cubana que exigía pensar y revisar la revolución y hacer eso desde el arte y la literatura.⁷⁹

Esther Pérez entró a la revista también con este ánimo, y su presencia fue importante para vincular la revista ya no sólo con las letras cubanas, sino con el pensamiento social. En el número 176 (1989), Esther Pérez y Arturo Arango titularon una entrevista, realizada en mayo de ese año, a Darcy Ribeiro como “No tener miedo a pensar”. En ella el intelectual brasileño hablaba sobre la Revolución Cubana como aquella que había logrado cristalizar el ideal revolucionario de América Latina. Sin embargo, decía Ribeiro que tanto en la Unión Soviética, como en Cuba, se encontraba un marxismo esclerosado, viejo, repetidor de fórmulas. Al final de la entrevista, el brasileño criticó la proscripción y no aceptación de la revista *Pensamiento Crítico*. A la Casa de las Américas, Darcy Ribeiro le dejó la tarea de salvaguardar la conciencia crítica de Cuba, la labor de enlazar a la intelectualidad latinoamericana, pero también les habló sobre el derecho que tendría que tener Casa de las Américas

⁷⁸ Arturo Arango, Esther Pérez y Fernando Martínez Heredia, entrevista realizada en la Habana, 28 de octubre de 2010.

⁷⁹ *Ibidem*.

para errar: nadie da pasos adelante sin el derecho de errar. Cuando siempre se tiene que acertar se cae en la tontería de poner el pie donde ya otro lo puso. La Casa y la revista tienen que reivindicar el derecho de cometer errores, porque sólo errando es que se puede progresar.⁸⁰ La publicación de críticas como ésta se dio en muy pocos espacios, *Casa de las Américas* fue un remanso en este sentido.

Los nuevos aires vinieron también del ejercicio y creación crítica de las artes plásticas. Arturo Arango y Esther Pérez coinciden en que la plástica cubana logró decir lo que estaba en el sentir de muchos; incluso *Casa de las Américas* mantuvo en muchos de sus números de esa década una sección especial dedicada exclusivamente a la crítica de las artes plásticas y en la cual colaboró incesantemente Adelaida de Juan, esposa de Retamar. En 1990 el crítico Rufo Caballero titulaba un artículo retrospectivo sobre la plástica cubana de los ochenta como “La década prodigiosa”.⁸¹ Por su parte, Pedro de Oraá en un texto dedicado a un debate en torno a lo viejo vs lo actual, lo joven como necesariamente “bueno”, decía lo siguiente a propósito de las artes plásticas:

No esperemos de ellos la épica de un tiempo del que no fueron protagonistas ni testigos. Esperemos, sí las primicias de creación artística que expresen el tiempo revolucionario al que pertenecen y expresen su experiencia intransferible y su innata rebeldía transformadora. Agotarán esas formas de iconoclastia “importada” que les sirve de entrenamiento y darán lo suyo, lo nuestro. Así será, más temprano que tarde, si no mañana mismo.⁸²

Fueron muchas las manifestaciones plásticas que en la década de los ochenta movieron los cimientos sobre los que se podía y no se podía decir. El cuento de Senel Paz “El lobo, el bosque y el hombre nuevo” no se entiende sin ese movimiento. Antes había muchos autolímites para pensar la realidad cubana. “Esas gentes nos dieron a sus contemporáneos y a sus mayores un sentido de libertad en el arte que no concebíamos, que no imaginábamos”, dice Arturo Arango.⁸³

⁸⁰ Esther Pérez y Arturo Arango, “No tener miedo a pensar. Entrevista con Darcy Ribeiro”, *Casa de las Américas*, núm. 176, septiembre- octubre de 1989, p. 110.

⁸¹ Rufo Caballero, “La década prodigiosa”, en *El Caimán Barbudo*, Agosto, 1990, pp. 12-15.

⁸² Pedro de Oraá “La ajena aventura”, *Unión*, Núm. 4. Oct-dic, 1988. En González Margarita, Tania Parson y José Veigas, *Déjame que te cuente. Antología de la crítica en los ochenta*, Arte cubano, ediciones, 2002, p. 79.

⁸³ Arturo Arango, Esther Pérez y Fernando Martínez Heredia, entrevista realizada en la Habana, 28 de octubre de 2010.

Pregunto entonces si en los ochenta se autocontenían. Fernando responde: “en las revoluciones todos los participantes que de verdad son revolucionarios se autocontienen. La revolución de lejos es una maravilla”.⁸⁴

¿Cómo se concibe el trabajo intelectual en el marco de la revolución?, pregunto. Las risas de todos los ahí presente se disparan. Esther responderá que todo proceso hay que verlo en todos los niveles en que está ocurriendo. Por un lado puede haber un proceso de autocontención, de censura o autocensura (la militancia te hace autocensurarte). Pero también hay una capilaridad por debajo que va surgiendo a la superficie. Arturo, por su parte, se detiene a hablar sobre la autocensura y recuerda que en una de las lecturas que se hacían en *Casa de las Américas*, el escritor Ramón Fernández-Larrea leyó un poema que hablaba de ello.

*Los profesores de espejuelos aseguran muy tristes
que me estoy metiendo en la boca del lobo
los bebedores de consignas me ven entre colmillos
todos dicen que estoy en la boca del lobo
La boca del lobo es del tamaño de la verdad
y soy un ser humano y sudo y canto y sueño
y soy un ser humano y anda mi voz entre esas voces
Mañana seguirá siendo noviembre
continuaré en la boca del lobo
mi confianza se opone yo respiro anchamente
la primavera no es la boca del lobo
el partido no es la boca de ese lobo
Los animales se ocultaron y un miedo verde crece
entre pequeños hombres que temen a la hoguera
hablo escribo camino
y mi tiempo me abraza.⁸⁵*

Después de la lectura de este poema debieron sonar los teléfonos de la seguridad del Estado, cuenta Arturo, entonces era 1989. Siguiendo con lobos, Esther recuerda, por su parte, que cuando en 1990 Senel Paz ganó el premio Juan Rulfo con el “El lobo, el bosque y el hombre nuevo” (que después daría origen al guión de la película *Fresa y chocolate*) y se hizo la presentación en

⁸⁴ *Ibidem*.

⁸⁵ Ramón Fernández Larrea, “Variaciones a la boca del lobo”, en *Nunca canté en Broadway*, Barcelona, España, 2007, p. 44.

Casa de las Américas, la lectura de Senel Paz fue extraordinaria porque de la risa se pasó a la reflexión profunda.

Senel, que es un hombre tímido, se superó a sí mismo. Senel estaba muy nervioso. Entonces yo le dije a Navarro [administrador de la Casa] que le echara un poquito de ron en su vaso. Y Navarro, que no sabe lo que es un poquito, le sirvió un vaso de ron como si fuera un vaso de agua. Y entonces Senel comenzó a tomar aquello y fue haciendo la lectura del cuento haciendo la voz de los personajes. Fue una cosa extraordinaria. En todo público cubano hay un momento de risa, es un recurso. La risa ocurrió un tiempo, después vino el silencio. Era un silencio como de catedral con un nivel de emoción que no te puedes imaginar.⁸⁶

Arturo Arango recuerda el hecho desde su perspectiva, dice que efectivamente la lectura de ese día fue un parteaguas. Hubo gente que incluso grabó la presentación e hizo versiones clandestinas del cuento impresas con mimeógrafo. Fue justo porque se le empezaron a hacer acusaciones de ser contrarrevolucionario a Senel Paz, que éste fue a *Casa de las Américas*, porque ahí era un recaudo de espíritu crítico revolucionario.

Heredia también abona en esta charla colectiva, dice que en 1995 él publicó un ensayo llamado “Izquierda y marxismo en Cuba”, en una revista cubana “de prestigio” (se refiere a la revista *Temas*). En él se hacían críticas desde la izquierda que fueron publicadas, sin embargo hubo una parte censurada en donde se refería a lo sucedido en Cuba a partir del 71. Ese párrafo decía lo siguiente:

Casi se llegó a liquidar prácticamente a las publicaciones de ciencias sociales. Las sobrevivientes, y algunas de las nuevas, fueron sujetas a limitaciones y a esquemas muy rígidos. Al suprimirse el debate se acaba la razón de ser de esas publicaciones, al dogmatizarse el pensamiento social esos órganos pierden la posibilidad de expresar sus problemas y sus logros, y las publicaciones insultan al decoro al establecerse la práctica tan vergonzosa de la censura, y al volverse tan crónica que se convierte en autocensura, muchísimo más castradora que la censura y de efectos perniciosos más prolongados en el tiempo.⁸⁷

Arturo vuelve a intervenir y dice que muchos de los artistas y escritores de los ochenta fueron formados dentro del Quinquenio Gris. Había una inoculación del dogma en el pensamiento que se fue rompiendo desde la práctica. Margaret

⁸⁶ Arturo Arango, Esther Pérez y Fernando Martínez Heredia, entrevista realizada en la Habana, 28 de octubre de 2010.

⁸⁷ El ensayo al que se refiere Fernando Martínez Heredia, “Izquierda y marxismo en Cuba” apareció en la Revista *Temas*, núm. 3, de octubre-diciembre de 1995. El ensayo completo se encuentra en el libro titulado *El corrimiento hacia el rojo*, Editorial Letras Cubanas, 2001.

Randall fue importante en ese sentido. Recuerda Arturo que Margaret no sólo fue fundamental para ampliar el pensamiento sobre América Latina, sino que contribuyó a romper con los esquemas homofóbicos que operaban funcionalmente con postulados revolucionarios. Esther también abona:

Es que es muy complicado. Porque uno quiere ser al mismo tiempo un revolucionario de vanguardia y una persona de pensamiento libre, porque piensa que la vanguardia tiene que ver con el pensamiento libre. Pero uno empieza a dudar de sí mismo, uno llega a dudar de si lo que uno piensa y hace sirve a la causa. Esa es la peor duda. Cuando sientes que tu libertad y tu pensamiento pueden militar en contra de las cosas que más crees.⁸⁸

Durante los años ochenta se fue criticando a cuentagotas al aparato cultural persecutorio y censurante. Ningún proceso cultural es uniforme ni sus tiempos responden únicamente a coyunturas o procesos largos o medianos, siempre hay un juego constante entre temporalidades y espacios en los cuales va aconteciendo el cambio.

Así, la charla nos lleva a uno de esos episodios cuya incomodidad para abordarlo es gratuita, dados los aires de apertura de los últimos años. Pareciera que veinte años después del acontecimiento Arturo Arango y Esther Pérez ya pueden hablar sobre el tema sin problema, no así el encargado de *Casa de las Américas* de venderme el ejemplar. Una vez que tuve entre mis manos aquel número que determinó la salida de Arturo Arango de la dirección de la revista, el hombre que me lo vendió me dijo con voz queda que de ese número era mejor no hablar mucho, me hizo saber que era un ejemplar que causaba incomodidad.

En el número 180 de *Casa de las Américas* aparece en la portada la imagen de un sujeto con el añadido caricaturesco de nariz y boca de payaso acongojado; en páginas interiores se juega con imágenes de payasos, mimos y arlequines. Una de las imágenes, la de la página 119 hubiese pasado desapercibida si no fuese porque la impresión de la revista salió mejor de lo pensado, convirtiendo una pequeña broma interna en un problema de gran dimensión. Confiados en que la impresión de la revista no sería lo suficientemente buena como para que se notara de quién era el rostro del personaje con gorro de arlequín, el equipo encargado de editar la revista usó la

⁸⁸ Arturo Arango, Esther Pérez y Fernando Martínez Heredia, entrevista realizada en la Habana, 28 de octubre de 2010.

fotografía truqueada del periodista cubano Luis Sexto, el cual, al reconocer su imagen en la revista *Casa de las Américas* hizo llegar sus reclamos a la dirección de la institución.

Al final de la sección “Al pie de la letra” del número 183, en un aviso para los lectores, se daban las siguientes razones para justificar el relevo de equipo.

Quienes durante algún tiempo fueron director, redactor y diseñador de la revista ya no están con nosotros. La razón de esto último es que los tres incurrieron en una gravísima violación de la ética periodística, al valerse de las páginas del n.180 de Casa de las Américas para injuriar a un colega cubano, quien hizo la reclamación correspondiente. Al esclarecerse quienes eran responsables del hecho, no quedó otra alternativa que separarlos de esta publicación que es órgano de la institución. Como ello ocurrió en vísperas de mandar los materiales de este número a la imprenta, dejamos constancia de que casi la totalidad de dichos materiales fue compilada, editada y diagramada por el equipo saliente, lo que le ha sido reconocido en los aspectos materiales de su trabajo, y reiteramos en estas líneas en cuanto al aspecto intelectual del mismo.⁸⁹

Más allá de la anécdota habría que enmarcar el hecho en un contexto general en el que la broma expresaba una confrontación política entre visiones de la cultura diferentes. Era una especie de coletazo de un enfrentamiento en el que volvieron a aflorar los conflictos en cuanto a diferentes concepciones de la gestión cultural. Las evidencias de esos enfrentamientos afloraron en torno a la presentación de la película “Alicia en el pueblo de las maravillas” (Daniel Díaz Torres, 1991) en la que se satirizaban temas como el poder y la corrupción en Cuba. Carlos Aldana, personaje que en aquel entonces jugaba un papel fundamental dentro del Estado cubano, calificó como contrarrevolucionaria la película de Díaz.

Numerosos cubanos describieron el conflicto como parte de una lucha de poder a alto nivel entre individuos de línea dura y otros reformistas dentro de la dirigencia nacional. Los reformistas, incluyendo el ministro de Cultura, Armando Hart, según se dice perdieron la batalla, y el filme fue proyectado en exhibición muy limitada. Muchos cubanos se indignaron y se provocó una controversia internacional. Eventualmente, en un escándalo por otras causas, Aldana fue eliminado del poder.⁹⁰

En el congreso de a UNEAC en 1998 habían salido victoriosas vertientes más renovadoras, que eran representadas por Armando Hart. Sin embargo el

⁸⁹ “Aviso a los lectores”, *Casa de las Américas*, núm. 183, abril-junio de 1991, p. 172.

⁹⁰ Edward J. McCaughan, *Reinventando la revolución. La renovación del discurso de la izquierda en Cuba y México*, Siglo XXI, México, 1997, pp. 97-98.

conflicto se volvió a expresar a propósito de esta presentación. Por su parte, las instituciones cubanas encargadas de la gestión cultural cinematográfica hicieron esfuerzos para resarcir los daños causados por la polémica, tanto al director cubano Díaz Torres como a la revolución cubana.

En ese contexto en el que todavía los grupos más dogmáticos tenían injerencia institucional, lo que hubiese sido una pequeña broma se convirtió en un gran problema. El acontecimiento nos habla de un momento político en el que las bromas pueden adquirir dimensiones no sospechadas en un inicio por la cabeza ocurrente. En otro contexto y con alcances completamente diferentes, en la novela *La broma* de Milán Kundera, el personaje principal Ludvik hará varias reflexiones en torno al humor en el contexto del estalinismo.

Yo no tenía entonces muchas tristezas interiores, por el contrario, tenía un considerable sentido del humor, y sin embargo no se puede decir que ante el rostro alegre de la época tuviera un éxito indiscutible, porque mis chistes eran excesivamente poco serios, en tanto que la alegría de aquella época no era amante de la picardía y la ironía, era una alegría, como ya he dicho, seria, que se daba a sí misma el orgulloso título de “optimismo histórico de la clase triunfante”, una alegría ascética y solemne, sencillamente la Alegría.⁹¹

En Cuba el humor tuvo un papel fundamental en el proceso revolucionario, quizá sean las expresiones del humor y lo que ello implica en términos sociales, uno de los elementos fundamentales que hacen distinguible el socialismo cubano al de otras latitudes. Con el humor han resistido. Sin embargo, en algunos momentos esta cita anterior podría haber sido dicha por algún artista cubano.

Fue en aquel contexto en el que Esther Pérez se hizo cargo de la redacción de *Casa de las Américas*, sin que ello significara una ruptura en la propia concepción de la revista. 1991 y 1992 serán dos de los más duros años vividos durante el periodo especial y esto será visible también en la materialidad de la revista.

Arturo está apurado para ese momento de la conversación y comienza a despedirse. Mis preguntas se aceleran, terminamos hablando de la *Casa de hoy*, de la revista. En algún momento Fernando se había apartado de la plática porque estaba preparando a marchas forzadas un par de libros que se reeditarían a propósito de su homenaje en la siguiente Feria del Libro de La

⁹¹ Milán Kundera, *La broma*, Seix Barral, Barcelona, 2002, p. 37.

Habana. “La Casa ha envejecido”, es el sentir general, dicen Esther y Arturo, incluso el tiraje está lejos de los 14 mil ejemplares que se sacaban en los mejores tiempos, hoy la cifra ronda por los cinco mil.

Quizá tengan razón y *Casa de las Américas* carezca de bríos juveniles y miradas renovadas. Sin embargo, la poca notoriedad de la otrora imprescindible revista cubana responde también a que hoy en día se está dando un viraje en torno a la lectura como práctica social. Como dirá Bolívar Echeverría, el *homo legens*, aquel individuo cuya existencia está atravesada por la lectura como actividad vital, no es una especie en extinción puesto que forma parte de la modernidad capitalista. En todo caso, sucede que al transformarse la técnica también se han modificado los usos jerárquicos, canonizadores y jerarquizantes de la lectura.⁹² Cuál será el devenir de esos cambios, qué dirección tomen las potencias contenidas en las nuevas formas de producción y consumo de la lectura, son preguntas que se tendrán que responder al tiempo mismo que se está inmerso en el vertiginoso proceso.

Ambrosio Fornet:
pensar las contradicciones

La casa de Margaret Randall que frecuentaba el grupo de jóvenes escritores al que se refería Arturo Arango quedaba en un edificio alto de línea y N. Unos días después de la plática con Esther, Arturo y Fernando, estoy sentada en la sala del departamento de Ambrosio Fornet que se encuentra un piso arriba de aquella casa en donde se realizaban las tertulias a las que asistían desde Roque Dalton hasta Julio Cortázar. La casa de Ambrosio es una de las más bellas que visité durante mi estancia. A sus paredes las adorna el colorido editorial propio y singular de una biblioteca cubana.

La charla comenzó mucho antes de lo que consigna la grabación, pero lo que quedó documentado como inicio fue el momento en el que el Quinquenio Gris salió a colación. Ahora estoy justo enfrente del hombre que ha acuñado el término. Fornet recuerda la salida de Pavón en la televisión en aquel 2007 en el que se evaluó críticamente aquel momento.

⁹² Bolívar Echeverría, *Homo legens*, en <http://www.comunidadandina.org/BDA/hh44/33HOMO%20LEGENS.pdf>

Nosotros mismos creábamos esta especie de conspiración del silencio porque una vez que se superó el Quinquenio Gris no queríamos agitar el agua turbia para que no pareciera que estábamos intentando crear una venganza o una rebeldía contra algo que ya había pasado. Se creó una sensación de falsa unanimidad porque se pensaba que así nos uníamos contra el enemigo.⁹³

Entonces compara México con Cuba y dice que en otros lugares el trabajo intelectual se funda en las contradicciones, en Cuba lo que se quería era sobrevivir y para ello se pusieron en un segundo plano las contradicciones internas. Fonet piensa que hay un problema con la transmisión de la memoria, ¿cómo transmitir una vivencia sin vivirla?, recuerda entonces los primeros años de la revolución, aquellos en los que “el mundo era nuestro”, dice. Pero yo insisto en que he ido a hablar con él justo de una época para la que hay un mayor vacío bibliográfico, si de transmitir experiencia histórica se tratara tenemos mucho material para hablar sobre los sesenta.

— ¿Y los ochenta?, pregunto, ¿qué pasó en los ochenta que la revista *Casa de las Américas* dejó de ser un material codiciado y central?

— Pasó que la Revolución Cubana había perdido centralidad. En los sesenta había la sensación de que la intelectualidad confluía en este proceso.⁹⁴

Quizá el trauma de los setenta quedó para los ochenta, y creó una especie de división de época. El impulso original cambió. No es que no se compartiera una idea, es que la vivencia de los sesenta quedó muy lejos y el proyecto que cohesionaba se volvió más complejo porque las identidades políticas cambiaron.

Para mediados de los años ochenta y después del Periodo de rectificación quedó claro formalmente que venía un cambio en la organización y en la economía, pero ¿qué se tenía que cambiar en relación con la cultura?, se pregunta Fonet, y prosigue diciendo que en cuanto a las prácticas culturales se tenía la conciencia de que algo andaba mal, que el camino por que se había ido no era el mejor, pero no se sabía bien a bien qué se tenía que rectificar. Sobre los cambios en la burocracia todos estaban de acuerdo, sobre el viraje en la política económica también, pero sobre la cultura no había tanta claridad porque se estaba viviendo una época de contradicciones profundas entre

⁹³ Ambrosio Fonet, entrevista realizada en la Habana, 10 de noviembre de 2010.

⁹⁴ *Ibidem*.

medios y fines, entre objetivos y posibilidades reales, entre la teoría y la práctica.

La conversación vuelve a la Casa de las Américas a la cual Fonet considera una institución que, junto con el ICAIC, se mantuvo a flote durante el Quinquenio gris y durante los ochenta persistió con el ánimo con que había sido engendrada. La explicación a ello se la adjudica por una parte a la labor de Haydée Santamaría y por otra a las amplísimas relaciones intelectuales que había sostenido Fernández Retamar desde su juventud temprana, lo cual lo posicionaba como un escritor e intelectual muy respetado al que no llegaban directamente los coletazos de la censura.

Por su parte, a la revista de esos años y desde su fundación la considera, como decía Lezama Lima a propósito de *Orígenes*, un taller renacentista en el que su hechura era importantísima, en el que las labores de unos y otros estaban íntimamente relacionadas. Fonet ha sido uno de los pensadores que han periodizado y conceptualizado a ese taller renacentista a lo cubano que fue la revista *Casa de las Américas*.

En 1979, en “Apuntes para un plano de la Casa”, a propósito del XX aniversario de la institución, Fonet escribía que la Casa de las Américas había atraído e integrado una gran diversidad.

Se dice fácil, pero quien haya tratado de unir por diez minutos a dos intelectuales o artistas de distintas generaciones o escuelas sabe que no es tan fácil como enlazar esos aritos, primero porque nadie es tan simple o redondo como un arito y después porque toda integración supone una fricción.⁹⁵

Así, para Fonet, lo que unió la diferencia fue que la propia *Casa* fue un producto de esa integración y atracción que significó la revolución cubana. En el texto “Casa de las Américas: entre la revolución y la utopía”,⁹⁶ Fonet propone mirar la historia de la revista desde la perspectiva de la “revolución posible”. A partir de ese concepto es que se definirían los cambios en la revista desde aquellos años “prodigiosos” desde su creación hasta el golpe de Estado en Chile en 1973, quedando empalmado el periodo del Quinquenio Gris que terminaría en 1976. Para Fonet habría una continuidad en la revista que se

⁹⁵ Hace referencia a los aros olímpicos. Ambrosio Fonet “Apuntes para un plano de la Casa”, (*Casa de las Américas* 1979) en, *Rutas Críticas*, Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 2011, p. 149.

⁹⁶ Ambrosio Fonet “Casa de las Américas: entre la revolución y la utopía”, en Saúl Sosnowski (editor), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Alianza editorial, Buenos Aires, 1999, p 421-437.

desplazaría hasta el momento en el que escribió el artículo, tomando una frase de Jaime Sarusky, Fornet dice que en efecto *Casa de las Américas* siguió siendo una revista fundamental en las décadas de los años ochenta y noventa. Tendríamos que volver al postulado inicial del texto para dilucidar sobre esta apreciación, dado que aquella “revolución posible” ha variado en intensidad y concepción durante las últimas décadas del siglo xx y el tramo transcurrido del XXI.

3.2. Artífices de Punto de Vista

Beatriz Sarlo

Después de meses de esperar un correo de respuesta de Beatriz Sarlo para una entrevista y al no contentarme con esa única vía de comunicación, comencé a pedirles a diversas personas algún teléfono para contactarla. Al ver que no se concretaban las promesas que muchos me hicieron de pasarme su teléfono y estando a menos de una semana de concluir mi estancia de investigación, se me ocurrió buscarla en las “páginas blancas”, el directorio telefónico de Argentina. No fue nada complicado dar con Beatriz Sarlo por la vía más fácil y con menos intermediarios.

Marqué el teléfono un medio día de 17 de julio de 2009, me contestó Beatriz Sarlo con una sencillez y cordialidad que no esperaba, dada la reticencia de muchas personas a darme su contacto, y porque sabía de los conflictos existentes en torno a *Punto de Vista*. La imagen de intelectual amurallada que me había construido dada la dificultad para llegar a ella a través de contactos conocidos no correspondía con la simpleza y frescura con la que se concretó una cita para tres días después de la llamada.

En Talcahuano 77, en pleno centro de la ciudad de Buenos Aires, Beatriz Sarlo tiene su estudio de trabajo. Con la luz invernal del mes de julio entrando por un ventanal, comenzamos la charla comentando sobre la precarización del trabajo de los migrantes bolivianos. A este tema se refiere Sarlo en su entonces reciente libro, *La ciudad vista*,⁹⁷ en el cual habla tanto de la ciudad real, la desordenada imperfecta, por la que circulan mercancías, migrantes, bolsas de *shopping* sujetadas por personas, y muchos pobres, que

⁹⁷ Beatriz Sarlo, *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*, Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina, 2009.

han ido aumentando después de la crisis de los años noventa; como de la ciudad imaginaria, la que se puede encontrar representada en pasajes de Borges y Arlt.

Abruptamente, es Sarlo quien me pregunta cuáles son mis dudas sobre la revista. Comienzo hilando palabras que para mí son claves; colectivo, relaciones políticas y afectivas, dictadura, democracia. Durante la conversación, fueron pocas las preguntas concretas que le hice a Beatriz. Ella es una gran conversadora que parece adivinar las preguntas, cuando éstas sólo están en la cabeza del entrevistador.

En la época de la dictadura le hubiese sido imposible hacer una revista en soledad, dice Sarlo al iniciar la entrevista. Pero no por razones materiales, sino porque la condición de soledad más la condición de peligro hubiesen sido difíciles de enfrentar. La revista comenzó con Ricardo Piglia, Carlos Altamirano y la propia Beatriz Sarlo. Luego se fueron agregando personas de otros círculos. Hasta que llegó Adrián Gorelik, en 1992, la parte material de la revista la hacía Sarlo, quien tenía ya experiencia editorial y un gusto particular por dicho trabajo. Ella dice segura que ese trabajo lo sabía hacer, que era la única que iba a ir por la calle repartiendo 200 revistas en kioscos, que ella mantenía una relación particular con el espacio público que otros no tenían. Antes de llegar a *Punto de Vista*, Beatriz había trabajado con Boris Spivacow, el editor mítico de *Eudeba*.

“*Punto de Vista* fue un grupo de autoayuda en el comienzo. Por eso me parece que el comienzo marca todas las solidaridades que se trasladan hasta hoy. Por eso, pese a todas las fracturas, hay un lecho solidario abajo, como si fuese un río subterráneo de solidaridades”.⁹⁸ Así, para Sarlo, *Punto de Vista* era la única salida, no había la opción de hacer esto o lo otro. Es esa condición de concebir a *Punto de Vista* como la única posibilidad intelectual de aquellos que vivían bajo una situación de peligro o amenaza, lo que marca su origen. Pero el comienzo está antes, en el salón literario en donde se reunían periódicamente intelectuales afines. Después vendrá la relación con un pequeño partido de izquierda revolucionario, llamado Vanguardia comunista, el cual estaba formado por dirigentes que habían salvado la vida pero que

⁹⁸ Beatriz Sarlo, entrevista realizada en Buenos Aires, 22 de julio de 2009.

estaban aislados de lo que se llamaba el movimiento de masas, desarticulado por la dictadura.⁹⁹

Es en un texto y no en la entrevista donde Beatriz se detiene a hablar de aquellos diálogos primeros, cuando tenían todo el tiempo del mundo “ya que no había mucho que hacer en una sociedad capturada por el miedo”.¹⁰⁰

Entonces discutían sobre el marxismo, al tiempo que repudiaban el llamado “socialismo real” y valoraban críticamente los equívocos o aciertos de las tácticas revolucionarias. Poco a poco, a las discusiones exclusivamente políticas se fueron incorporando temas propios del espacio cultural.

En el año 1977, el que diez personas se reunieran, aunque sólo fuese para hablar del nacionalismo cultural de Rojas y Lugones o sobre “El Facundo”, significaba ya un éxito. “Con una ingenuidad y un voluntarismo que no excluía la ironía, llamamos a estas reuniones el Salón literario”.¹⁰¹ Estas reuniones se realizaban en el Centro editor de América Latina.

Hacer la revista o irse al exilio eran las opciones para Sarlo, y en la entrevista segunda la afirmación diciendo que la revista fue casi un automatismo intelectual. Hoy sería un acto de automatismo hacer un *blog* o una página web. En ese entonces, la única forma de trascender fuera de un grupo era haciendo una revista, sin preguntarse mucho el por qué era así.

Por otra parte, Piglia, Altamirano y Sarlo habían tenido la experiencia de participación en la revista *Los libros*, lo que los hizo tener la confianza de que podían hacer juntos una revista. “No se nos hubiera ocurrido otra cosa”,¹⁰² dice Sarlo y comienza a enumerar otras publicaciones, como *Brecha* o *Nova Arte*, que nacieron también de empeños intelectuales para los que hacer una revista fue un acto reflejo. Entonces recuerda que en una reunión en 1979, ente Horacio Tarcus, Enrique Sátara y ella, lo que era explícito es que todos estaban sacando revistas, por el carácter mismo de la dictadura argentina.

Sin importar mucho cómo caracterizaban a la dictadura de entonces, lo que estaba claro es que estaban en contra de pensar que la dictadura era un espacio donde nada se podía hacer, “lo cual fue una caracterización que

⁹⁹ Beatriz Sarlo, “Una entrevista en dictadura y en democracia”, en Saúl Sosnowski (editor), *Op. cit.* p. 525.

¹⁰⁰ *Op. cit.*, p. 526.

¹⁰¹ *Op. cit.*, p. 526.

¹⁰² Beatriz Sarlo, entrevista realizada en Buenos Aires, 22 de julio de 2009.

tuvieron algunos exiliados para reafirmarse en algo tan doloroso como el exilio”.¹⁰³ Entonces recuerda que *Controversia*, publicada en México entre 1979 y 1981, fue una revista con la que *Punto de Vista* tuvo relación y con la que compartió el ánimo de no quitar la mirada sobre Argentina.

En otro momento de la entrevista dirá que el exilio en México fue el más productivo intelectualmente hablando, justamente porque no empezaba en escalones inferiores respecto a los que se había salido de Argentina, como fue por ejemplo en España. El exilio mexicano fue el que estuvo en mejores condiciones para tener la cabeza libre. Es por ello que la gente que haría *Punto de Vista* se sentía en sintonía con la gente de *Controversia*.

A decir de Sarlo, al principio no había una buena formación académica, salvo por el caso de María Teresa Gramuglio. Altamirano y ella tenían buena formación marxista, aunque sesgada. Contaban con títulos universitarios pero la experiencia investigativa arrancarían tardíamente. Su proceso formativo en la investigación comenzó con la dictadura y *Punto de Vista* fue la piedra de arranque.

En *Punto de Vista* armamos las primeras hipótesis, que nosotros armamos sobre historia cultural argentina, quizá por eso aparece esa especie de solidez que vos decís. De gente que se esfuerza por hacer una revista de intelectuales, y no de académicos pero que tiene conciencia de las fallas y límites de su formación académica. El esfuerzo de hacer una revista seria, no de partido, no testimonial, una revista seria, orgullosa del material, material serio intelectualmente. Pensábamos en algunas revistas italianas que tenían ese rasgo.¹⁰⁴

Para ello, volvieron a leer los textos que los habían formado, para darles otro sentido, sobre todo la teoría marxista. *Punto de Vista* era el funcionamiento de una máquina intelectual en ese momento. En ella también se discutía sobre la violencia política, porque sus hacedores no provenían del mismo origen militante. Altamirano, Vezzetti y Sarlo no provenían de partidos guerrilleros, pero María Teresa Gramuglio sí había simpatizado con el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). “Esta discusión no se salda simplemente en términos de eficacia o en términos morales, también se salda en términos

¹⁰³ *Ibidem.*

¹⁰⁴ *Ibidem.*

teóricos y de historia política e historia de las organizaciones y de los sujetos“.¹⁰⁵

En *Punto de Vista* aparecía la dirección de una casilla de correo a la cual se podía escribir para tener comunicación con sus editores. La casilla de correo 39 sucursal 49 B, recibía la revista *Viejo topo y Vuelta*, y también la *New left review*. Sarlo recuerda que un librero exiliado en España, Manuel Gestal, hacía cada mes un rollo con publicaciones y lo mandaba por correo. Jorge Tula mandaba posters y John King la *New left review*. Lo recibido se leía como si fuesen papiros, dice Sarlo. A las lecturas llegadas se les dedicaba una atención particular que hoy no se le dedica a ninguna otra. “Cuando llegaba el rollo de revistas, lo leíamos con una especie de exégesis bíblica, porque vivíamos una escasez de material”.¹⁰⁶ *Casa de las Américas* no entró en este corpus de revistas leídas por el grupo de *Punto de Vista*. En el seno de este grupo intelectual no hubo guevaristas ni pro cubanos. “Habíamos sido cosas más exóticas: pro chinos, pro vietnamitas, pro albaneses, pero nunca pro cubanos”.¹⁰⁷ Fue importante, sí, el descubrimiento del universo intelectual mexicano o brasileño, pero esto sucedió a partir del exilio. Antes Argentina era un país aislado que miraba básicamente a Europa.

Sarlo valora como no tan buenos los primeros años de la revista, a los cuales considera formativos. *Punto de Vista* fue mejor después de la dictadura, pero la naturaleza de su inicio hizo posible que fuera lo que fue después. Antes de los bordes finales de la dictadura, *Punto de Vista* vivía al margen del margen. Se vendían muy pocos ejemplares, cien o 200, quizá hasta 300 en el número 80, dice Sarlo, y eso contando la circulación que tenía con amigos que viajaban al extranjero. El salto cuantitativo y cualitativo comienza en el año 82 con el primer número de tapa dura. Entonces ya se empezó a rondar los 2,000 ejemplares (*Punto de Vista* terminó vendiendo un promedio de 2,200 ejemplares).

Desde su inicio hasta su final en abril de 2008, la revista siempre se autofinanció, incluso después del último número, el 90, la revista terminó con un superávit. Aunque siempre se cobró muy bien la venta, los años 90 fueron

¹⁰⁵ *Ibidem.*

¹⁰⁶ *Ibidem.*

¹⁰⁷ *Ibidem.*

terribles en cuanto a su distribución en el exterior. Costaba más el envío que lo que se ganaba con su venta. Irónicamente, el mantener estas suscripciones en el año 90 fue lo que les permitió sobrevivir después de la devaluación.

Para *Punto de Vista* siempre fueron fundamentales los suscriptores, respondían la mayoría de las cartas. Mandaban la revista que se había perdido. En la casilla de correos Sarlo recibió cartas de Ángel Rama, Cornejo Polar y Antonio Cándido, que unieron a *Punto de Vista* con otro universo intelectual. Recuerda Sarlo que en un viaje que hizo en 1980 a Campinas, en Brasil, fue acogida por Rama y Cándido, quienes se dedicaron a mostrar los primeros números de *Punto de Vista* a todos los asistentes. Ahí también conoció a Roberto Schwartz, y comenzó una relación que ligaría a Argentina con otros países de América Latina.

Punto de Vista mantendrá relación con la revista *Novos Estudos*, CEBRAP, en los años ochenta con la cual tendrá algunos puntos de contacto en cuanto a contenido. En ese sentido, fue importante el descubrimiento del mundo intelectual brasileño. Saber que las preocupaciones de Antonio Cándido y Raymond Williams podían ponerse en sintonía fue revelador para la gente de *Punto de Vista*. En el número 8, de junio de 1980, la revista argentina publicó lo que Sarlo recogió en aquel viaje a Brasil. Su texto se tituló “La literatura de América Latina. Unidad y conflicto”,¹⁰⁸ tras este título se extendía un largo subtítulo que da cuenta de la marca que este encuentro marcó en la trayectoria de la autora y del grupo de *Punto de Vista*: La literatura latinoamericana como problema: unidad y diversidad, herencia de la historia y perspectivas actuales. ¿Balcanización? ¿dependencia cultural? Un debate importante convocado en Brasil y las respuestas de tres críticos: Antonio Cándido, Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar.

Aunque es un momento de acercamiento con intelectuales del Programa de Estudios de Historia Económica y Social de América (PEHESA),¹⁰⁹ como Hilda Sabato, esos años fueron los de mayor soledad durante la dictadura. Soledad respecto al conjunto del propio país, porque *Punto de Vista* era de las

¹⁰⁸ Beatriz Sarlo. “La literatura de América Latina. Unidad y conflicto”, en *Punto de Vista*, núm. 8, marzo-junio de 1980, p. 3.

¹⁰⁹ El Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA) era un grupo de estudiosos que estaba conformado por Ricardo González, Leandro H. Gutiérrez, Hilda Sabato, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero y Miriam Trumper.

pocas voces levantadas en contra de la Guerra de las Malvinas. Sarlo entonces dice que esta revista nunca fue nacionalista, se debatía ideológica y políticamente con el populismo, al que ellos ligaban con un nacionalismo dañino.

Al principio se pensaba que si se refundaba la universidad, tras los golpes sufridos durante la dictadura, se podía recuperar el tiempo perdido, pero durante los años 80 hay un viraje y *Punto de Vista* se coloca como una de las voces que se diferenciaron de la Universidad.

Yo quería hacer una revista de intelectuales, pero no académica, es decir un intelectual es aquel que tiene una sólida base académica pero que cuando hace una revista de intelectuales no hace una revista académica, entonces cómo se relaciona eso a nivel de discurso, a nivel de escritura, a nivel de experimentación de hipótesis, de experimentación de ideas, las revistas académicas no son un espacio de experimentación de ideas, son un espacio donde las ideas ya llegan armadas.¹¹⁰

Ya en la transición a la democracia, *Punto de Vista* desplegó completamente ideas que venía gestando desde antes. Cuando llega Raúl Alfonsín al poder, no serán pocos los que conciban a esta revista como alfonsinista. Así la concebían por ejemplo el grupo de Horacio González y a revista *Unidos*. Ya pasados los años, Sarlo dice que las críticas de *El ojo mocho* a *Punto de Vista* la calificaban de ser socialdemócrata, aunque ella asegura que lo que realmente estaban criticando era el carácter moderno, abstracto, iluminista de la misma. “Cuando *El ojo mocho* sitúa a *Punto de Vista* en el debate por la modernidad, es un debate bien planteado, no así cuando se criticó a *Punto de Vista* por alfonsinista. *Punto de Vista* fue una revista reformista, progresista, no alfonsinista, pero no anti alfonsinista”.¹¹¹

Los interlocutores críticos de *Punto de Vista* estaban representados por ejemplo por Horacio Tarcus, del lado de la izquierda marxista, y por Horacio González más cercano al nacionalismo popular. Aquí la narración verbal de Sarlo apunta al carácter distinto de los partícipes de *Punto de Vista*. El carácter de Carlos Altamirano evitó que *Punto de Vista* se metiera en una infinidad de debates. “Yo hubiese opinado diferente, más proclive a hacerlo”, dice Sarlo, quien es cuestionada entonces sobre el funcionamiento de un colectivo que

¹¹⁰ Beatriz Sarlo, entrevista realizada en Buenos Aires, 22 de julio de 2009.

¹¹¹ *Ibidem*.

tiene que lidiar con diferencias. “Un colectivo funciona cuando los demás son parte de tu conciencia, aun cuando vos estás en contra”.¹¹²

Después de muchos años, Beatriz Sigue manteniendo su carácter polemista que se reconfigura en nuevos grupos de intelectuales. Recientemente ha protagonizado diversos debates televisivos en torno al papel del Estado, el populismo, los medios de comunicación, los intelectuales; ello en el contexto del gobierno kirchnerista. Desde la prensa también sostiene una actitud crítica al gobierno actual de Argentina. Una de las disputas públicas más recientes en las que Sarlo ha participado es la referente a la declaración presidencial que proclamó al 2 de abril como el 'Día del veterano y los caídos en la guerra en Malvinas'. Un grupo de intelectuales desaprobaron la medida “por evocar el episodio impulsado por la última dictadura como positivo y por exaltar un 'nacionalismo retrógrado’”.¹¹³

Carlos Altamirano

La pregunta que inauguró la entrevista con Carlos Altamirano fue la siguiente: ¿qué caracterizaba al colectivo intelectual conformado por Carlos Molinari, Silvia Nicolini y Emilio Renzi?, seudónimos que habían sido utilizados por Altamirano, Sarlo y Piglia al momento de publicar los primeros números de *Punto de Vista*. Una unidad del ejército secuestró la colección de la revista *Los libros* y clausuró el local en el que la producía. Dice Altamirano que entonces no tenían conciencia de cuán próximos estaban del dispositivo represivo. Y ya para el año 78 tuvieron una mejor idea de lo que estaba pasando en términos de represión, porque había amigos y compañeros que habían sido secuestrados o estaban presos. Cuando ya llevaban dos o tres números de la revista, Altamirano y Sarlo sabrán que los compañeros dirigentes de Vanguardia comunista, con los que habían estado ligados en un principio, habían sido asesinados.

¿Cuál fue la pulsión que los motivó a hacer una revista?, le pregunto a Altamirano en el caos del medio día de la cafetería de la Universidad de

¹¹² *Ibidem*.

¹¹³ Radio Francia Internacional, “El fin del consenso nacional sobre las islas Malvinas”, Lunes 12 de abril de 2012. Disponible en: <http://www.espanol.rfi.fr/americas/20120402-el-fin-del-unanimismo-sobre-las-islas-malvinas>. (Fecha de consulta: 13 abril de 2012)

Quilmes. Es difícil responder, dice, porque una pulsión es en general un resorte inconsciente. En todo caso, se siente más cómodo respondiendo que hacer una revista es una de las formas características del comportamiento intelectual. La revista se hace cuando un grupo quiere expresar algo que, por alguna razón, considera que no está en el espacio público. La revista fue un vehículo de comunicación entre la disidencia, sobre todo porque se mostraba que era posible una publicación de esas características al interior de Argentina.

Entonces el grupo involucrado en la producción de *Punto de Vista* conformó un discurso un poco esópico, es decir, a lo Esopo. Que hablara no siempre de manera abierta, dado que se sabía el papel que jugaba el Estado en la represión de la cultura. La revista fue una manera de hablar no siempre abierta, pero que no fuera irreconocible, que creara una comunidad disidente. Sería exagerado decir que *Punto de Vista* lo logró en toda Argentina, pero sí en Buenos Aires.

“Al principio“, dice Altamirano, “no hubo una estrategia clara“. Fue hasta después, cuando miramos hacia atrás el proceso, que se entendieron algunas cosas. En principio fue más bien una búsqueda, un tanteo. No se sabía si la publicación duraría un número, diez, un año o menos. La revista era medio pobretona, materialmente, en blanco y negro, pero en esa pobreza material no era difícil descifrar que allí había un núcleo de izquierda. En los primeros números no se hacía referencia a la situación política presente, tampoco a la dictadura militar. Pero se tenía clara una idea:

Vamos a hablar de cosas que no se hablan. Esto quería decir, vamos a someter a una revisión a la cultura intelectual argentina; vamos a repensar mucho los repertorios histórico-teóricos de la tradición de donde nosotros proveníamos; vamos a ver cuáles eran los linajes de la tradición intelectual argentina.¹¹⁴

Entonces se comienza analizando la experiencia de la revista *Contorno*, y también haciendo analogías con el régimen militar más próximo, el del general Onganía, en 1966. Se pensaba que una labor de reflexión intelectual, aunque fuese pequeña y casi confidencial, se iba a conectar con luchas que se estaban librando en otras escenas. El Cordobazo, que fue un acontecimiento central del año 69 (que le dio un golpe de muerte al régimen del general Onganía) se

¹¹⁴ Carlos Altamirano, entrevista realizada en Buenos Aires, 18 de mayo de 2009.

pensó como un proceso en el que se reflejaban muchos intelectuales, entre ellos, los hacedores de *Punto de Vista*. “Nosotros pensamos que procesos así se irían desatando, y que en algún momento determinado, todo eso, con diferentes cursos, arroyitos, iban a confluir en una especie de corriente. No fue así”.¹¹⁵

Altamirano vuelve a la idea de la pulsión, y dice, “las pulsiones no las sé, te podría hablar de razones; y bueno, una de las cosas que suelen hacer los intelectuales, son las revistas”.¹¹⁶ Las discusiones se hacían en la casa de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. Al narrarlo, Altamirano recuerda que la revista tenía que tener una dirección, para no generar sospechas. Fue así como Jorge Sevilla, que dirigía la Agrupación de Psicólogos de Buenos Aires, prestó su nombre para fungir como director de la revista. La que sabía más sobre procesos de impresión era Beatriz Sarlo, dice el que era entonces su esposo, Carlos Altamirano; ella sabía todo lo que tenía que ver con la imprenta.

Y entonces, vuelve a aquellas conversaciones en su casa, en donde hacían el balance de los riesgos que se corrían si se incluía tal o cual texto. Al principio, pensábamos que aquel público que leía libros antes de la dictadura debería seguir estando. Ese fue uno de los primeros desmentidos que vivieron. El primer tiraje vendió poquísimos ejemplares, lo que los obligó a establecer una relación más realista con el medio intelectual argentino, fracturado e incomunicado.

Debe haber sido a los dos años de la publicación de *Punto de Vista* cuando hubo una reunión de revisteros, y vieron que eran personas que se conocían poco, y en las que pesaba más la desconfianza que la confianza.

En sus inicios *Punto de Vista* fue una revista que estuvo más cerca de producir nuevos lectores que de encontrar a los que ya existían. En un segundo momento, iniciado en los años ochenta, ya no sólo apelaba a los lectores que estaba formando sino a esos viejos lectores que estaban dispuestos a discutir la apuesta por una salida política que tuviera la democracia como horizonte.

La expectativa general era que se pusiera fin al régimen militar. Pero *Punto de Vista* le apostaba a ir con la reflexión un poco más allá, por ejemplo,

¹¹⁵ *Ibidem.*

¹¹⁶ *Ibidem.*

mostrando cómo podían ser utilizados en la crítica de la cultura argentina dispositivos teóricos como los de Raymond Williams.

Altamirano dejó de acompañar la revista cuando ésta comenzó a matizar una serie de áreas de la vida cultural y dio un giro hacia el alto modernismo, es decir, “modernismo literario y valorización de la alta cultura”. Cuando recuerda las críticas hechas por *El ojo mocho*, dice que *Punto de Vista* sostuvo una actitud “un poco aristocrática, en el sentido de que no le interesaba lo que decía *El ojo mocho*”. Aquí está de acuerdo con Beatriz Sarlo, en las valoraciones propias y sobre el otro.

Beatriz era más intervencionista; yo era más inclinado a pensar en una posición más fenomenológica [...] debíamos tratar de ser un poco más etnográficos, para decírtelo de algún modo, que prescriptivos. Esas fueron las cosas que, una y otra vez, tironearon a lo que era también un grupo de amigos, porque no era sólo un grupo de gente que se reúne para hacer una revista. Había también una serie de lazos antiguos, de afectos, de lealtades, nadie quería perder a nadie.¹¹⁷

Eso se veía, por ejemplo, en las cenas que organizaban Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, en las que se conservaban reflejos de militantes. Ahí se recreaban las relaciones de camaradería intelectual que en general propiciaban climas que contrarrestaban el efecto más terrible que producía la dictadura, que era el retraimiento a la vida meramente doméstica. Eso fue para Altamirano el Salón literario, que también menciona Sarlo.

¿Se discutía colectivamente el proyecto estético de *Punto de Vista*?, le pregunté a Altamirano. Muy formalmente no, responde, pero se trató que la gente que hiciera la gráfica fueran amigos de la empresa. Por ejemplo, los diagramadores en distintos momentos fueron parte de los hacedores de *Punto de Vista*. Carlos Bocardo, el diagramador hasta el número 12 era un maoísta que cuando ya no pudo trabajar más en *Punto de Vista*, le pidió a un diagramador joven que lo hiciera. La elección del sustituto fue justamente porque a éste le gustaba *Punto de Vista*. Cuando ya la revista comenzó a tener prestigio, ya no costaba ningún trabajo obtener la participación gráfica.

Punto de Vista se parece mucho a sí misma, no es una publicación que hubiese sufrido cambios vertiginosos, siempre existió una idea de austeridad, muy ligada a la idea de rigor, de una revista que no quería ser bella, sino en

¹¹⁷ *Ibidem*.

donde lo estético no mermara el contenido. Había bromas, recuerda Altamirano, “esta revista es tan exigente que ni nosotros mismos podríamos leerla”.¹¹⁸ *Punto de Vista* hizo algo que sería prudente pensar en la actualidad. Mezclaba ese extremo cuidado con el que se hacen los libros con el artículo o ensayo que se hace para intervenir en un presente.

En alguna entrevista que le hicieron a Altamirano dijo que, en uno de sus viajes a Europa se compró el último tomo de las *Obras completas* de Mao Tse-Tung, como acto de pasar la página a otros horizontes intelectuales. ¿Con qué libros regresaste de aquel viaje?, le pregunto. “Regresé con libros ligados a una nueva sociología en la literatura, era lo que nos daba vuelta y compramos muchos libros, en ese sentido hicimos lecturas muy eclécticas y te confieso que yo no volví a leer el libro ese que escribí con Beatriz, *Literatura y sociedad*”.¹¹⁹

Al filo de la entrevista, le pregunto sobre la idea de entender al intelectual como ciudadano y sobre la muerte de Alfonsín, que había sucedido en esos días (31 de marzo de 2009).

No tengo una idea populista del intelectual, tengo una idea que yo llamaría democrática, que quiere decir que cuando el intelectual habla de política, lo que expone son opiniones, esto quiere decir que, por competente que sea en algún terreno, esa competencia no le garantiza su lucidez política, ni le otorga una posición de pastor de almas, quiere decir más bien que él está involucrado en el debate y en los errores del debate como el resto de la gente.¹²⁰

Así, la posibilidad de transformación desde el pensamiento y su injerencia social sucedería cuando se encontrara no sólo el pensamiento de intelectuales, sino el de muchos otros, y ese tiempo lo decide una serie de contingencias que no se pueden determinar de antemano, no los intelectuales.

Tiempo después, al estar revisando el libro *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*,¹²¹ encuentro el boleto de tren que me llevó de la Plaza de la Constitución a la estación Quilmes. Como telón de fondo en la grabación de la conversación con Carlos, se escuchan nítidos golpeteos de tazas y platos, conversaciones y risas propias del ambiente de una cafetería universitaria. Carlos Altamirano es

¹¹⁸ *Ibidem.*

¹¹⁹ *Ibidem.*

¹²⁰ *Ibidem.*

¹²¹ María Matilde Ollier, *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI editores, 2009.

profesor e investigador de la Universidad Nacional de Quilmes y la historia intelectual es su principal línea de investigación. Junto con un equipo amplio le ha dado vida a *Prismas. Revista de historia intelectual*, publicación que ha marcado pautas teóricas y metodológicas sobre la reflexión histórica en torno a los intelectuales.

María Teresa Gramuglio

De la Avenida Pedro Goyena guardo gratos recuerdos, las ramas de los enormes árboles que están a sus costados se juntan en el aire y forman un gigantesco techo de hojas y ramas sobre la avenida. Cruza la ciudad de este a oeste y es perpendicular a la calle de Puán, en donde se encuentra la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En una cafetería que queda casi en la esquina de Pedro Goyena y Puán fue el encuentro con María Teresa Gramuglio. Nos vimos más cerca de la noche que de la tarde, ella estaba saliendo de dar clases en la facultad.

María Teresa Gramuglio lo primero que hace es hablar de la fuerte amistad que unía a los hacedores de *Punto de Vista*, aquella que surge cuando hay una afinidad muy grande. *Punto de Vista* comenzó, dice ella, en un momento difícil pero propicio. Era una afinidad que se fue tramando a través de mismo gusto por los libros, las mismas películas, comer en los mismos restaurantes, encontrarse en el cine, veranear. Es una trama que Gramuglio no minimiza porque también la encuentra en otras formaciones intelectuales, como el Club de Cultura Socialista, al que llegó incluso gente de la revista *Vuelta*, de México.

En los inicios de *Punto de Vista*, sus hacedores formaban parte de una sociabilidad intensa que poco a poco se fue perdiendo. Durante la dictadura militar la tendencia fue aglutinarse, porque eso los fortalecía, era ahí en donde las relaciones afectivas eran más intensas. Gramuglio ubica el inicio de la democracia como el de la diversificación de los caminos, porque ya no los unía la resistencia. En *Punto de Vista* se juntaron personas con trayectorias muy heterogéneas. Y la corriente afectiva intensa que se había tejido se fue perdiendo en la medida en que transcurrió el tiempo.

Lo que pasó en *Punto de Vista* fue algo muy especial, “yo misma no me explico cómo lo logramos”, dice Gramuglio, “pero si tuviera que darte una versión franca te diría que eso no hubiera existido nunca sin Beatriz Sarlo y no hubiera tenido las características que tuvo sin la química intelectual especial que se creaba entre Beatriz y Carlos Altamirano, con las contribuciones de todos nosotros, que no hay que minimizar”.¹²² Y aquí recurriré a una explicación que será compartida también por Hugo Vezzetti e Hilda Sábato: Beatriz Sarlo era el motor de la publicación.

Gramuglio recuerda las acaloradas reuniones anteriores a la conformación de *Punto de Vista*, en donde se hacían largas exposiciones de formalistas rusos, al tiempo que se proponían ideas para renovar la lectura sociológica y cultural de los textos literarios; también se revisaban las posiciones políticas. Ya con la existencia de *Punto de Vista* y después de la dictadura, se incluyó en las discusiones la revisión de las propias posiciones políticas; la crítica a la Unión Soviética, a la guerrilla, a Perón; discusiones no precisamente académicas “en torno a una mesa con vino”.

Un momento tormentoso fue cuando se fue Piglia, dice Gramuglio, también cuando se fue Nicolás Rosa, que venía de Montoneros. Está narrando eso cuando vuelve a la idea de Sarlo como motor. Entonces recuerda que, mientras Sarlo y Altamirano estaban en Europa, en aquel episodio antes narrado, en el que Altamirano compró su último tomo de las obras completas de Mao, a ella le tocó ir a una imprenta localizada en Parque Patricios, a la que nunca más fue porque regresó Sarlo y siguió encargándose de ello.

Las reuniones del Consejo de Redacción eran largas charlas. Era muy raro que llegaran artículos que les gustaran, más bien buscaban los textos para publicar. Existieron algunos temas, algunas líneas que, sobre todo en los últimos tiempos antes de la fractura, fueron especialmente controversiales.

Coincide con Altamirano que la parte material no era algo que les interesara mucho, existía la idea de que fuera una publicación sobria. Cuando Juan Pablo Renzi, esposo de María Teresa Gramuglio, sustituyó a Boccardo como programador, Renzi y Gramuglio no hablaron mucho sobre el diagramado. Sólo se llegaba con las ilustraciones propuestas, se ponían y ya.

¹²² María Teresa Gramuglio, entrevista realizada en Buenos Aires, 24 de junio de 2009.

Gramuglio la llevaba a Rosario y los lectores decían “es buena, es buena, pero muy difícil”. Y entonces comenzamos a hablar sobre las metrópolis versus las provincias, que ha sido una forma histórica de compartimentar la cultura: “no hay una presencia nacional, y nosotros nunca tuvimos un espíritu federal. Teníamos amigos de provincia y por ahí circulaba la revista. Los grupos intelectuales así son muy pequeños; no tienen fuerza para esa irradiación. Es muy difícil encontrar afinidades”.¹²³ Había una lista de suscriptores que venían mayoritariamente del extranjero, menos de provincia.

Es difícil hablar por todos, dice Gramuglio cuando le pregunto sobre la transición a la democracia. La idea de la democracia se abrió camino muy lentamente, veníamos de visiones muy pesadas, de pensar, por ejemplo la palabra “revolución”. La democracia era una palabra vacía, por lo menos eso dice que pensaba cuando era parte del PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores). “Yo creo que la democracia se abrió camino muy lentamente”.

Yo, por mi edad, viví la otra dictadura, la del 66, la de Onganía, la de la masacre de guerrilleros en Trelew, en donde había muchos amigos míos. Cuando viene esta otra dictadura lo que creíamos era que había que agudizar las condiciones de lucha. Revisar todas esas posiciones nos hizo valorar lo que tenía el estado de derecho aún con todas sus limitaciones. Eso incluyó a las formas democráticas, las elecciones.¹²⁴

La charla deriva en una crítica al capitalismo, pero Gramuglio añade la crítica al socialismo. Entonces viene Cuba a cuento, le pregunto si leía *Casa de las Américas* y responde

No mucho, a mí las literaturas propagandísticas me fastidian mucho. Hace poco estaba viendo por televisión *Mientras Anochezca*, la película sobre Reynaldo Arenas. Ahí tenés el caso Padilla. Nosotros en esa época éramos tan pro cubanos que no decíamos nada. Cuando nos criticaban a la Unión Soviética, cuando yo era más joven no lo tolerábamos. Eso nos llevó mucho tiempo. Criticar a la guerrilla, criticar la lucha armada, herejía absoluta, y no te estoy hablando de hace cincuenta años. Cuando Alfonsín ganó las elecciones yo estaba muy contenta y voté por él, pero yo todavía no había revisado mi adhesión a la guerrilla, eso me llevó mucho más tiempo.¹²⁵

Sarlo, Altamirano y, como veremos Hilda Sabato, mantuvieron un compromiso serio con proyectos, intervenían, asesoraban. Participaban de un modo concreto. Gramuglio, aunque no estaba de acuerdo con ellos en todo, admiró

¹²³ *Ibidem.*

¹²⁴ *Ibidem.*

¹²⁵ *Ibidem.*

de sus compañeros de la revista el ánimo de apoyar proyectos para mejorar la política en el mundo democrático. Aunque no sirviera, ella admira esa entrega intelectual que tuvieron aunque no hubieran salido las cosas como deseaban.

En 2004, se anunciaron en Punto de vista las renuncias de Carlos Altamirano, Hilda Sabato y María Teresa Gramuglio al Consejo de dirección. En la carta de renuncia de Gramuglio decía que en los últimos tiempos ya no todos los miembros del Consejo de redacción conocían la totalidad de los artículos y no se realizaba una discusión colectiva de los artículos antes de su publicación, lo que fue una política de la revista durante muchos años.¹²⁶

Hilda Sabato

Es la línea roja del subte la que lleva a la casa de Hilda Sabato, ya no recuerdo con claridad en cuál de las dos puntas de la línea del metro fue que me bajé para llegar a su casa, de ese momento sólo recuerdo el escenario urbano que me encontré al salir del metro: una ciudad en completa reconstrucción, la obra pública administrada por el Estado pero en el contexto neoliberal.

Sabato también es una gran conversadora, bastará hacer una pregunta inicial sobre el trabajo colectivo en *Punto de Vista* para generar en ella un viaje apasionado a los recuerdos. Hilda coincide con Gramuglio en pensar que, cuando ella se sumó a *Punto de Vista* en el año 1983, lo que sucedió con esa fusión intelectual fue la idea de impulsar la discusión sobre su propia trayectoria, al tiempo que se trataba de entender lo que estaba pasando con la izquierda y con la izquierda revolucionaria.

Punto de Vista fue un emprendimiento que se fundó sobre la necesidad de hacer una crítica política en un espacio intelectual en el que había una especie de democratización. En medio de la sangría de la desaparición de gente o con los que se fueron al exilio, no es que se borrarán las jerarquías o los prestigios adquiridos, pero existía un espacio más horizontal para la participación. A sus 35 años, Hilda Sabato entró a *Punto de Vista* sintiendo que ahí había un espacio de interlocución y acción en donde no había ningún papá intelectual, lo cual tenía su costo, pero también su dosis de creatividad y libertad, dice.

¹²⁶ “Un nuevo colectivo intelectual”, en Bazar Americano, disponible en: <http://www.bazaramericano.com/punto.php?msg=colectivo>, (fecha de consulta: 3 de noviembre de 2009).

Antes de estar en *Punto de Vista*, Hilda Sábato formaba parte del grupo fundador del PEHESA, a fines de 1977, el cual estaba constituido un grupo de personas bastante heterogéneo que tenía como base la historia social, como aproximación a la historia general. Eran básicamente historiadores (pero no sólo) marcados por la historiografía inglesa. Thompson, por ejemplo, era uno de los autores referentes. El PEHESA se formó al amparo de Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero.

Beatriz Sarlo fue muchos años investigadora del PEHESA, y lo que se generaba en ese grupo de investigación iba más allá de la amistad personal. Era más bien la visión de un futuro lo que los unía, o más bien dicho, la reflexión sobre el futuro en un momento de incertidumbre.

La guerra de Malvinas fue un sacudón, dice Sábato, fue un momento en el que se hizo evidente que estaban solos a contramano del país, e incluso de las propias capas intelectuales. Ese sentimiento fue lo que afloró la empatía entre *Punto de Vista* y el PEHESA, porque se entendieron rápidamente. E Hilda Sábato fue uno de los canales de comunicación entre estos dos espacios.

Muchas de las ideas del libro *Modernidad periférica* que Sarlo publicó en 1994, tienen sus orígenes en las discusiones de los años ochenta. Porque, justamente, en el momento de unión ninguno de los hacedores de *Punto de Vista* tenía certezas, y juntos las fueron construyendo. “A principio todo eran preguntas, dudas, autocrítica, después ya teníamos algunas respuestas”.¹²⁷

De todas formas, a pesar de que en los años de la dictadura y en los inmediatamente posteriores a ella, se pensaba que no se podían tener respuestas certeras, sí existía la generalización de la sensación de ciertos horizontes temáticos, por ejemplo, la libertad, los derechos humanos, o la ciudadanía.

A decir de Sábato, la entrada de Juan Carlos Portantiero y José Aricó a *Punto de Vista* le dio un giro a la revista. Ellos llegaron con una profunda reflexión en el terreno de la democracia. Después de decir esto, habla sobre Cuba, y dice que en general la gente que hacía *Punto de Vista* tenía una mirada crítica sobre este país aunque nunca esa crítica apareció explícitamente.

¹²⁷ Hilda Sábato, entrevista realizada en Buenos Aires, 26 de julio de 2009.

¿Cómo se formaba la revista?, le pregunto. “Quien te puede decir bien cómo funcionaba el mecanismo de llegada de los artículos es Beatriz Sarlo, ella era la que manejaba y centralizaba la información”.¹²⁸ Ya después se decidía quién publicaba o no en la revista. También se hacían peticiones explícitas. “Beatriz siempre tuvo una visión muy militante de la revista. Ella pensaba que todos teníamos que escribir en todos los números; cada uno de nosotros teníamos que escribir algo. Y si vos ves, ella escribió en casi todos los números. Muchos de nosotros no pensábamos eso, yo no pensaba eso”.¹²⁹

Cuando Hilda llegó a la revista se trabajaba intensamente. Había reuniones constantes en las que se discutía con mucho rigor académico. Eran muy exigentes con el rigor argumental. “Para mí era más difícil escribir un artículo en *Punto de Vista* que cualquier otro artículo, porque implicaba un nivel distinto de auto exigencia”.¹³⁰ No era, pues, un grupo autocomplaciente, pero ese espíritu de discusión y lectura voraz se fue perdiendo poco a poco.

La revista fue cambiando por distintos motivos y fue siendo mucho más una revista donde cada vez más la iniciativa, sobre todo de Beatriz y también parte de Adrián, que era su mano derecha, fue pesando y terminamos leyendo y discutiendo menos. Se perdió el ánimo colectivo, e incluso se dio lugar a muchas rispideces. Quizá también cambió el ánimo o cada uno de nosotros. Y los temas de la revista cambiaron pero también cambiaron nuestras prioridades.¹³¹

En ese entonces, empezaron a formar parte de muchas otras iniciativas, en la universidad, por ejemplo, o al momento de entrar al Conicet (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas). *Punto de Vista* era uno de los pilares de Hilda Sábato, pero para ella también fue importante el Club de Cultura Socialista, del que se hablará más adelante, porque este era un espacio directo de acción política. En él se hacían cosas que desde la revista no se podían hacer. Hilda Sábato sigue narrando todo presurosamente, y es cuando llega a los años noventa, y dice que, efectivamente, las rupturas en *Punto de Vista* tuvieron que ver con diferencias dentro del Club. “Fue una

¹²⁸ *Ibidem.*

¹²⁹ *Ibidem.*

¹³⁰ *Ibidem.*

¹³¹ *Ibidem.*

disputa sobre estilos políticos, más que de política, sobre estilos de militancia, digamos, sobre cómo debía ser el Club, qué cosas debía hacer el Club”.¹³²

Se salieron del Club de cultura socialista Beatriz Sarlo, Rafael Pilipelli, Adrián Gorelik y Hugo Vezzetti, se quedaron ella, Carlos Altamirano y María Teresa Gramuglio. Esto sucedió en el año de 1992. Se intentó que esta fractura no repercutiera en la revista. Reflexivamente, Hilda Sabato habla de la amistad que se quebró con Beatriz Sarlo a raíz de la disolución del Club, lo que generó la disputa.

Después de la fractura, *Punto de Vista* siguió. Sabato dice que, a pesar de todo, había mucho respeto entre ellos. Sin embargo, a pesar de los intentos, después de 1992 era claro que lo que estaba puesto sobre la mesa del conflicto es que había diferentes ideas políticas, sobre qué y cómo tenía que ser *Punto de Vista*. “La revista cambió. Por ahí la que más cambió fue Beatriz, intelectualmente. El enfrentamiento era fuerte. Mi interpretación es que lo que se quebró fue el ánimo colectivo”.¹³³ Entonces, Hilda pausa para profundizar en la idea de que lo que cambió fue el ánimo del colectivo intelectual de los años ochenta. Porque a raíz de la llegada de Adrián Gorelik se formó un nuevo grupo en torno a la revista.

La entrevista ha sido interrumpida varias veces porque Hilda tiene un problema de plomería en las tuberías de su casa. Además, está esperando al jardinero. Cada vez que vuelve a sentarse para seguir la conversación, agrega frases interesantes, como si en esos momentos en los que se levantaba de la mesa siguiera reflexionando profundamente sobre aquellos años.

Cuando está de vuelta, luego de la última interrupción, habla sobre los lectores y afirma que en ese entonces todo el mundo hacía una revista; dice que no es experta en el tema pero cree que la revista tiene que ver con la idea de grupo o la idea de ensayarse, con el hacer y publicar junto a otras personas. La revista tenía que ver con la discusión, con la disonancia y la consonancia, con el colectivo. “Los estilos ahora son otros. El individualismo ha sido muy fuerte, no sé muy bien por qué. Habría que pensarlo”.¹³⁴ Y no es que Sabato dé

¹³² *Ibidem.*

¹³³ *Ibidem.*

¹³⁴ *Ibidem.*

una respuesta, pero sí confirma la idea de que el trabajo intelectual de la actualidad pasa menos por el trabajo colectivo que por la cabeza individual.

Y entonces vuelve a los años ochenta, y dice que efectivamente esos años fueron productivos en el trabajo colectivo, porque obligaban a pensar de otra manera, porque en ese momento no generaron conflictos irreductibles. Cada uno era un insumo en la creatividad colectiva. Con esta idea, terminó aquella larga y apasionada conversación.

Razones parecidas a las que Gramuglio presentó como motivos de su renuncia, fueron las de Hilda Sabato presentó su carta: “Lamento profundamente que el fuerte vínculo que me unió a los miembros del Consejo y a la revista durante veinte años terminen de esta forma. Es cierto que ya desde hacía algún tiempo, el diálogo y la discusión abierta eran cada vez más difíciles en la revista, pero mientras la tensión crítica fue posible, valía la pena ser parte de este esfuerzo intelectual colectivo”.¹³⁵ Después del alejamiento de Altamirano, Sabato da a entender en su carta que ella quiso rearmar el esquema de trabajo del Consejo de redacción, y que la directora, Beatriz Sarlo, eligió otro camino.¹³⁶

4. Empalmes contrastados. Un vistazo paralelo a Casa de las Américas y Punto de Vista

Situémonos en 1981. En El Salvador hacía por lo menos un año que había iniciado una guerra con consecuencias desastrosas; la caída internacional del precio del café, una historia política de constantes fraudes electorales y el compartir con gran parte del territorio de América Latina la mano dura de una dictadura militar hacía de El Salvador, uno de los territorios en el que estaban puestos los ojos del mundo; la esperanza emancipatoria de algunos, y los ánimos conquistadores de otros. El Salvador concluyó ese año con La Masacre

¹³⁵ *Ibidem.*

¹³⁶ “Un nuevo colectivo intelectual”, *op. cit.*

de El Mozote, en la cual las Fuerzas Armadas realizaron una ejecución sumaria de 900 campesinos civiles.

Fueron más 30 mil muertos en Guatemala en los últimos diez meses, dijo Amnistía Internacional en su informe de 1981. En ese año en Estados Unidos Ronald Reagan sucedió al presidente Jimmy Carter; fue el año también en el que Reagan y el Papa Juan Pablo II se salvaron de atentados perpetrados contra ellos; en Francia François Mitterrand ganó las elecciones y un año después de su triunfo impulsó, junto con el presidente mexicano José López Portillo, el estatus de beligerancia al FMLN.

En Medio Oriente las cosas eran tan complejas como en la actualidad. El 7 de junio Israel atacó por sorpresa el reactor nuclear *Osirak* que estaba situado cerca de Bagdad. En Egipto fue asesinado el presidente Anwar el-Sadat, quien fuese heredero del poder que dejó Nasser.

Presionado por el gobierno de Estados Unidos y la *contra* de Nicaragua, el gobierno de Costa Rica clausuró la emisora de onda corta *Radio Noticias del Continente*, medio de comunicación de la organización argentina Montoneros. Al tiempo que se silenciaba ésta estación entraba al aire MTV, con proyección de videoclips musicales las 24 horas.¹³⁷ En esos tiempos se iniciaba una nueva etapa de la televisión y los medios masivos de comunicación.

1981 fue también el año del despegue del trasbordador espacial *Columbia* en Cabo Cañaveral. Mientras esto sucedía en las costas de Florida, en Argentina, unos días antes, iniciaba la presidencia *de facto* del general Roberto Eduardo Viola; en las calles la población percibía un creciente desempleo y se resentía la devaluación del peso en un 30 % y la caída del PIB de un 6%. En julio de 1981 la Junta Militar liberó a la ex presidenta María Estela Martínez de Perón, quien partió a España, país que por ese entonces estrenaba su recién aprobada ley del divorcio.

En Argentina, un grupo de dirigentes de partidos políticos formaba la Multipartidaria, que tenía por objetivo reclamar la normalización institucional y la convocatoria a elecciones nacionales. Para el 30 de octubre en Buenos Aires

¹³⁷ Una de las canciones más difundidas en MTV por esos años fue “Money for nothing”, del grupo de rock *Dire Straits*; que fue a la vez el primer video transmitido por *MTV Europa*. La letra hace burla del dicho de un obrero, quien habría acusado a los músicos de ganar “dinero por nada”. Definitivamente un signo de la época que iniciaba, y cuyas principales víctimas fueron los trabajadores y las históricas conquistas laborales.

se realizaba la Marcha por la Vida, convocada por la Multipartidaria y organismos de derechos humanos, acumulándose así acontecimientos encaminados a la transición democrática, la cual tendrá otro de sus cortes con la llegada a la presidencia de Raúl Alfonsín en 1983.

En medio de este *mare magnum* de acontecimientos, el 4 de septiembre de ese año Fidel Castro inauguró en La Habana el Primer encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, en el cual se reafirmaba la idea de que los intelectuales y artistas de América Latina y el Caribe tendrían que asumir la responsabilidad de reflexionar sobre “la defensa de los derechos soberanos de los pueblos de nuestra América”.¹³⁸ Las memorias de ese encuentro quedarán plasmadas en el número 129 de la revista *Casa de las Américas*, el cual, como se ya se dijo, se toma como punto de partida de esta investigación, justamente porque una lectura de dicho número, en clave presente, nos arroja claves para indagar acerca de las autodefiniciones de los intelectuales en esos años.

Empalmes

Con imágenes potentes, colores contrastados y gran elocuencia desplegada en la sencillez material, el diseñador gráfico Umberto Peña inventó el rostro gráfico de la revista *Casa de las Américas* a partir de 1963. Roberto Fernández Retamar, en un artículo publicado en *Granma* en 1988, decía que cuando él empezó a trabajar en *Casa* como director de la revista, ya estaba ahí Umberto Peña. Fue junto a él y junto a dos o tres compañeros más que se empezó a hacer la revista. Al lado de Peña, Retamar aprendió el rigor, la audacia, la disciplina. “No era la menor de las lecciones las que recibía cada vez que ambos íbamos al taller cuando se imprimía la revista. El hombre de extracción humilde y talento millonario que es Peña era acogido por los obreros de la imprenta con un respeto lleno de cordialidad”.¹³⁹

Peña tenía la paciencia de explicarles a los obreros por qué una página debía ser de una manera y no de otra, por qué era mejor un determinado tipo

¹³⁸ Armando Hart, “Discurso de inauguración”, *Casa de las Américas*, núm. 129, año XXII, noviembre-diciembre de 1981, p. 7.

¹³⁹ Roberto Fernández Retamar, “Un trabajador llamado Peña”, *Granma*, 2 de julio de 1988, reproducido en *Casa de las Américas*, núm. 171, noviembre-diciembre de 1988, p. 164.

de letra, o cuándo era necesario que apareciera una línea, aunque, según el testimonio de Retamar, sabía escuchar las sugerencias de los obreros, lo cual lo convertía en un “auténtico trabajador de vanguardia”. Para Haydée Santamaría, también era fundamental la relación con Peña, quien siempre supo recibir comentarios que le daban el sentido último a su obra.

El ejemplar es casi un cuadrado. Muchos dirían que su materialidad es incómoda para la lectura, pero visualmente ese rectángulo poco alargado, conforma un material gráfico y textual potente, inconfundible. Sobre un fondo que no llega a ser rojizo pero tampoco se queda en el naranja, hay un círculo amarillo bordeando por un azul del que brota una planta de maíz. Como dedos delicados en la parte superior de la mata, hay dos hojas que toman una semilla del mismo color del fondo; en la parte superior y perfectamente centrado, aparece el título de la revista *Casa de las Américas*, número 129.

Adentro del círculo amarillo unas letras negritas minúsculas dicen: “Encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de nuestra América”. En mayúsculas y con letras más delgadas aparece CASA DE LAS AMÉRICAS. LA HABANA/1981. En esa portada están contenidas tanto la revista como la institución a la que pertenece.

El número 130 tiene en su portada una de las imágenes gráficas del pintor argentino Julio Le Parc, el cual decía sobre su propia obra, que con ella trataba de desmitificar el arte como una noción que sobrevaloraba el acto creador y su producto por encima de las luchas sociales.¹⁴⁰

Un texto de Sergio Ramírez sobre Nicaragua hacía un balance de la revolución sandinista y enunciaba que, pese a las dificultades, amenazas, escollos y acechanzas, que hacían que una revolución no resolviese sus quimeras con un soplo o encontrara resuelto el paraíso con sólo abrir los ojos, Nicaragua estaba haciendo una “revolución posible”.

En ese mismo número se publicaron, entre otros, textos de Pablo González Casanova, M. S. Kagan, Soledad Bianchi y un poema de Gioconda Belli titulado “Soñar para despertar soñando” que finalizaba así:

*¿Para qué otros mundos,
otras constelaciones?*

¹⁴⁰ Adelaida de Juan, “De nuevo, Le Parc en Casa”, *Casa de las Américas*, núm. 130, año XXI, enero-febrero de 1982, pp. 156.

*Aquí mismo quedémonos despiertos en medio de esta
recién nacida, amenazada,
estrella.*¹⁴¹

De esta sensación rebelde y esperanzadora que había nacido con la revolución sandinista hará eco la *Casa de las Américas*. En el número 131, de nuevo Sergio Ramírez toma la palabra y, en su discurso para la constitución del premio literario *Casa de las Américas* 1982, dice que la revolución en Nicaragua es el hecho cultural más importante de la historia de ese país y un hecho político fundamental para América Latina, “la primera revolución en tierra firme, una revolución con fronteras, en el medio del Continente”.¹⁴² Ramírez termina su discurso haciendo una petición ante las agresiones y acoso que sufría Nicaragua por parte de los Estados Unidos:

recurrimos hoy a ustedes, para dejarles este reclamo de solidaridad, para que como intelectuales, como artistas, puedan defender en sus propios países la idea de la revolución nicaragüense, y el hecho de la revolución nicaragüense, como una nueva posibilidad, que, igual que la revolución cubana veinte años atrás, abre el camino a la revolución en la América Latina.¹⁴³

Qué gran responsabilidad le confiere Ramírez a los artistas e intelectuales; o, mejor dicho, qué compleja forma de enunciar su responsabilidad.

Ese mismo número fue el primero en el que se publicó un texto de Arturo Arango, quién ese entonces no pasaba de los treinta años y llegaba a integrar parte del núcleo central de la revista *Casa* con la mirada de un joven formado en Letras en la Universidad de La Habana justo en los años de mayor difusión del marxismo soviético. La reseña de Arango versó sobre el libro *Tunomás Honey* del autor estadounidense Jim Sagel, ganador del Premio *Casa de las Américas* en 1981.

Tunomás Honey cumple con una doble utilidad. Alerta y advierte a los chicanos sobre los peligros que desgarran su identidad, y contribuye al conocimiento de ese universo por parte del resto de los latinoamericanos —en particular de los cubanos que ya estamos inmersos en su lectura. Tiende, por tanto, el único puente posible para que ese “futuro de gestación” sea patrimonio de todos lo

¹⁴¹ Gioconda Belli, “Soñar para despertar soñando”, *Op. cit.*, pp. 89-90.

¹⁴² Sergio Ramírez, “Discurso en la constitución del jurado del premio literario *Casa de las Américas*”, *Casa de las Américas*, núm. 131, año XXII, marzo-abril de 1982, p. 7.

¹⁴³ *Op. cit.*, p. 9.

que pertenecemos a la nacionalidad de la América nuestra, vivamos o no entre sus fronteras.¹⁴⁴

Mientras Arango en Cuba hacía eco del espíritu integracionista latinoamericano, en Argentina se publicaba otra reseña, *Respiración artificial* de Ricardo Piglia,¹⁴⁵ novela fundante de una época en la que se cuestionaban entre otras, las formas de hacer y pensar la historia.

Algunos de los temas y autores de dicho número de *Punto de Vista* fueron Beatriz Sarlo, con “Borges y el criollismo”; Rama con “El boom y el mercado y la narrativa latinoamericana”; Altamirano con un artículo sobre Raymond Williams y sus proposiciones para una teoría social de la cultura. Hugo Vezetti, José Sazbón y Luis Alberto Romero también forman parte de los autores de ese número, junto a K. S. Karol y Hebe Uhart.

El diseñador Carlos Boccardo, quien hoy es uno de los escultores consagrados de la plástica argentina, realizaba entonces la diagramación de *Punto de Vista*. Para el número 12 de la revista, Boccardo utilizó ilustraciones de Graham Wilson y del caricaturista Mordillo. Atrás de la portada se publicaba por vez primera un editorial de la revista en el que se daba a conocer la conformación de un Consejo de Dirección. A partir de entonces ya no aparecerían Jorge Sevilla como director y Beatriz Sarlo como secretaria de redacción, esta última pasaría a ser la directora.

A propósito de los ochenta años de Nicolás Guillén, el número 132 (mayo-junio de 1982) de *Casa de las Américas* está dedicado al autor de “La sangre es un mar inmenso” o de “Palabras fundamentales” que a la letra dice: haz que tu vida sea campana que repique o surco que florezca y fructifique el árbol luminosos de la idea.¹⁴⁶

En julio-agosto de 1983 (núm. 133), *Casa* publicó un texto importante para pensar el tema de los intelectuales en América Latina, y sobre todo para comprender el complejo entramado cultural de la Cuba de los años ochenta. El texto se titula “Discurso en el XXX aniversario de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo” y su autor es Carlos Rafael Rodríguez, quien fue una de las figuras clave en la profundización de las relaciones entre Cuba y la URSS desde 1969.

¹⁴⁴ Arturo Arango, “*Tunomás Honey* de Jim Sagel”, en *Casa de las Américas*, núm. 131, año XXII, marzo-abril de 1982, p. 173.

¹⁴⁵ José Sazbón “La reflexión literaria”, *Punto de Vista*, núm. 11, marzo-junio de 1981, pp. 37-39

El número 134 (septiembre-octubre de 1982) publica varios textos del Che Guevara, a propósito de su quinceavo aniversario luctuoso; también poesía nicaragüense y salvadoreña, además de artículos de Roberto Fernández Retamar y César Fernández Moreno.

“Metamorfosis de Guatemala” es una transcripción de las palabras de Pablo González Casanova dedicadas a Luis Cardoza y Aragón, que fueron publicadas en la página 50 del número 135 (noviembre-diciembre de 1982). En la página siguiente empieza a publicarse una buena entrevista con Roque Dalton (la cual, dicho sea de paso, es el texto inaugural del reciente libro publicado por *Casa de las Américas* en donde se compilan todos los materiales de Roque Dalton en la revista cubana).¹⁴⁷ Dalton había sido asesinado en mayo de 1975.

Como continuación del Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, se celebró entre el 9 y el 13 de septiembre de 1982 el primer *Diálogo de las Américas*, el cual fue inaugurado por el entonces presidente mexicano José López Portillo. Parte de las memorias de dicho encuentro quedaron plasmadas en el número 136 (enero-febrero de 1983) de la revista cubana.

En marzo de 1983, en Nueva Delhi se celebró la VII Cumbre del Movimiento de Países no Alineados. Ahí se habló de tragedias nucleares, del drama de la explotación en países oprimidos, de la crisis económica y de un mundo en el que lo que no cabía era “la resignación ni el acomodo”. En ese contexto, el documento de García Márquez, “La soledad de la América Latina”, decía:

Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y en donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.¹⁴⁸

¹⁴⁷ Véase Roque Dalton. *Materialiales del sobre la revista “Casa de las Américas”*, La Habana, Cuba, *Casa de las Américas*, 2010.

¹⁴⁸ Gabriel García Márquez, “La soledad de la América Latina”, *Casa de las Américas*, núm. 137, año XXIII, marzo-abril de 1983, p. 5.

Una hoja suelta con más de cien firmas y en dónde se plasman en tinta y papel las redes de afinidad política e intelectual es el “Mensaje de intelectuales de Cuba, Granada, Nicaragua, Surinam, El Salvador, Guatemala y Puerto Rico a nuestros colegas de la América Latina y el Caribe”. Esta hoja aparece en el número 138 de mayo y junio de 1983, en el que se rememora a Simón Bolívar y José Martí, a propósito del bicentenario del nacimiento del primero y del trigésimo aniversario de los asaltos a los cuarteles de Santiago y de Bayamo. Es interesante ver como *Casa de las Américas* mira a Bolívar, Martí y Fidel como “eslabones de una misma cadena”.¹⁴⁹

En el 139 (julio-agosto de 1983) una hoja suelta habla de la invasión de Estados Unidos a Granada. Los temas de *Casa* para ese número versan sobre el imperialismo y los procesos revolucionarios por un lado, y sobre el poeta Efraín Huerta por el otro. En la sección *Letras*, publica Cortázar “Satarsa”; varias páginas después, la revista cubana le otorga un importante espacio a ocho jóvenes poetas chilenos: Raúl Zurita, Gregorio Cohen, Roberto Bolaño, Mauricio Redolés, Jorge Montealegre, José María Memet, Bruno Montané y Bárbara Délano.

En septiembre de 1983 (número 140) hay un pequeño cambio en el diseño de la revista *Casa de las Américas*, la sección “Letras” aparece centrada y ocupa el espacio principal del índice. En ese número se publicaron dos poemas de Mirta Yáñez, que mostraban cómo *Casa* era un territorio en el que desde la literatura se podían decir frases que no hubiesen podido colocarse de la misma forma en textos de corte explícitamente político o en aquellos que plantearan explicaciones sobre lo social.

*Y cuando llegue nuestro siglo,
nuestro duro, implacable,
hermoso siglo,
olvidad todas las enseñanzas anteriores,
extended sobre la hierba húmeda la página en blanco,
permitid que sean los otros,
los venideros,
los que le pongan el nombre.*¹⁵⁰

¹⁴⁹ *Casa de las Américas*, núm. 138, año XXIII, mayo-junio de 1983, p. 2.

¹⁵⁰ Mirta Yáñez, “Quehacer generacional”, *Casa de las Américas*, núm. 140, año XXIV, septiembre-octubre de 1983, pp. 97-98.

En el 141 (noviembre-diciembre de 1983) aparece el nombre de Arturo Arango como redactor de la revista. De nuevo llegan aires de juventud al publicar poemas de doce jóvenes poetas argentinos: Rafael A. Bielsa, Carlos Vitale, Alicia Genovese, Ricardo Ruíz, Marcelo Brodsky, Sergio Kern, Silvia Álvarez, Javier Cofreces, Oscar Taborda, Ricardo Guíamet, Guatavo Rojas y Martín Prieto.

En tanto, en la sección “Hechos/Ideas” aparecen tres artículos importantes para pensar los aires nuevos que recorrían la isla caribeña en 1984: uno de Armando Hart sobre la política cultural socialista, otro de Carlos Rafael Rodríguez sobre la Universidad en el socialismo y otro de Roberto Fernández Retamar sobre la cultura y José Martí.

En enero-febrero de 1984, *Casa de las Américas* cumplió 25 años. Este número, 142, dedicado a celebrar el cuarto de siglo de existencia de esa institución será digno de guardarse en la memoria de las relaciones fraternas que se tejieron en esos años.

Regresemos al año de 1981, vayamos ahora al sur. En noviembre, *Punto de Vista* volteaba la mirada al pasado para visitar al grupo intelectual de la revista *Contorno*, formado por Noé Jitrik, Adelaida Gigli, Adolfo Prieto, León Rozitchner y Ramón Alcalde. Para Sarlo, la revista *Contorno* fue una especie de “ajuste de cuentas”, una publicación de vanguardia no por ser una revista de jóvenes rebeldes, como en su tiempo lo fue *Martín Fierro*, sino por ser una publicación crítica que eligió el parricidio intelectual y la discusión de las herencias en el pensamiento como método para ejercer la crítica.

En ese mismo número aparece el artículo de María Teresa Gramuglio, “Tres novelas en el exilio”, que cuestiona los significados de escribir en el exilio y las posibles lecturas de esas escrituras dentro de la Argentina.

En el número 14 (marzo-julio de 1982) Altamirano publica “La oposición en Europa del Este”. Después de otros autores y artículos, en la página 24 Antonio Miramón habla sobre Jorge Asís y *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, otra de las novelas fundantes de una época cultural y literaria y que convirtió en uno de los *Best-seller* de los ochenta al poner en la arena pública temáticas y formas literarias nuevas.

Entonces es inútil [...] planificar nada que no sea inmediato, si el país no da. Casi me cuesta comprenderte a vos, que te ponés a escribir. ¿Qué vas a escribir? ¿Para que lo lea quién? No te enojés.

—No me enojo, sólo trato de no darte bola.

—Y siento que ya nada tiene sentido aquí, que se acabó mi ciclo; creo que ya no tiene sentido ni vivir, ni... ni hacer el amor, ni nada. Te regalo el país, que lo envuelvan y lo vendan, que lo rematen. La Argentina es un país ideal para abandonarlo.¹⁵¹

Ya para el número 15 (agosto-octubre de 1982) era claro que *Punto de Vista* estaba colocada en un lugar distinto respecto a la cultura y la política latinoamericana. Para el grupo que la formaba, la Argentina era un país en el que había que permanecer. Es ahí cuando se publica el famoso texto de Altamirano sobre la Guerra de las Malvinas, en el que se criticaba fuertemente la política belicista del Estado argentino.

En el siguiente número, Sarlo se ocupa de nuevo de Borges; Gramuglio de la escritura política y de la política de la escritura, al tiempo que una *Rúbrica* y otros artículos como “El caso Rama”, ponen el dedo en el renglón sobre los cruces entre las dictaduras del sur y la democracia del norte.¹⁵²

En abril de 1983, *Punto de Vista* vuelve la mirada sobre la revista *Sur* y el grupo intelectual que la formó, ideas que se profundizarán en el número 18 (agosto de 1983). Además se publican otros textos en los que la palabra “democracia” va teniendo nuevos y fuertes significados en el debate sobre la cultura. Esta revista fue de las publicaciones en las que más concienzudamente se difundieron las discusiones teóricas sobre lo cultural. El artículo “Cultura nacional, cultura popular. Definiciones y problemas de la política y la historia cultural en la Argentina”, firmado por el grupo *Punto de Vista*; textos de Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y del grupo PEHESA publicados en el número 18, son ejemplos de ello.

En el número 19, correspondiente a diciembre de 1983, se lee el inicio de debates fructíferos para revitalizar un campo cultural fragmentado. José Sazbón replica una reseña de Oscar Terán en la que éste último se preguntaba si no habría llegado el tiempo del posmarxismo para el pensamiento de izquierda argentino.¹⁵³ Sazbón critica la argumentación de Terán diciendo:

¹⁵¹ Jorge Asís, *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, Buenos Aires, Argentina, Booket, 2007, pp. 66.

¹⁵² Véase *Punto de vista* número 16, noviembre de 1982.

¹⁵³ Oscar Terán “¿Adiós a la última instancia?”, *Punto de Vista*, número 17, abril-junio de 1983.

La insularidad que explica estas invitaciones al abandono de la herencia marxista podría ser, también, discernible: bajo la actualización de la izquierda argentina, ¿no se nos ofrece compartir el ánimo crepuscular del post 68 francés? No hay otro antecedente que reclame su “derecho al posmarxismo”.¹⁵⁴

Terán, bajo el título “Una polémica postergada. La crisis del marxismo”¹⁵⁵, hace un análisis que, a grandes rasgos, se pregunta si en realidad la crisis del marxismo no estaría abarcando la totalidad de la episteme occidental. Esta polémica reflejará una tensión propia no sólo en la intelectualidad argentina, sino en otras latitudes, Cuba incluida.

Llegamos a 1984, año en el que la hambruna en Etiopía alcanzó a un millón de personas. El tres de febrero se firma la Declaración de Caracas, en la que seis países latinoamericanos y España califican a la democracia como el mejor sistema político para Latinoamérica.

La Guerra Fría continuaba. El 11 de agosto Ronald Reagan, pensando que el micrófono por el que hablaba no estaba encendido al aire dijo: “Compatriotas americanos, me alegra decirles que hoy he firmado una ley que ilegalizará a Rusia para siempre. Empezamos a bombardear en cinco minutos”. Un día después, en los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, se palpaba la fuerte temperatura que en esos años tenía una guerra que de fría sólo tenía el nombre.

Alfonsín seguía siendo el presidente de un país que había terminado con la dictadura en términos políticos, pero que culturalmente estaba transitando en esos terrenos pedregosos de los tiempos largos en los que logra incubar el autoritarismo en la cultura. En Nicaragua el 4 de noviembre el Frente Sandinista de Liberación Nacional ganaba las elecciones generales.

Eran pues, tiempos distintos. En el número 20, de mayo de 1984, *Punto de Vista* estrenará color en su portada y un nuevo diseño. Sobre un fondo naranja pálido se lee “La izquierda. Crisis de una cultura política”. Y sobre este tema versarán los artículos de Portantiero, José Nun, Sarlo, Terán y Pietro Ingrao.

En el número 21, de agosto de 1984, se percibe claramente la imagen de una revista mucho menos precaria. Sus colores brillantes y contrastados

¹⁵⁴ José Sazbon “Una invitación al postmarxismo”, *Punto de Vista*, número 19, diciembre de 1983. p. 38

¹⁵⁵ Oscar Terán “Una polémica postergada: la crisis del marxismo”, *Punto de Vista*, número 20, mayo de 1984.

hacen resaltar las palabras convertidas en imagen. “Una alucinación dispersa en agonía” es el título que escogió Beatriz Sarlo para entrar al debate sobre la imagen de la izquierda. Altamirano propuso hablar críticamente de las imágenes construidas por y desde la izquierda argentina y José Aricó propuso mirar los orígenes del comunismo para construir una historia no sacra.

Rojinegro es el número 22 con el cual concluye el año 84. En él se publica “Recuerdo de invierno”,¹⁵⁶ un hermoso texto de Edward Said que habla del exilio como una “grieta insalvable” en la existencia, pero que se ha transformado en un “motivo potente y enriquecedor de la cultura moderna”. La publicación de este texto se daría en un contexto en el que el tema del exilio movía las fibras más sensibles, por lo que fue objeto de múltiples debates.

En el número 23, primero de *Punto de Vista* de 1985, Fernando Henrique Cardoso escribe un texto sobre la democracia en América Latina y Tulio Halperín Donghi habla del revisionismo argentino como una visión decadentista de la historia nacional.

Vezetti y Altamirano escriben en el número 24 sobre el juicio a las Juntas Militares. En el 25 (diciembre de 1985) aparece un diseño de portada potente e interpelante: fondo negro con un recuadro blanco, entre letras rojinegras con la tipografía de la máquina de escribir se interpela al lector: Intelectuales ¿escisión o mimesis?

Argentina se hace presente en las páginas de la revista cubana en el número 143 de marzo-abril de 1984. Un artículo de Rodolfo Sarracino sobre La Guerra de las Malvinas es publicado en sus páginas. La escritura de Sarracino tendrá un objetivo distinto al planteado en el texto de Carlos Altamirano, suscrito también por el grupo editorial de *Punto de Vista*. A Sarracino le interesaba argumentar la pertenencia histórica de las Malvinas al pueblo argentino y denunciar los objetivos geoestratégicos que Estados Unidos y Gran Bretaña tenían en torno a las Malvinas.

Siguiendo con el aire juvenil característico de *Casa de las Américas* en esos años, se publicaron, en ese mismo número, fragmentos de obras de cuatro nuevos narradores uruguayos: Horacio Verzi, Aldo Cánepa, Julio Rodríguez y Teresa María Urbina. El redactor de la revista, Arturo Arango,

¹⁵⁶ Edward Said, “Recuerdo de invierno”, *Punto de Vista* núm. 22, diciembre de 1984, pp. 3-7.

escribió “Feliz y con nostalgia”, un cuento en el que se habla de los cambios, despedidas y rupturas necesarias cuando la pasión de la juventud rompe órdenes. “Esa noche conocí el desconcierto, el vértigo ante un vacío que sólo a mí correspondía llenar, y un par de veces pensé que mejor hubiera sido dejarlo todo en orden, seguir hacia adelante sin complicaciones”.¹⁵⁷ Lejos de huir de ese vértigo al vacío, lo que le toca a cualquier relevo es sentir responsablemente el vértigo al vacío y saber que sólo él puede llenarlo.

En el 144 (mayo-julio de 1984), se rinde homenaje a Pedro Henríquez Ureña, al tiempo que una hoja suelta lamenta el fallecimiento de Manuel Galich, un guatemalteco que había llegado a ser cubano por su lealtad a Cuba, en donde resalta especialmente su cercanía con *Casa de las Américas*. De hecho la primera etapa de la revista insular estaría incompleta si no se tomara en cuenta el paso de Galich por sus páginas.

El número que siguió es realmente importante para acercarse a las sensibilidades que permeaban las redes intelectuales de la época. El 12 de febrero de 1984, Julio Cortázar había muerto a causa de la leucemia. Al autor de los *Cron opios* se dedica un número doble de la revista cubana (145-146), el cual sería digno de un estudio amplio sobre el terreno de lo sensible, que le cuesta tanto trabajo abordar a la historia intelectual tradicional (Véase el capítulo V).

En el número 147 (noviembre-diciembre de 1984) es palpable el giro literaturizante de la revista insular y en el 149 (marzo-abril de 1985) un giro hacia las artes plásticas con énfasis en el poder estético de la fotografía.

En medio, en el 148 (enero-febrero de 1985) se rinde formalmente un homenaje a Manuel Galich y se publica el texto “La sociedad nicaragüense y la intervención norteamericana”, de Fernando Martínez Heredia, intelectual cubano al que le habían tocado las políticas culturales dogmáticas y censurantes del “Quinquenio Gris”.

Junto con el número dedicado al autor de *Rayuela*, el número 150 fue dedicado a Haydée Santamaría, quien había fallecido el 26 de julio de 1980, y será fundamental para comprender el carácter y la relación entre la política y la

¹⁵⁷ Arturo Arango, “Feliz y con nostalgia“, *Casa de las Américas*, núm. 143, año XXIV, marzo-abril de 1984, p. 98.

cultura en América Latina. En este número se publica un poema de Benedetti que termina diciendo:

*Haydée murió es verdad
alguien lo había alojado
para siempre
en mi cabeza incrédula
miré hacia arriba a nadie
y sin embargo supe que después
cuando volviese el día
las venas de este cielo
azules y finísimas
se abrirán en la lluvia
copiosa
inconsolable.¹⁵⁸*

En el mismo número 150, Desiderio Navarro publicó “Otras reflexiones sobre eurocentrismo y anti eurocentrismo en la teoría literaria de la América Latina y Europa”, el cual ocho números después dará pie a un acalorado debate.

El antiimperialismo vuelve a poblar las páginas de *Casa de las Américas* en el número 151 (julio-agosto de 1985). En el 152 (septiembre-octubre de 1985) se rinde un breve homenaje a Lezama Lima que, de no haber muerto en 1976, hubiese cumplido 65 años en diciembre de 1985. Este homenaje es importante porque Lezama murió como escritor incómodo para algunos miembros del Estado cubano. Al rendirle homenaje, *Casa de las Américas* hacía eco de un ánimo compartido por algunos, con el que se buscaba volver al espíritu de creatividad cultural de los años sesenta.

En números como el 153 (noviembre-diciembre de 1985), en el que se publicó el discurso de Fidel Castro a propósito del Encuentro sobre la Deuda Externa de la América Latina y el Caribe, quedaba más que claro que la revista *Casa* era una institución del Estado, en la que se tenían que mantener las relaciones explícitas entre cultura y política.

La bandera argentina es recreada en la portada del número 154 (enero-febrero de 1986), en el cual la totalidad de la sección “Letras” está dedicada a difundir la obra de escritores argentinos contemporáneos. ¿Quiénes publicaron en este número? Edgar Baley, Antonio Di Benedetto, Francisco Madariaga,

¹⁵⁸ Mario Benedetti, “Yo estaba en otro borde”, *Casa de las Américas*, núm. 150, año XXV, mayo-junio de 1985, pp. 9-10.

Leónidas Lamborghini, Daniel Moyano, Noemí Ulla, Juan José Saer, Alberto Szpunberg, Ricardo Piglia, Juan José Hernández, Guillermo Boido, Rodolfo Fogwill, Ricardo Zelarayán, Mario Satz, Miguel Briante, Luis Gusmán, Diana Bellessi, Graciela Cros, Tamara Kamenszáin, Arturo Carrera, Liliana Ponce, Néstor Perlongher, Víctor F. A. Redondo, Jorge S. Perendik. De esta larga lista serán cuatro los escritores que tuvieron relación con *Punto de Vista*.

Noemí Ulla participó durante 1979 y 1980 con dos colaboraciones en *Punto de Vista*. Juan José Saer publicó en *Casa de las Américas* el cuento “Verde y Negro” dedicado a Raúl Beceyro. Saer fue un autor importante para el grupo que hacía *Punto de Vista*, varios de sus miembros mantuvieron relaciones amistosas con él. Raúl Beceyro colaboró en *Punto de Vista* en el último número de 1980 (en el que por cierto se publicó uno de los artículos de Ulla), con un hermoso texto sobre Walter Benjamin. *Las actas del juicio* es el texto de Ricardo Piglia publicado en este número de la revista cubana.

El número doble (155-156), de marzo a junio de 1986, está dedicado a recoger las memorias del Segundo Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América. Resalta también la publicación de “El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío”, de Fredric Jameson, uno de los textos más importantes del autor estadounidense y cuya reproducción en Cuba representaba la concreción de cambios en materia cultural al difundirse un texto cuya lógica explicativa tenía paradigmas que planteaban una renovación de la mirada dentro del marxismo.

El número 26 de *Punto de Vista*, de abril de 1986, versa sobre la estética y la política, y el de agosto de ese mismo año será un número en el que se publiquen, entre otros, un texto colectivo de discusión sobre la universidad y en las páginas finales una respuesta de Torcuato Di Tella a Emilio de Ipola referente a los virajes de la política nacional y los partidos políticos.

En otra latitud también se discutía sobre la política en las urnas. Después del triunfo del FSLN, *Casa* otorga un importante espacio de su número de julio-agosto de 1986 a la reflexión sobre este hecho histórico. En la sección “Letras”, se publican varios textos de escritores nicaragüenses y en la sección “Notas” Retamar publica “Calibán revisitado”.

En el penúltimo número de 1986 (158), una nueva hoja suelta reproduce el discurso de García Márquez en la sesión inaugural de la Conferencia por la

Paz y el Desarme. En el cuerpo formal de la revista, Armando Hart publica su discurso en la conmemoración del xxx aniversario de la fundación de la Universidad Central de las Villas, en el que reflexiona sobre las humanidades y su ejercicio en una sociedad socialista. En tanto, Desiderio Navarro publica “La teoría y la crítica literaria: también una cuestión moral”, en el que responde a una acusación de plagio hecha por Guillermo Rodríguez Rivera en el número 157. Sobre esta polémica se hablará más adelante.

Brasil ocupa centralidad en el número 159, de noviembre-diciembre de 1986. Celso Furtado, Darcy Ribeiro y Octavio Ianni acompañan a Roberto Schwarz y su célebre ensayo sobre las ideas fuera de lugar. En las letras una veintena de artistas, entre los que sobresalen Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Nérida Piñón, Caetano Veloso y Chico Buarque. En la sección “Testimonios” quedaron las palabras de Fernando de Moraes y Frei Betto y en “Nota” se publicó un texto de Paulo Freire titulado “Dividir para oprimir”. El hecho de que la publicación cubana comenzara a difundir textos vinculados a las ciencias sociales es importante dado el desfase que existía entre la reflexión formalmente literaria y la reflexión formalmente social.

Al tiempo, la publicación argentina cambiaba de diseño, en el número 27 (agosto de 1986) un juego dinámico entre texto e imagen le dará la sensación al lector de estar ante una revista en transformación, que de alguna manera está buscando identidad de la misma forma que el país entero lo hacía. Un texto de José Nun sobre los aportes de Gramsci en la elaboración de una teoría de la democracia, traerá al debate público al autor italiano. En “Derecho de réplica” se hará presente un debate sobre el artículo de Beatriz Sarlo “Escisión o mimesis”.

En tanto, en el número 160 (enero-febrero de 1987) de la revista cubana, además de poemas de cuatro jóvenes peruanos, aparecen varios textos de crítica literaria que rompían con los esquemas de análisis difundidos en los años setenta. El siguiente número (161) está dedicado a Uruguay y al cuestionamiento sobre lo que tendría que venir después de la dictadura. En el 162, de mayo-junio de 1967, se publica un texto a propósito del cincuentenario del II Congreso Internacional de escritores antifascistas. En el 163 se publican textos del Che Guevara, en sintonía con la matriz que aglutinaba al grupo de *Casa de las Américas*.

Hacia siete décadas de la Revolución de Octubre en Rusia, y a propósito de aquel hecho histórico *Casa de las Américas* publicó varios textos sobre las relaciones culturales entre la URSS y América Latina. Este número (164) salía a la luz en pleno periodo de rectificación.

Un diálogo con Paulo Freire realizado por Esther Pérez y Fernando Martínez Heredia fue publicado en este número; al igual que un texto de Frei Betto sobre la Liberación y la Paz. Como ya se dijo, la publicación de este tipo de textos fue signo de un empeño, que entonces comenzó a ser más palpable, por aminorar la asincronía y rezago del pensamiento social con otras prácticas culturales, como la crítica y producción literaria. En ese sentido, en ese número Leonardo Padura y Ambrosio Fornet comentarán la novela de Jesús Díaz *Las iniciales de la Tierra*, la cual permitió reabrir un debate por la memoria “a un nivel que nunca tuvo antes”.¹⁵⁹ Más adelante se hablará sobre ello.

En formato de hoja suelta aparecen en el número 165 (noviembre –diciembre de 1987) las palabras de Fidel Castro a propósito de los veinte años de la caída del Che. En ese mismo ejemplar publicó un elocuente texto de Eduardo Galeano titulado “Modas literarias”.

Ahora se usa la neutralidad. Elegir es de mal gusto. Es el tiempo de la palabra solitaria. La palabra solidaria ya no se cotiza en el mercado. Hombre jugado, hombre quemado: el sistema, que enseña a desconfiar de la esperanza, aplaude a los escritores que se envenenan bebiendo lo que mean. Está prohibido el abrazo de la voluntad de belleza con la voluntad de justicia. Ese abrazo peligroso da miedo. Miedo: miedo de vivir, miedo de darse, miedo de darse y perder. La cultura dominante elogia la masturbación. Y sin embargo no se equivocaba aquel viejo chiste que decía que masturbarse es bueno, pero hacer el amor es mucho mejor, porque se conoce gente.¹⁶⁰

Un acercamiento crítico a la obra de Galeano aparece en el número 166 con el texto “Cantares que de gente en gente quedan. La América Latina: lucha, exilio y narrativa en la obra de Eduardo Galeano”, de Álvaro Barros-Lémez.

En la sección “Notas” del número 167 (marzo-abril de 1988), aparecen textos de los cubanos Armando Hart, Cintio Vitier, Raúl Roa y Retamar. En ese mismo número, en “Al pie de la letra”, se publica la nota del *Herald Tribune* del

¹⁵⁹ Ambrosio Fornet, “A propósito de *Las iniciales de la tierra*”, *Casa de las Américas*, núm. 164, septiembre-octubre de 1987, p. 153.

¹⁶⁰ Eduardo Galeano, “Apuntes sobre el oficio de decir”, *Casa de las Américas*, núm. 165, año XXVIII, noviembre-diciembre de 1987, p. 45.

viernes 16 de octubre de 1987, que versaba sobre el juicio para la deportación de Margaret Randall de Estados Unidos.

Después, en mayo-junio de 1988, se publicaron varios textos importantes que daban cuenta de una apertura teórica sobre todo en lo referente a la crítica literaria y artística; por ejemplo el texto del crítico paraguayo Ticio Escobar sobre el posmodernismo/precapitalismo. Además, se publicaron textos a propósito del IV Congreso de la UNEAC en el que se tocaron, entre otros, el tema de la cultura, la revolución y el socialismo.

En el 169 (julio-agosto de 1988) se publicó un interesante texto de Fernando Butazzoni, quien había colaborado en *Casa de las Américas* hasta 1983, titulado “Una visión cultural del Uruguay de los 80”. Este ensayo planteaba una perspectiva joven y nueva sobre la cultura uruguaya y los procesos dictatoriales. Se trata de un texto importante porque colocó a Uruguay en una perspectiva de análisis más amplia y acorde a los cambios culturales de la época. Asimismo, contenía propuestas concretas que vinculaban lo cultural y lo político. Uruguay siguió siendo tema en el número 170 (septiembre-octubre de 1988).

Regresando la mirada a la revista sureña y regresando unos años el calendario, podemos notar que el número 28 de *Punto de Vista*, correspondiente a noviembre de 1986, será fundamental para comprender el posicionamiento intelectual del grupo redactor de la revista a propósito de los cambios profundos y vertiginosos en la política nacional. En “El intelectual en la represión y en la democracia”, Altamirano colocaba a todo un colectivo intelectual en un lugar determinado respecto al Estado.

Gramsci, así como Thomson y Anderson, estará presente en el número 29 de la publicación austral. Si en Cuba en junio de 1986 se había publicado el hoy más leído texto de Jameson sobre la posmodernidad, en el número de abril a julio de 1987 la revista argentina publicaba en una separata las reflexiones de Andreas Huyssen, otro importante teórico de la posmodernidad.

En el número 30 de julio-octubre de 1987 *Punto de Vista* festejará su décimo aniversario. Un texto del Consejo Editorial posicionará políticamente a la revista y sus hacedores. Los siguientes números serán muy dinámicos. De ellos resaltaré la publicación de texto de Edward Said en el número 31 y de

Walter Benjamin en el 38.¹⁶¹ En consonancia con el papel que el grupo *Sur* jugó en su época, *Punto de Vista* mantuvo a lo largo de toda su existencia el compromiso intelectual por traducir y difundir textos provenientes de los principales núcleos de reflexión europeos; esto dotó a *Punto de Vista* de un lugar especial dentro del campo intelectual argentino de la época.

En el número 32, de abril-junio de 1988, de nuevo hay un cambio de diseño en la revista argentina; juegos, por ejemplo, que llevarán a publicar horizontalmente y en la contraportada el sumario de la revista.

De la misma forma que *Punto de Vista* estaba cambiando materialmente, en el número 171 de noviembre y diciembre del mismo año, en *Casa de las Américas* es perceptible un importante cambio de diseño y tipografía. Este número difunde, entre otros temas, una entrevista a Haydée Santamaría, la participación de Antonio Cornejo Polar en el Encuentro de Estudios Literarios de Nuestra América y una sección sobre educación popular que reflejaba el empeño, ya mencionado, de poner en sintonía con otros espacios de la cultura al pensamiento social.

Enero de 1989, año de la Caída del Muro de Berlín. En la portada se encuentra el rostro del escritor cubano Fayad Jamís, fallecido recientemente, quien no sólo aparecerá como el sujeto al que se dedica el número, sino que será él mismo el ilustrador de la revista. Al abrir el número 172-173, el lector percibe que algo cambió en *Casa*. Como director ya no está Roberto Fernández Retamar, sino Arturo Arango; el joven escritor que había colaborado en la revista desde 1982, pasó a ser su director con la anuencia y apoyo de su padre intelectual Roberto Fernández Retamar. Además de una nueva dirección, se estrenaba un Consejo de Redacción conformado por Roberto Fernández Retamar, Nancy Morejón, Luisa Campuzano y Esther Pérez. Como redactor aparecía Roberto Urías; en el diseño seguía César E. González y como realizadora Georgina Arango.

Casa de las Américas, vuelve la mirada a las juventudes nicaragüenses a propósito de los casi diez años del triunfo de la Revolución Sandinista, esto en el número 174 (mayo-junio de 1989).

¹⁶¹ Edward W. Said, "Crítica secular", separata en *Punto de vista*, núm. 31. Walter Benjamin y Theodor W. Adorno, "Benjamin y Adorno sobre Baudelaire", en *Punto de vista*, núm. 38, pp. 3-9.

En el siguiente ejemplar Retamar y Benedetti saludarán el xxx aniversario de *Casa de las Américas* y Adolfo Sánchez Vázquez e Ileana Rodríguez publicarán visiones marxistas sobre la interpretación de la cultura. En el 176 una entrevista a Darcy Ribeiro hecha por Arturo Arango y Esther Pérez fue titulada “No tener miedo a pensar”. Definitivamente eran tiempos nuevos, en los que se podían publicar frases como la siguiente de Darcy Ribeiro:

Y lo que yo encuentro en la Unión Soviética es un marxismo esclerosado, viejo, que repite fórmulas. Y encuentro lo mismo en Cuba. Un pensador tiene que citar a Marx para demostrar que es de Marx su pensamiento, porque si no es de él, no sirve. Tiene que citar a Lenin, y esto es de una ridiculez atroz.¹⁶²

Ya con el muro partido en cachitos que la gente se llevó a sus casas como si se llevara toda una época guardada en el bolsillo, el año 89 terminó en *Casa de las Américas* revisitando a Carpentier y homenajeando a Ernesto Cardenal. El 178, número con el que se iniciaba “el horno de los noventa”, es crucial para comprender el cierre de esta época bisagra que fueron los ochenta.

Por primera vez una fotografía aparecía en la portada de *Casa de las Américas*. Sobre la foto de una calle habanera desde la que sobresalen dos autos, viejos y rojos, se lee con letras amarillas “Panamá: Historia de una crisis”. Además, se publicaban fragmentos de obras de autores como el argentino Daniel Ponce, el peruano Mirko Lauer, el cubano Delfín Prats, el ecuatoriano Pérez Torres y la cubana Damaris Calderón, cuyos nombres aparecían con letras mayúsculas, rojas y negras, sobre la portada de la revista.

El número 180 será el de la anécdota de la broma, casi incestuosa, que provocará la salida del director Arturo Arango, del redactor Roberto Urías y del diseñador César Ernesto. Fue hasta el número 183 en que se anunció el cambio de equipo en la dirección y hechura de la revista. Retamar volvió a la dirección de la revista, el consejo de redacción se mantuvo casi intacto, en él se mantuvieron Luisa Campuzano, Raúl Hernández Novás, Marcia Leiseca y Nancy Morejón. Los dos cambios que tuvo se debieron a la salida de Emilio de Armas, quien pasó al Centro de Estudios Martianos. Esther Pérez también dejaría el Consejo para ser la Jefa de Redacción. En este número no aparece

¹⁶² Esther Pérez y Arturo Arango, “No tener miedo a pensar. Entrevista con Darcy Ribeiro”, *Casa de las Américas*, núm. 176, septiembre- octubre de 1989, p. 105.

el nombre del diseñador, ya para el número 184 se publicará el nombre de Umberto Peña, el diseñador que le dio rostro a la revista durante sus primeros años de existencia

En la sección “Hechos/ Ideas” de los números 182 y 183 se publicarán perspectivas de análisis del campo cultural latinoamericano que seguían este giro hacia el pensamiento social que enunciamos con anterioridad; ejemplo de ello son las páginas dedicadas al feminismo y a la educación popular. Para el número 184, de julio-septiembre de 1991, la revista cambia su periodicidad de bimestral a trimestral; en pleno Periodo especial el diseño se torna más precario. Regresa Umberto Peña como diseñador y Esther Pérez se estrena como redactora. El Consejo de redacción, por el que pasó en números previos Frank Pérez, estará conformado por Luisa Campuzano, Raúl Hernández Novás, Marcia Leiseca, Nancy Morejón y Rosa Ileana Boudet. Desde entonces y hasta la actualidad, Roberto Fernández Retamar funge como director de la revista *Casa de las Américas*.

Este reordenamiento del rompecabezas mundial tenía expresiones locales interesantes. En el caso de Argentina, desde el gobierno de Raúl Alfonsín y con mucha más claridad en el gobierno de Carlos Menem, se irán haciendo efectivas las transformaciones neoliberales. La crítica al menemismo por el grupo de *Punto de Vista* fue clara desde el número 34 (julio-septiembre de 1989) en el que un interesante editorial fija la postura distante y crítica hacia el régimen. El texto concluía así: “y a los intelectuales de izquierda cabe la responsabilidad no sólo de la defensa de un espacio, sino de los principios y valores que pueden fundar una sociedad democrática, más justa de lo que hoy dejan parecer los proyectos políticos en curso”.¹⁶³

El número 36, de diciembre de 1989, puso de nuevo sobre la mesa el tema de los derechos humanos en relación con la democracia y la dictadura. Para el 37 un texto de Cornelius Castoriadis fijó una postura editorial en torno a la crisis de Europa del Este. El del autor francés no será un texto optimista respecto a la situación mundial; por un lado asume una profunda crítica al marxismo-leninismo y por otra deja ver ese sentimiento de “ausencia de

¹⁶³ *Punto de vista*, núm. 34, julio-septiembre de 1989.

sentido” que provocaba la caída del Muro de Berlín, al tiempo que el capitalismo se volvía hegemónico.

“Menem, cinismo y exceso” es el titular del número 39 (diciembre de 1990). Mientras en Argentina se fortalecían las oligarquías locales y se desmantelaban aún más los logros de la clase trabajadora, Estados Unidos iniciaba una guerra en el Golfo Pérsico, la cual será motivo de reflexión de importantes intelectuales. Algunos posicionamientos serán publicados en *Punto de Vista*. La característica de ser una publicación que difundía posturas intelectuales en torno a la situación mundial la convertirá una de las revistas más importantes de América Latina si se trataba de buscar posturas intelectuales de los centros culturales del mundo; Bourdieu, Touraine y Walzer serán parte del índice de autores sumados a la lista de *Punto de Vista*.

Muy sobrio fue el número 41, de diciembre de 1991. Un negro triste en la portada ya anunciaba una noticia no halagüeña: en septiembre había muerto José Aricó, parte del Consejo de Redacción de la revista e importante referente intelectual para los hacedores de *Punto de Vista*. Justo un número después, es decir en el 42, entrará a formar parte del Consejo de Dirección Adrián Gorelik. En este momento inició un proceso de cambio en el enfoque y las temáticas que se habían plasmado en *Punto de Vista* durante toda la década anterior y que es visible desde la propia materialidad.

Punto de Vista y *Casa de las Américas* son una especie de lugares para buscarse. Ambas publicaciones compartieron en esos años la idea de que la revista era el medio ideal de inserción del intelectual en la esfera de lo público, ambas coincidieron en la publicación de algunos autores latinoamericanos, como Rama, Cándido y Cornejo Polar, por sólo mencionar algunos ejemplos, y las dos buscaron armar espacios de reflexión más amplios que los que se proponían desde el ámbito académico. Sin embargo *Punto de Vista* y *Casa de las Américas* son dos revistas que respondieron a proyectos intelectuales diferentes. Tanto la diferencia radical en las pulsiones que motivaban su publicación, como las redes intelectuales compartidas, han hecho apasionante este trabajo de contraste, comenzando porque políticamente son muy pocas las coincidencias que se pueden encontrar en ambas publicaciones.

Punto de Vista se definió a sí misma como una revista sin pretensiones continentales, incluso Altamirano, Sarlo y Gramuglio coinciden en definirla

como una publicación hecha para un público metropolitano. *Casa de las Américas* buscaba lectores en toda América Latina e incluso aspiraba a cruzar océanos. *Punto de Vista* fue una revista cerrada, es decir, que entrar a formar parte del grupo intelectual que la armaba era sumamente difícil, también mantenía una relación un tanto más distante con los lectores; por el contrario en *Casa de las Américas* participaba un grupo amplio de intelectuales y los lectores tuvieron un lugar importante en sus páginas. Por último *Punto de Vista* fue una revista muy rigurosa académicamente hablando; en sus páginas es difícil encontrar contradicciones internas dentro del grupo intelectual que la formaba, lo que contrasta con *Casa de las Américas*, cuyas páginas son un mosaico mucho más heterogéneo y las exigencias en cuanto a la certificación del saber eran otras.

Así, es esta diversidad la que se ha revelado como un potencial sumamente rico para pensarse, justamente porque las autodefiniciones del trabajo intelectual que se plasmaron en ellas son diversas.

Si en *Punto de Vista* se bosquejó la idea del intelectual ciudadano, en contraste, en *Casa de las Américas* la categoría de ciudadano se menciona poco, más bien se perfila la de intelectual revolucionario, solidario, comprometido, y defensor de la soberanía de los pueblos.

Del grupo de *Punto de Vista* hay que rescatar su calidad intelectual. En un momento determinado fue vital definirse como “intelectual ciudadano”, sobre todo porque era un posicionamiento respecto a los regímenes totalitarios del Cono Sur. En ese sentido, las críticas que se hagan a dicho grupo intelectual deben existir, sin embargo hay que cuidarse de las lecturas simplistas y anacrónicas. De *Casa de las Américas* hay que volver los ojos sobre el compromiso real con procesos revolucionarios, la necesaria esperanza y el debate político explícito, no así la peligrosa tentación de creer que la potencia transformadora radica en la unanimidad del pensamiento. La unidad y fidelidad son conceptos distintos a unanimidad e incondicionalidad; en los primeros puede fluir con facilidad la crítica, en los segundos la ética puede extraviarse ante las coyunturas.

Siguiendo una propuesta de Benjamin, más ligada a la obra literaria pero que puede ser ampliada al trabajo intelectual, lo “reaccionario” o

“revolucionario” tendría que buscarse en la función y posición de las ideas en el marco de la producción intelectual de una época.

En el andar por las páginas de las revistas aparecen muchas más preguntas que respuestas: en dónde colocamos prácticamente tanta experiencia acumulada, en qué montaña o calle podemos confrontar tantas palabras escritas cuyo silencio ahoga las bibliotecas, cómo hacemos para articular pensamientos colectivos que generen nuevas formas de construcción y transmisión del conocimiento, de qué forma podemos trascender el saber académico e institucional para tejer redes con otros saberes y prácticas invisibilizados por la academia y sin los cuales nuestro hacer lo percibimos como incómodamente incompleto, cómo tendemos puentes entre generaciones diferentes para sentirnos escuchados y escuchar atentamente, cómo llenamos ese silencio incómodo que hoy nos dificulta nombrar o siquiera bosquejar colectivamente nuestras propias concepciones sobre el trabajo que estamos haciendo desde la universidad u otros espacios de acción y reflexión.

Capítulo III

La Casa de los mil colores

1. Encuentros de intelectuales

Roberto Fernández Retamar es el más cercano al mar, le sigue Pablo Armando Fernández, Heberto Padilla y Fayad Jamís; tomados del brazo todos miran al

lente, si bien todos tienen una sonrisa en el rostro, las de Roberto y Heberto son las más pronunciadas. Es el malecón de la Habana cerca de la calle F en un día entre 1967 y 1968.

¿Quién fue la persona afortunada que estaba detrás de la cámara fotográfica?, ¿qué redes intelectuales se pusieron en juego para lograr ese instante de la historia de la cultura cubana?, ¿dejaron fuera de cuadro a alguien más?, ¿cuáles son los usos y recortes que hoy se hacen de esta imagen?, ¿qué sucedió en las horas que rodearon ese momento?

Esta fotografía, en la que está contenida una interesante mezcla de espontaneidad y pose, ha sido publicada varias veces para ilustrar entrevistas y artículos sobre Retamar, y no serán pocos los que vean en ella sólo el morboso retrato de un escritor tildado, a finales de los sesenta, de contrarrevolucionario, Heberto Padilla, reunido con tres escritores fieles a la Revolución cubana.

Más que constatar que, en efecto, un día pasearon por el malecón, el actual director de *Casa de las Américas*, el poeta ganador en 1996 del Premio Nacional de Literatura o el artista de nombre arabesco a quien una de las librerías más vitales de La Habana le rinde homenaje al llevar su nombre, con el controvertido autor de *Fuera de juego*, lo que refleja esta imagen es que la cultura no puede ser analizada con prismas bifocales o planos cartesianos en los que en “y” están los buenos y en “x” los malos. La moral cristiana puesta en el plano cartesiano no es la mejor consejera de los análisis sobre la cultura. En todo caso habría siempre que recurrir a la ética política, entendida en un sentido amplio, para buscar mejores herramientas de análisis.

Lo que pasó después de ese instante fotográfico fue una sucesión de hechos cuya memoria hay que seguir rescatando y revisitando con la mirada de quien busca indicios y pistas no para llegar a firmes y acabadas conclusiones, no se trata de ser el juez que da carpetazos y dice de forma contundente “caso cerrado”; se trata de elaborar conocimientos y explicaciones complejas para trazar caminos que después puedan ser transitados por otros o, en el mejor de los casos, que posibiliten y provoquen la invención de nuevos.

Al famoso “caso Padilla” habría que despojarlo de ese halo de poder explicativo que se le asigna para nombrar a todo un complejo proceso cultural. Dos palabras no bastan para convertirse en el paradigma de lo ocurrido en el campo cultural cubano de finales de los sesenta, porque no fue un “caso” lo

que provocó el rearmado de las redes intelectuales de la época y mucho menos fue Heberto Padilla el único nombre propio implicado en el proceso.

La cultura es un gran campo de batalla, dice acertadamente Edward Said, el reto consiste en saber bien qué es lo que hace distinguibles a los contrincantes, en asumir que en cualquier batalla no hay dos bandos en disputa, sino varios; en no creer que lo importante de las batallas sólo es el enfrentamiento épico, que hay muchos que no estando con el cuerpo en la batalla también están peleando; que también en los momentos de soledad y calma hay disputas silenciosas. No hay batalla más cruenta que la que uno enfrenta consigo mismo cuando se está en momentos de crisis, en donde la duda aflora y se extrañan las cómodas certezas.

Los ochenta fueron años en los que si algo no había era ese sentimiento de saberse seguro frente a algo; a pesar de que en Cuba se vivieron los últimos años de estabilidad económica hasta el presente y en Argentina se puso fin a la dictadura militar, esa década fue convulsa, llena de interrogantes. Así lo demuestran los discursos y demás documentos generados en el Primer encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América, en septiembre de 1981.

Mariano Rodríguez, quien fuera presidente de Casa de las Américas en ese entonces, dijo en palabras introductorias al encuentro que ahí se incluirían “intelectuales de todas las manifestaciones de la creación”.¹⁶⁴ Para él, un intelectual era un escritor, un músico, un artista plástico, un teatrero, un cineasta, un ensayista o un investigador. Todos ellos compartirían, según Rodríguez, la conciencia de que “algo anda mal”, justamente porque, detrás del impulso individual de expresarse, hay una actividad social convulsa. Incluso en el editorial de este número de la revista que precede el discurso de Mariano Rodríguez, es perceptible que existió más el interés por hacer un pronunciamiento político ante la coyuntura, en tanto se pensaba que un conjunto importante de intelectuales tendría una especie de autoridad moral para condenar y señalar a los opresores del mundo, que por discutir acerca de la naturaleza del propio trabajo intelectual y artístico.

¹⁶⁴ Mariano Rodríguez, “Del Primer Encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América, plenaria de inauguración. Palabras introductorias”, en *Casa de las Américas*, núm. 129, noviembre- diciembre de 1981, p. 5.

Si algo resalta de este encuentro es que hay un interés explícito por incluir a escritores y artistas estadounidenses. El Congreso de Escritores Norteamericanos será uno de sus interlocutores durante este encuentro.

Armando Hart, en su calidad de ministro de Cultura, dice que la liberación de Nuestra América debe influir en la liberación también de Estados Unidos. Hart, en un breve recuento matemático y estadístico, habla de la dominación imperialista, de los niveles de miseria, del hambre y la explotación que contrastan con los miles de millones de dólares invertidos en armamento. Denuncia el analfabetismo que tiene a 40 millones de personas mayores de quince que “no pueden leer las páginas de un libro o los titulares de un periódico y no pueden escribir una carta o firmar un documento”. Un especial interés muestra Hart por la juventud y la niñez analfabeta del continente, quienes formaban el 41% de la población menor de 14 años: “¡Cuántos posibles artistas, intelectuales, sabios, son tronchados desde sus primeros años, condenados a vegetar por regímenes que están asesinando impunemente a la cultura!”.¹⁶⁵

Así, para Hart, *nuestros intelectuales* —es decir, que había otros que no pertenecían a ese nosotros— levantarían las banderas de una cultura popular y humanista genuina y creadora, que se comprometerían a defender. El compromiso por la defensa y la denuncia sería algo natural para ellos y fungiría como ese factor de unión entre los hombres y las mujeres de cultura del continente. Para ello, habría que fortalecer la unidad haciéndola más amplia y profunda, en un ejercicio no sólo de análisis propio sino de reconocimiento del enemigo.

Los revolucionarios no rehuimos el debate de cualquier tema, por escabroso que sea. Por supuesto no somos infalibles ni desconocemos que hayamos podido cometer errores en el desarrollo de la gestión cultural. Pero el problema consiste en que los enemigos, apoyándose en el control que ejercen sobre los medios de difusión cultural, están empleando una táctica encaminada a tratar de dividirnos y de entretenernos en discusiones de segundo orden, para evitar los análisis de primer orden.¹⁶⁶

Es decir, las discusiones de primer orden serían las de entender el sistema de explotación imperialista y no, por ejemplo, discutir los acontecimientos

¹⁶⁵ Armando Hart, “Discurso de inauguración”, *op. cit.*, p. 9.

¹⁶⁶ *Op. cit.*, p. 11.

culturales de hacía más de una década en Cuba. Todavía en este discurso de Hart está presente ese mito de la unidad en donde no se veían claramente los límites entre la unidad política y la unanimidad del pensamiento.

En tanto, Julio Cortázar, en un mensaje que envió al evento, hacía una defensa al “Llamamiento por los derechos soberanos y democráticos de los pueblos de Nuestra América”, en torno al cual se había articulado el Encuentro de los intelectuales. Decía Cortázar que el *Llamamiento* era una especie de ventana para que los intelectuales pudiesen ver con ojos colectivos el horizonte de sus tierras y por lo tanto de sus destinos. Al contrario de lo que Hart planteaba en el Discurso inaugural, Cortázar decía que había un enemigo más peligroso y repugnante que el imperialismo: “estoy hablando del enemigo interno, de las fuerzas reaccionarias que de manera abierta o embozada operan en el interior de cualquiera de los países latinoamericanos y caribeños sometidos al ataque abierto del imperialismo norteamericano”.¹⁶⁷

Si en varias academias del mundo ya se estaba discutiendo teóricamente sobre la cultura popular, Julio Cortázar se suma al debate diciendo que el concepto de pueblo no puede ser empleado como una totalidad positiva. Del lado del enemigo se explotaban sentimientos nacionales y patrióticos a favor de causas deplorables, frente a las cuales un intelectual que defendiese los derechos soberanos y democráticos del pueblo, tendría que ser profundamente revolucionario.

Frente a ese trabajo intelectual del enemigo externo e interno, realizado con una destreza que sería absurdo negar, puesto que sus efectos saltan a la vista, ¿estamos hoy seguros de oponerle en todos los casos un lenguaje poético y ético capaz de transmitir ideas nuevas, de transportar una carga mental en la que la imaginación, el desafío y yo diría incluso y necesariamente la poesía y la belleza, estén presentes como fuerzas positivas e iluminadoras, como detonadores del pensamiento, como puentes de la reflexión a la acción? Desde luego, todos conocemos textos, discursos y mensajes que cumplen admirablemente esa misión de llevar a nuestros pueblos una verdad cargada de vida y de futuro; pero a cambio de algo que todavía sigue siendo una excepción, ¡Cuánta retórica, cuánta repetición, cuánta monotonía, cuánto eslogan gastado! ¡Qué poco revolucionario suele ser el lenguaje de los revolucionarios!¹⁶⁸

Para Cortázar, el intelectual, el escritor, el artista, estaría en esa disyuntiva entre la reiteración y la renovación. Por lo tanto, dependería de los que

¹⁶⁷ Julio Cortázar, “Mensaje”, *op. cit.*, p. 19.

¹⁶⁸ *Ibidem*, pp. 19-20.

redactan llamamientos, de los que publican libros o poemas, de los que hablan en la tribuna o escriben en el periódico, que los sectores populares, confundidos o engañados por los medios de información estadounidenses, tuviesen claridad en el panorama que los rodea, así como mayores herramientas para elaborar opciones. Si la palabra ha de ser un instrumento de combate, hay que ver que la palabra no se quede atrás en el avance de la historia.

Se sumaron con mensajes de adhesión al encuentro Augusto Roa Bastos, Antonio Cándido, Juan Rulfo, Darcy Ribeiro,¹⁶⁹ Pedro Mir, Carlos Martínez Moreno, Jesús Sotelo, Ariel Dorfman, Manuel Medina Castro, Manuel Scorza y Florestán Fernández. De los mensajes de adhesión enviados desde la distancia, resalta el de Ariel Dorfman, en el que se atisba una reflexión que nos interpela porque leemos nuestro presente en ella y reconocemos la existencia de un interés por el análisis de la realidad más allá de las fronteras nacionales. Dorfman habla sobre el gobierno de Pinochet como un laboratorio donde se experimentaban fórmulas multinacionales que posteriormente se exportarían hacia otros pueblos. Era 1981 y Dorfman ya veía, junto con otros, que no se trataba sólo de recetas que iban a apretar “el estómago, el sexo y el cerebro de los habitantes de nuestros países miserables y explotados”, sino había también una pretensión globalista, una tesis supuestamente válida para el mundo entero, que por otro lado sería una cura milagrosa para el cáncer de la subversión. Habla así de las ideas de Von Hayek, Friedman y Harbenger.¹⁷⁰

El chileno ya estaba leyendo que Estados Unidos seguía firme con la sed de expansionismo, pero también sostenía un nuevo interés por hacer que las fronteras se debilitaran económica y culturalmente. Dice Dorfman “no estamos exagerando”; ciertamente no era una exageración. “No hay que llamarse a equívocos”, decía también este argentino nacionalizado chileno. No sólo se estaba jugando la soberanía de los pueblos, sino su supervivencia. Es por eso que él veía como un factor de suma importancia que dentro de los

¹⁶⁹ El mensaje de Darcy Ribeiro es tan breve como elocuente. Dice que saluda fraternalmente a los compañeros y se adhiere “a las importantes conclusiones a las que se llegarán”. Esto es interesante anotar, porque no era ni sigue siendo una práctica poco común el firmar documentos sin conocer su contenido, es decir, en adherirse a las conclusiones antes de conocerlas. En los encuentros de intelectuales, justamente, no se discutía lo que proponía Cortázar arriba. Si uno lee la declaración final, no encontrará ningún párrafo que sorprenda. *Cfr.*, “Mensajes”, en *Casa de las Américas*, *op. cit.*, p. 22.

¹⁷⁰ Se refiere al economista austriaco de principios del siglo XX, Friederich Von Hayek, precursor de la teoría del neoliberalismo.

propios Estados Unidos se estuviera generando un movimiento opositor a la administración de Ronald Reagan (1981 -1989) que se armaba en paralelo con el de Margaret Thatcher. Una de las claves de la crítica hacia el neoliberalismo ya estaba siendo enunciada por Dorfman en aquel discurso, y sus ideas parecen haber decantado como elementos comunes de análisis hasta finales de los ochenta.

Ante este contexto que el autor comparaba con el de los años previos al nazismo, a los intelectuales no les quedarían otras armas que la inteligencia, la imaginación, la honradez crítica y el deseo de que dichas capacidades sirviesen para hacer eco en otros. Y hacer del mundo un lugar comprensible y misterioso, hermoso y recto, en el que toca dudar y vivir. La resistencia implicaría formar pueblos intelectual y emocionalmente soberanos, en donde cada ser humano se convierta en un derecho humano. Decía entonces Dorfman:

no quieren invadir tan sólo nuestra geografía y nuestras pieles. También quieren penetrar y limpiar el último recinto de nuestras mentes, quisieran colgarnos en una pared, como un trofeo o una tarjeta postal. Quisieran que consumiéramos sus productos frívolos e innecesarios, que les exportáramos materias primas baratas, que hiciéramos los trabajos desagradables y sucios. Están dispuestos a saquear nuestros sueños junto con nuestros suelos. Propongo que nuestra obra literaria, que nuestra música, que nuestros colores salgan a la defensa de los pueblos.¹⁷¹

En el discurso de clausura, Ernesto Cardenal, quien era entonces ministro de Cultura de la república de Nicaragua, insertó el tema religioso en la revolución, aspecto que no es nada desdeñable, dada la compleja relación entre la cultura y las instituciones religiosas, y principalmente las educativas, en nuestro continente. En eso que Cardenal llama Revolución, y a la cual le confiere un carácter optimista, dice que se encuentran participando numerosos cristianos integrados al marxismo, marxistas; también una unión de cristianos revolucionarios con el Islam revolucionario, los cuales se unirán en una guerra santa contra el imperialismo.

Los intelectuales serían, para Cardenal, herederos de todos los visionarios, los filósofos, los místicos, los poetas y sabios que a través del tiempo han querido cambiar el mundo. El intelectual sería constructor del

¹⁷¹ *Ibidem*, p. 25.

futuro. Nicaragua, al igual que Cuba, estaría en un proceso que apuntaría hacia la liberación de América Latina. Pero que habría de enfrentar una lucha mundial porque todas las revoluciones debiesen ser una sola.

Tanto la Biblia como el marxismo nos dan la seguridad de que nos dirigimos hacia un universo perfecto, si no, no tendría sentido el Universo, si no, no tendría sentido esta Revolución cubana, y bien sabemos que lo tiene.¹⁷²

A diferencia de los otros discursos, es notable que Cardenal le dé un peso al tiempo histórico que es diferente a los demás. Los intelectuales serían constructores del futuro y al mismo tiempo sentirían nostalgia por él. La nostalgia por el paraíso no estaría ubicada en el pasado sino en el futuro, y el tiempo de la transformación sería muy largo, el asalto al cielo que Cardenal evoca de Marx quizá tarde tanto tiempo como la historia humana desde el *homo habilis*.

Sabemos que sería imposible consignar en papel y tinta todo lo dicho en aquel encuentro en 1981. Más allá de los discursos formales tendríamos que buscar las formas de hacer una historia a contrapelo, que cepillara los debates tras bambalinas. Aquel encuentro se dividió en tres comisiones, la primera y menos numerosa trataría sobre los factores económicos y sociales que afectaban la soberanía de nuestros pueblos. ¿Qué tipo y naturaleza de debates sobre la economía y la sociedad habrán existido en este encuentro entre el dominicano Juan Bosch, la haitiana Sussy Castor con el cubano Manuel Moreno Friginals, el boliviano René Zavaleta, el guatemalteco Manuel Galich y el inglés Gordon K. Lewis, que eran sólo algunos de los participantes e invitados a dicho encuentro?

Otra comisión se dedicaría a la discusión de los factores culturales que limitaban la soberanía de nuestros pueblos. Sin ser tan numerosa como la tercera, esta segunda comisión tenía entre sus integrantes a Alicia Alonso, Dora Alonso, José Juan Arrom, Mario Balmaseda, Leo Brouwer, Graciela Pogolotti, Eliseo Diego, Samuel Feijoo, Ambrosio Fonet, Roberto Fernández Retamar, Norberto Fuentes, Nicolás Guillén, Tomás Guitiérrez Alea, Fayad Jamís, Wilfredo Lam, Luis Rogelio Noguerras, René Portocarrero, Humberto Solás, Cintio Vitier, por sólo mencionar a algunos de los cubanos. Alfredo Bryce

¹⁷² Ernesto Cardenal, "Discurso de clausura", *op. cit.*, p. 40.

Echenique y Antonio Cornejo Polar de Perú, Néstor García Canclini de Argentina, Jaime Labastida de México, el guatemalteco Augusto Monterroso, de Brasil Mario Schenberg, fueron algunos de los muchos nombres que se enunciaron en esta comisión.

Sobre la lucha por la soberanía de “nuestros pueblos” se desplegaría un amplio listado de personajes que le daría cuerpo a la tercera comisión. Bastaría nombrar a la décima parte de los participantes para darse cuenta de lo interesante que debió haber sido el encuentro, más allá de las bambalinas: Santiago Álvarez, Víctor Casaus, Pablo Armando Fernández, Alfredo Guevara, Pablo Milanés y Silvio Rodríguez de Cuba; Arturo Alape y Gabriel García Márquez de Colombia, Frei Beto de Brasil, Ernesto Cardenal de Nicaragua, Luis Cardosa y Aragón de Guatemala, Ricardo Carpani de Argentina, Robin Dobrú Ravales de Surinam, José Agustín Goytisolo de España, Efraín Huerta y Julio Scherer de México, José Luis Valenzuela un chicano de Estados Unidos, al igual que Adrián Vargas, Volodia Teitelboim de Chile y la lista se queda corta.

La declaración final de este primer encuentro condenaba fuertemente la política estadounidense. Su totalidad era una condena en la que se oponía al imperialismo estadounidense con los pueblos de América Latina. Después de hablar de los peligros nucleares se decía que los intelectuales de América asumían la plena conciencia de optar por la vida y la paz, en contra de la muerte. La palabra y la imagen tendrían que extremar la capacidad de persuasión, su poder de reclutamiento de las fuerzas creadoras y convencer a partir de la lucidez que es posible evitar el exterminio del ser humano. El poder de la inteligencia es invencible, decían entonces.¹⁷³

Para que fuese posible que un grupo importante de intelectuales de Estados Unidos asistiera a la reunión, la continuación del primer Encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América, se llevó a cabo en México, en septiembre de 1983. No es dato menor que la inauguración de este segundo encuentro, llamado Diálogo de las Américas, corriera a cargo del presidente José López Portillo. Precisamente, en una de las declaraciones finales, los participantes felicitaban al pueblo y al gobierno de México por la

¹⁷³ *Cfr., op. cit., pp. 34-36.*

nacionalización de la banca, al aducir que ella constituía uno de los más altos ejemplos de la soberanía de los pueblos.

De nuevo, uno de los primeros discursos publicados fue el texto enviado por Julio Cortázar, en el cual se percibe un estilo poco formal, que contrasta con el del resto de los textos. Para Cortázar era importante señalar que en esa reunión había dos grupos de intelectuales procedentes de dos regiones, una formada por un solo país y la otra por más de veinte países, y que esas dos regiones habían vivido enfrentadas desde hacía muchas décadas. Por lo que el encuentro tendría que estar consciente de esa particularidad. Los intelectuales, decía Cortázar, habían sido expulsados por Platón de cualquier sistema y todavía no habían conseguido volver a entrar en él; eran pocos los que compartían la responsabilidad de los gobiernos, aunque él veía que no era imposible que los intelectuales cumplieren otra función, que dejaran de discutir en la calle, en la soledad de sus libros y en sus tribunas minoritarias y discutiesen desde las máquinas del poder.

Preguntaba retóricamente, “¿Por qué, entonces, no ver en esta reunión una de las etapas que pueden llevarnos a franquear las murallas que nos separan de los supuestos hacedores de la historia, esos hacedores que tantas veces la falsean, la deforman, la hacen retroceder hacia una barbarie tecnológica, detrás de la cual es fácil entrever el retorno a las hachas de piedra, a las cavernas, a las hordas salvajes, a la ley del talión?”¹⁷⁴ Decía también que ese encuentro era insólito y admirable, sin embargo, dado que todo buen diálogo debía partir de una cierta paridad cultural y del conocimiento recíproco por parte de sus protagonistas, se debía aceptar que en ese encuentro esa paridad no existía.

Para Cortázar, dicho encuentro podría contribuir a luchar en contra del desequilibrio informativo entre Estados Unidos y el resto de América. Decía en tono de mofa que por suerte bajaría de la palestra para tomarse un trago mientras se sentaba junto a un colega estadounidense, para preguntar y responder, “para incorporar al temario oficial eso que nunca alcanzan a tener los temarios por más importantes que sean: la sonrisa cómplice, el cigarrillo cordial, el paseo por las calles, la charla espontánea, que es siempre como un

¹⁷⁴ Julio Cortázar, “Palabras inaugurales”, *Casa de las Américas*, núm. 136, enero-febrero de 1983, p. 8.

acuuario lleno de estrellas de mar mentales y de peces insólitos”.¹⁷⁵ Las tribunas valdrían como trampolines, sería el agua de la piscina en donde se conoce realmente la verdad. Terminaba nuevamente su discurso con la idea de hacer de la palabra, del pensamiento, de la escritura un arma.

Fidel Castro, en un mensaje al encuentro se congratulaba por el diálogo abierto entre intelectuales latinoamericanos y caribeños por un lado y estadounidenses del otro. Por su parte, Pablo González Casanova decía que, dado que el tema de dicho encuentro tenía como objetivo la defensa de la soberanía de los pueblos, era imprescindible constituir como un núcleo problemático el tema de la propia soberanía del pueblo estadounidense. Jaime Labastida terminaba su discurso pidiendo que despertara el espíritu de Lincoln, que despierte el leñador, decía.¹⁷⁶

En representación del gobierno sandinista, Rosario Murillo, en “Los intelectuales y la soberanía de los pueblos”, decía que a los intelectuales, artistas, escritores, científicos y periodistas estadounidenses les correspondería cumplir un papel crucial: orientar la opinión de su pueblo, contribuir al rompimiento del muro de desinformación y alzar la voz para denunciar una guerra; “mientras ustedes retornan a su hogares, a sus trabajos a sus libros y proyectos en los Estados Unidos, nosotros retornamos a la posibilidad de una guerra”.¹⁷⁷

Por su parte, Ernesto Cardenal en “La unión de las Américas”, texto que fungió como discurso de clausura, habló sobre los poetas e intelectuales que históricamente estuvieron separados del gobierno de Estados Unidos, por lo que les pedía a los intelectuales estadounidenses que ayudaran a preservar la paz. A diferencia del número anterior, en el que se publicaron largos listados con los nombres de los participantes, en esta ocasión no aparecían nombres propios. Sabemos por los discursos que estuvieron George Wald, científico estadounidense quien decía que en un presente tan desolador hacían falta diálogos como ese para encontrar la sabiduría, aquella que pudiese alzar la voz

¹⁷⁵ *Op. cit.*, p. 10.

¹⁷⁶ Jaime Labastida hacía referencia a un poema de Neruda titulado “Que despierte el leñador”: *Que despierte el Leñador. Que venga Abraham, que hinche su vieja levadura la tierra dorada y verde de Illinois, y levante el hacha en su pueblo contra los nuevos esclavistas, contra el látigo del esclavo, contra el veneno de la imprenta, contra la mercadería sangrienta que quieren vender. Que marchen cantando y sonriendo el joven blanco. el joven negro, contra las paredes de oro, contra el fabricante de odio, contra el mercader de su sangre, cantando, sonriendo y venciendo. Que despierte el leñador.*

¹⁷⁷ Rosario Murillo, “Los intelectuales y la soberanía de los pueblos”, en *op. cit.*, p. 55.

para decir que todas las dictaduras, tomasen la forma que tuviesen, son desagradables; que es intolerable el terror impuesto en El Salvador, el genocidio en Guatemala y la intromisión estadounidense en el gobierno de Nicaragua, así como el hambre crónica en tantos lugares de América.

Erwin Marquit presentó una ponencia sobre la interferencia ideológica en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. Uno de los acuerdos del Diálogo de las Américas fue elaborar una denuncia del acoso del que había sido objeto Marquit: “desde que decidió seguir su trabajo de investigación sobre los fundamentos conceptuales de la física, en lugar de la física de alta energía. Marquit ha sido reconocido dentro del campo de los conceptos físicos por sus contribuciones a partir del uso de los métodos dialéctico marxistas”.¹⁷⁸

El poeta y ensayista Robert Chrisman hizo un análisis de los medios masivos de comunicación, especialmente estadounidenses, a los que consideraba un Goliat de pavorosas dimensiones, que constituiría un poderoso instrumento para suprimir la soberanía de los pueblos. Sobre ideas similares versaron las participaciones del mexicano Miguel Ángel Granados Chapa y del argentino, radicado en Cuba, Jorge Timossi. En 1982 se estrenó la película *Missing*, del director Costa Gavras. A propósito de ella, Roberto Fernández Retamar dijo en su discurso que sería deseable que películas como esta no tuviesen que volver a hacerse. Los intelectuales estuviesen donde estuviesen tendrían que defender causas comunes, “ya no hay oportunidad para la limitación. Si nuestra causa es común, también nuestro destino será común. Y necesitamos que sea de paz, la cual requiere la inalienable soberanía de los pueblos”.¹⁷⁹

En la Declaración final de este encuentro se enumeraban doce puntos comunes de denuncias y solidaridades con luchas de América Latina en donde se ponía especial interés en la reprobación de la nueva política económica y financiera de la administración de Reagan. Como responsabilidad ineludible para los intelectuales, se concluía en dicho manifiesto, estaba la de hacer uso

¹⁷⁸ “Protesta por la situación del profesor Erwin Marquit”, *op. cit.*, p. 76. Sus actividades fueron objeto de ataque por la Legión americana y otras corporaciones transnacionales, que presionaron a la Universidad de Minnesota, amenazando con retirar su apoyo económico si se empleaban profesores marxistas como Marquit.

¹⁷⁹ Roberto Fernández Retamar, “La soberanía de los pueblos. Desafíos y respuestas”, *op. cit.*, p. 63.

de los medios de expresión y comunicación posibles para informar sobre la situación en esta parte del hemisferio.¹⁸⁰

El número doble de 1986 se publicaron las memorias de un segundo encuentro que continuó en 1985 con las reflexiones de aquel primero sucedido en 1981. Lo que es distinguible de aquel encuentro es que en muchas de las reflexiones emergieron tópicos y preguntas que ocuparán debates intelectuales importantes hasta la actualidad, pero con la particularidad de que los textos fueron escritos todavía en la Guerra Fría, cuando Gorbachov era llamado “compañero” por el Partido Comunista de Cuba.

Gabriel García Márquez, al igual que Cortázar, inaugurará el segundo encuentro con un tono nada formal que le servirá para preguntarse por el sentido que tendrían aquellas reuniones si cada vez eran más frecuentes y a propósito de los más variados temas. “Un intelectual complaciente podría nacer dentro de un congreso y seguir creciendo y madurándose en otros congresos sucesivos, sin más pausas que las necesarias para trasladarse del uno a l otro, hasta morir de una buena vejez en su congreso final”,¹⁸¹ decía García Márquez en la parte inicial del discurso.

Siendo así, cuál sería la característica fundamental de aquel encuentro habanero de 1985, qué propósitos particulares tendría que lo haría un acto distinguible al congreso mundial de organizadores de congresos de poesía (evento mencionado por el propio García Márquez en tono burlesco). Sin estar carente de elementos retóricos, el colombiano decía que aquel encuentro era fundamental porque reunía a gente que encontraba en las discusiones una utilidad práctica a la cual le daba continuidad. Además, porque desde los encuentros pasados, se había desafiado la ley no escrita que separaba las artes y la ciencias.

Así, el escritor colombiano, que en 1982 había ganado el Premio Nobel de literatura, propuso algunos temas para la reflexión colectiva de los siguientes tres días que duraría el encuentro. Cabría detenerse no sólo en las propuestas, sino en los supuestos sobre los que se construyeron. A pocos años de llegar al siglo XXI, América Latina se habría saltado el siglo XX; los

¹⁸⁰ “Declaración final por el Diálogo de las Américas”, *op. cit.*, pp. 77-80.

¹⁸¹ Gabriel García Márquez, “Discurso de inauguración”, en *Casa de las Américas*, 155-156, marzo-junio, 1986, p. 16.

latinoamericanos “padecieron” el siglo sin vivirlo. Las imaginerías futuristas de Márquez contrastarían *lo posible* con la realidad cotidiana de América Latina:

En algún momento del próximo milenio, la genética vislumbrará la eternidad de la vida humana como una realidad posible, la inteligencia electrónica soñará con la aventura quimérica de escribir una nueva *Iliada*, y en su casa de la Luna habrá una pareja de enamorados de Ohio o de Ucrania, abrumados por la nostalgia, que se amarán en jardines de vidrio a la luz de la Tierra.¹⁸²

Mientras, el Caribe y Latinoamérica seguirían siendo la “servidumbre del presente” pero contarían con “la peligrosa memoria de nuestros pueblos” que sería capaz de mover al mundo, una cultura de la resistencia que se encuentra en el lenguaje, en la religiosidad, en la mezcla, en la solidaridad, en la insurgencia, en las “liturgias íntimas del amor”, en la fiesta, en la trasgresión, en el misterio que, para García Márquez, logra romper la camisa de fuerza de la realidad reconciliando el raciocinio y la imaginación, porque “no hay concepto que tarde o temprano no sea rebasado por la vida”.¹⁸³ Justamente el concepto de intelectual estaba, desde aquellos años y quizá desde su origen, rebasado por la vida.

Lo que haría diferente aquel encuentro de los otros similares que se celebraban por el mundo sería la organización práctica que canalizara el “aluvión irresistible de creatividad de nuestros pueblos”, la solidaridad real y la “profunda utilidad social de la creación intelectual, el más misterioso y solitario de los oficios humanos”.¹⁸⁴

Oficiantes de esta labor “misteriosa y solitaria” hablaron desde muchas perspectivas. Suzy Castor, por ejemplo, hizo un análisis sobre la democracia en América Latina relacionándola con las formas históricas de organización política de los pueblos; Alonso Aguilar, recordando el encuentro de 1981, derrochaba optimismo al decir que el proceso de emancipación sólo culminaría con la plena emancipación al tiempo que no dejaba de enunciar los peligros y las crisis que acechaban al mundo; Volodia Teitelboim, en su ponencia “La deuda externa y los intelectuales”¹⁸⁵ argumentaba en torno al problema del

¹⁸² *Op. cit.*, p. 17.

¹⁸³ *Op. cit.*, p. 18

¹⁸⁴ *Ibidem.*

¹⁸⁵ Volodia Teitelboim, “La deuda externa y los intelectuales”, en *Casa de las Américas*, número 155-156, *op. cit.*, p. 54. El tema de la deuda externa estuvo presente en la mayoría de las participaciones de dicho encuentro.

endeudamiento creciente de las naciones latinoamericanas y del caso chileno como paradigma de la implantación de un modelo que adelgazaba las labores del Estado, endeudaba a la Nación y privatizaba los bienes y servicios públicos. Ante ese escenario, el intelectual tendría en sus manos una de las labores más importantes: influir en las mayorías, ganar “más influjo en el espíritu de los pueblos”.

Además de las ponencias firmadas por nombres propios, valdría la pena detenerse en los resúmenes de las conclusiones a las que llegaron las tres diferentes comisiones de aquel encuentro. La primera, llamada “Cultura, democracia, soberanía y paz en Nuestra América”, tiene un hilo conductor durante toda la argumentación: la unidad política que se tendría que mantener a pesar de la pluralidad cultural. Sobre la segunda comisión, de nombre largo y explicativo,¹⁸⁶ cabría mencionar la incorporación de temas que en años anteriores no ocupaban la agenda de dichos encuentros de manera tan central, por ejemplo el cuestionamiento sobre el tipo de desarrollo al que se tendría que aspirar en América Latina en relación con la conservación de la vida y del medio ambiente. Al igual que la comisión consignada para hablar de la cultura, en esta también se concluyó que, a pesar de la amplitud de propuestas, ideas, sugerencias y visiones, siempre se mantuvo “una misma posición de defensa y enriquecimiento del patrimonio cultural latinoamericano”.¹⁸⁷

Finalmente, la comisión llamada “El dominio de la información y sus implicaciones en la soberanía de nuestros pueblos” desplegó un documento con asteriscos que fueron desde la “a”, hasta la “j” en donde los intelectuales aparecen en el “h” con el apellido de “progresistas”. Si los medios son los destructores de la memoria, el “intelectual progresista” tendría el deber de “reconstruir, conservar, analizar y transmitir esa memoria”.¹⁸⁸

El discurso de clausura del evento fue dictado por Armando Hart, y en él también se distingue el tema de la unidad como hilo conductor: nos une la identidad cultural, nos une la diferencia, nos une una moral que defiende a los pobres y explotados de América, decía Hart en aquel discurso. Las preguntas que nos quedan son: cómo operó esa premisa de unidad que muchas veces se

¹⁸⁶ El nombre de esta comisión fue: La ciencia y el arte como factores en el desarrollo cultural de la América Latina y el Caribe. Su importancia en la vida de los pueblos.

¹⁸⁷ “Resumen de la Comisión 2”, en *Casa de las Américas*, *op. cit.* p. 121.

¹⁸⁸ “Resumen de la Comisión 3”, *op. cit.*, p. 122.

seguí confundiendo con unanimidad, cómo se procesaban las ideas disidentes de aquellos que formaban parte de esa unidad, cómo y bajo qué condiciones pudo ser posible una crítica no complaciente.

2. Presencia de Haydée

Casa de las Américas se caracterizó por ser una publicación en donde los homenajes, los encuentros, las conmemoraciones, los aniversarios se dieron cita en sus páginas de forma continua. Son pocas las excepciones de números en donde no aparecen visos de ese ánimo ceremonioso; la revista extendió en papel y tinta los numerosos eventos que se llevaban a cabo en el memorable recinto cultural cercano al malecón habanero o en otras latitudes. También organizó sus propias ceremonias, sus calendarios festivos o recordatorios.

Haydée Santamaría, quien había sido un pilar fundamental de la institución cubana hija de la revolución del 59, se suicidó en 1980. Así, esta década de la publicación cubana se inauguraría con la ausencia física de uno de sus principales referentes.

El XX aniversario de la revista *Casa de las Américas* se enmarcó justamente en el duelo por la muerte de Haydée Santamaría. Su nombre recorrerá varios de los números publicados después de su muerte. Durante los años ochenta no cesarán los homenajes, las menciones, las referencias a esta mujer cuya personalidad le dio un carácter especial a Casa de las Américas. Las páginas que preceden al discurso que la vicepresidenta de la institución, Marcia Leiseca, pronunció a propósito de la conmemoración del vigésimo aniversario de la revista, dieron a conocer una serie de textos seleccionados de los centenares de cables, cartas, artículos y poemas que expresaron el sentir de muchos artistas, escritores e intelectuales ante la noticia de la muerte de Santamaría.

“No era ni pintora ni música ni actriz, pero tenía una extraña sensibilidad para captar el arte y disfrutarlo”, dijo Mario Benedetti, quien también valoraba de ella su carácter justo y la confianza infinita en el ser humano. Es interesante hacer notar que Santamaría constituyó un hito en la historia cultural de Cuba, entre otras cosas, porque de alguna u otra manera desmontó ciertos estereotipos y formas de vincular la política y la cultura. En los archivos de

Casa de las Américas se resguarda, como parte imprescindible de su memoria, la correspondencia que Haydée Santamaría mantuvo con artistas, intelectuales y escritores de América Latina, el Caribe y otras latitudes.

En las cartas compendiadas en una edición que en 2009 se hiciera sobre parte de esta correspondencia, destaca la existencia de un común denominador en los recuerdos que se tienen sobre Haydée, los cuales son descarnadamente humanos. Se le recuerda por su ligereza, por su sentido del humor expresado en carcajadas francas y sonoras, por la energía colocada en juntar expresiones culturales diversas en el techo de *Casa de las Américas*. Pedro Orgambide la recuerda bailando; Luigi Nono como un ser que tenía una humanidad creadora en la más profunda comprensión; una sensibilidad particular.

Antes de morir Haydée Santamaría fue la voz que guiara la hechura del documental *Vamos a caminar por Casa*, realizado en noviembre de 1979 por el poeta Víctor Casaus, como homenaje al XX aniversario de la institución. En sus palabras se reflejó el trabajo incansable que había realizado durante dos décadas por hacer de Casa un lugar de encuentro, de reflexión y de defensa de la Revolución cubana. En aquel momento también se reflejó en aquellas palabras una apreciación ambigua sobre la vida; varias veces mencionó que las fronteras entre la felicidad y la tristeza no eran fáciles de colocar: ¿Dónde está la alegría y dónde está el dolor?

Esta frase anunciaba una incomodidad en Haydée Santamaría, una apreciación de la vida que explicitaba su apreciación contradictoria de la misma. En un editorial de *Casa de las Américas* en 1985 se le conmemoró titulado parte del número “Haydée entre el fuego y la luz”, las primeras líneas decían: el 28 de julio de 1980, el último de los revolucionarios torturados a raíz del asalto al cuartel Moncada, 27 años atrás, falleció como resultado de estas torturas.

Haydée Santamaría co-fundó el Movimiento 26 de julio, luchó organizadamente en contra del gobierno de Batista. Ella fue quien recompuso el alegato de autodefensa de Fidel que años después se conocerá con el título “La historia me absolverá”. Estando encarcelada le mostraron el ojo de su hermano Abel y los testículos de su novio Boris Luis Santa Coloma.

Al triunfo revolucionario, Haydée dedicó la mayoría de sus fuerzas

creativas a la organización de *Casa de las Américas*. Desde 1965 Retamar entraría a dirigir la revista respetando el espíritu original encomendado por Haydée. Entre ambos se construyó una amistad basada en la admiración y complicidad mutuas, elementos que serán importantes para entender los recorridos de la revista cubana en sus dos primeras décadas de existencia. Cuando filmaron el pequeño cuarto en el que se armaba la revista *Casa de las Américas* Haydée le dijo a Víctor Casaus:

En este salón trabajan dos compañeros y por aquí tenemos al compañero director de la revista, el compañero poeta Roberto Fernández Retamar. De aquí sale lo que es el órgano oficial de Casa de las Américas, que es la revista *Casa*, y esta revista la hacemos con tres compañeros, por eso te daba aquella pequeña cifra. Pero además el compañero Retamar como todos saben, es director del Centro de Estudios Martianos, profesor de la universidad, poeta, ensayista y, naturalmente, Vicepresidente de la Casa de las Américas, y a lo mejor mucho más que eso: que su gran obra es también la Casa de las Américas, y no lo demás.

Diversas eran las cualidades que se valoraban en el carácter de Haydée en relación con la cultura y la revolución. Ella era un imán para atraer horizontes, había establecido un fuerte lazo de unión entre muchas culturas de nuestra América y del Caribe, decía el chileno Volodia Teitelboim. Cintio Vitier, sin ser parte del grupo cercano a ella, habla de Haydée como un ser vital y esperanzador. Recordaba la pasión con la que Haydée Santamaría hablaba del Moncada “no sólo como participante de un hecho histórico sino de un hecho biológico y espiritual”.¹⁸⁹

En las más de veinte cartas recogidas en este homenaje y en muchas otras publicadas antes y después de su muerte, es un común denominador nombrar a Haydée Santamaría simplemente como “Haydée”, como un personaje ajeno a la profesionalización del saber. Este rasgo será una potencia latente en la historia de la revista desde su fundación. Haydée Santamaría no será considerada cabalmente como intelectual (Retamar sí la considerará intelectual), artista o simplemente como guerrillera; será un híbrido de cualidades, una mezcla producto de esos cambios originados por la revolución cubana, que trastocaron las fronteras establecidas entre la cultura, el saber y la práctica guerrillera.

¹⁸⁹ Cintio Vitier, “Ahora sólo es vida”, en *Casa de las Américas*, número 150, mayo- junio de 1985.

3. De visitas y revistas. *Calibán* revisitado en 1986

"Calibán revisitado" fue publicado en 1986, en medio de la efervescencia sobre el proceso social nicaragüense y al filo de la conmemoración de los quince años de publicación del ensayo "Calibán", texto que había salido a la luz en 1971 en medio de una intensa polémica en torno al caso Padilla y a las responsabilidades políticas del artista y el escritor.¹⁹⁰ En el ensayo de 1986 Retamar pedía no despojar a aquel ensayo de los entramados históricos que le dieron origen. "Calibán revisitado" es un nuevo vistazo del propio Retamar sobre su propio texto. Las siguientes líneas son un acercamiento al ensayo publicado en medio de la década de los ochenta, tiempos en los que es notoria una apuesta intelectual por visitar pasados inmediatos, explicarlos, aclararlos.

Efectivamente "Calibán" es un ensayo paradigmático del pensamiento latinoamericano, sujeto a tener tantas interpretaciones como cabezas hay en el mundo. Sin embargo, a Retamar le preocupan las interpretaciones que pueden domesticar a los textos; en esta nueva visita a su Calibán del 71 comienza la argumentación recordando cómo Jonathan Swift, el cual zahirió en el libro *Viajes de Gulliver* a la sociedad de su tiempo, pasó a la posteridad "como un amable fabulador para niños".

Aquel libro fue una sátira nacida de la fiera indignación del autor, como casi todo lo que escribió. Inesperadamente, nos iba a dar aún otra lección con esta metamorfosis. No es una lección nueva ni mucho menos única, pero en su caso adquiere dimensiones estruendosas: un texto, fuera no ya de la intención (a menudo inverificable) de su autor, sino de su contexto, puede llegar a convertirse en algo bien diferente de lo que fue, de lo que es.¹⁹¹

A "Calibán" le sucedió que empezó a ser un texto despojado del entramado político que le dio sentido; hoy forma parte del *corpus* de escrituras fundamentales para abordar temáticas como la identidad latinoamericana; las relaciones entre cultura y política; las herencias en el pensamiento; la historia intelectual y otras que escapan a esta enumeración o que están por nacer y mirarán a este ensayo desde perspectivas diversas; no está en cuestión la

¹⁹⁰ Roberto Fernández Retamar, "Caliban", en *Casa de las Américas*, número 68, septiembre- octubre de 1971.

¹⁹¹ Roberto Fernández Retamar, "Calibán revisitado", en *Casa de las Américas*, núm. 157, julio-agosto de 1986, p.152.

necesidad de contar en cada presente con lecturas renovadas sobre lo ya dicho, pero algo en lo que la historia puede contribuir es a no despojar a *Calibán* del tiempo palpitante que dio origen a una reflexión densa, apasionada, política y espontánea en un momento en el que era valorado el pensamiento como una herramienta de combate.

Estas líneas no tienen la mira puesta en aquel famoso ensayo, sino en el posterior, en el que lo que resalta es el empeño por explicar el pasado, tamizarlo quizá. Pasa que si hay épocas de efervescencia creativa, hay otras en que lo que puede privar más no es el empeño por generar lo nuevo a pasos apresurados, sino mirar lo pasado con paciencia, aceptando la crítica sin desvalorar el presente y sin hacer del olvido una salida fácil.

¿Con qué ojos volvió Retamar a esa época pasada?, ¿a qué elementos de su primer ensayo los consideró dignos de una explicación posterior? Lo primero es que es notoria una evocación a los *sesenta* como época que se mira sin “excusas ni nostalgias” pero en la que era clara una hegemonía de la izquierda en la vida intelectual: los *ochenta* en cambio son apreciados por Retamar como un momento en el que la hegemonía estaba en la derecha y ante la cual la Revolución Sandinista de Nicaragua se alzaba como excepción.

Los *sesenta* fueron tiempos de la Revolución cubana y argelina, de la revuelta de lo oprimido en el mundo, fueron años en los que cambió la imaginación sobre América Latina. La derecha veía ante sus ojos un movimiento constante de voces oprimidas que alzaban la voz. Retamar diría que en este proceso no faltó “el desvarío encarnado en fenómenos como los *hippies* o el *flower power*”.¹⁹² A todo este movimiento lo acompañaron la literatura, el nuevo cine y la nueva canción.

El inicio de los setenta estuvo marcado por el del gobierno de Salvador Allende en Chile. Pero durante estos años el imperialismo no había permanecido de brazos cruzados, dice Retamar. No sólo políticamente había maniobrado para agredir a Cuba, ocupar la República Dominicana, organizar la contrainsurgencia o para implantar políticas que le fueran favorables, sino que, intelectualmente, también se inició una embestida.

¹⁹² *Ibidem*, p. 153.

Para Retamar es importante recordar los antecedentes de aquello que explica la gestación de “Calibán”. En los inicios de la Guerra fría, Estados Unidos organizó el llamado “Congreso por la Libertad y la Cultura”, que había concluido, entre otras acciones, con la publicación de una revista llamada *Cuadernos*, la cual “no pudo sobrevivir por su forma esclerosada, a la marea creciente de los años sesenta. Fue así que naufragó en su número cien. Entonces se proyectó y realizó sustituir *Cuadernos* por la revista *Mundo nuevo*”.¹⁹³

El propio Retamar dijo que, desde sus inicios esta revista publicada en París no haría sino darle un rostro más simpático a la anterior. *Mundo nuevo* mostró una mejor calidad literaria y renovó el equipo de *Cuadernos*. El proyecto de *Mundo nuevo* era “disputarle desde Europa, con visos de modernidad, la hegemonía a la línea revolucionaria en el trabajo intelectual dentro del continente latinoamericano”.¹⁹⁴ Esta apreciación es una glosa de Retamar sobre un artículo crítico de Ambrosio Fornet que se había publicado en *Casa de las Américas* en 1967.

El director de la revista *Casa de las Américas* decía que nunca fue planteada la idea de que todos los que colaboraron en *Mundo nuevo* eran necesariamente hostiles a la revolución; al contrario, lo que había era un ambiente confuso, que hacía difícil detectar las verdaderas funciones que se le habían encomendado a la revista. Cosa que cambió cuando, el 27 de abril de 1976, el *New York Times* publicó un artículo sobre el financiamiento que hizo la CIA al Congreso por la Libertad y la Cultura, y por ende a sus publicaciones.

Para seguirle la pista a estas discusiones, habría que ir al semanario *Marcha* del 2 de junio de 1967, en el que se encuentran, entre otros documentos, las polémicas entre el director de *Mundo nuevo*, Emir Rodríguez Monegal, y Retamar, director de *Casa de las Américas*.

En aquel 1967, ni Retamar ni otros intelectuales que seguían firmes a favor de la revolución cubana pensaron que, al ser desenmascarada *Mundo nuevo* como una empresa financiada por Estados Unidos, se habían extinguido los embates culturales de la Guerra Fría. Los acontecimientos en torno a *Mundo nuevo*, dice Retamar, dejaron sembrada en gente muy variada, la

¹⁹³ *Ibidem*, p. 154.

¹⁹⁴ *Ibidem*, p. 154.

posible desconfianza hacia la revolución latinoamericana, que entonces sólo ofrecía como ejemplo victorioso a Cuba, la cual por su parte, estaba “casi abrumada por las ilusiones diversas (y hasta contradictorias) que muchos habían depositado en ella, pero realmente limitada a sus escasas fuerzas y con inevitables errores”.¹⁹⁵

Justo después de esta argumentación Retamar hablará de aquel 1968 en el que se desató toda la polémica intelectual a raíz del caso Padilla que todavía en los años ochenta (y en la actualidad también) daba mucho de qué hablar. A decir de Retamar el contexto de aquellos años fue la “chispa que encendió la redacción de *Calibán*” aunque no sólo de esa coyuntura nació el ensayo, sino del “desafío intelectual que nos alzaba la revolución que vivíamos y (y vivimos)”.¹⁹⁶

En ese último punto es necesario detenerse un momento. ¿Cuál era aquel desafío que se alargaba desde el final de la década de los setenta hasta mediados de los ochenta? Parte de esta respuesta tendrá que ver con que *Calibán* era en sí mismo una síntesis de identidad política e intelectual; si Retamar escribió aquel ensayo en pocos días, casi sin dormir y en medio una maraña emocional, es porque en la coyuntura se estaba jugando también una postura en torno al deber intelectual, una concepción de América Latina y de la revolución misma. Para Retamar, en los ochenta la tempestad no había amainado, y era preciso ver erguidos en tierra firme no sólo a Crusoe y Gulliver, a Próspero, Ariel y Calibán, Don Quijote y Fausto, “sino también Sofía y Oliveira, El Coronel Aureliano Buendía y, a mitad de camino entre la historia y el sueño, Marx y Lenin, Bolívar y Martí, Sandino y el Che Guevara”.¹⁹⁷

En este ensayo de 1986, a Retamar le interesa dejar en claro que aquel ensayo de 1971 debería formar parte de la constelación de otros textos suyos en los cuales se puede apreciar que él no concibe a América Latina y el Caribe como comarcas “cortadas del resto del mundo”, sino como partes del mundo que deben ser vistas con el mismo respeto y atención que las demás. Esta concepción, como el propio Retamar lo menciona, tenía puntos de contacto con *Orientalismo*, obra del pensador palestino Edward Said publicada en 1978.

¹⁹⁵ *Op. cit.*, p. 155.

¹⁹⁶ *Op. cit.*, p. 157

¹⁹⁷ *Op. cit.*, p. 159.

En ese sentido valdría mencionar también el ensayo de Fredric Jameson “El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío”, traducido por Esther Pérez, que fue publicado en *Casa de las Américas* en 1985 y en el que se abrían a la discusión innumerables puntos de reflexión cultural que tienen que ver tanto con las ideas planteadas por Retamar, como con las de Said.¹⁹⁸ Fue justo Jameson quien, en 2004, escribiría el prefacio a un compendio de ensayos de Retamar en torno a la metáfora canibalesca surgida en aquel contexto agitado de los años setenta. Jameson dirá que los ensayos de Retamar a propósito de Caliban ponen en juego las relaciones entre la crítica literaria y la política, entre la lengua y el poder. En ellos se meditará sobre el problema del internacionalismo, de un sistema global desigual, pero también de las coordenadas que se tejieron entre un proyecto socialista y una producción cultural “inevitablemente nacional”:

Sin duda Cuba ha sido excepcionalmente exitosa al proyectar sus propias identidades nacionales múltiples (latinoamericana, caribeña, africana, incluso norteamericana) en sus relaciones internacionales culturales y políticas. Fernández Retamar se muestra aquí menos interesado en trazar el mapa de o evaluar tal política, sin embargo, que en señalar las paradojas y dilemas de la dialéctica de la otredad.¹⁹⁹

Ante el imperialismo cultural, Jameson pugnó por la construcción de un internacionalismo literario y cultural que, no ausente de riesgos, cuestionaría profundamente lo que se es partiendo, en primer momento, del reconocimiento del Otro. Siendo así ¿A qué Otros reconocieron los intelectuales latinoamericanos de la época? ¿No será que en estos años costó trabajo relacionarse con lo que radicalmente se presentaba como Otro? La política que pugnaba por la unidad ¿logró reconocerse en las múltiples otredades?

4. En los márgenes de la unanimidad

En la sección Hechos/Ideas de la revista *Casa de las Américas* se publicaron textos de gran valía histórica. Sus autores nacieron en las más diversas

¹⁹⁸ Fredric Jameson, “El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío”, en *Casa de las Américas*, 155-156, op. cit. pp 141-173.

¹⁹⁹ Fredric Jameson, “Prefacio a la edición estadounidense”, en, Roberto Fernández Retamar, *Todo Caliban*, Buenos Aires, Argentina, CLACSO, 2004, p. 14.

latitudes, en su mayoría latinoamericanas, y, a pesar de tener las más variadas trayectorias, entraban dentro de esa “unidad” a la que se refería Armando Hart cuando clausuraba el encuentro de 1985.

Ya se dijo que el pensamiento cubano de esos años no era un bloque monolítico y *Casa de las Américas* es uno de los acervos documentales más ricos para indagar acerca de la diversidad de concepciones sobre lo político, lo social y cultural en el seno de la intelectualidad latinoamericana en general y cubana en particular. Si en esos años se recreaba día a día el mito de la unidad, que muchas veces operaba como unanimidad, como forma de presentarse fuerte ante el enemigo. ¿En dónde estaban los márgenes entre lo unido y lo unánime? Como ya se dijo, existió un desfase entre el pensamiento social cubano y la literatura y las artes. ¿La idea de desfase contendría también la de “retraso”? ¿Qué elementos fundamentales compartían? Convendría detenerse en ciertas ideas plasmadas entonces por algunos de los pensadores cubanos del momento para indagar acerca de sus concepciones sobre lo intelectual, cultural, social y político en el marco del socialismo cubano de los ochenta.

Pongamos sobre la mesa ideas expresadas por cuatro intelectuales vinculados con la política cultural de la época: Roberto Fernández Retamar, Carlos Rafael Rodríguez, Armando Hart y Fernando Martínez Heredia. Sobre Roberto Fernández Retamar ya se delinearon algunos datos biográficos, pero cabría señalar que su papel como director de *Casa de las Américas* implicó el hecho de que él fue una figura imprescindible en las relaciones de Cuba con la intelectualidad del mundo, particularmente la latinoamericana.

Carlos Rafael Rodríguez fue un intelectual disciplinariamente educado en economía. Militó en el Partido Comunista de los años treinta a los cincuenta y ya iniciado el proceso revolucionario se unió al Movimiento 26 de julio. Forjó una amistad con Fidel Castro y fue pieza clave del Buró Político del Partido Comunista; a partir de 1965 será uno de los hombres de Estado claves en las relaciones entre Cuba y la URSS.

Por su parte, Armando Hart era más guevarista que pro soviético y su relación con el Estado desde 1976 fue nada más y nada menos que estar a la cabeza del ministerio dedicado a dirigir la política cultural del Estado.

La trayectoria intelectual de Fernando Martínez Heredia es de las más interesantes del siglo xx. Merecido fue el premio nacional de ciencias sociales que recibió en 2006. Su educación universitaria comenzó con el triunfo de la revolución; fue fundador de *El Caimán Barbudo* en 1966 y en 1967 de *Pensamiento Crítico*, revista que fue desaparecida por la censura de los años setenta.

En los textos que glosaremos de estos cuatro pensadores cubanos se retomarán algunos de los lineamientos que aparecen en las *Palabras a los intelectuales* (explícita o implícitamente); en estos textos publicados en distintas coyunturas de la década de los ochenta, se reflexiona sobre el lugar del intelectual, del artista, del escritor y de la cultura en general dentro del Estado socialista. En cada uno de ellos siempre aparecerá José Martí como un referente ineludible; la trayectoria y obra de Martí siempre fue un horizonte en *Casa de las Américas*, podría hacerse un rastreo de las múltiples formas que tomó la obra de Martí en la lectura de aquel presente latinoamericano.

En “Sobre nuestra política cultural socialista”,²⁰⁰ Hart sostenía que la política cultural tenía que cobrar una mayor importancia, en la medida en que estaban elevándose los niveles educativos cubanos, al tiempo que crecían las capas de intelectuales. Por política cultural entendía “la participación activa y creadora del pueblo, tanto en la elaboración de esa política como en la creatividad artística”.²⁰¹

A la influencia de la “industria cultural burguesa” Hart oponía una política cultural socialista que tuviese una raíz popular y se proyectara internacionalmente. Hart concebía la cultura como expresión de la ideología, y por lo tanto, si no asumía su carácter socialista, podría servir al desarrollo del diversionismo ideológico. Más allá de las propuestas de gestión cultural que enuncia Hart en este documento en que tiene la intención expositiva de un hombre de Estado, es interesante anotar la concepción sobre lo cultural explicitada en cada una de las propuestas, las cuales estarían expresamente ancladas en las *Palabras a los intelectuales* de Fidel Castro.

²⁰⁰ Armando Hart Dávalos, “Notas sobre nuestra política cultural socialista”, *Casa de las Américas*, núm. 141, noviembre-diciembre de 1983, pp. 15-27.

²⁰¹ *Op. cit.*, p. 15.

Lo democrático en la política cultural socialista consistía, para Hart, no sólo en la libertad creadora del intelectual sino en la de toda la población. Así, Hart entraba en un debate importante en la época, sobre la cultura popular, y del que resuelve lo siguiente:

un divorcio del arte popular y creado por los talentos populares sería extraordinariamente dañino para cualquier país. Precisamente este divorcio se observa en las aberraciones culturales de las sociedades burguesas desarrolladas. En las condiciones del socialismo, tal divorcio puede conducir a diversos tipos de deformaciones.

Por lo tanto, Hart propone como un reto articular tanto el talento individual como la creación inmediata y directa del pueblo. Bajo esta premisa, ¿cuál es la relación que ve Hart entre el arte y la sociedad? Aquí propone que si los estudios marxistas-leninistas tienen una visión que se basa en una práctica política concreta, el lenguaje artístico se situaría en función de la información objetiva de la realidad o el imperialismo lo haría de una forma que conviniese a sus intereses. Así, las ideas revolucionarias “elaboradas por quienes tengan pericia en el lenguaje, capacidad de persuasión, facilidad para presentar imágenes interesantes y atractivas, reflejarán la vida real de una sociedad de una manera más profunda y asequible”. Por el contrario, si se expresaran no literariamente, esquemáticas, sin sensibilidad o imaginación, tendrían mucha menor eficacia ideológica. Cabe mencionar que Hart concibe que la sociedad socialista se construye de manera consciente.

Hart hace eco de ideas de Engels y de Marx según quienes no existiría una relación matemáticamente exacta entre el arte y los factores económicos sociales e históricos; sin embargo, lo esencial, lo que en última instancia condiciona el movimiento artístico es el desarrollo económico, social y cultural de la sociedad, por lo que habría que estudiar todas las relaciones imbricadas en el arte como proceso de generación y transmisión de conocimiento. La tarea de un Estado socialista consistiría no en establecer normas para determinar administrativamente las formas artísticas, sino en establecer las formas y procedimientos que faciliten la comunicación entre la sociedad y el movimiento artístico generado dentro de ella. Quien dirige las instituciones del Estado no puede ser un árbitro entre la sociedad y las formas artísticas, sino permitir que se establezca una relación basada en la confianza mutua.

El dirigente estatal no describiría los métodos de creación artística sino los de la acción política, los cuales en Cuba aspirarían a reflejar el socialismo. Los artistas tendrían que desarrollar una ideología comunista, al tiempo que elevasen la cultura general, ampliaran los conocimientos propios del arte y mantuvieran una relación sana y profunda con el resto del pueblo.

Desde el inicio de la revolución cubana, los premios en el ámbito de la cultura fueron un elemento importante y un estudio minucioso sobre las relaciones políticas y culturales vinculadas con los nombres propios de los premiados podría abonar al estudio del campo cultural cubano y latinoamericano, principalmente. En este texto, Hart asume que al Ministerio de Cultura le está conferida la tarea de llevar a cabo una política de “estímulos y premiaciones a los mejores talentos”. El caso Padilla es un ejemplo de la complejidad que se tejía tras bambalinas a la hora de entregar tal o cual premio. En la época del Quinquenio gris pesaban más los criterios eminentemente políticos que los artísticos al momento de decidir quién sería el premiado.

El alto nivel estético del arte supone, para Hart, una relación profunda entre el arte y la realidad social. Una cosa sería la investigación o el acercamiento del artista a la realidad y la otra sería la valoración que el artista hace de ella.

el artista asume la realidad y, de acuerdo con su cultura y sus ideas, la selecciona. En esta selección hay un presupuesto ideológico. Y en la medida en que el artista toma más conciencia y profundidad de la realidad, lleva a cabo una selección más rigurosa del mundo objetivo, ya sea social o natural, y adquiere mayor profundidad y fuerza en su expresión artística. Desde luego, a partir del talento individual.

Es por ello que lo que se buscaría en el socialismo es la participación amplia del artista en la vida social, así como la consideración de su hacer como un componente sustancial de ésta, decía el Ministro de Cultura.

¿En qué contexto escribió Hart estas líneas? Durante marzo de 1983 Armando Hart realizó una gira en Europa como Ministro de Cultura; en su recorrido no faltaron las preguntas e inquietudes de diversos periodistas y hombres de Estado que lo cuestionaron sobre cuál sería el papel de la cultura en una sociedad socialista. Este texto, publicado originalmente en la revista

Cuba Socialista en el mes de noviembre de 1983, recoge muchas de las inquietudes surgidas en aquel viaje. En una interesante entrevista realizada por Luis Báez, quien fuera uno de sus acompañantes durante la gira institucional por Europa, Hart fue cuestionado por el papel que tendrían que cumplir los intelectuales en el contexto de la época. En la respuesta Hart se fue inmediatamente a lo que debían hacer los intelectuales europeos para frenar la carrera armamentista, en algún momento de la argumentación habló también de los estadounidenses, sin embargo terminó la respuesta con un espíritu menos localista, incluso traspasando las fronteras de la misma pregunta y proponiendo otra: ¿Estará la humanidad preparada para enfrentar el desafío de su propia supervivencia? Esto es lo que no pueden dejar de preguntarse los hombres y mujeres conscientes de todo el mundo, empezando por los intelectuales.²⁰²

En el mismo número y sección en los que Hart planteaba estas reflexiones, Roberto Fernández Retamar hacía también ciertas consideraciones sobre la cultura a propósito de la inauguración de un curso en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de la Habana.²⁰³ Para ello propone una vuelta al pensamiento martiano, sobre el cual dirá que no hubo en él como tampoco en el de los fundadores del materialismo dialéctico e histórico una teoría explícita sobre la cultura. Sin embargo, en ellos se pueden rastrear reflexiones útiles al problema sobre el tema, dice Retamar. Vale la pena detenerse no sólo en los argumentos vertidos por el director de la revista *Casa de las Américas*, sino en la forma en la que fue tejiendo un argumento con otro, hay sutilezas que en el contexto resultan interesantes.

Lo primero que habría que señalar es que el texto fue pensado para leerse en voz alta durante los cincuenta minutos que duraría la cátedra inaugural, el público fue conformado principalmente por estudiantes universitarios a los cuales Retamar honró con una serie de reflexiones sobre Martí, la cultura y la universidad en el socialismo.

La tradición marxista será mencionada al iniciar su discurso, sin embargo, y dado que para Retamar la obra y trayectoria de Martí eran tan

²⁰² Armando Hart Dávalos, *Cambiar las reglas del juego*. Entrevista con Luis Báez. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1986, P. 73.

²⁰³ Roberto Fernández Retamar, "Algunas consideraciones sobre la cultura en las que interviene entre otros José Martí", *Casa de las Américas*, núm. 141, *op. cit.*, pp. 42-51.

desconocidas, como malinterpretadas o incluso usadas en contra de los intereses de la Revolución cubana,²⁰⁴ dedicó la conferencia magistral a bordar algunas ideas que abonaran en el conocimiento de la obra martiana.

En uno de los escasos párrafos en donde Martí utiliza la palabra “cultura”, asimila el talento con la obligación de servir al mundo. La cultura no sería de nadie por entero ni se podría disponer de ella si no fuese principalmente para forjar el bien de la patria y de la humanidad. Retamar ve en esta idea martiana no un carácter consumidor de la cultura sino productor, creador.

Dado que la obra martiana se concibe como un referente de la cultura de “Nuestra América”(este concepto, por ejemplo, fue central en los encuentros de intelectuales anteriormente citados), para el director de *Casa de las Américas* fue importante tejer un hilo que permitiera ligar una idea de Lenin de 1913 sobre la cultura nacional con la postura martiana que distinguía “los dos rostros de los Estados Unidos”, las dos patrias, una de Lincoln y otra de Cutting.²⁰⁵ En esa idea de Lenin se rebatían las ideas de la existencia de una cultura nacional entendida como un bloque homogéneo, pues para el pensador ruso en cada cultura nacional existen elementos de cultura democrática y socialista, aunque no estén desarrollados, que conviven con una cultura burguesa que se presenta como dominante.

Después, Lenin planteó, en oposición a los que pretendían que la nueva cultura tendría que nacer de cero o no podría nacer de algo ajeno a las masas explotadas, que la cultura proletaria sólo se crearía “conociendo con precisión la cultura que ha creado la humanidad en todo su desarrollo y transformándola [...] la cultura proletaria no surge de fuente desconocida, no es una invención de los que se llaman especialistas en cultura proletaria”. La nueva cultura tendría que nacer desarrollando el acervo de conocimientos conquistados por la humanidad, incluyendo aquellos nacidos en la sociedad capitalista, terrateniente y burocrática. Retamar seguirá su argumentación con una cita más de Lenin en la que se decía que el marxismo conquistó su significado universal como ideología del proletariado gracias a que no rechazó las “más

²⁰⁴ En 1983 se fundó Radio Martí por el gobierno de Ronald Reagan como parte de la política cultural intervencionista de Estados Unidos.

²⁰⁵ *Op. cit.*, p. 45.

valiosas conquistas de la época burguesa”. Todos estos argumentos utilizarán para enlazar las ideas dichas por Martín unos años antes que Lenin, poniendo a ambos en la misma sintonía, pero ahondando en las ideas martianas sobre la especificidad de aquello que llamará Nuestra América.

Estas reflexiones se dirigirían no sólo a aquellos que utilizaban el nombre de Martí para atacar a la revolución cubana sino a aquellos que lo habrían utilizado pobre y malamente, con pretensiones revolucionarias, ya que en el Quinquenio gris la política cultural fue regida por algunos funcionarios que se creyeron “especialistas en cultura proletaria”.

Todas estas reflexiones no estarían ajenas a la idea de universidad que se buscaba construir en el socialismo. La universidad socialista en Cuba tendría que nutrirse de sus más diversas herencias.

Retamar terminó su conferencia con una idea de Pedro Henríquez Ureña que decía que “el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura: es superior el hombre apasionado de justicia al que sólo aspira a su propia perfección intelectual”. De Brecht citaba aquella frase que dice “¡no hablemos sólo para la cultura! ¡Apiadémonos de la cultura, pero apiadémonos de los hombres! La cultura está salvada si los hombres están salvados”.

Esta ponencia se dirigía principalmente al Nosotros y no al enemigo, justo en un momento en el que se pretendía que la universidad retomara un camino revolucionario, el cual había sido golpeado durante el Quinquenio gris.

Cinco años después, en 1988, Carlos Rafael Rodríguez publicó “A la cultura por la revolución”,²⁰⁶ la cual fue su participación en el IV Congreso de la UNEAC, y en la que se percibió con mayor claridad un ánimo crítico que contrastaba con la cerrazón de años anteriores. En el discurso de Carlos Rafael Rodríguez aparecen Martí y el Che como los mejores y más acabados referentes intelectuales plenos.

Aparece también Gramsci con el concepto de *intelectual orgánico*, “a los que denominó con sagacidad servidores de la superestructura”²⁰⁷ y que despertaría una cierta desconfianza de inicio que sería necesario vencer. Este dato no tendrá poca valía en cuanto a la historia de las ideas en Cuba.

²⁰⁶ Carlos Rafael Rodríguez “A la cultura por la revolución”, en *Casa de las Américas*, núm. 168, mayo-junio 1988, pp. 121-126.

²⁰⁷ *Ibidem*, p. 122.

Recordemos que, durante los años duros de hegemonía del pensamiento dogmático proveniente de la URSS, las referencias a Gramsci no eran vistas por algunos con tan buenos ojos como las de Lenin, Marx o alguno de los teóricos del realismo socialista. La lectura de Gramsci había sido muy importante en los años sesenta, “particularmente en lo relacionado con el papel de los intelectuales en la revolución, la apreciación de la literatura nacional, la crítica profunda y puntual de la cultura burguesa, y del marxismo de manual”.²⁰⁸

Rodríguez, al igual que Hart en aquel texto de 1983, pensaba que ni los intelectuales, ni el Partido podrían convertirse en un “reservorio crítico de la sociedad”, sería la sociedad quien primero debería ejercer el derecho a la crítica; el partido podría funcionar como guía política e ideológica que respetase la voluntad crítica de los pueblos. Por su parte, los artistas y escritores se acercarían más a ser una especie de “testigos de la verdad”. Refiriéndose a las ideas de Lenin sobre el “señoritismo intelectual” que haría creer que los intelectuales son superiores a los iletrados, dirá que en Cuba poco a poco se había ido venciendo la separación entre los protagonistas de la cultura y otros trabajadores

Rodríguez asume que hubo “malos momentos” en la cultura cubana porque se cayó en el error de pensar que sólo podrían haber discursos apologéticos y moralizantes que carecieran de búsquedas y problematizaciones. “La Revolución a que se llama a servir al escritor y al artista no es una vía acotada en la que caben sólo apologistas y acólitos”, decía Rodríguez como idea que sirvió de *punte* para recordar las *Palabras a los intelectuales*, aquel discurso de Fidel, pronunciado en 1961 del que muchos sólo tienen referencia por una sola frase que desde que fue enunciada ha sido descontextualizada la mayoría de las veces: Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución nada.

Esta frase formó parte de una argumentación más compleja en la que Fidel Castro ponía sobre la mesa algunos de los puntos sobre la cultura que se estaban discutiendo en esos años de efervescencia revolucionaria. A pesar de la multiplicidad de temas, es importante resaltar que todo llevaba a la Revolución como punto de partida y de llegada de cualquier argumento.

²⁰⁸ Rafael Hernández, *op. cit.*, p.14.

Y la Revolución tiene que tener una política para esa parte del pueblo, la Revolución tiene que tener una actitud para esa parte de los intelectuales y de los escritores. La Revolución tiene que comprender esa realidad, y por lo tanto debe actuar de manera que todo ese sector de los artistas y de los intelectuales que no sean genuinamente revolucionarios, encuentren que dentro de la Revolución tienen un campo para trabajar y para crear; y que su espíritu creador, aun cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tiene oportunidad y tiene libertad para expresarse. Es decir, dentro de la Revolución.

Esto significa que dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución nada, porque la Revolución tiene también sus derechos; y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir.²⁰⁹

La frase popularizada y difundida terminó por empobrecer el discurso original el cual, anota Rodríguez, decía claramente que la Revolución debería aspirar a que todo el que tuviese dudas se convirtiera en revolucionario, la separación tajante se hizo con aquellos que fuesen “incorregiblemente” contrarrevolucionarios.

Es notorio que tanto para Retamar como para Rodríguez fue importante recordar los contextos originales en los que se publicaron textos o pronunciaron discursos. Los ochenta fueron una época de relectura sobre el pasado reciente en la cual se hizo necesario acotar, comentar, recalcar y defender aquellos principios ligados a la efervescencia creativa de los años sesenta, al tiempo que se diferenciaban de los años grises de los setenta. Se trataría, decía Rodríguez, de pensar que “los que no están contra nosotros están con nosotros”, que la Revolución sólo sería posible si se transitaba en y con la diversidad.

En ese sentido, Rodríguez diferenció el proceso “educacional” cubano, del cultural. Si la cultura es una forma de vida, en el socialismo se debía aspirar a llevar en todos los ámbitos de la vida formas acordes con él, lo cual no se había cumplido. El discurso de Fidel trazó un camino que no siempre se puso en práctica. Una especie de urgencia es notoria en aquellas palabras pronunciadas en la inauguración del congreso, era una urgencia que culpabilizó la inmovilidad.

Nadie tiene derecho a esperar. A cada uno le toca lo suyo. El Partido orienta, pero la UNEAC y sus miembros tienen su órbita propia, y la inercia los hará

²⁰⁹ Fidel Castro, “Palabras a los intelectuales”, Ministerio de Cultura de la República de Cuba, disponible en: <http://www.min.cult.cu/loader.php?sec=historia&cont=palabrasalosintelectuales>, (fecha de consulta: 7 de diciembre 2010)

culpables. No es momento de querellas, sino de conjunciones, pero si hay inmovilidad oficial, las armas de la crítica están allí para usarlas. La Revolución, que condena la pelea innecesaria, ha respaldado siempre la pelea justa, lo que rechaza es la quietud pesimista.²¹⁰

La argumentación de Rodríguez terminó señalando la urgencia de darle mayores espacios a la juventud en estructuras que estaban envejeciendo y cuyo origen se explicaba no por la desconfianza o la inmadurez, sino por una falta de perspectiva. En el punto final de este discurso se decía que en la Revolución sería más peligroso el dogmatismo y la intolerancia, que el liberalismo o la complacencia. El dogmatismo cerraría el camino hacia el socialismo. Por supuesto unas serán las palabras y discursos y otras las prácticas, no es que se guardara una completa asincronía entre el discurso y la práctica (aunque sí existieron casos), sino que los cambios y la apertura de pensamiento se daban de manera desigual. Sin embargo ya para 1988 era innegable que institucionalmente se respaldó la inclusión de jóvenes que defendían el socialismo con esquemas distinguibles a los que hegemonizaron las normas de los años setenta.

Estas palabras de Rodríguez explican el contexto en el que llegó Abel Prieto a dirigir la UNEAC siendo éste último parte de la generación que había recibido parte de la educación básica dentro de la Revolución. El entonces joven y recién estrenado funcionario dijo en una entrevista con el redactor de *Casa de las Américas*, Arturo Arango, que a la cultura cubana le faltaba “onda”, movimiento, no se había sabido cómo vestirla en concordancia con su densidad, belleza y fuerza.

La cultura nuestra, en la intimidad, discute poco, monologa en exceso, tiende al eufemismo y a la palmada en el hombro, y su presencia en el extranjero necesita dinamismo, creatividad, agilidad.²¹¹

La llegada de Abel Prieto puede entenderse como el inicio de una nueva etapa en la administración de la cultura, pero también como un logro conseguido después de muchos años en los que pensadores y creadores estuvieron resistiendo a la censura y al dogmatismo. Durante los ochenta, el cine, la danza, el teatro, la pintura, la fotografía, etc., fueron espacios de recreación

²¹⁰ Carlos Rafael Rodríguez, *op. cit.*, p. 125.

²¹¹ Arturo Arango “Abel E. Prieto: “Anímate y pon eso en un plan de trabajo”, en *Casa de las Américas*, núm. 168, mayo-junio de 1988, p. 132. Después de dirigir la UNEAC, Abel Prieto pasó a dirigir el Ministerio de Cultura de Cuba en 1997, cargo en el que estuvo hasta marzo de 2012.

cultural en los que se expresó la politicidad de un tiempo en el que abigarradamente convivían los deseos futuros y las potencialidades y vicios del pasado.

En el caso particular de *Casa de las Américas*, fueron la literatura y las artes plásticas las expresiones a las que mayor resonancia se les dio. Si se trata de rastrear las visiones que se tenían sobre lo que debía ser y hacer un intelectual, se verá que, dados los coletazos del Quinquenio gris, será no en el pensamiento social donde más claramente se reflejen los cambios, sino en otras expresiones, como la plástica y la literatura. Esta tendencia comenzó a cambiar con el Periodo de Rectificación entendido en su sentido más amplio y no sólo como un plan de reajuste económico.

Durante el periodo de mayor censura proveniente de “fuego amigo”, no todos se alinearon a los dogmas empobrecedores; incluso el hecho de mantenerse resistiendo con la revolución cubana les permitió después la posibilidad de ejercer una crítica con potencialidades inusitadas, aún para el presente.

Ejemplo de ello es el valioso ensayo de Fernando Martínez Heredia de 1990, titulado “Transición socialista y cultura: problemas actuales”, y el cual fue publicado en el número 178 de *Casa de las Américas*, precedido por otros dos textos de similar valía histórica, uno de Adolfo Sánchez Vázquez, titulado “El marxismo en América Latina”, y otro de José Luis Acanda titulado “¿Existe una crisis en el marxismo?”, en el cual, después del derrumbe del campo socialista se concluía que lo que estaba en crisis era la caricatura objetivista del marxismo, y que habría que devolverle al marxismo la posibilidad de ser una teoría que expresa su objeto de estudio en términos de relaciones, que sus significados se desarrollan en conjunto con los objetos a los que éstos significan. “Son conceptos abiertos como la propia realidad de la que deben dar cuenta”.²¹²

Para Fernando Martínez Heredia, el imperialismo en aquel inicio de década desplegaba las paradojas que encierra; agresividad y atractivo, paz y guerra económica, sostenidas con un poder financiero y tecnológico, mientras la mayoría de la humanidad vive en la miseria. Bajo ese contexto, a Martínez

²¹² José Luis Acanda “¿Existe una crisis en el marxismo?”, *Casa de las Américas*, núm. 178, enero-febrero de 1990, p. 21.

Heredia le preocupará, en ese contexto de transición, preguntarse por las coordenadas del socialismo. Este ensayo se ubica en los debates sobre el Proceso de rectificación y quizá fue la de Martínez Heredia una de las plumas que mejor plasmaron aquel contexto de transición.

La transición al socialismo supondría un cambio social total en sus instituciones y en las relaciones sociales, en la toma y el ejercicio del poder, la apropiación de los medios de producción, la implantación de la justicia social son formas descriptivas para explicar el régimen, pero en sí mismas no explicarían lo esencial del régimen socialista. En aquel entonces ya apuntaba algo sobre lo que hoy en día se tiene más claridad, y es que en Cuba persistieron relaciones mercantiles basadas en el lucro. "El subdesarrollo social tiende a producir un socialismo subdesarrollado, el mercantilismo un socialismo mercantilizado; las combinaciones de ambos son capaces de producir frutos peores".²¹³

El socialismo sería un proyecto revolucionario que llevaría a la sociedad no a adecuarse a las condiciones existentes sino a sobreponerse a ellas, para trastocar profundamente las relaciones sociales existentes. Para ello, siempre tendría que ser radical, y no asumirse como un proyecto utópico "para mañana mismo", sino como la forma voluntaria y consciente de organizarse colectiva e individualmente con el fin de modificar las relaciones.

Contrario a los que optan por la opción utopista, voluntarista e idealista, Heredia piensa que la organización socialista es una acción consciente y organizada, en el poder, que desata sus propias fuerzas para transformarse a sí mismas junto a sus circunstancias. "Es el destino más alto de las vanguardias que van preparando su desaparición futura como tales". Es en este punto que será importante detenerse en la argumentación de Martínez Heredia, porque les presentaba a los constructores del socialismo la posibilidad de ser sujetos históricos, de que el socialismo no fuese dogma ni "deber ser", sino posibilidad constante de transformación.

Por ejemplo, sería la Revolución, su lucha y resistencia, la que sostendría el funcionamiento de las instituciones y la organización social revolucionaria. No solamente el consenso será importante para entender la

²¹³ Fernando Martínez Heredia, "Transición socialista y cultura: problemas actuales" *Casa de las Américas*, núm. 178, *op. cit.*, p. 23.

pervivencia del proyecto cubano, sino la acción, la práctica. Esto será medular porque pondrá el tema de la unidad de los cubanos no en el mero terreno de la unanimidad del pensamiento, sino en el de las formas que fue tomando la lucha por el socialismo.

El Proceso de rectificación de aquellos años tendría que “superar” el impacto que tuvo la dogmatización, el seguidismo y el acallamiento de la confrontación de criterios diferentes. No sería éste un reclamo académico, puesto que en esa coyuntura Heredia veía urgente la enunciación teórica del mundo que se quería.

El socialismo no es sólo ideal, motivación y entrega; es teoría también, que trata de prefigurar, de intuir, de planear, prever, aprovechar los elementos que sean favorables a nuestro objetivo. Abandonar hoy la teoría a favor de un mezquino pragmatismo sería tan desastroso como fue la teoría tendiente a servir de adorno, convencionalismo o iglesia que estuvo rigiendo, aunque la reacción a ésta influya en un menosprecio erróneo a toda teoría.

Y sería mucho menos perdonable, porque la teoría dogmatizada cumplía funciones precisas; la transición socialista necesita la teoría también, para avanzar.

Contrario a muchos discursos acrílicos sobre la educación cubana, Heredia dirá que la historia de Cuba tiene un potencial revolucionario indiscutible. Por lo que es lamentable que una generación de cubanos que en aquel 1990 entraba a la política conozca la historia de su patria de manera mutilada.

Acerca del debate sobre la cultura, Heredia dirá que la cultura socialista incidirá en el mundo y en el tiempo del trabajo, la cultura no podrá ser vista, como en sociedades capitalistas, como un estanco aparte. De la misma forma que el trabajo intelectual tendría que superar la fragmentación que lo aleja de otros campos de conocimiento, Heredia habla precisamente de trabajo intelectual, no de intelectuales.

Las funciones del trabajo intelectual se modificarían con el curso de la transición socialista; serían cualitativamente diferentes, e incluso más importantes que las que tiene en el capitalismo. Compartiría con otros trabajos la lucha por cumplir los objetivos cercanos y por identificar y mantener el rumbo hacia los caminos más radicales, y por siempre formar seres humanos e instituciones nuevas. Así, el trabajo intelectual tendría que contribuir a la crítica en aquel contexto. Una crítica “desde dentro” que implicaría un compromiso total del individuo con la lucha y con el proyecto social. Terminaba también con

José Martí, recordando aquella cita en la que decía “la razón, si quiere ser respetada, ha de montar en la caballería”, a lo que Heredia agregaba que desde los tiempos de Martí hasta aquel 1990 se había avanzado tanto que sería preciso montar de otro modo.

5. “Literaturiza la revista”

Si para resistir a los embates y conflictos internos que provocó la dogmatización de la producción cultural *Casa de las Américas* eligió como camino la “literaturización” de la presencia cubana en sus páginas, si se pensó que para sobrevivir era preferible publicar literatura cubana y de otras latitudes en lugar de textos críticos de otra naturaleza que no fueran los que tributaban a los discursos oficiales, entonces ello encierra una paradoja que, a la luz de los años, refleja una gran potencia para indagar acerca del pensamiento y la cultura en un momento de la Revolución que no ha sido atendido con la rigurosidad e importancia que merece. La época de los sesenta ha oscurecido momentos de la historia cubana que hoy pueden ser un gran recaudo de experiencia histórica para pensar, por ejemplo, experiencias de resistencia en una isla con prácticas socialistas contradictorias, rodeada de un mar capitalista, asediante y amenazante.

La literatura cubana publicada en los ochenta en la revista *Casa de las Américas* mostró, con una sensibilidad particular, un mosaico de expresiones sociales contradictorias pero que encontraron una sintonía común en la defensa de la revolución. Fue una literatura en la que se cuestionaron ciertos parámetros impuestos, lo cual permitió que se abrieran nuevas posibilidades creativas e interpretativas.

Si se buscó evadir el abordaje sobre la política y la cultura cubana desde las ciencias sociales para acallar al conflicto, la literatura gritó aquello que se quiso silenciar. Desde algunas creaciones literarias se percibe una concepción de la Revolución Cubana que la defendía no desde la parametrización de sus prácticas, sino desde el derecho de sus participantes a recrearla incesantemente.

Las siguientes líneas buscan pensar la presencia de la literatura cubana en *Casa de las Américas* como un indicio para cuestionarnos acerca de las formas en que se expresó el conflicto y el cambio en sus páginas. *Casa de las Américas* fue una revista de alcances continentales, sus ejemplares llegaban a lugares recónditos no sólo de América Latina sino del mundo. En sus páginas abundan producciones literarias de una diversidad inconmensurable. En la inmensidad también llegaron a perderse las particularidades, los gerundios y las fronteras. Con el pasar de los años hay que volver a ver el detalle, lo pequeño, no para reafirmar la diferencia inconexa, sino para que el caudaloso río de lo común encuentre fuerza también en los ríos profundos, invisibles. Del caudaloso río de nombres propios publicados en *Casa de las Américas*, se eligió decantar el de algunos autores cubanos cuya presencia en la revista da cuenta de una visión de la Revolución cubana que ha sido acallada por las visiones hegemónicas bipolares.

En 2007 se comenzó a discutir con mayor ahínco el tema de la política cultural cubana en la Revolución, debido a las reacciones provocadas por la aparición televisiva de uno de los gestores de la censura de los años setenta. En ese mismo año se estrenará en La Habana la obra de teatro *Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat.

Fuera de Juego, de Heberto Padilla, y *Los siete contra Tebas* ganaron en 1968 dos de los premios literarios anuales que ofrecía la UNEAC, el primero en poesía y el segundo en teatro. Ambos libros fueron impresos e incluso distribuidos en algunas librerías, de las que no tardaron mucho en ser retirados. Junto a las obras se publicó una declaración de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba en donde se le advertía al lector que la dirección de la institución rechazaba el contenido ideológico de estas dos obras premiadas por considerarlas ideológicamente contrarias a la Revolución.²¹⁴

Durante los setenta, Antón Arrufat fue uno de los autores enviados al ostracismo. Volvió a publicar quince años después de haber sido uno de los escritores “parametrados” por las instituciones culturales. Al no cumplir con los parámetros institucionales, además de ser homosexual, Antón Arrufat fue enviado a clasificar libros en una pequeña biblioteca. En *Casa de las Américas*,

²¹⁴ Antón Arrufat, *Los siete contra Tebas*, Ediciones Unión, La Habana, Cuba, 1968.

de la cual había sido jefe de redacción en sus primeros años, publicó en 1988 en un ejemplar en el que se les dio centralidad a once escritores cubanos. En un fragmento de uno de los poemas publicados decía:

*...me quedé pensando en el amor verdadero,
plagado de miedo a la impotencia,
de podré o no podré ser el amante
perfecto, entre temblores y súplicas,
la vida de mi sexo
tan falaz y tan trágica.
Me quedé pensando
en las complicaciones perennes
de las que hay que huir, como el jabalí
de la lanza que lo mata.*

Las lanzas de las que tendría que huir después de la década de los años noventa serán distintas, puesto que Antón Arrufat es hoy en día uno de los escritores más reconocidos, tanto en Cuba como en otras partes del mundo. En el año 2000 Antón Arrufat fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura y el Premio Alejo Carpentier. Ceremoniosos, como son los cubanos, Antón Arrufat publicaría en *Casa de las Américas* en mayo de 1990 unas palabras leídas en 1988 a propósito la entrega del Premio *Casa de las Américas* a la novela *Jonás y la ballena rosada* de José W. Montes. El pie del texto dice literalmente que aquellas palabras fueron “recordadas (¿rescatadas?) por su autor”.²¹⁵ De las metáforas usadas por José W. Montes, Arrufat resalta aquella en donde el personaje “cansado de la inmovible verdad histórica”, hace explícito su deseo porque la historia pueda ser de otro modo. Si alguna característica puede ser común a varios de los poemas, fragmentos de novelas o cuentos publicados por *Casa de las Américas* en la década de los ochenta es la necesidad de construir sujetos históricos, de otorgarle al sujeto el derecho de ser constructor de su propio futuro.

Cercano a Antón Arrufat fue Pablo Armando Fernández. Ambos formaron parte del grupo Lunes de revolución en el que también estaba Guillermo Cabrera Infante y del cual varios de sus integrantes saldrían de Cuba a los pocos años del triunfo de la Revolución. También compartirá con él la

²¹⁵ Antón Arrufat “Con cohetes y voladores”, en *Casa de las Américas*, núm. 180, mayo-junio de 1990, p. 127.

hazaña de editar la revista *Casa de las Américas* en sus primeros años.²¹⁶ Pablo Armando Fernández, publicó en la revista cubana su célebre poema “En tren hacia el poeta”, en el que magistralmente se expone una visión sobre otro de los temas que desde el triunfo revolucionario estará presente en Cuba: la historia de los que se van, los que se quedan, los que quieren volver; los que añoran; los que maldicen; la insularidad real avivada por la bipolaridad; los que hacen del verbo viajar una acción siempre anhelante.

*Estás en Londres caminando
entre la multitud vertiginosa, recuerdas
que para siempre pierdes tu casa de la Calle Heredia (...).
Te has perdido reconstruyendo como un loco
El camino a tu casa de la calle Heredia.
No supiste proveerte de piedrecillas blancas
o migajas de pan resplandecientes,
para emprender el viaje de regreso.*²¹⁷

Uno de los que salieron de Cuba y no emprendieron el regreso fue Guillermo Cabrera Infante, quien, ya radicado en el extranjero, publicó la novela *Tres Tristes Tigres* que en 1964 ganaría el premio Seix Barral. Una de las novelas con las que compitió la célebre obra de Cabrera Infante fue *Pasión de Urbino* de Lisandro Otero.²¹⁸ En 1967, *El Caimán Barbudo* publicó las opiniones de tres escritores pertenecientes a diferentes generaciones en torno a la novela de Otero, quien en ese entonces era vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura. Los autores de aquellas opiniones fueron Heberto Padilla, Luis Rogelio Noguera y Óscar Hurtado.²¹⁹ Será la opinión de Padilla la que cause tal polémica y revuelo que, cuando el “caso Padilla” esté en pleno auge a inicios de la década del setenta, se considerará aquella opinión sobre *Pasión de Urbino* como uno de los antecedentes de los largos conflictos que desembocarían en su exilio en el año el año 1980.

²¹⁶ Liliana Martínez Pérez, *Los hijos de Saturno*, op. cit., p. 34.

²¹⁷ Pablo Armando Fernández, *En tren hacia el poeta*, en *Casa de las Américas*, núm. 135, noviembre-diciembre de 1982, 106-107.

²¹⁸ Sobre la trayectoria de Guillermo Cabrera Infante en Cuba véase: Elizabet Mirabal, Carlos Velazco, *Sobre los pasos del cronista (El quehacer intelectual de Guillermo Cabrera Infante en Cuba hasta 1965)*, Ediciones Unión, La Habana, Cuba, 2010.

²¹⁹ *El Caimán Barbudo*, núm. 15, 1967.

Padilla reclamó que se le diera mayor difusión e importancia a la novela de Otero, mientras no se hacía mención a la de Guillermo Cabrera Infante, *Tres tristes tigres*, la cual fue valorada por Padilla como superior a la Otero.

Lisandro Otero será uno de los autores cubanos publicados en el número 171 (noviembre-diciembre de 1988) de *Casa de las Américas* en el que la sección "Letras" dedicó íntegramente sus páginas a la literatura cubana. Lisandro Otero compartirá el espacio de aquella revista con Eliseo Diego, Pablo Armando Fernández, Miguel Barnet, Antón Arrufat, Senel Paz, Reinaldo Montero, Reina María Rodríguez, Alex Fleites, León de la Hoz y Roberto Fernández Retamar. Este número será ejemplo de la heterogeneidad del campo cultural cubano que se daba cita en *Casa de las Américas*, una pluralidad mucho más rica que la que se difundía en otras instituciones, por ejemplo las encargadas de administrar los tiempos y contenidos en la radio y la televisión.

Miguel Barnet, por ejemplo, ha sido un escritor que despierta las más encontradas posiciones en torno a su obra; incluso *El caimán Barbudo* ha publicado textos sobre él no exentos de sarcasmo.

En *Casa de las Américas* se publicaron autores imprescindibles de la literatura cubana. José Lezama Lima merecerá tanto la publicación de algunos textos, como de varios ensayos en torno a su obra. El propio director de la revista será de los que mejor valoren las creaciones del escritor de *Paradiso*, novela que en su momento fue calificada por gestores de la política cultural cubana como "pornográfica". Un texto escrito por Lezama en 1971 a propósito de la obra de Fayad Jamís y otro escrito en 1968 que versaba sobre Ernesto Che Guevara, fueron republicados por *Casa de las Américas* en esta década. Fue una política de la revista rescatar textos del pasado que pudiesen arrojar ciertas luces sobre el presente y el futuro; publicar, por ejemplo, a Lezama, era una postura en torno a las políticas de censura del pasado reciente.

En 2010 Retamar dictó una conferencia a propósito del centenario del nacimiento de Lezama Lima. En ella retomó algunas concepciones de Lezama para profundizar en el concepto de calibanización de la cultura. También hizo una breve mención al periodo más duro de cerrazón y empobrecimiento cultural.

A partir de 1971 comenzó lo que Ambrosio Fornet llamó el 'Quinquenio Gris' y, más allá de una u otra denominación, supuso un torpísimo estrechamiento de la vida intelectual cubana. Cuando, paradójicamente, sus obras conocían una amplia repercusión internacional, Lezama fue uno de los afectados, entre quienes se encontraron no pocos de nuestros escritores, pensadores y artistas valiosos, cuya reivindicación se iniciaría en la segunda mitad de la década del setenta.²²⁰

José Rodríguez Feo y Lezama Lima dirigieron la revista *Orígenes* durante sus 42 números de existencia. Dentro del grupo que le dio vida a *Orígenes* estuvieron Fina García Marruz y Cintio Vitier. Ambas plumas, sobre todo la de él, estarán presentes a lo largo de la década de los ochenta en la revista *Casa de las Américas*.

En una entrevista realizada a Cintio Vitier por la revista *Albur*, la cual estaba hecha por estudiantes Del Instituto Superior de Arte, y que sería republicada por *Casa de las Américas* en 1989, se le preguntó al escritor su opinión sobre el proceso de rectificación que se vivía en el país. La frase de respuesta de Vitier contrastó con otras concepciones sobre la cultura en donde se mezclaban los lineamientos institucionales con la práctica artística.

La cultura es, en cuanto a creación, una permanente rectificación. Ahora bien, la política cultural la hacen los dirigentes. Los artistas pueden estar de acuerdo con la política cultural, pero no son responsables de ella.²²¹

Vitier pensaba que no tendría que ser la crítica la que orientara a los artistas, en todo caso serían los artistas los que orientarían a otros artistas. El espíritu crítico sería parte de la creación misma "crear es criticar", diría el escritor. "Hallazgo de una profecía", uno de los varios textos de Vitier publicados en ésta década, comienza con una sugerente frase.

Cuando podemos ver un fragmento de tiempo como futuridad que desde el pasado nos apunta, en esa especie de relámpago que huye de los relojes, sentimos el escalofrío y el privilegio de estar en el futuro. Ser el futuro de un pasado no es un goce retrospectivo ni mucho menos nostálgico, sino el descubrimiento de un presente que es el imán profundo de la memoria.²²²

²²⁰ Fernández Retamar, Roberto, "José Lezama Lima y su visión calibalesca de la cultura", Academia Cubana de la Lengua, disponible en: http://www.acul.ohc.cu/lezama_vision_calibanesca.pdf, (fecha de consulta: 24 de septiembre de 2011).

²²¹ Revista *Albur*, "Encuentro con Cintio Vitier", en *Casa de las Américas*, núm. 175, julio-agosto de 1989, p. 5.

²²² Cintio Vitier, "Hallazgo de una profecía", en *Casa de las Américas*, núm. 158, septiembre-octubre de 1986.

Esta frase, que en algún sentido nos remite a la imagen benjamiana del ángel de la historia, la escribió Vitier a propósito del hallazgo de un poema de Lezama Lima cuyo centro poético era, para Vitier, la “resurrección de José Martí”. La mística contenida en las obras de Cintio Vitier será no pocas veces atacada por sus cercanías con el catolicismo. Años después, el autor dirá que el Quinquenio gris fue a veces más que gris. Se cometieron injusticias basadas en la equivocada idea de que la religiosidad era incompatible con la revolución: doy testimonio porque soy católico y eso me costó en ese tiempo algunas indiferencias y, cómo se diría, algunos rasguños, para no ser dramático, lo mismo que a otros compañeros de la misma fe o de otras.²²³

Roberto Fernández Retamar en su carácter de presidente de Casa de las Américas, fue indudablemente una de las figuras intelectuales con mayor presencia en las páginas de la revista de la institución cultural. Aunque Retamar firmó textos en diferentes secciones, su obra se publicó principalmente en “Hechos Ideas” y “Letras”. En muchos de los trabajos e investigaciones sobre Roberto Fernández Retamar, se hace la división metodológica de su obra: Retamar, el poeta; Retamar, el ensayista.²²⁴

En 1970, José Emilio Pacheco consideró a Retamar como “el transmisor que críticamente elige, preserva y actualiza aquella porción de la cultura nacional del pasado que debe enriquecer la nueva cultura que la revolución está forjando en Cuba”.²²⁵ Retamar, como director de Casa de las Américas, fue un puente entre diferentes generaciones de escritores no sólo cubanos sino de diferentes latitudes. Así, autores imprescindibles de la literatura cubana, pertenecientes a generaciones más jóvenes, encontraron en la revista *Casa de las Américas* un espacio para proyectar internacionalmente su trabajo. Esto será mucho más claro en la segunda mitad de la década de los ochenta. Arturo Arango ha sugerido llamar a la generación de escritores formados en los años de la grisura cultural como “Generación Tardía”.

²²³ Cintio Vitier, citado por Arturo García Hernández, “Rectificar errores, principal virtud y fuerza de la Revolución Cubana: Cintio Vitier”, *La Jornada*, 13 de septiembre de 2002, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2002/09/13/03an1cul.php?origen=cultura.html> (fecha de consulta: 2 de enero de 2010).

²²⁴ Ambrosio Fonet (Selección, notas y prólogo), *Acerca de Roberto Fernández Retamar*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 2001.

²²⁵ José Emilio Pacheco, “Fundido, confundido con la palabra poética”, en Ambrosio Fonet (Selección, notas y prólogo), *Acerca de Fernández Retamar*, *op. cit.*, p. 85.

Los dogmas nos fueron inoculados, los tuvimos, como bacterias, en nuestra sangre, y fue principalmente nuestra práctica artística, las contradicciones que ella desencadenó, lo que, como anticuerpo generado por el mismo organismo, comenzó a provocar que estableciéramos una relación conflictiva con el ambiente en que nacíamos al arte y la literatura. Las fechas, sin embargo, imponen su dictadura: la comprensión de estos procesos no fue la misma para quienes ingresaron en la vida cultural cubana antes de 1971 que para quienes llegamos justamente después de aquel año.²²⁶

Pertenecientes a generaciones más jóvenes serán Raúl Hernández Novás, quien trabajó durante algunos años en *Casa de las Américas*, escribió en varias de las diferentes secciones de la revista de la institución y decidió quitarse la vida, al igual que Haydée Santamaría; Ángel Escobar quien también terminaría su vida con el suicidio, y antes de morir, en 1997 dejó testimonio poético de su intensa forma de vivir, de un espíritu crítico entrañable y profundamente sensible; Abilio Estévez, otro gran escritor cubano, quien había publicado en el número 169 (julio-agosto de 1988) y 181 (julio-agosto de 1990). Muchas de las frases incluidas en sus textos son redondas, si se descontextualizan del relato general no dejan de ser indicios para las mentes críticas, creativas. Al igual que varios de sus compañeros de generación. Abilio Estévez abrió la sensibilidad para hablar de temas cuya reflexión en términos profundos era rehuida por el pensamiento social. En “El odio”, Estévez reflexionaba sobre las formas en que acontece el odio, sobre las paradojas que encierra.

El odio está en todas partes y no tiene contrapartida. Es un papel en blanco, un pasaporte. Está en un jardín, en una sonrisa, en un paso de baile, en una silla rota. En lo que alguien ahora está el odio. (...)El odio tiene muchas caras y yo las conozco en todas sus formas. Vivo de este odio que me ayuda a vivir. Y odio ese odio que me obliga a vivir. El odio también tiene la cara de la bondad y de la dicha y de la fe y de la unción. Sólo por odio se entrega todo hasta quedarnos desnudos. Sólo por odio somos capaces de predicar.²²⁷

Estas líneas, escritas para un amor, serán sugerentes para pensar las relaciones medidas por el odio y con las cuales se crea identidad. Varios de los discursos con los cuales se construyó la idea de unanimidad utilizaron recursos que provocaban sentimientos de odio hacia un contrario. Desde la literatura se propuso una forma de ver el mundo que de alguna manera desmontó la retórica “odiosa” de los discursos políticos de uno y otro bando. Muchos de los

²²⁶ Arturo Arango, *Terceras Reincidencias*, La Habana Cuba, 2012, en prensa.

²²⁷ Abilio Estévez, “El odio”, en *Casa de las Américas*, núm. 181, julio-agosto de 1990, p. 75.

representantes de la literatura cubana en esos años buscaban decir, no predicar.

La poesía de Reina María Rodríguez tendrá un espacio en el número 171 (1988). La poetisa será la única mujer en medio de una decena de hombres. Ella se rebeló contra los esquemas impuestos, contra el desprecio por el cuestionamiento de la existencia misma, del ser, contra el ahogo de lo cotidiano y la asunción de lo épico.

Reina María Rodríguez se sumará a la sensibilidad compartida de la época que pugnaba por defender la idea de movimiento dentro de la revolución, del cambio, del derecho al relevo, a lo sensible, a la palabra, derecho a romper diques para que el agua fluyera:

*Conservar la mentira es también un don de los payasos
y es difícil permanecer en la distancia que nos separa
del dique casi imposible romperlo
representar de vez en cuando otro papel
mientras el carro avanza
parecido a la vida parecido a la muerte
con el silencio de quien no quiere vencer
su verdadero papel en el trayecto...*²²⁸

Víctor Rodríguez Núñez también se sumará a las voces poéticas que le darían nueva vida y abrirían caminos a la cultura cubana.

*Vieja
reciente angustia
que no cree en la belleza de noviembre
ni en la sonrisa de mi hijo
ni en los
acuerdos de mi Comité de Base
qué voy a hacer:
¿fumarte
tirarte piedrecitas
caminar
en redondo a tu lado
violarte
escaparme
defenderte?
Vieja
Reciente*

²²⁸ Reina María Rodríguez, "El dique", *Casa de las Américas*, núm. 171, *op. cit.*, p. 57.

Angustia
Qué voy a hacer sin ti.²²⁹

Víctor Rodríguez Núñez, Reina María Rodríguez, Alex Fleites, Bladimir Zamora, Arturo Arango y Ramón Fernández Larrea serán el núcleo central de aquellos jóvenes escritores que en los años setenta se reunirían en casa de Margaret Randall. En los años ochenta estos escritores lucharían por construir sus propios espacios al interior de Cuba en un contexto en que se superponían del pasado con aires renovadores, luchas generacionales compartidas y disímiles. En la década de los ochenta, Margaret Randall, quien había sido una figura fundamental en el espíritu incluyente, crítico, audaz y revolucionario de este grupo de escritores, librará una más de las muchas batallas de su vida. Justo en 1980 salió de Cuba hacia Nicaragua en donde compartió la experiencia sandinista. Su partida de la isla no estuvo exenta de conflictos puesto que el rumor que la vinculaba a la CIA le había construido un cerco que era difícil librar en la cotidianeidad. Cuatro años después regresaría a Estados Unidos, su país natal del que se había alejado por veintitrés años. Desde 1984 y hasta 1989, Margaret luchó por obtener la ciudadanía del país de su infancia y parte de juventud; el gobierno de Reagan la amenazó con la deportación desde su arribo, por considerarla un peligro debido a su militancia política. El mismo año de la caída del Muro de Berlín, Margaret obtendría la ciudadanía.²³⁰

Todo este núcleo de escritores publicará en la revista *Casa de las Américas* en uno o varios números. Al igual que Margaret Randall, todos ellos sostendrán con la obra de aquellos años un espíritu no alineado a dogmas, que pervive en sus obras más recientes.

Una revista con la que *Casa de las Américas* sostendrá amplias relaciones será *El Caimán Barbudo*. Ambas publicaciones nacieron con espíritus diferentes, sin embargo, durante la década de los ochenta, muchos de los escritores más relacionados con la línea editorial de *El Caimán* publicarán en *Casa de las Américas* de forma sistemática o tendrán una presencia fuerte

²²⁹ Víctor Rodríguez Núñez, “Esquis poemas”, en *Casa de las Américas*, noviembre-diciembre de 1984, núm. 147.

²³⁰ Marianela González, “Del testimonio del otro: compromiso, pasión y riesgo. Entrevista con Margaret Randall”, en http://www.lajiribilla.cu/2011/n508_01/508_21.html

en alguno de sus números. Leonardo Padura, quien trabajó como crítico, redactor y editor de *El Caimán Barbudo* de 1983 a 1987, fue de los reseñistas de *Casa de las Américas* más constantes y agudos.

De la pluma de Roberto Fernández Retamar saldrá un poema dedicado a Luis Rogelio Nogueras, otro escritor cubano que, a pesar de su prematura muerte a los cuarenta años, se convirtió en un referente de la literatura cubana. En 1991, un número de la revista *Casa de las Américas* dedicaría parte de sus páginas a la difusión de textos críticos, poemas del propio autor y una entrevista que dio para Radio Habana un año antes de morir. La literatura de Nogueras le otorga al lector un espejo que le devuelve el reflejo no de un parámetro, de un molde perfecto, de un “deber ser”, sino la posibilidad de ser sujeto, junto a otros, de su propio destino.

*Escribo un poema imperfecto en busca de la perfección,
y su imperfección y la de esta época
me acercan
a un mejor mañana.
Escribo no para pulir mi vida sino para que todo sea
relativamente verdadero mañana.
los que vengan
ya se encargarán de buscarle a ese después
sus cojeses, sus costuras, su ceguera,
de modo que también escribirán imperfectos poemas
en pos de la eterna
tentadora
perfección.²³¹*

Este empeño por dejar que los que viniesen después encontraran las cegueras (y construyeran las propias) fue característica en la obra de muchos autores cubanos durante esta década. Hay un empeño por enfatizar no sólo la vastedad de posibilidades con las que cuenta el sujeto, sino de otorgarle a otros el derecho a construir su propia historia: “¿Eternidad?, qué cosas se le ocurren, José María, todo lo borra el tiempo”, así inicia el cuento “El héroe de Palo Seco” de Reinaldo Montero, quien en 1986 ganó el Premio Casa de las Américas con *Donjuanes*, una compilación de cuentos emblemática de la literatura cubana de esos años.

²³¹ Luis Rogelio Nogueras, “Mañana”, en *Casa de las Américas*, núm. 182, p. 104.

En torno a la crítica literaria también se percibió un halo de apertura y dinamismo a partir de los cambios ya mencionados. Las siguientes polémicas son ejemplos claros de dos aspectos. Por una parte fueron excepciones de la difusión de polémicas dentro del campo cultural cubano dirigidas en un medio con proyección internacional. Por otra, son ejemplo del quehacer de la crítica literaria en Cuba.

Es el año 86, en el número 150 de *Casa de las Américas*, Desiderio Navarro publicó un texto titulado “Otras reflexiones sobre eurocentrismo y anti eurocentrismo en la teoría literaria de la América Latina y Europa”, el cual era una continuación de otro texto del propio autor, publicado en 1980, que a su vez había sido un examen y una valoración de algunas de las tesis contenidas en el libro de Roberto Fernández Retamar, *Para un teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, aparecido en 1975.

El tema central del ensayo de Navarro es establecer una tipología de las reacciones anti eurocentristas y hacer un análisis de ellas. Aunque no fue la inclusión de polémicas una de las características de *Casa de las Américas*, este ensayo de Navarro fue respondido por Guillermo Rodríguez Rivera en las propias páginas de la revista con el texto “Del plagio, la teoría y la crítica”, el cual comienza con una frase contundente: “Nadie en el mundillo cultural cubano negará que, formulando denuncia tras denuncia, con perseverancia y lealtad, Desiderio Navarro ha devenido una suerte de plagiólogo nacional”.²³²

Una larga respuesta fue elaborada por Desiderio Navarro en “La teoría y la crítica literarias: también una cuestión moral”, con la que, punto por punto, fue confrontando el texto de Rodríguez Rivera. Esta polémica es interesante por dos cosas, la primera es que posicionaba internacionalmente a la crítica literaria como un campo de saber con sus propios debates y herencias, y la segunda es que conformaba una de las excepciones de debate interno en *Casa de las Américas*.

Otro ejemplo de cómo en *Casa de las Américas* se dio espacio a la divergencia, fue la publicación de un texto crítico que Ambrosio Fornet escribió a propósito de una reseña crítica de Leonardo Padura sobre *Las iniciales de la Tierra*, novela de Jesús Díaz.

²³² Guillermo Rodríguez Rivera, “Del plagio, la teoría y la crítica”, *Casa de las Américas*, núm. 157, julio-agosto de 1986, p. 142.

“A propósito de *Las iniciales de la tierra*”,²³³ es un texto cuyas reflexiones tienen un punto de arranque en los cambios que Fornet percibió a partir de la publicación de la novela de Jesús Díaz, sobre todo planteando el problema de qué sería aquello de *la* literatura de la revolución. Fornet en su texto concluye que *Las iniciales de la tierra* no es *la* novela de la revolución, categoría que sólo podría ser aplicable a la novelística cubana en conjunto, sin embargo tendría todos los rasgos de su arquetipo, y además es una obra indispensable para entender la literatura revolucionaria.

Para Leonardo Padura, en “*Las iniciales de la tierra: a favor o en contra*”,²³⁴ la novela de Díaz tendría la virtud de analizar la supervivencia y el crecimiento de lo humano en una etapa “ardua y heroica” de la historia cubana, al narrar la historia de un hombre de 31 años que ha participado en los procesos políticos y sociales de los primeros años de la revolución. El personaje de la novela, Carlos Pérez Sifredo, se definirá como “un hombre defendido por unos y atacado por otros, grande y pequeño, heroico y mezquino [que] puede estar siendo analizado hoy mismo en cualquier rincón de Cuba. La historia, elemento tan determinante en el libro, pasa a ser entonces el contexto de un personaje, pero no de un tema, y más que de un tema, de un conflicto vivo y lacerante”.²³⁵

Cuatro números después de haberse publicado las reseñas de Padura y Fornet, este último dirá que, a diferencia de la suya “la de Padura es una crítica con todas las de la ley —una crítica que a mí me hubiera gustado escribir, si no estuviera en desacuerdo con ella.” Fornet dirá que Padura no logra establecer con claridad las relaciones entre Historia, Memoria y Literatura, o dicho de otro modo, entre el espacio histórico de la experiencia social y los espacios simbólicos de la conciencia individual y colectiva.²³⁶

Un cuento que narra muy bien esta relación viva y compleja entre el acontecer colectivo en un proceso revolucionario y las temporalidades de la propia existencia, es uno de Senel Paz, otro de los literatos imprescindibles de

²³³ Ambrosio Fornet “A propósito de *Las iniciales de la tierra*”, *Casa de las Américas*, núm. 164, septiembre-octubre de 1987, p. 148.

²³⁴ Leonardo Padura, “*Las iniciales de la tierra: a favor o en contra*”, *Casa de las Américas*, núm. 164, septiembre-octubre de 1987, p. 154.

²³⁵ Leonardo Padura, *op. cit.*, p. 156.

²³⁶ Ambrosio Fornet, “Simplificando”, *Casa de las Américas*, núm. 168, mayo-junio de 1988, pp. 150-158.

la literatura cubana. En “No se lo digas a nadie”,²³⁷ Senel narra el momento en que un joven que vivía en una de las becas escolares preuniversitarias desea comenzar su vida sexual al lado de Vivian, quien era su novia. La narración va y viene en un diálogo con símbolos socialistas.

“*El manifiesto comunista* dice que el amor es libre”. Entonces, el narrador se propone leerlo, porque además de eso dice otras cosas. Se queda pensando en “la cosa política”, y se jura que va a ocuparse del mundo, y que no va a fallar. “No le juré eso al Che porque el Che no es un santo ni nada, pero me estaba acordando de él cuando me lo prometí a mí mismo”.²³⁸ Con Vivian, su novia, habían hablado tanto; del director, de los profesores, de la escuela, y de lo que harían si de pronto vieran a Fidel. Vivian, cuyos cuadernos estaban forrados con imágenes del Che, es una joven a la que le gustan los Beatles y Silvio Rodríguez. A él sólo los Beatles, “aunque no sé si a nosotros nos pueden gustar los Beatles, porque ellos son americanos o ingleses”, dice el narrador.²³⁹

Silvio Rodríguez le gusta a Vivian porque, ser revolucionario no le impide ir con melena y ropa sucia. Porque para ella ser revolucionario es que nosotros seamos como somos, y que no se planifiquen tanto las cosas. Mientras el narrador se debatía en buscar la manera de decirle que le gusta, que ya era hora, el director de la escuela avisó a los alumnos y maestros que habían matado al Che en Bolivia. Entonces Vivian quitó los forros de su cuaderno, y con toda la tristeza ella y él se quedaron con algún pedacito de ilusión de que esto no fuera verdad, hasta que Fidel dijo que sí, “que al Che lo habían matado en Bolivia, pero que nosotros no podríamos morirnos por eso ni por nada”.²⁴⁰

Al otro día, mientras el narrador y Vivian, vestida de negro, entraban a un cuarto alto y feo, y miraban por la ventana un letrero rojo que decía “Revolución es construir”, él se culpaba a sí mismo por haber llevado a un lugar tan feo a su novia. A ella su madre la regañaría; a él quizá lo felicitaría por estar en ese lugar. Senel Paz se detiene a narrar maravillosamente los detalles, la caída de la ropa al piso, el sonido del cierre, el rozar de los pantalones por los muslos, la sensación del miedo de sentirse observados.

²³⁷ Senel Paz, “No le digas a nadie”, *Casa de las Américas*, núm. 142, enero-febrero de 1984, pp. 148-154.

²³⁸ *Op. cit.*, p. 150.

²³⁹ *Op. cit.*, p. 151.

²⁴⁰ *Ibidem.*

Senel Paz les da a estos jóvenes el derecho de morir. Morirse de esa muerte pequeña que es instantánea y pasional. Esa muerte a la que tienen derecho los cuerpos que se quieren y desean.

“Y cuando la última palabra se desprendió y se perdió, estaban tendidos bajo un árbol frondoso, abandonados ahí por la resaca, y nosotros dos, Vivian y yo, nos moríamos en otra parte, o allí mismo”.²⁴¹ Poco a poco, estos dos jóvenes irán resucitando, y él le dirá a ella que la quiere. Porque los jóvenes tienen siempre el derecho de morir o resucitar si quieren. De morir de estas *muertes pequeñas* o de muertes largas. En todo caso, siempre habría que recordar lo que ellos miraron por la ventana: revolución es construir.

Capítulo IV.

El derecho al punto de vista

1. Desembalar un orden propio

En dos columnas perfectamente simétricas de la página 23 del número de abril de 1986, *Punto de Vista* publicaba la traducción de un fragmento de las *Obras completas* de Walter Benjamin, originalmente en francés. “Desembalo mi biblioteca (discurso sobre la bibliomanía)” es uno de esos textos benjamianos que regalan al lector la capacidad de la reactualización constante; en él parafrasea a Anatole France, para decir que el único saber exacto es el conocimiento de la fecha de edición y del formato de un libro; habla también de las bibliotecas personales como ejemplos de desorden en los que el hábito ha sabido instalarse tan bien que puede revestir la apariencia de un orden.

Pensar en Benjamin como uno de los muchos autores de *Punto de Vista* implica no sólo la generación de empatía entre la publicación argentina y un

²⁴¹ *Op. cit.*, p. 154.

lector asiduo a encontrar claves de reflexión de la mano del pensador alemán, también acarrea un problema metodológico.

Cómo pensar en el texto de Benjamin publicado no en un libro de tapas gruesas en el que se reúne gran parte de su obra, sino difundido en una revista latinoamericana que en ese número se planteaba, entre otros, el problema de la relación entre la estética y la política. Cuán diferente puede ser la lectura de Benjamin si no aparecen sus ideas en un texto corrido sino con ilustraciones de León Ferrari en las que ensaya una representación estética de la multitud y el individuo. Cómo pensar la transmisión de ideas y conocimientos a partir de una revista si en ella coexisten textos con temporalidades diversas. Las interrogantes podrían extenderse al infinito, pero basta quedarse con una: qué lugar darle al texto de Benjamin en la explicación de la presente pesquisa.

La respuesta que da este estudio es que, además de ser un texto importante, cuyos trazos generales quedaron en la memoria del investigador, podía también ayudar a argumentar la idea de que en la investigación hay que desembalar un orden funcional a los objetivos de la indagación.

Desembalar un orden propio de la revista *Punto de Vista* quiere decir que hay que deshacer los fardos, quitar el forro o cubierta a la mercadería, en este caso la revista; lo que implica que no se puede perder de vista la unicidad de la revista pero hay que quitar sus diversas cubiertas para poder construir otro orden.

Georges Perec narra las diferentes formas de ordenar una biblioteca: alfabéticamente; por continente o país; por color o tamaño; por fecha de publicación o adquisición; por formato, género, periodo o idioma o por prioridad en la lectura. Sea cual sea la forma siempre habrá clasificaciones estables, esas que son como el núcleo duro de nuestro orden, y otras provisionales: un libro ya leído cuyo lugar estaba en los pendientes de lectura, tendrá que pasar a formar parte del cuerpo general.

Y sigue Perec diciendo que, como los borgianos bibliotecarios de Babel, los amantes del orden en los libros oscilan entre “la ilusión de lo alcanzado y el vértigo de lo inasible. En nombre de lo alcanzado, queremos creer que existe un orden único que nos permitiría alcanzar de golpe el saber; en nombre de lo

inasible, queremos pensar que el orden y el desorden son dos palabras que designan por igual el azar”.²⁴²

No fue precisamente el azar quien definió la clasificación para exponer ciertas líneas y constantes en los textos de *Punto de Vista*, tampoco podemos decir que se cumpliera cabalmente con un orden totalizador con el cual quedar completamente cómodos sin la sensación de haber traicionado algo o a alguien. Se tiene la idea (¿ilusión?) de haber alcanzado un orden y se prefiere no hacer del vértigo de lo inasible un pretexto para la inmovilidad.

La revista *Punto de Vista* sólo fue tangible durante esta investigación en la sala luminosa de la Biblioteca Nacional de Argentina. Ahí se miraron los cambios en el papel, los hurtos de páginas enteras cometidos por los lectores, los números por cuyas páginas más dedos habían corrido, y se tuvo, por única vez, la sensación de libertad que se tiene al tener una revista en la mano, aquella con la que uno puede jugar a empezar por el final o a pasar de prisa por los textos que le son indiferentes.

Después, la lectura para clasificar los textos fue mediada por la pantalla, en lugar de pasar horizontalmente las páginas había que apretar la flecha que indica que se puede correr el texto hacia abajo o correr la barra para regresar. Un ejercicio de imaginación es lo que se requiere para pensar en la materialidad de la revista cuando lo que se tiene enfrente es un texto virtual en formato PDF.

Al final, la argamasa quedó constituida por un generoso paquete de hojas bond impresas con las páginas de *Punto de Vista* seleccionadas, las cuales fueron poco a poco quedando con cicatrices de la batalla de la lectura: un subrayado amarillo por acá y una nota con pluma azul por allá (también las hay en lápiz y tinta negra); el párrafo derecho inferior resaltado del resto del cuadro de texto o el costado repleto de notas que sólo se pueden entender a cabalidad por el lector presuroso que debate con el texto.

Las hojas impresas terminaron con las esquinas maltratadas y con un mosaico de colores con el que presuntamente se podría alcanzar un mejor orden: rojo para los textos que hablan explícitamente del trabajo intelectual (¿qué inconsciente habrá operado al momento de elegir el color?); amarillo

²⁴² George Perec, *Pensar clasificar*, *Poética narrativa y teoría literaria*, Suplemento 34. Materiales de trabajo intelectual. Editorial Anthropos, Barcelona, España, septiembre de 1992. p. 41.

para aquellos que versaban sobre el socialismo y la democracia; verde los que hacían propuestas teóricas y metodológicas; morada quedó la memoria como tema; azul rey la polémica y azul cielo los textos escritos en colectivo.

Los textos del Club de Cultura Socialista quedaron con un trío de colores en las esquinas; a la impresión en papel de “Los gramscianos argentinos”, de José Aricó, le quedó en la esquina un semáforo en desorden, amarillo, rojo y verde. Al editorial del décimo aniversario lo coronan dos puntos, uno de color azul cielo y otro morado.

Al final el resultado fue un orden que sujeta lo inasible. Cada texto clasificado y elegido sobre los demás, contiene indicios imprescindibles para pensar órdenes.

Así, las siguientes líneas desembalaron textos para proponer un nuevo embalaje sobre la revista *Punto de Vista*. *Embalaje* quiere decir no sólo la acción de colocar y ordenar objetos que han de transportarse (se embalaron para hacer la investigación entendida como viaje); es también la acción de golpear la superficie del mar o de una embarcación con el fin de que los peces entren en una red (el conocimiento ha de aspirar siempre a remover mares y peces). Otra acepción es aquella que habla de embalar como el dejarse llevar por el afán, el deseo, el sentimiento (qué proceso de conocimiento puede prescindir de esta última acepción).

Nuestros autores eje serán Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Hilda Sabato, María Teresa Gramuglio, Oscar Terán y José Aricó. Ellos han quedado decantados en esta investigación como autores indiciarios, es decir, como aquellos cuyos textos nos permiten inferir, conocer y reflexionar sobre problemas que van mucho más allá de su nombre propio, en particular fueron ellos quienes empeñosamente reflexionaron sobre el problema del intelectual en la sociedad de su tiempo. Junto a ellos, han quedado también los nombres de Hugo Vezzetti, José Nun, Juan Carlos Portantiero, etcétera.

Beatriz Sarlo nació en plena Segunda Guerra Mundial, justo en 1942, el año en el que Stefan Zweig se suicidó en su exilio en Brasil. Carlos Altamirano y María Teresa Gramuglio nacieron en el 39, cuando, del otro lado del océano, la dictadura franquista iniciaba. Hilda Sabato, sobrina segunda del Sabato que se conoce sin mencionar su nombre de pila, era mucho más joven que el resto de los hacedores de *Punto de Vista*, había nacido el año en el que entró en

vigor el voto femenino en Argentina, 1949. Oscar Terán era un año mayor que Altamirano y Gramuglio. José Aricó, nacido en el 31 pertenecía a otra generación; ni padre ni par, digamos que era una especie de hermano mayor de los demás, con la dosis de admiración y distinción que eso implica. *Punto de Vista* no fue una publicación de jóvenes estudiantes recién graduados de la carrera, sino de profesionistas que se encontraban en un momento fértil de inflexión intelectual, cuando se conjugan las ganas de cimentar un tiempo largo por venir, con cierto grado de experiencia.

2. Textos colectivos

Once números se habían publicado antes de julio de 1981. Fue hasta el número 12 que se publicó el primer editorial de la revista en donde se hablaba explícitamente de los motivos que dieron origen a *Punto de Vista*. Beatriz Sarlo ha advertido sobre la contradicción que encierran los textos editoriales de las revistas. En el ya referido ensayo en el que Sarlo habló sobre las revistas culturales, advirtió que “los editoriales son zonas poco confiables si lo que se quiere es reconstruir, en perspectiva histórica, la problemática de una revista”.²⁴³ Ellos son discursos programáticos contrastados con otros espacios de la revista.

El derecho al disenso y la controversia como condiciones básicas de la cultura fue uno de los postulados que defendieron los artífices de *Punto de Vista*. No puede existir producción intelectual en lugares en donde no circulan las ideas, en donde se censura o se reprime el derecho al punto de vista.

Esta publicación reconoció en la generación del 37, en José Hernández, en Martínez Estrada, en FORJA y en el grupo Contorno, líneas críticas de reflexión que más que establecer una relación directa en los contenidos temáticos, colocaban un espejo en cuanto a calidades intelectuales y morales.

En el número 11 (marzo-junio de 1981) aparecía Jorge Sevilla como director, Beatriz Sarlo como secretaria de redacción y Carlos Boccardo como diagramador. En este número 12 (julio-octubre de 1981), en el que se explicitaba la intención de ejercer el derecho al punto de vista, se anunció la

²⁴³ Beatriz Sarlo. “Intelectuales y revistas: razones de una práctica” *Le discours culturel dans les revues latino-américaines de 1940 à 1970*. Université de la Sorbonne Nouvelle- Paris III, Paris, 1999, p 12.

constitución del Consejo de Dirección, el cual estaría formado por Carlos Altamirano, Beatriz Sarlo, María Teresa Gramuglio, Ricardo Piglia y Hugo Vezzetti; Sarlo fungirá, a partir de entonces y hasta el último número de *Punto de Vista*, como su directora.

En este apartado analizaremos algunos de los textos escritos o suscritos de forma colectiva que estaban animados por este afán de disentir, levantar la voz y proponer una mirada política diferente. A diferencia de los textos escritos por una sola persona, los textos colectivos implican borrar la autoría individual y colocar a los sujetos particulares en un relato colectivo. Es la voz de muchos simplificada en una.

El texto *¿Dónde anida la democracia?*²⁴⁴ fue escrito por el PEHESA, el cual, como ya se dijo, estaba formado por Ricardo González, Leandro H. Gutiérrez, Hilda Sabato, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero y Miriam Trumper. El PEHESA se propuso entender el sistema político democrático argentino con un análisis que no fuera el de los grupos dominantes sino el de los sectores populares. En ese entonces, este programa de estudios defendió la idea de que un régimen democrático implicaría la participación igualitaria y un sistema de partidos donde los intereses sectoriales se transmutan en proyectos políticos, no olvidando que los partidos políticos deberían apoyarse en una red de organizaciones primarias en las cuales se gestaría la experiencia democrática.

Buscar esos “nidos” en donde se gesta esta experiencia inicial fue el propósito de dicho texto. En el proceso de búsqueda, el PEHESA ubicó entre 1880 y 1912 una etapa formativa de la participación política en todos los niveles, en las actividades productivas y en las redes sociales que se tejían desde diferentes tradiciones culturales. Como organizaciones matrices de esta etapa ubican organizaciones sociales “nidos” de la democracia; por ejemplo, las instituciones que agrupaban a las colectividades nacionales, las sociedades gremiales, las asociaciones culturales y recreativas. Todas ellas formaciones espontáneas que permitían una participación efectiva e igualitaria, “una

²⁴⁴ Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), *Punto de Vista*, núm. 15, agosto-octubre de 1982. pp. 6 –10.

experiencia concreta de discusión y gestión, de divergencia y acuerdo, de democracia embrionaria, en síntesis”.²⁴⁵

Los gremios fueron matrices de los sindicatos, de ellos surgieron poco a poco organizaciones más complejas y con funciones más específicas. En tanto, en la esfera propiamente política en esta etapa se dio un proceso paulatino de politización de los sectores populares que fue sustancial para entender el surgimiento de partidos políticos modernos. Sin embargo, el PEHESA argumenta que ni el Partido Socialista ni el Partido Radical lograron una verdadera participación social. En esta etapa era el anarquismo el pensamiento que estaba agrupando a sectores sociales diversos.

Entre 1912 y 1930 hay un primer impulso masivo de la organización popular. Desde la creación de la Ley Sáenz Peña, hasta la revolución de 1930. Sin entrar en un debate historiográfico, el PEHESA concibe a los últimos gobiernos radicales de la época como gobiernos más permisivos que restrictivos, guiados por un interés social conciliatorio. El anarquismo “se desplazó” por el sindicalismo; los partidos políticos absorbieron gran parte de las funciones de las primeras organizaciones celulares.

Así, el PEHESA propone mirar esta época, sí como aquella en la que se mantuvo una democracia primaria tanto en los sindicatos como en los partidos, sin embargo arroja ciertas dudas en cuanto al desarrollo de esa democracia que nunca fue lineal.

A pesar de la crisis iniciada en 1930, dice este grupo de estudios, en Argentina no se llegaron a negar los principios del sistema democrático aunque se inaugurara “una época caracterizada por un régimen restrictivo apoyado en el fraude”. La pregunta del PEHESA fue en dónde buscar la “latencia” de la democracia en esos años. Buscan en ese pasado sugerencias para su presente “también complicado y oscuro”. El hecho de que el peronismo haya tenido como antecedente temporal esta época es muestra de que en esos años de repliegue (1930-1943) pueden encontrarse las claves de la vida política de los años ochenta. Con esta argumentación terminaba el artículo colectivo del PEHESA.

²⁴⁵ *Op. cit.*, p. 7.

Tres números después, el PEHESA siguió pensando sobre la cultura y los sectores populares en líneas de reflexión similares a las del texto antes descrito.

En “La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica”,²⁴⁶ el PEHESA seguía buscando claves para entender el presente a partir del estudio ya no de los “nidos” de la democracia, sino de los sectores populares en los que se tejen esos “nidos”, concluyendo que habría que ir a buscar a los tiempos anteriores a 1945 el sentido común de lo popular al que el poder apeló, que le dio sentido al proyecto peronista, el cual cosechó dos concepciones básicas de los sectores populares: la alianza de clases y la noción de justicia social.

¿No eran estas reflexiones del colectivo que formaba el PEHESA una forma de viajar a lo que Rancière llama el país del pueblo? Buscarse en lo popular es una forma de ir al origen; es el intelectual buscándose y reconociéndose de inmediato en su propia extrañeza. Este grupo de intelectuales no concibió la cultura popular ni como una imagen degradada o retrasada de la cultura dominante, ni como un espacio puro e “incontaminado”. Pero en la concepción de la cultura de los sectores populares descrita por ellos, hay algo del país nuevo que desean, son viajeros que buscan los orígenes de su arqueología política.

El intelectual, tanto como el artista, es una especie de extranjero que persiste en mantener una mirada curiosa, que deshace las certidumbres del lugar al que llega y, sobre todo, “despierta el poder presente en cada cual de volverse extranjero al mapa de los lugares y trayectos conocidos con el nombre de realidad”.²⁴⁷ Llevando la idea de Rancière sobre el viaje a nuestro propio molino, sería loable que el intelectual, el pensador, siguiera apostándole al viaje, a la palabra, a la condición de extraño como formas de construir utopías, que pudiese transmitir siempre la idea de la historicidad, de transformación de los seres humanos: “aquellos que creen en la resistencia de lo real y se asombran indefinidamente de que los hombres vivan y mueran por las

²⁴⁶ PEHESA, “La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica”, *Punto de Vista*, núm. 18, agosto de 1983.

²⁴⁷ Jacques Rancière, *Breves viajes al país del pueblo*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1991, p. 9.

palabras, tienen poco que enseñarnos, pues, sobre el amargo saber del viaje”.²⁴⁸

Rastreemos entonces, con esa idea, qué viajes al pasado y qué proyecciones de futuro realizaron los hacedores de *Punto de Vista*, qué labor le confirieron al intelectual *viajero*, al “intelectual de izquierda” que se volvió el concepto fundamental que arropaba el trabajo intelectual deseado. Tomaremos como punto de partida aquellos textos colectivos firmados por el Consejo de Dirección en los que se explicitaba la postura de *Punto de Vista* frente al contexto político de la época.

En abril de 1983, el Consejo de Dirección explicitó la esperanza en que las elecciones anunciadas para octubre de ese año abrieran la posibilidad de democratizar a la sociedad argentina. Sin embargo, dado que la política no sólo sería enunciación de metas, sino camino, la democracia entonces tendría que ser un hábito, una cultura política no concebida como tarea de élites y que no se plantea cambios sólo en el terreno de la política formal, sino en el ámbito económico, social y cultural. *Punto de Vista* se concibió como “un vehículo de disidencia intelectual tras el derrocamiento del gobierno peronista”, cuya labor se vio acompañada por otros proyectos intelectuales que conformaron un campo de solidaridad e interlocución. Sin embargo, en su presente, ellos ubicaron que el peligro que corría el pensamiento argentino era, por un lado, hacer de cada posición intelectual una máquina de guerra intolerante que demonizara toda diferencia, y por otro, olvidar que la controversia y la discusión son imprescindibles en la construcción del pensamiento. El desafío que lanza el Consejo de Redacción es que el intelectual argentino tendría que hacer algo para reconstruir la cultura argentina, sus instituciones y redes, pero, como ya se había citado antes, tendría que tomar un papel no de profeta o preceptor sino de ciudadano.²⁴⁹

El siguiente editorial se publicaría después de las elecciones de octubre de 1983. El Consejo de Dirección hizo un análisis del triunfo de Raúl Alfonsín que partía de la idea de que Argentina estaba dispuesta a iniciar una etapa bajo el signo de la democracia. Si el peronismo perdió la elección ante el radicalismo, fue porque a éste último se le adhirieron sectores populares y

²⁴⁸ *Ibidem*.

²⁴⁹ Editorial, *Punto de Vista*, número 17, abril- junio 1983, p. 3.

obreros, y porque Alfonsín habría articulado exitosamente una temática antiautoritaria y democrática atenta con las demandas sociales.

Los meses previos a la elección fueron visos de que en Argentina se estaban generando nuevas formas políticas, aseguraba el Consejo de Dirección, quien nuevamente enfatizaba en la necesidad de llevar a cabo una labor ciudadana que tendría que encarnar el desafío planteado por el resultado electoral que expresaba un reclamo profundo y válido de reformulación político-institucional.²⁵⁰

Suele suceder que, en los textos escritos en colectivo que contienen una carga política explícita y en donde se busca ubicarse en determinada posición respecto a otros, se colocan frases contundentes diversas cuya posición dentro del texto se pierde o se refuerza respecto al lugar que tienen en la argumentación. En el caso de este editorial, en el momento en el que se habla de la posibilidad de hacer justicia en el marco de los derechos humanos se dice que esto sería posible si se sentaran las bases de una restauración ética de la sociedad; en este momento, la ética era un concepto secundario que no tenía la misma potencia explicativa como lo tenían la cultura, la democracia, lo social; la ética apareció como un concepto al que se apeló en varios textos de la revista argentina, pero que da la apariencia de subsumirse en otros.

A propósito del festejo por los diez años de *Punto de Vista*, el Consejo de Dirección ubica a esta revista como parte del entramado cultural argentino que trabajosamente elaboró modelos prácticos y discursivos distintos a las imposiciones del Estado. Sin embargo, después de una década, los clichés del populismo y el marxismo, pilares básicos de un pensamiento de izquierda que había mantenido a flote el entramado de la resistencia, tanto afuera como adentro del país, habían entrado en profunda crisis.

Cuando aparece este editorial la mayoría de los lectores era nueva y es por ello que se hace un recordatorio del afán con el que nació la publicación en medio de un contexto autoritario, el cual reivindicaba el derecho a pensar a través del ejercicio de la opinión, el disenso y la crítica. Dado el contexto, *Punto de Vista* no explicitó sus intenciones de forma orgánica, pero partía de la idea

²⁵⁰ Editorial, *Punto de Vista*, número 19, diciembre de 1983, p. 3.

de que jamás se publicaría un discurso dudoso sobre la dictadura. Esos primeros números “*eran más de lo que decían*”.²⁵¹

Desde 1978 a 1987, el lugar que ocupaba *Punto de Vista* en el ámbito intelectual y cultural argentino se había transformado. Para entonces ya no se mantenía una esperanza en el radicalismo ni en las elecciones, la mirada estaba puesta en otro lugar. En una década *Punto de Vista* había dejado de ser la publicación de un puñado de lectores-colaboradores; había expandido sus canales de circulación convirtiéndose en un ineludible referente del pensamiento argentino. En algunos momentos del camino inicial la empresa de seguir con los objetivos colectivos de la revista pareció “muchas veces destinada al fracaso de una repercusión ultraminorista”.²⁵² Fue hasta 1981 cuando se rompió el cerco del silencio; justo después de la guerra de las Malvinas y con el regreso de varios exiliados, fue posible imaginar cambios en el lugar y función de la revista, dicen sus artífices.

Más allá de que durante esta etapa de consolidación, la revista argentina desarrolló ideas en torno a perspectivas disciplinarias bien diferenciadas (sociología de la literatura, la historia y la historia cultural, la literatura argentina, la historia de los discursos, la historia de las ideas). Es verdad que a inicios de los ochenta un tema que se planteó como exigencia colectiva fue el pensar sobre la identidad como intelectuales.

Si la dictadura militar nos arrojaba a ser pura oposición, un gobierno democráticamente elegido y, sobre todo, la reconstrucción del sistema institucional y político abren interrogantes sobre el lugar y el carácter de nuestras intervenciones, a menos que concluyamos que nuestra identidad debe ser sólo pura oposición y negatividad.²⁵³

Eran intelectuales de izquierda en el marco de la democracia, así se definieron; intelectuales que tenían que relacionar perspectivas específicas disciplinares con intereses públicos; que debían elaborar intervenciones en las que se mantuvieran las tensiones entre ideología, política y disciplinas específicas; que pensaran la izquierda en el marco del sistema democrático y que pudieran relacionar el horizonte de la libertad con el de la justicia social. Específicamente a los intelectuales hacedores de revistas, les tocaba preguntarse “de qué modo

²⁵¹ Editorial, *Punto de Vista*, núm. 30, julio-octubre de 1987, p. 1.

²⁵² *Ibidem*.

²⁵³ *Op. cit.*, p. 2.

articular intervenciones que desborden los límites académicos y los universos clausurados de las jergas para intentar un movimiento expansivo de circulación democrática de los saberes“ .²⁵⁴

Pero ¿cómo pensarse cómo intelectuales de izquierda en el marco de la democracia cuando la propia democracia era un concepto polisémico? Ellos advirtieron el peligro, pudieron ver parte del problema y la contradicción que encerraba la democracia como concepto empobrecido en la práctica.

Intelectuales, mujeres y hombres de la cultura y las humanidades, nuestro espacio y la continuidad de nuestra tarea están cada vez más amenazados. Por ello, quizás no se trate de intentar respuestas a las cuestiones abiertas más arriba, sino también de prever y organizar nuestro campo frente a fuerzas regresivas que todavía siguen interviniendo en la escena política nacional.²⁵⁵

¿Cuál era el peligro coyuntural que advertían? Unas líneas debajo de ese editorial, se publicaron tres textos que se presentaron “tal cual como fueron presentados y firmados por sus respectivos autores, antes que buscar su compatibilización en un texto único”,²⁵⁶ uno de Hilda Sabato, otro de Hugo Vezzetti y uno más de Beatriz Sarlo. Los tres escribían su preocupación por la sanción de las leyes de “Obediencia debida y Punto final” y percibían que en el fondo lo que estaba en peligro era la idea de democracia que ellos habían pensado como posibilidad en Argentina. La reconciliación democrática sería un movimiento en el que quedarían solos la sociedad civil y el gobierno dado que las fuerzas militares lo que propondrían es el olvido, dice Sarlo en la parte final de su texto.

¿Y el debate sobre la política económica llevada a cabo en Argentina? Durante estos años los aspectos económicos relacionados con la política y la cultura fueron poco tratados en la revista, a la democracia electoral no se le miró la parte relacionada con el libre mercado. Fue hasta el editorial de julio y septiembre de 1989 cuando *Punto de Vista* enunció su preocupación por el rumbo que el país estaba tomando con Menem al frente de la gestión gubernamental: las trasmutaciones, deslizamientos, enmascaramientos, inclusiones y exclusiones han sido tantos y tan vertiginosos que un análisis

²⁵⁴ *Ibidem*,.

²⁵⁵ *Ibidem*,.

²⁵⁶ “Los militares en la transición a la democracia” , *Punto de Vista* , número 30, julio- octubre de 1987, pp. 2-4.

escrito ahora corre el riesgo de la obsolescencia.²⁵⁷ Es decir, estaban nombrando esa característica del neoliberalismo de vertiginosidad y transformación constante, en donde todo, incluso la política, entra en una dinámica en la que de un día a otro todo es obsoleto, pasa a estar en desuso.

Se sabía ya que la propuesta memenista era achicar al Estado y restablecer la economía cambiando paradigmas anteriores; esta nueva forma de gestión “podría fácilmente ubicarse en la derecha”. Lo que Menem llamaba “revolución productiva” no era otra cosa que una evocación a la “vía chilena al capitalismo”. Así, el Consejo de Dirección señalaba que mientras el menemismo confiaba en poder llevar a cabo el milagro argentino sin represión y los economistas discutían técnicamente sobre los aspectos de un programa económico, la ciudadanía, “estupefacta por la hiperinflación que devora la política misma” descubría que los deseos contenidos en su opción electoral no serían correspondidos. Decían pues que el menemismo era la consolidación de un proceso que, desde hacía más de una década, estaba llevando a Argentina a una creciente polarización social, a la legitimación de salvajes formas de distribución del ingreso y al fortalecimiento de un proceso de concentración de la riqueza.

En ese contexto la propuesta para el campo cultural-ideológico era construir instrumentos independientes que subsistieran fuera de las áreas de influencia del peronismo y el radicalismo.

La cuestión de la cultura no será una cuestión menor si se considera que por sus debates y sus temas han pasado muchos de los nudos ideológicos e históricos significativos de la Argentina de este siglo. Y a los intelectuales de izquierda cabe la responsabilidad no sólo de la defensa de un espacio sino de los valores que puedan fundar una sociedad democrática y más justa de lo que hoy dejan ver los proyectos políticos en curso.²⁵⁸

Sin embargo, a pesar de que estaban puestos sobre la mesa puntos que hoy son centrales en el estudio del neoliberalismo y su relación con la cultura, el grupo de *Punto de Vista* hizo un análisis, que hoy nos parecería trunco, sobre la situación del país en ese momento; la invisibilidad del problema estaba condicionada desde un origen, para ver por completo el monstruo que estaba naciendo eran fundamentales dos cuestiones: ser más incisivo en la crítica a la

²⁵⁷ “Editorial”, *Punto de Vista*, número 34, julio- septiembre de 1989, p. 3.

²⁵⁸ *Op. ct.*, p. 3.

democracia electoral y por lo tanto con el concepto de ciudadanía contenido en ella (efectivamente, la hiperinflación devora la política misma) y ejercer una fuerte autocrítica sobre la parcialidad de la visión que se tenía al seguir apelando a análisis que no rompía con una forma histórica de abordar lo nacional. El problema no era central en el análisis en la realidad argentina, sino en la forma de colocarlo respecto a lo que estaba sucediendo en el resto del mundo.

Pedirle a los hacedores de esta revista que miraran lo mismo que nosotros estamos viendo, más de veinte años después, sería caer en el profundo error del anacronismo histórico. Sin embargo, vale la pena preguntarse por qué, si existían latencias que hacían evidente que el problema central no era si Menem lograba llevar a cabo su proyecto económico sin represión, por ejemplo, las propuestas de emancipación intelectual se enmarcaban tajantemente en fronteras nacionales y metropolitanas. Con otras palabras, por qué, si se veía venir el desmoronamiento del Estado y sus instituciones, los intelectuales se empeñaron en pensar que estaban hablando desde una esfera ajena desde la cual se miraba el derrumbe por fuera y el análisis podría ejercerse desde un pilar a salvo, siendo que el desmoronamiento del Estado implicaba también la crisis del concepto de cultura al que apelaban como campo de acción del intelectual.

La respuesta tiene que generarse no para juzgar y señalar los puntos ciegos del pasado de manera anacrónica. Hacer eso es tan cómodo como ponerse en el lugar del escritor de una novela policial que tiene el caso resuelto en la cabeza.

Otro error sería no apreciar que estos editoriales estaban en relación con la revista toda, muchas de las ideas vertidas ahí se tornan más complejas en textos en los que se profundiza uno u otro tema. Los editoriales de *Punto de Vista* son apenas una forma de mirar una especie de silueta de la revista argentina; el rostro, los gestos, los detalles del cuerpo están en la complejidad encerrada en cada uno de sus números.

La década de los ochenta fue, para *Punto de Vista*, la época de construcción de su identidad intelectual. En esos años se conformó un “nosotros” que logró configurar aquellos elementos que le darían una coherencia interna a la revista más allá de los matices. Eran “intelectuales de

izquierda”, que apelaban una lógica del “nosotros” que estaba construida sobre bases políticas diferentes a *Casa de las Américas*.²⁵⁹

En las siguientes páginas se rastrearán algunas de las líneas de reflexión sobre el quehacer intelectual en la Argentina de los ochenta, ¿qué era lo que le daba contenido a esa categoría tan difusa del “intelectual de izquierda” planteada constantemente como concepto compartido?

3. La fuente del deseo

En un ensayo de diciembre de 1985 titulado “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”,²⁶⁰ Sarlo retomó, por un lado, el concepto gramsciano de escisión, y por el otro, el de mimesis, relacionado con el de realismo, con el fin de hacer una reflexión abierta sobre las transformaciones ideológicas y políticas de la Argentina de esos años.

Sarlo ubicó dos posturas de las cuales habría que distanciarse. Una sería aquella que reivindica como mérito y virtud intelectual la inmovilidad ideológica y teórica encubierta con la consigna de que el cambio es sinónimo de traición; otra estaría representada por aquellos que asimilan la democracia con el “moderatismo”.

Este ensayo de Sarlo tiene varias virtudes, la primera es que es una gran síntesis de una larga experiencia de reflexión sobre el tema del intelectual en Argentina; la segunda es que, como lo apunta la propia autora, es más bien la voz de un colectivo quien está enunciando las ideas principales del ensayo y no sólo la visión de una persona; la tercera es que a pesar de que el ensayo se apresura a dar ciertas respuestas, en el presente podemos extender la duda y enriquecerla con experiencias históricas acumuladas.

“Intelectuales: ¿escisión o mimesis?” comienza con el presupuesto de que a partir de 1956 existió un peso político decisivo de la fracción peronista y de izquierda que fue acompañado por varios análisis que ponían en claro que los hechos sucedidos en la primera década peronista no podían analizarse

²⁵⁹ En abril de 2007 se presentaron diversas renuncias al Consejo de Dirección de la revista. Ese acontecimiento tardío explicitaba una vieja ruptura de ese “nosotros” intelectual que se resquebrajó a inicios de los noventa.

²⁶⁰ Sarlo, Beatriz, “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, *Punto de Vista*, núm. 25, año VII, diciembre de 1985.

desde juicios sumarios. Los textos de Masotta, Sebreli, Ramos, Ismael Viñas fueron los primeros en romper con visiones cosificadoras de la izquierda y el peronismo de los cincuenta,²⁶¹ con ello abonaron elementos para imaginar más nítidamente el futuro político de Argentina. Los últimos números de la revista *Contorno*, así como investigaciones de Murmis y Portantiero, fueron también importantes en ese sentido.

Sin duda, durante los años sesenta, la sociedad argentina debía resolver posiciones respecto del peronismo; entenderlo era la condición para construir una izquierda o para modificarlo; entenderlo era también superar el periodo de exclusión, reincorporarlo a la política.²⁶²

Así, a decir de Sarlo, los intelectuales que, a comienzos de los años sesenta desarrollaron nuevas visiones sobre el peronismo, estaban motivados por una idea distinta de la política y sus discursos. “El discurso de los intelectuales pasó de ser diferente al de la política, aunque se emitiera en función política o para intervenir en su debate, a ser la duplicación, muchas veces degradada (porque violaba sus propias leyes) del discurso y la práctica política”.²⁶³

Así, siguiendo con la argumentación de la autora, se pasó de una etapa crítica en el pensamiento de los intelectuales, a una etapa de servilismo a distintos amos (partido, líder carismático, representación de lo popular o de lo obrero), después se pasó a la etapa racionalizadora. En un ejercicio de reconocimiento, Sarlo dice que no habría que desechar del todo esa primera etapa crítica, la cual tenía las siguientes características: estaba anclada en la idea moderna de que el cambio profundo es posible (alimentada después con calificativos como “necesario” e “impostergable”); mantenía una confianza extrema en el futuro y presentaba rasgos voluntaristas o deterministas. El determinismo como característico de las alas moderadas, y el voluntarismo en los extremos del “campo intelectual”.²⁶⁴

²⁶¹ Sarlo se refiere a obras publicadas al final de los cincuenta y el inicio de los sesenta, en las que los autores mencionados propusieron nuevas visiones históricas y políticas sobre el peronismo.

²⁶² *Op. cit.*, p. 2.

²⁶³ *Op. cit.*, p. 2.

²⁶⁴ El concepto de “campo intelectual” fue acuñado por Pierre Bourdieu a mediados de los años sesenta. Dicho concepto hace referencia a un espacio social, con cierta autonomía, que tiene una estructura y una lógica propias y que está relacionado con la construcción de diferentes categorías sociales de profesionales de la producción cultural. En el campo intelectual se da una serie de relaciones entre agentes (escritor, crítico, artista, editor, etc.), cada uno de los cuales “está determinado por su pertenencia a este campo: en efecto, debe a la posición particular que ocupa en él propiedades de posición

En esta etapa se compartía la idea de un cambio posible, necesario e impostergable. Ante la injusticia se proponía el cambio y la idea de justicia se ancló, a decir de Sarlo, muchas veces en una retórica del determinismo, del oportunismo y la violencia.

Vanguardia estética y revolución política; psicoanálisis y marxismo son dos de las varias fórmulas que resumen el clima del periodo. Se trataba ante todo de destruir los límites de los discursos y prácticas intelectuales o artísticas para instalarlos en el espacio de las luchas sociales y políticas. Este movimiento, que afectó a la izquierda y al peronismo, produjo redes alternativas para el trabajo intelectual y la circulación de discursos y bienes simbólicos. Institucionalmente laxas, organizaciones, muchas veces efímeras, vincularon sin embargo a los intelectuales con los sectores populares. Se abría allí un universo de experiencias y de contactos culturales.²⁶⁵

Los intelectuales, si bien abrieron un universo de experiencias y contactos culturales, que los hicieron cuestionarse sobre los límites entre la política y las prácticas culturales, cayeron en esquemas mecanicistas y faltos de crítica; se construyeron también principios unificadores que no dejaron margen de maniobra a explicaciones en las que cupiera la diversidad, la coexistencia o el conflicto interno.

Sin embargo, Sarlo no se quedaría en una descripción de una época cuya caracterización rayaría en la esterilidad del pensamiento; Sarlo aseguró que estos también fueron tiempos en los que el cuestionamiento sobre lo que debía ser un intelectual y cómo debía relacionarse significativamente con los sectores populares, cobró fuerza. No se trataba de ser un especialista o artista sin vínculos políticos explícitos, sino de hablarle a un interlocutor imaginario (pueblo, proletario, la nación o el partido) que a su vez tenía que poner en tensión el discurso para poder actuar y ocupar el espacio público; de esta forma el intelectual se cruzó con otras dimensiones de la experiencia social. Los discursos se politizaban contribuyendo al debate, pero tal rasgo también provocaba que estos cayeran en las lógicas políticas.

Ni en el peronismo ni en los partidos de la izquierda revolucionaria se podía actuar y pensar al mismo tiempo. Entonces la acción comenzó a devorar a la acción crítica sobre la que, de algún modo, se había fundado este movimiento vasto de incorporación de intelectuales y artistas a la política.

irreductibles a las propiedades intrínsecas". Ver: Pierre Bourdieu, "Campo intelectual y proyecto creador", en Jean Pouillon y otros, *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1981, p. 11.

²⁶⁵ Sarlo, Beatriz, "Intelectuales: ¿escisión o mimesis?", *Op. cit.*, p. 3.

Nos habitaba una certidumbre que puede reconstruirse más o menos así: si ése era el momento de la política, si las dimensiones políticas debían justamente hegemonizar las otras dimensiones de prácticas y discursos, la legitimidad del mundo de los intelectuales dependía de una fuente exterior. La política se convirtió en criterio de verdad y aseguró un fundamento único a todas las prácticas.²⁶⁶

Siguiendo esta argumentación, las relaciones entre la historia y la política o la cultura y la política se simplificaron “hasta la parodia”, es decir, que la política fue pensada como centro único, englobaba el futuro, lo cotidiano, lo privado, el presente. La concepción que diferenciaba esferas de lo social llegó a perderse en esta gran esfera. Lo político designaba a los “aliados” y a los “enemigos”, incluso en el ámbito del arte y la cultura.

Las nuevas reglas subordinaron al intelectual y dejaron el camino poco transitable a la “multiplicidad de regímenes de legalidad y lógicas”. ¿Cómo surgió esto?, se pregunta Sarlo, y sin responder del todo lanza algunas hipótesis.

La Argentina no permaneció ajena, en este periodo, al espíritu de revolución que recorrió las capitales europeas: la insurgencia estudiantil del mayo francés resume un fenómeno de radicalización e izquierdización que desata el vendaval de la crisis del reformismo. La revolución cubana parecía probar al mismo tiempo que la revolución era posible y que la voluntad de un puñado de hombres (ahí estaba la teoría de Debray de la transformación del foco en partido como forma americana de la política) podía ser suficiente para el impulso inicial; la revolución cultural china traducida y sofisticada por la intelectualidad europea, proporcionaba un modelo, vivido como absolutamente nuevo, de las relaciones entre intelectual y partido, intelectual y pueblo, trabajo intelectual y trabajo manual, cultura política. En un futuro próximo, la Argentina podía incorporarse a esta ola de transformaciones. Los deseos no eran moderados ni mediocres.²⁶⁷

Entonces, la política era concebida como avance seguro, se pensaba en el derrumbe inevitable del enemigo y siempre se apostaba por un futuro mejor. En el entonces presente, narrado por Sarlo, se lee un mundo en el que las certidumbres se deterioran y los intelectuales corren el peligro de quedar pasmados contemplando un pasado, ya fuese como forma de derrota o como regodeo en el error. “Ambas perspectivas nos convierten el sujetos

²⁶⁶ *Op. cit.*, p. 4.

²⁶⁷ *Op. cit.*, p. 4.

inexplicables y, al mismo tiempo, ocuyen la posibilidad de reconstruirnos como intelectuales públicos”.²⁶⁸

Siguiendo el argumento, habría que rehuir al conformismo o escepticismo. Habría también que aceptar correctamente los propios límites del trabajo intelectual en la academia. La apuesta de la directora de *Punto de Vista* en esos años cruciales para las definiciones futuras fue proponer que el pasado no había que reafirmarlo obtusamente o, por el contrario, enterrarlo o aplanarlo.

Así, Beatriz Sarlo propone una serie de temas que, en su opinión, tendrían que estar en los primeros puntos de la agenda intelectual argentina: repensar las relaciones entre cultura, ideología y política (entendiendo que cultura y política son instancias disimétricas, no homológicas). Repensar al intelectual como sujeto en tensión entre lo cultural y lo político, no como ser subordinado a las lógicas de una u otra instancia. Alejarse de quienes miran con el prisma de la autonomía de las esferas y también de quienes sostienen la idea del pacto de mimesis entre cultura, ideología y política.

Para ello recupera el concepto de heterogeneidad como un recaudo teórico para aprehender la diferencia y lo inestable. A fin de cuentas el intelectual siempre funciona bajo marcos inestables.

Hemos aprendido dolorosamente que pedir lo imposible no implicaba conseguir lo posible sino, por lo general, todo lo contrario. También hemos aprendido que desear sólo lo posible no asegura conseguirlo. Quizás una tarea del intelectual (pienso en el intelectual de izquierda con toda la carga de ambigüedad e indeterminación del adjetivo) sea precisamente la de trabajar en y sobre los límites, con la idea (vinculada a la de transformación) de que los límites pueden ser destruidos, pero también con el reconocimiento de su existencia, y del peso de su inercia.²⁶⁹

Pensar al intelectual en el límite implica cuestionar si es necesario su discurso. La disyuntiva planteada por Sarlo al principio de su ensayo se cuestionaba si el intelectual tendría que inclinarse por la escisión o la mimesis. Queda claro que la segunda, al referirse a la idea de realismo queda descartada, para Sarlo, como posible camino.

La prensa, decía Gramsci, es la parte más dinámica de la estructura ideológica de una clase dominante, aunque no la única. Al complejo formidable de trincheras y fortificaciones de la clase dominante podría oponérsele un

²⁶⁸ *Op. cit.*, p. 5.

²⁶⁹ *Op. cit.*, p. 6.

espíritu de escisión “o sea la progresiva adquisición de la conciencia de la propia personalidad histórica, espíritu de escisión que debe tender a extenderse de la clase protagónica a las clases aliadas potenciales”.²⁷⁰

Para Sarlo el espíritu de escisión estaría originándose en la relación entre la percepción de lo real y las líneas de transformación: necesitamos una nueva tónica que articule el deseo del cambio, dotándolo de la fuerza que impulsaba la tónica revolucionaria de las décadas pasadas. Pero sería necesario también que encontráramos la fuente del deseo, decía Sarlo.

Más adelante indagaremos sobre las formas y los límites que esta apuesta intelectual planteada por Sarlo, y que es extensiva al colectivo intelectual que publicaba *Punto de Vista*, encontró al buscarse en los límites, en lo heterogéneo y en la escisión.

En 1994, Sarlo publicó el libro *Escenas de la vida Posmoderna*. En él dedica todo un capítulo a los intelectuales como tema. Vale la pena mirar este texto posterior en relación con lo que la autora pensaba pocos años antes.

Los intelectuales, dirá Sarlo, pensaron que eran vanguardia y voz de los sin voz; muchos encontraron no la fuente del deseo sino la fuente del poder en su hacer, otros estuvieron dispuestos al sacrificio o teorizaron sobre la necesidad de organizaciones verticales y centralizadas, en este camino insultaron, persiguieron, debatieron o ignoraron a otros de su mismo género. Prosigue la autora su argumentación diciendo que los intelectuales mantuvieron la pasión de lo universal.

Vivieron el dilema de su ser de artistas, de filósofos, de intelectuales: en su diferencia encontraron la razón para comprometerse con la sociedad. De su diferencia extrajeron la fuerza y la legitimidad que les permitió hablar a las sociedades y a los pueblos. Pero también criticaron esta ilusión y señalaron que sólo se trataba de ficciones embellecedoras que servían para conservar las posiciones adquiridas.

Se sintieron libres frente a todos los poderes; cortejaron todos los poderes. Se entusiasmaron con las grandes revoluciones y, también, fueron sus primeras víctimas. Son los intelectuales: una categoría cuya existencia misma es hoy un problema.

Ante las críticas que este ensayo despertaría, Sarlo publicaría en 2001, en su libro *Tiempo presente*, un apartado dedicado a los intelectuales, respondiendo

²⁷⁰ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Tomo II, México, Editorial ERA, BUAP, 1999, México, p. 55.

a aquellos que habían calificado sus apreciaciones sobre los intelectuales de “nostálgicas”. Sarlo dirá que, efectivamente, extraña el lugar que los intelectuales tuvieron respecto al que ahora tienen; un intelectual no tendría que ser profeta ni intérprete, dedicado a trasladar los valores de un lado a otro, con la esperanza de que aquellos que creen en valores diferentes se comprendan en lugar de pelearse. “El intelectual como el ciudadano es parte de ese conflicto de valores y defiende valores, aunque, al mismo tiempo, tenga respecto de los valores una perspectiva relativista”.²⁷¹

En aquel entonces Sarlo dirá que, ante el Estado, el gobierno y el poder haría falta política, construcción de poder y nuevas formas culturales, entendidas no sólo como simples desvíos o transgresiones. No bastaría con manejar radios barriales, organizar ollas populares

mientras los intelectuales sintonizamos algún canal extranjero de cable, entre libro y libro, y nos extasiamos frente al círculo donde los sectores populares practican su insurrección simbólica, trabajando como pueden en lo que pueden.²⁷²

Sin embargo, será justamente en los actos culturales, como la creación de radios barriales u ollas populares, en los que algunos jóvenes verán la gestación de nuevas formas intelectuales. En el libro *La nueva generación intelectual*, Omar Acha hace una dura crítica a las generaciones intelectuales argentinas que preceden a la suya, a su idea del intelectual; precisamente porque, en el “amanecer de una nueva generación intelectual en la Argentina”, éstos realizan actividades culturales de muy diverso cuño, desde escribir libros o filmar películas o documentales hasta crear blogs, hacer teatro, etc.; no se trata de una función o atribución, y en cambio se espera una cierta militancia de izquierda y el reconocimiento de funciones intelectuales que no son normalmente valoradas. Se trata de un trabajo intelectual y de creación de esa generación que no puede ser individual, aunque en momentos no se pueda escapar de ello, y que carga con la ausencia de una praxis intelectual heredada, pues en el helicóptero en el que huyó Fernando De la Rúa en 2001 se fue también “un mundillo de pensamiento” y se quedó una crisis de la que la intelectualidad reformista no pudo salir. Entre otras cosas, la nueva “será una

²⁷¹ Beatriz Sarlo, *Tiempo presente*, Buenos Aires, Argentina, siglo XXI editores, 2010, p. 228.

²⁷² *Op. cit.*, pp. 228-229.

generación sin supremacías ni carismas indiscutibles”.²⁷³

4. El riesgo de que la inquietud se estanque

El texto de Altamirano “El intelectual en la represión y en la democracia” fue primero transmitido de forma oral. Quizá por eso guarda estilísticamente cierta frescura que se extraña en algunos de sus demás textos.²⁷⁴

Si el cuestionamiento principal de Sarlo en el artículo anteriormente expuesto se refería a las posibles opciones que un intelectual tenía para pensarse en una época de certidumbres deterioradas, Altamirano comienza su texto con una pregunta más ambiciosa: ¿Qué es un intelectual?

Como sabemos las respuestas han sido múltiples, pero no voy a entrar en la querrela de las definiciones acerca de lo que es o debe ser un intelectual (la pasión normativa suele ser casi inevitable en este terreno, sobre todo entre los intelectuales, y no me excluyo de esa tentación). Dejo de lado esa querrela, no porque crea que todas las definiciones valgan lo mismo, sino porque quiero adoptar una, eligiéndola antes que nada por el tema de la ponencia que se me ha propuesto.²⁷⁵

Así, Altamirano entrará en el debate con una definición en términos políticos prestada de Michel Foucault, la cual dice que un intelectual es “el que hace uso de su saber, de su competencia, de su relación con la verdad, en orden a las luchas políticas”.²⁷⁶ Esa definición, a decir del autor, es la más pertinente y la que mejor condensaría el espíritu dominante en la cultura de la izquierda intelectual a comienzos de la década de 1970. Entonces, para hacer un análisis del texto de Altamirano, primero habría que desentrañar esta definición de Foucault.

La cita de Foucault a la cual se refiere Altamirano posiblemente la leyó en el libro “Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones”, publicado por Alianza editorial en 1981, en el que se recopila una serie de entrevistas a

²⁷³ Omar Acha, *La nueva generación intelectual*, “Introducción a la orfandad intelectual”, Herramienta ediciones, Buenos Aires, 2008, pp. 17-32.

²⁷⁴ El ensayo referido fue una ponencia presentada en el mes de agosto, en un encuentro organizado por Saúl Sosnowsky del que posteriormente saldrá una de las primeras compilaciones sobre investigaciones de revistas latinoamericanas. Véase, Saúl Sosnowski, *Op. cit.*

²⁷⁵ Carlos Altamirano, “El intelectual en la represión y en la democracia”, en *Punto de Vista*, núm. 28, año IX, 1988, p. 2.

²⁷⁶ Michel Foucault, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Alianza editorial, Madrid, España, 1981, p. 185.

Michel Foucault, y entre las cuales se encuentra una concedida a Alessandro Fontana en la que se abordó el tema de los intelectuales.

A decir de Foucault, algunos marxistas habían considerado el estudio de las relaciones entre el saber y el poder como “un problema políticamente sin importancia y epistemológicamente sin nobleza”.²⁷⁷ Primero debido a que al formar parte del *establishment* universitario algo de miopía los invadía. Segundo, porque “el estalinismo posestaliniano” no permitía abordar temas no explorados y tercero, aunque quizá como un factor no tan determinante, la posible conciencia de que no era políticamente correcto criticar la idea de poder, prisión y encierro, con la historia de los Goulag encima.²⁷⁸

Foucault prosigue su argumento diciendo que a él, a pesar de que lo consideran un pensador que hace una teoría a partir de la discontinuidad, en realidad lo que le interesa es cuestionarse por los despegues bruscos, precipitaciones, transformaciones que no responden a imágenes tranquilas y continuistas sobre la historia. Pero, y ahí está el nudo central de la propuesta de Foucault, no sólo habría que elaborar interpretaciones sobre la temporalidad de los cambios, sino acerca de si en realidad éstos se deben a que existe “una modificación en las reglas de formación de los enunciados que son aceptados como científicamente verdaderos”.²⁷⁹

No se trataría pues de atender a los cambios de contenido, ni a la alteración de teorías, sino buscar los cambios de aquello que *rige* los enunciados y la manera en que unos a otros de esos enunciados se van relacionando hasta modificar un régimen de forma global. El problema entonces estaría en mirar históricamente cómo se producen los efectos de verdad en el interior de los discursos “que no son en sí mismos ni verdaderos ni falsos”. Para ello el concepto de poder ayuda, siempre y cuando se entienda más allá de la ecuación que lo mira sin separarse de la represión.

Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, forma saber, produce discursos; es preciso

²⁷⁷ *Op. cit.*, p. 176.

²⁷⁸ GULAG son las siglas en ruso de la Dirección General de Campos de Trabajo. Con el tiempo ha dejado de nombrar sólo a la institución, para hacer referencia a los mecanismos de represión del Estado soviético a través del trabajo forzado.

²⁷⁹ Michel Foucault, *Op. cit.*, p. 178.

considerarlo como una red proactiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir.²⁸⁰

Es ahí en donde entra el tema de los intelectuales. Para Foucault, al intelectual, “llamado de izquierdas”, se le había concebido como el maestro de la verdad y la justicia, una especie de conciencia de todos.

Del mismo modo que el proletariado, por la necesidad de su posición histórica, es portador de lo universal (pero portador inmediato, no reflexivo, poco consciente de sí mismo), el intelectual, por su elección moral, teórica y política, quiere ser portador de esa universalidad, pero en su forma consciente y elaborada. El intelectual sería la figura clara e individual de una universalidad de la que el proletariado sería la forma sombría y colectiva.²⁸¹

Sin embargo esta fórmula no sería la imperante en los años en que escribió el francés su texto; para él tendría otro lugar el intelectual, que ya no sería en los terrenos de lo universal, justo y verdadero para todos, sino en lo que es justo y verdadero para especificidades. Sería el “intelectual específico” en contraposición al “intelectual universal”.

Desde entonces, Foucault advertía que habría que reelaborar la función de intelectual específico en relación con las nociones de poder y verdad. Pese a las nostalgias por formas de intelectualidad universales, no habría que prescindir del intelectual específico, sino de la relación entre éste con el poder y la verdad. Siguiendo con esta argumentación, habría que pensar los problemas políticos de los intelectuales no en términos de “ciencia/ideología” sino en términos de “verdad/poder”. A partir de esa idea pueden volver a replantearse los temas de la profesionalización del intelectual y la división entre trabajo manual/intelectual.

Por “verdad”, entender un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados.

La “verdad” está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan. “Régimen” de la verdad.²⁸²

De esta forma, el problema político esencial del intelectual no sería criticar los contenidos ideológicos ligados a la ciencia, sino saber si es posible construir

²⁸⁰ *Op. cit.*, p. 182.

²⁸¹ *Op. cit.*, p. 183.

²⁸² *Op. cit.*, p. 189.

una nueva política de la verdad. Parafraseando a Foucault, no se trataría de liberar a la verdad del poder, sino separarla del poder como hegemonía.

Volvamos al texto de Carlos Altamirano. Para él la cultura intelectual de izquierda habría sostenido su discurso en una verdad: todo es político, la cultura también. Altamirano se reconoce como heredero de los valores creados por esa afirmación, pero pretende escapar de algunas de sus certidumbres. Para el mundo de los integrantes de la cultura de izquierda (socialistas o populistas), la dictadura significó la prisión, la tortura o la muerte. Para otros tantos, el exilio.

No voy a referirme a los primeros, porque no tengo nada que añadir al testimonio de quienes sufrieron la represión en carne propia y lograron salir con vida de la cárcel o de estos centros de abyección que produjo la dictadura argentina, todos sabemos también que algunos de nuestros mejores escritores fueron asesinados en este tiempo. Tampoco voy a referirme a los que tomaron el camino del exilio, no importa si forzosamente o no, porque quién puede negar que más allá de las amenazas más o menos directas, la Argentina se había tornado casi irrespirable después de 1976.²⁸³

Sin embargo, Altamirano explícitamente centrará su atención en los disidentes que permanecieron en Argentina y que provenían de fragmentos de constelaciones dispersos y muy pocas veces comunicados entre sí; su preocupación central será entender las formas que tuvo esta disidencia nacida de núcleos disgregados de un “sector intelectual” derrotado tras el 24 de marzo y que vivirá bajo la amenaza de la represión y del terrorismo ideológico. ¿Cómo los intelectuales argentinos pudieron escapar de la “cultura del miedo” y articular expresiones de desacuerdo con el orden autoritario?, se pregunta Altamirano.

En esa época se construyeron grupos de reflexión sobre lo que estaba sucediendo en donde se hacían esfuerzos por preservar la identidad y lograr que la política no desapareciera de los espacios públicos o se ciñera sólo a los que la dictadura ponía en escena. Además de estos espacios conjuntos de reflexión, existió otro lugar de resistencia desde el que puede leerse la densidad cultural de ese momento: las revistas.

Contrario al prejuicio que concibe a la cultura argentina de la época como un momento de parálisis generalizada, existieron en Argentina

²⁸³ Carlos Altamirano, *Op. cit.*, p. 2.

numerosas revistas críticas, la mayoría de corte literario, que fueron de las pocas expresiones visibles de disidencia intelectual contra el régimen dictatorial.

Las revistas literarias suelen ser, por lo general, vehículos de estrategias culturales y estéticas de grupos más o menos restringidos. Aquellas a las que me refiero ahora eran, en su mayoría, manifestaciones de núcleos independientes que buscaron crear, a través de publicaciones de escaso tiraje y de circulación casi marginal, focos de expresión de esa cultura fragmentada en que se había convertido la izquierda intelectual.²⁸⁴

Entre los proyectos que Altamirano menciona como los que tuvieron mayor potencia de resistencia y creatividad están las revistas *Crítica y Utopía*, *Humor*, *Nueva presencia* y *El porteño*, el esfuerzo editorial del Centro Editor de América Latina y la irrupción creativa de Teatro Abierto en 1981.

La llegada de facto del general Galtieri a la presidencia en 1981, la ocupación de las Malvinas, la guerra y su “delirio patriótico”, el colapso de la dictadura fueron puntos de inflexión para la intelectualidad argentina de izquierda. Altamirano se identifica con el grupo de intelectuales que reconocieron el valor sustantivo de las libertades civiles y la vida pública, al momento de la irrupción de la dictadura.

¿Fueron eficaces esas formas de disidencia?, se pregunta Altamirano. Su respuesta es un “no sé” dudoso, que sólo se permite afirmar que todos los esfuerzos se hicieron bajo la ilusión de pensar que se estaban haciendo cosas importantes. Lo que sí generaron las experiencias de esos años fue la suspicacia “frente a los intelectuales que, en la definición de las propias responsabilidades, ponen por delante la cuestión de la eficacia, que pretenden razonar como astutos porque creen interpretar las astucias de la historia, aquellos para quienes sólo hay que contar con los hechos y dejar de lado la indignación, si no se quiere ser políticamente ingenuo”.²⁸⁵

Cuando Altamirano escribió este artículo hacía casi tres años que había llegado Alfonsín al gobierno, y si algo caracterizaba ese momento era la incertidumbre y la búsqueda de la fuente del deseo a la que se refería Sarlo en el artículo antes referido.

²⁸⁴ Carlos Altamirano, *Op. cit.*, p. 3.

²⁸⁵ Carlos Altamirano, *Op. cit.*, p. 4.

Altamirano dudaba de la consolidación de la democracia política y presentaba la incertidumbre como un problema para los intelectuales, sobre todo para aquellos que “no se consideran ciudadanos especiales ni quieren retomar la disyuntiva entre preocupación democrática y preocupación social o nacional”.²⁸⁶

Para él, se perfilaban entonces algunas tendencias después de la apertura del proceso democratizador. Algunas serían aquellas que elaboraban discursos y fórmulas totalizadoras articuladas por un modelo de intelectual pensado como aquel que es portavoz de grandes síntesis teórico-prácticas. Habría otros que defenderían la competencia intelectual en áreas y disciplinas particulares que, generalmente, guardan más conciencia de la complejidad, de los problemas nacionales y la democracia, por ejemplo. Por último, existiría una tendencia a la institucionalización académica y estatal del intelectual, además de tener una presencia en los medios de comunicación masiva.

La conclusión de Altamirano es la siguiente: el ejercicio intelectual en la vida política no puede ceñirse al esquema planteado, no sería, decía el autor en esos años, deseable que así sucediera. En caso de ser así, se corría el riesgo de que la inquietud se estancara en los hábitos de la institución y que el intelectual se convirtiera en un intérprete del orden. Dado el contexto vivido en esos años, serían necesarios los cuestionamientos impertinentes, las reinterpretaciones del conflicto, las legitimaciones de aquello que no figura en la agenda pública o en la lógica de los medios de comunicación masiva.²⁸⁷

5. Derecho de réplica

Para no correr el riesgo de la que inquietud se estanque, para lograr que la duda sea siempre el motor del pensamiento y para hacer de la crítica un ejercicio casi natural, hay que hacer de la réplica un derecho.

²⁸⁶ *Ibidem*.

²⁸⁷ Altamirano ha dedicado gran parte de su trayectoria justamente al estudio de los intelectuales en América Latina. Habría que mencionar dos de sus trabajos posteriores, *Intelectuales. Notas de investigación*, Norma, Bogotá, Colombia, 2006, y la dirección de la obra colectiva *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Carlos Altamirano (dirección), Kats Editores, España, 2008, e *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX*, Kats Editores, España, 2010.

En otras etapas de su existencia, *Punto de Vista* no fue tan receptiva al debate como en esta que nos ocupa. Fueron varias y profundas las polémicas que atestiguaron las páginas de *Punto de Vista*, la mayor parte de ellas reproducidas en la sección “Derecho de réplica”. Comenzaremos con la descripción del texto que Beatriz Gercman y Alejandra González escribieron para dialogar con el artículo de Sarlo anteriormente referido.

“Escisión o mimesis, el círculo de la política”, es una profunda y cuidadosa propuesta para debatir con el ensayo de Sarlo, centrando la mayor parte de la atención en un personaje: el intelectual. Más allá de que esta réplica reproduzca una postura común en la época, la cual sobrevaloró el papel del individuo, es valiosa su intervención en el debate sobre el intelectual, sus sujetos e interlocutores, sobre todo porque parte de la idea de que praxis y teoría no pueden separarse: el que construya una metafísica, que cargue con sus monstruos.

El intelectual, a decir de las autoras, es un ser ambiguo que puede optar por la “acomodación académica” o el “compromiso político”. Con un fino sarcasmo prosiguen su argumento colocando al intelectual como quien puede darse el lujo de poseer una memoria y dotarla de sentidos, interpretar e incluir a los “excluidos” y al final sentir frustración ante la ausencia de sueños cumplidos por los sujetos que él mismo ha creado.

El cambio, el progreso, el proletariado, la vanguardia, la nación, la masa, el deseo, la continuidad, la clase intelectual, residuos polémicos de diversas tradiciones encadenadas por una lógica feroz, materializada en un monstruo que devora a su propio creador. Desdichado científico incapaz de soportar que aquel a quien dio sentido, esos restos amorfos a los cuales convirtió en sujeto, no cumpla con el sueño de la transformación social que él concibió.²⁸⁸

El intelectual sería un pensador solitario que nunca habla de individuos y al que se le dificulta imaginar interlocutores válidos, entre otras cosas porque es una especie de Narciso que está perdido en su propia contemplación. Las ideas de Foucault aparecen de nuevo como el argumento para sostener que los intelectuales han perdido su antigua función y la nueva los condena a reproducir el mito del maestro y mártir que tiene al Otro, al representado, a la mayoría silenciosa como su contrapartida.

²⁸⁸ Beatriz Gercman y Alejandra González, “Escisión o mimesis, el círculo de la política”, en *Punto de Vista*, núm. 27, año IX, agosto de 1986, p. 41.

En todo caso, la “revolución” no ha sido más que un giro redundante, y a la vuelta de los tiempos, los intelectuales escépticos o azorados, pueden elegir nuevamente si explican al pueblo o se aíslan en el gremio ¿Por qué reincidir en la búsqueda de una figura general y pública que no sea la del político? Si no es de la política de quien debemos temer, sino precisamente de toda figura general y pública.²⁸⁹

Nada hay, prosigue el argumento de Gercman y González, que certeramente anude tópica y deseo. El discurso que dota de significado no podrá ser quien libere al deseo; “que la ética en su modo más alto sea impracticable no significa que no sea un referente de la libertad”; el intelectual vive el abismo entre símbolo y realidad, y no se conforma con estar atrapado en ese hiato para elaborar una perspectiva crítica. El intelectual sería aquel que elabora un pensamiento crítico desde las grietas, las fisuras y aberturas entre la realidad y sus formas de significarla.

La fórmula escisión o mimesis sería, para las autoras de la réplica, un planteo circular, que supone un grado cero del discurso teórico y que al final se torna servil pensando que es significativo para los sectores populares.

Fragmentándose en los espacios políticos, los intelectuales se abolieron de antemano en el tiempo —abolición de lo privado y del presente.

Nostalgia por la reconstrucción de un intelectual público: una especie de pedido para deshacerse (en parte solamente) del poder que tiene el lenguaje de definir. El poder no es idéntico al lenguaje, pero jamás se separa totalmente de él.²⁹⁰

¿Cómo se logró que este ensayo apareciera en *Punto de Vista*? En 2011, gracias a la comunicación vía correo electrónico, Beatriz Gercman contestó brevemente a la pregunta sobre cómo habían construido ella y Alejandra González esta respuesta de forma colectiva. Dijo que fue sorpresiva la publicación, que de hecho no les avisaron que saldría a la luz y que se enteraron cuando ya estaba circulando. Ellas leyeron el artículo de Sarlo y lo confrontaron con las lecturas que estaban haciendo en ese momento, principalmente textos de Foucault y Levi; con las reflexiones surgidas de estos textos y con la experiencia personal, ambas escribieron la réplica en la que lo que se defiende no es el espíritu de escisión en el intelectual y tampoco la mimesis, se pugna por la defensa del político a secas.

²⁸⁹ *Ibidem.*

²⁹⁰ *Ibidem.*

6. Intelectuales en transición

En la revista *Punto de Vista* se plasmaron líneas de discusión y agendas de temas y problemáticas que marcaron puntos de tensión en el pensamiento de la izquierda local en una época de quiebre. Entre los temas analizados en la publicación, algunos de los que tuvieron mayor centralidad fueron el de la democracia y la definición de los lugares y funciones del intelectual dentro de ella. La revista defendía la idea de que en el nuevo orden democrático se tendrían que articular, como valores sustantivos, las libertades civiles con los principios de igualdad y justicia.

A la discusión sobre el tema de la transición democrática se sumó prácticamente toda la intelectualidad de la época, que lo abordó desde diferentes perspectivas. Sin embargo, en *Punto de Vista* se evidencian con gran nitidez los cambios ideológicos producidos en algunos grupos intelectuales que pusieron todas sus esperanzas y deseos en la consolidación de una cultura democrática.

Como ya se dijo, los años ochenta en Argentina fueron una especie de bisagra epocal, en la que se pasó de un terrible y traumático proceso dictatorial, a un galopante y poco crítico empeño por instaurar regímenes democráticos cortados con la tijera liberal. “La transición democrática” es una conjunción de términos que definen el traspaso del gobierno del régimen dictatorial al régimen democrático a partir de diciembre de 1983, pero este proceso se desarrolla también durante los tiempos del mismo gobierno democrático.

“Transición a la democracia” no sólo se refiere al campo político, sino a un entramado social más complejo; la democratización en el terreno de lo cultural significará necesariamente redefinir las relaciones entre cultura y política, y con ello plantear nuevamente los marcos conceptuales y políticos con los que se había explicado la realidad.

En ese sentido, *Punto de Vista* se convirtió en un referente que interpretaba, proyectaba, proponía, cuestionaba y marcaba los temas a discutir por un sector de la intelectualidad argentina que fue fundamental para

comprender los imbricados caminos tejidos entre la cultura y la política en el país.

¿En dónde se colocó la crítica?, ¿qué concepción de democracia defendieron?, ¿cómo concibieron al intelectual en el nuevo empeño democrático?, ¿cuáles eran los tópicos con los que se cruzaba el de la democracia?, ¿cómo pensaban el futuro democrático?, son algunos de los cuestionamientos que se asoman al leer varias de las páginas de la revista argentina.

En 1983 subió Alfonsín al poder. Este hecho fue fundamental para el grupo de *Punto de Vista*, porque representó un parteaguas en la historia argentina, y como tal fue analizado por la revista. En estos años *Punto de Vista*, así como otras publicaciones, voltearon a un pasado inmediato y a los temas que éste les imponía (exilio, subjetividades confrontadas, violencia política, socialismo, dictadura...) y al mismo tiempo buscaron armarse como intelectuales partícipes de un proceso de democratización.

Si en los primeros editoriales de *Punto de Vista* se perciben tímidos ánimos reconstructivos del paisaje intelectual argentino, para el año de 1983 ya existe claramente la intención de volcar la reflexión al lugar que el intelectual debía guardar en una sociedad democrática.

Las reconstrucciones de la cultura argentina, de sus instituciones y sus redes, de todo aquello que ha sido degradado material e ideológicamente, constituirá un desafío para los intelectuales. Porque esa reconstrucción exigirá debate y espíritu crítico, pero también nuevas ideas. Y los intelectuales no deben participar en ella con mentalidad de preceptores o de profetas, sino como ciudadanos. Estas son las apuestas de *Punto de Vista*.²⁹¹

Esta idea de entender al intelectual como ciudadano es la que cruzará como hilo invisible muchos de los textos en los que se reflexione sobre el tema. ¿Se trata pues de una propuesta que busca diferenciarse de la figura del intelectual que guardaba una especie de brecha o distancia respecto al resto de los ciudadanos y que se configuró desde finales del siglo XIX?, ¿qué es lo nuevo en esta concepción?

La situación política, que cambia a fines de 1983, nos plantea otras exigencias respecto, en primer lugar, de nuestra identidad como intelectuales. Si la dictadura militar nos arrojaba a ser pura oposición, un gobierno democráticamente elegido, y sobre todo, la reconstrucción del sistema

²⁹¹ “Editorial” en *Punto de Vista*, núm. 17, abril de 1983, p. 3.

institucional y político abren interrogantes sobre el lugar y el carácter de nuestras intervenciones, a menos que concluyamos que nuestra identidad debe ser sólo pura oposición y negatividad.²⁹²

Sin embargo, la reflexión sobre la democracia se venía haciendo efectiva desde antes del quiebre político de 1983. Si bien el debate tomaría más fuerza a partir de 1984, y en especial en y desde el número 20, de mayo de 1984, a mediados de ese año, ya desde el número 15, de agosto-octubre de 1982, se comenzaron a discutir algunos temas que fueron convirtiéndose en tópicos del debate democrático.

Algunos de esos tópicos que se atravesaban recurrentemente cuando se pensaba la democracia fueron: el del socialismo y su relación conflictiva con la democracia; los que se referían a las vías para alcanzar el socialismo, los sectores populares, los derechos humanos, la guerra y su relación con la política, la hegemonía, la crisis, el marxismo-leninismo, el anarquismo, aunque de manera tangencial, la política misma, la ética, el peronismo y, también de manera tangencial y no explícita, el radicalismo.

Es en este sentido que el PEHESA revisa la constitución histórica de los sectores populares y la posibilidad de integrarlos al sistema político como emanación democrática. Esta presencia del sujeto político popular será una veta que cruce buena parte de los textos, aunque de manera incipiente y en definitiva empañada por la figura de las estructuras y las formas tradicionales del Estado y la política moderna.

En el texto de 1982 ya referido “¿Dónde anida la democracia?”,²⁹³ los autores proponen plantear el problema del sistema político democrático desde una perspectiva “complementaria” al análisis habitual. Éste suele centrarse, dicen, en los grupos dominantes, los factores de poder y la institución militar, y considera a los sectores populares apenas una “fuerza impulsora”.

Se entiende entonces que los grupos dominantes son definidos por separado de las fuerzas armadas y los llamados *factores de poder*. Los sectores populares serían, sin embargo, los más interesados en “una democracia auténtica”. Tal cosa implica una “participación igualitaria” (que había de encontrarse sólo en organizaciones celulares de la sociedad civil), un

²⁹² “Editorial”, en *Punto de Vista*, núm. 30, julio-octubre de 1987, p. 2.

²⁹³ PEHESA, “¿Dónde anida la democracia?”, *Punto de Vista*, núm. 15, año V, agosto-octubre de 1982, p. 6.

sistema de partidos que integre intereses sectoriales y genere proyectos políticos, los cuales deben “apoyarse necesariamente en esa red de organizaciones primarias donde se gesta la experiencia democrática”.

El texto encuentra en la experiencia cotidiana de las organizaciones la respuesta sobre el *nido* de la democracia. Sin embargo, como ya se había mencionado, es en el sistema de partidos donde se integrarían las demandas de los sectores populares. La experiencia democrática produce demandas y conserva las células primeras, los *nidos* “en los que se refugia y mantiene latente [la democracia] cuando el sistema político deja de ofrecer el marco para que esa experiencia primaria se proyecte en la vida política”.²⁹⁴

Los autores dan cuenta de la constitución histórica de los que llaman *sectores populares*. Los sectores organizados comenzaron su conformación de redes en las últimas dos décadas del siglo XIX, mediante la integración de viejos grupos criollos y nuevos inmigrantes europeos. Habrían surgido de forma espontánea y con una amplitud de fines y funciones. Los gremios por oficio gestados en esas organizaciones serían también la matriz, el hilo conductor para la formación de sindicatos. Esta perspectiva destaca el tamaño reducido y la asociación voluntaria de los miembros de los gremios, pero otorga a las dirigencias el mérito de captar las demandas y formular las consignas que posibilitan su movilización, negando al mismo tiempo la adhesión de los trabajadores a la ideología anarquista.

En tal visión lineal de la historia, el avance en el surgimiento de partidos políticos modernos sigue a la aparición de gremios. Los autores ubican en esos partidos una apertura hacia las organizaciones populares. Dedicar especial interés al radicalismo y al Partido Socialista. Este último se habría limitado a la representación de un núcleo de intelectuales, cuya dirigencia anquilosada se habría convertido en una “dictadura”. También se había visto limitado por la influencia anarquista, especialmente entre los inmigrantes, y por una corriente gremial “sindicalista” que rechazaba a los partidos.

De esta manera, al ser absorbidas por los partidos, las organizaciones perdieron el carácter de órganos primarios así como la horizontalidad. Se plantea la posibilidad de que en otros sectores de la sociedad fueran surgiendo

²⁹⁴ *Ibidem.*

otras nuevas organizaciones, con un carácter similar, y que ofrecerían la clave para entender la vida política de su presente. Y el surgimiento del peronismo sería un ejemplo de ello, dicen, pero su estudio lo deja apenas sugerido.

Esta incipiente presencia popular diversa aparece de manera reiterada y sirve como punto de partida. Es de hecho uno de los tópicos que cruzan estas reflexiones, ya sea como nido de la democracia o como “irrupción de un coro” que había permanecido en la sombra.

Por ejemplo, en mayo de 1984, en el texto “La rebelión del coro”, donde se ocupa de la idea de la autoemancipación de los sectores populares, José Nun pone en cuestión la idea del proletario heroico, cuestionando también la idea de la política heroica y con ella la muerte del proletariado como sujeto revolucionario. En oposición con una definición hegemónica que entiende la política como “espacio público de lo grandioso”, Nun la define como una construcción cotidiana y situada en las coyunturas. “Porque ocurre que, en nuestra época, la vida cotidiana ha comenzado a revelarse”. Y si no hubo una sola forma de revolución burguesa, tampoco hay un único camino para la superación de esta sociedad.

Esos caminos comienzan a ser planteados por lo que llama “la rebelión del coro”; todos esos grupos sociales que han ido “pugnando fragmentariamente por romper [el] silencio aquí y ahora sin esperar el ‘gran cambio revolucionario’”.²⁹⁵ Puesto que en la vida cotidiana no sólo se reproduce el orden dominante, es ella un espacio atravesado por puntos de ruptura, si bien muchas veces contradictorios y parciales, no por ello menos importantes al momento de hacer la lógica de la lucha social más íntima y permanente.

Nun también matiza esta idea y llama a no caer en un “seguidismo” y un “reduccionismo basista” que anularía “la significación y la singularidad de las múltiples instancias en que se estructura un sujeto revolucionario”. Y señala dos consecuencias de perder de vista esta complejidad, desde la perspectiva de un “marxismo criollo”: perpetuar la visión heroica de la política, y conducir al autoritarismo; silenciar al *coro*, que es precisamente quien se ha encargado de poner al descubierto el fracaso del discurso heroico.

²⁹⁵ José Nun, “La rebelión el coro”, en *Punto de Vista*, núm. 20, año VII, mayo de 1984, p. 10.

En “Democracia y socialismo. ¿Etapas o niveles?”, texto de diciembre de 1984, Nun vuelve sobre esta idea de la rebelión del coro y aborda la crítica de cierta comprensión de la teoría marxista. Se inclina aquí sobre una crítica del leninismo, el vanguardismo y el autoritarismo, para plantear una búsqueda del socialismo por medio de niveles y no de etapas. “Etapismo negro” es como llama a la respuesta espontánea de la izquierda ante la disyuntiva de posponer el socialismo, ante la necesidad de privilegiar el trabajo por una “democracia gobernada”, en la que se convoca al pueblo sólo para que decida cuál de las minorías dominantes debe gobernarlo, y que se diferencia de una democracia gobernante, en la cual el pueblo participa directamente, formula políticas y toma decisiones. Nun define el socialismo y la democracia gobernante como la posibilidad de socializar los medios de producción y de decisión.

Para optar por un planteamiento basado en niveles y no en etapas, el autor propone que se evite invertir la problemática planteada por el reduccionismo de clase, y dar con ello a la política el lugar que éste otorga a la economía; al contrario, habría que simplemente alejarse de esta fórmula. Nun va a buscar el punto de confluencia de la cuestión democrática con una idea de socialismo no autoritaria, y para ello acude a la articulación de partidos, sindicatos y movimientos de base, niveles que “deben ser articulados entre sí; pero sólo será adecuada y eficaz una articulación que admita (y que respete) las especificidades de cada uno”. Se trata de “democratizar los sistemas de autoridad en todas las áreas de la vida, respetando sus características propias”.²⁹⁶

Este problema será abordado también por Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, por ejemplo, en “Crisis social y pacto democrático”, y debatido por Vicente Palermo en “Sobre democracia y socialismo democrático”. En su texto, De Ipola y Portantiero señalan a las situaciones de crisis como momentos de recuperación del tema de la subjetividad y de las relaciones entre ética y política. Sería en tal circunstancia que surge la necesidad de redefinir los sentidos de la acción social. “En la medida en que la crisis es de diferenciación, realimenta la emergencia de nuevos sujetos portadores de nuevas identidades,

²⁹⁶ José Nun, “Democracia y socialismo. ¿Etapas o niveles?”, en diciembre de 1984, p. 24.

que superan el velo de silencio social en que habían sido colocados: el mundo de las *ciudadanías* se disgrega y se complica.”²⁹⁷

Las identidades fragmentadas se reagrupan en torno de nuevos temas, dicen, y sugieren: “Es la ‘rebelión del coro’ que deconstruye súbitamente antiguas identidades y constituye nuevas”. Pero surge en paralelo una corriente simultánea que tratará de agrupar y jerarquizar las escisiones. La visión revolucionaria clásica no escaparía a esa tentación, ni a una lectura negativa de la crisis, “por el contrario, la crisis debe ser leída como construcción, como posibilidad, como productividad; ella desnuda la falsedad de un mundo ‘natural’ y replantea la imagen de la sociedad como lo que realmente es: un producto ‘artificial’, una sucesión de opciones cuyo resultado está abierto.”²⁹⁸

En tal circunstancia, la democracia como “utopía de conflictos, de tensiones y de reglas para procesarlos” sería la única metáfora capaz de fundar un orden político democrático. La acción política sería concebida, entonces, como “una especie de juego colectivo basado en un sistema de reglas constitutivas”. El pacto democrático estaría, pues, definido como un compromiso entre diferentes para delimitar el marco en el que los conflictos puedan desenvolverse, y requeriría de una dimensión ética insoslayable.

Tras esta definición de política, De Ipola y Portantiero señalan que muchas veces las luchas políticas persiguen en primer término definir la política. Tanto en una sociedad casi anárquica, en un extremo, como en una sociedad sumamente ordenada, en el otro, existe una tendencia a borrar la diferencia entre reglas constitutivas y reglas normativas; en un caso los distintos actores defenderán sus propias reglas, en el otro se excluirá a quien cuestione las normas establecidas. “A saber: en el caso de la sociedad ‘anómica’ prevalece la tendencia a reducir la política a la *guerra*; en el de la sociedad ‘ordenada’, a asimilarla al *rito*”.²⁹⁹

Desde la izquierda, algunos defensores de esta asimilación encuentran un asidero en textos de Foucault que habían sido recientemente conocidos y

²⁹⁷ Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, “Crisis social y pacto democrático”, en *Punto de Vista*, núm. 21, año VII, agosto de 1984, p. 14.

²⁹⁸ *Op. cit.*, p. 15.

²⁹⁹ *Op. cit.*, p. 17.

en los que pensaba la política como continuación de la guerra por otros medios.³⁰⁰

De Ipola y Portantiero proponen derivar otras propuestas de un artículo anterior del mismo Foucault.³⁰¹

En ese artículo Foucault no habla en términos explícitos de política; pero habla en cambio de esos dos registros vecinos a la política (y vecinos el uno al otro) que son el lenguaje y la muerte. Su punto de partida es el examen de ciertas ‘obsesiones’ que marcan, indeleble pero también insistentemente a determinadas expresiones del género narrativo —por lo demás, temporal y culturalmente muy distantes unas de otras. Y acuerda especial atención a una de esas expresiones: la del relato que se autoconcibe como tentativa de detener la muerte, de ponerle una barrera o aplazarla indefinidamente.³⁰²

Para estos autores debe haber, entonces, una política que se sitúe en la misma posición que mantiene ese lenguaje ante la guerra y la muerte, que funcione como ese lenguaje. De aquí derivan su propuesta de una política que “sólo es pensable sobre la base de concebir a la sociedad como un esquema mixto de cooperación y conflicto”.³⁰³

En “Sobre democracia y socialismo democrático”, de 1989, Vicente Palermo debate con otras ideas de De Ipola y Portantiero. Cuestiona especialmente la crítica a los populismos y socialismos discursivos que se realiza con un enfoque análogo al que tratan de superar. Palermo señala por ejemplo la propuesta de hegemonía pluralista, supuestamente contenida en el socialismo discursivo. “Puesto que la *hegemonía* debe ser *pluralista*, pero, al fin, *hegemónica*, los interrogantes apuntan —entre otras cosas— al ‘sujeto’ de dicha hegemonía”.³⁰⁴

Este autor recuerda cómo una tradición socialista, la de la II Internacional, evita cuestionar el principio de dominación. Señala el abandono de la confrontación ideológica y política del socialismo democrático con el Estado. La socialdemocracia habría tenido éxito precisamente por no haberse propuesto superar el capitalismo. Pero esto termina cuando las necesidades de la acumulación se imponen.

³⁰⁰ Michel Foucault, *Defender la sociedad*, *Op. cit.*

³⁰¹ Michel Foucault, “Le langage à l’ini”, *Tel Quel*, Núm. 15, Suil, 1963.

³⁰² Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero, *Op. cit.*, p. 18.

³⁰³ *Op. cit.*, p. 19.

³⁰⁴ Vicente Palermo, “Sobre democracia y socialismo democrático”, *Punto de Vista*, núm. 36, año XII, diciembre de 1989, p. 39.

Palermo va concluyendo con la duda de que exista un antagonismo fundamental del socialismo frente a todo principio de dominación. Así, “el verdadero problema del socialismo *democrático* no es la socialización de la propiedad, tanto como la socialización del poder”.³⁰⁵ Pero y si fuera imposible socializar el poder, qué es lo que permitiría seguir pensando que el socialismo democrático puede hacer que la democracia cumpla sus promesas.

En la lectura de esta selección de textos políticos, de este periodo en *Punto de Vista*, uno de los problemas recurrentes es el de la extinción del Estado en la teoría marxista. El debate comienza a tomar forma en el número 20 (1984), bajo el título de “La izquierda: crisis de una cultura política”, con la publicación de artículos de Juan Carlos Portantiero, José Nun, Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Pietro Ingrao. Con “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, Juan Carlos Portantiero abre el debate y se refiere al tema de la extinción del Estado. “La propuesta marxiana lleva a sus extremos esta tradición según la cual el Estado debe subordinarse completamente a la sociedad”,³⁰⁶ dice, y agrega que la diferencia con los anarquistas en dicho sentido sería más sobre los métodos.

Portantiero discute el abordaje de Marx y Engels sobre la relación Estado/sociedad, la subordinación de aquél a ésta y la idea de dictadura del proletariado; trata de poner en situación los textos que se refieren a estos temas y desentrañar las consecuencias. “No importa tanto saber qué quisieron decir Marx, Engels o Lenin sobre la cuestión de la dictadura del proletariado, sino cuál ha sido el resultado práctico de esa experiencia”.³⁰⁷ Así, la introducción de Engels a la reedición de “La lucha de clases en Francia”, de Marx, sería un parteaguas que se coloca entre la ampliación del Estado, y de los derechos, la presencia de las naciones. Y en la medida en que las únicas disponibles referían a la dictadura del proletariado “no es aventurado suponer que el enorme vacío que el marxismo del siglo xx propone sobre la cuestión se deriva de esa precaria contraposición entre un enunciado abstracto y una realidad estatal y social enormemente más compleja”.³⁰⁸

³⁰⁵ *Op. cit.*, p. 42.

³⁰⁶ Juan Carlos Portantiero, “Socialismo y democracia. Una relación difícil”, en *Punto de Vista*, núm. 20, año VII, mayo de 1984, p. 1.

³⁰⁷ *Op. cit.*, p. 4.

³⁰⁸ *Op. cit.*, p. 3.

Según Portantiero, para Engels el referente era la Comuna de París, y de aquí derivaría el antimperialismo de Lenin, apoyado en la idea de que los soviets eran capaces de afrontar mejor sus tareas democráticas. “Cualquiera sabe ya que el resultado histórico de esa profecía fue absolutamente contrario a la utopía de la extinción”, concluye.

El enorme peso de la burocracia llamada “soviética” y la gran influencia de su aparato de difusión ideológica en el mundo hacían difícil desentrañar los elementos fundamentales de este debate, aunque para esos años ya la imagen de la URSS estaba muy desgastada y la utopía comunista cargaba con todo el peso de esta desilusión. Ello no implica que no existieran, o no estuvieran visibles los elementos de este debate, representados por las experiencias de la Comuna de París como referente antiestatista, por un lado, y por la burocracia y el autoritarismo estalinista, por el otro.

Portantiero señala estos dos elementos. Sin embargo, como sucederá en adelante con mucha frecuencia, resulta mayor el peso de la contradicción rusa, en donde la historia no condujo a la extinción del Estado y, en la práctica, se dejó intacta la palabra dictadura, mientras se manipuló la idea de proletariado. Tanto en *Punto de Vista* como en general en el campo intelectual, incluyendo incluso al cubano, la ausencia de la Comuna y la presencia del estalinismo como referentes de la experiencia concreta comunista, serán tendencias que irán en incremento.

Como resultado de esta situación, “difícilmente controvertible”, se habrían generado dos intentos de reformulación al interior del pensamiento socialista. Por un lado aparecía el “consejismo”, con todas sus potencialidades democráticas, aunque también corporativas, por lo que el autor postula la necesidad de conservar al ciudadano, los partidos políticos y el parlamento, procurando una relación entre socialismo y democracia en donde ninguno de estos conceptos se limite a remplazar al otro. “Es obvio que la democracia no es identificable con el Estado liberal, pero ya parece también evidente que el socialismo no podría prescindir de la acumulación cultural y política que implican ciertas adquisiciones del liberalismo”.³⁰⁹

³⁰⁹ *Op. cit.*, p. 5.

La propuesta de Portantiero es la construcción de una hegemonía pluralista, que ve en el consenso la integración de las diferencias y del disenso. Para este autor, la democracia se define, pues, como una relación delimitada institucionalmente, y contraria al “consejismo” y la democracia directa.

Unos números después, este debate contará con un importante aporte, en la traducción y publicación de un texto que planteaba preguntas fundamentales sobre la suerte del marxismo después de Lenin: “¿Cómo esta trampa sin precedentes pudo funcionar tanto tiempo?”, pregunta Cornelius Castoriadis, en “El desmoronamiento del marxismo-leninismo”.³¹⁰ Y en el mismo texto ensaya algunas respuestas. En primer lugar, el marxismo se construye como un imaginario mesiánico de una Tierra prometida basado en la ciencia; con Lenin ésta pasa a un segundo término y es remplazada por la fuerza. Es el elemento que explica la historia del siglo xx, afirma. “No se trata del miedo a la fuerza —real e inmensa allí donde el comunismo está en el poder— sino de la atracción positiva que ejerce sobre los seres humanos”.³¹¹

Pero hay que leer con cuidado y separar las críticas a Marx de su importancia; “la doctrina de Marx ayudó enormemente a creer, por lo tanto, a luchar”. Sus ideas sobre el autogobierno de los productores provienen más de la lectura de los periódicos que de los socialistas utópicos; hay en este autor una fascinación por la polis y el demos griegos, y por la fuerza jacobina de la Revolución francesa, que se encuentra opacada por sus interpretaciones.

Si Engels contribuyó a generar una vulgata marxista, es Lenin el creador del totalitarismo, y aparece “como el artesano casi exclusivo de un trastocamiento formidable y, al mismo tiempo, como una brizna de paja sobre la ola de los acontecimientos”. Desde entonces ya no importó el poder como medio de transformación sino para imponer transformaciones que permitieran conservarlo y reforzarlo.

Sin duda, el régimen no hubiera podido sobrevivir durante setenta años si no hubiera conseguido apoyos sociales importantes, desde la burocracia ultraprivilegiada hasta las capas que, sucesivamente, se beneficiaron con su “promoción social”; se produjo un tipo de comportamiento y un tipo

³¹⁰ Este texto fue publicado originalmente en *Le Monde*. Forma parte de *El avance de la insignificancia*, bajo el título: “Marxismo-leninismo: la pulverización”. Existen diferencias entre las distintas traducciones. También se tradujo como “La pulverización del marxismo-leninismo”, título con el que fue publicado (dentro del dossier “Del soviét al Gulag”) en *Iniciativa Socialista* núm. 49, 1998.

³¹¹ Cornelius Castoriadis, “El desmoronamiento del marxismo-leninismo”, *Punto de Vista*, núm. 37, año XIII, julio de 1990, p. 2.

antropológico de individuo dominado por la apatía y el cinismo, preocupado sólo por las ínfimas y preciosas mejoras que a fuerza de astucia y de intrigas podía conseguir para su esfera más privada.³¹²

Castoriadis presencia el desmantelamiento del bloque soviético y con él la ideología del marxismo-leninismo. Y advierte que el odio de quienes lo han sufrido los conducirá a rechazar todo proyecto que no sea el capitalista liberal. Pero “cuando se disipe el polvo: la humanidad tendrá que volver sobre estas reflexiones “a menos que desee continuar su carrera hacia un horizonte más y más ilusorio que, tarde o temprano, se encontrará con los límites naturales del planeta si éste no se desmorona también, bajo el peso de su ausencia de sentido”.³¹³

Dos temas que cruzan este texto parecen colocarse detrás de los motivos de su reproducción en *Punto de Vista*; en primer lugar, la crisis del pensamiento marxista, asociado entonces fuertemente al fracaso del bloque soviético, y, de manera menos evidente, la idea de la autodeterminación del pueblo, como crítica del autoritarismo pero también de la existencia misma del Estado.

Si bien del primer tema Castoriadis deriva elementos muy útiles para pensar el autoritarismo, incluso más allá del siglo xx, no pone un énfasis suficiente en el segundo, que sería la primera víctima del marxismo-leninismo, a saber: la disolución del proyecto autoemancipatorio; la fascinación marxista por la autoorganización de los obreros. Éste será un hilo conductor y una ausencia también para los textos políticos publicados en *Punto de Vista* durante este periodo, y en el debate antes mencionado.

En realidad, la preocupación por el Estado y las contradicciones autoritarias, que para Castoriadis son bien representadas por la figura de Lenin, aparecen en *Punto de Vista* con un peso tan desproporcionado como el que le otorgó la vulgata marxista (como lo señalan algunos textos aquí analizados) y como el que hasta la actualidad le concede buena parte del pensamiento social.

Pero el acento que la realidad imprimía en estos años estaba colocado en otra parte. En el mismo número 37 (1990) Beatriz Sarlo, en un texto de título

³¹² *Op. cit.*, p. 5.

³¹³ *Op. cit.*, p. 6.

“Basuras culturales, simulacros políticos”, elabora una revisión de la mediatización de la política. ¿Qué sucede cuando la parafernalia ocupa el lugar de la política? Si ésta toma el modelo de la televisión, copia la estética del anuncio publicitario, donde la verdad es indiferente y superflua; los escenarios, las cosas y las personas cambian su tamaño. “Cuando se cambia la escala en el espectáculo se modifica también la escala del espectador”.³¹⁴

Entonces, lo político puede “bajar al llano” sin perder el tamaño que le ha otorgado la publicidad. Este sujeto cambia de escala también, al trasladar el discurso al terreno de la técnica: “el saber técnico no necesita convencer sino enseñar y su estrategia argumentativa olvida la persuasión para imponerse por la mostración”.³¹⁵

Esta operación repara, además, la grieta entre los intelectuales y la sociedad: “la pospolítica técnica no necesita de los intelectuales que, como categoría, pierden el espacio público donde surgieron históricamente”.³¹⁶

El icono técnico, explica Sarlo, se combina con el simulacro mediático para dar una idea de unidad, de lugar común. Como en la pospolítica técnica, donde el discurso se *presenta* como técnico, no hay signos sino simulacro de signos; “un gigantesco collage de basuras culturales”.

Sarlo ocupa algunas imágenes, especialmente de la campaña presidencial peruana de junio de 1990, en la que Fujimori derrotó a Vargas Llosa. Tales imágenes le sirven para reflexionar sobre estos simulacros políticos y los préstamos entre el discurso político y los medios de comunicación.

Esta intelectual insistirá en el análisis de las representaciones, la idea de pospolítica y la cultura. Su mirada va de los escenarios de la deliberación política a la competencia electoral (como en el caso anteriormente citado) y hasta el ámbito mundial globalizado.

Unos números más tarde, en “La Guerra del Golfo: representaciones pospolíticas y análisis cultural”, Sarlo revisa esas nuevas formas de representación, asociadas a las nuevas tecnologías y las innovaciones militares; la transmisión mediática de la guerra propuso una estética

³¹⁴ Beatriz Sarlo, “Basuras culturales, simulacros políticos”, *Punto de Vista*, núm. 37, año XIII, julio de 1990, p. 15.

³¹⁵ *Op. cit.*, p. 16.

³¹⁶ *Ibidem*.

bidimensional, como la del videojuego, donde, una vez más, el signo es remplazado por el simulacro, y ya no existen niveles de representación:

No existen escenarios diferenciados, en la medida en que todo es escenario de simulación [...] Ahora bien, el escenario constituye el espacio fundamental de lo simbólico: en el escenario se produce la instauración de la política, de la ley, de la moralidad y, por consiguiente, en el escenario es posible el cambio y el conflicto sobre estas tres instancias de constitución de lo social.³¹⁷

Como Fujimori y muchos otros, Menem y Collor de Melo optaron por el discurso mediatizado, repetitivo y apoyado en la gestualidad en lugar de en el de la oralidad; los gobiernos latinoamericanos pasaron de dictaduras a procesos de transición democrática y a “gobiernos de derecha que prescinden de los valores que habían configurado la cultura política a comienzos de los ochenta”.

Por lo tanto, afirma Sarlo, las preguntas han cambiado; la Guerra de Golfo subrayó la crisis de los instrumentos de análisis; y los intelectuales se encontraron

encerrados en esta doble pinza: hijos de las crisis de las vanguardias, pero, al mismo tiempo, constituidos en ellas; sumergidos en la obscena abundancia comunicativa de la industria cultural, oscilamos entre la tentación (imposible) de convertirla a la religión del arte o destruirla como a un *deus ex machina* infernal, última arma inventada por el capitalismo en su ocupación implacable y progresiva de las dimensiones culturales.³¹⁸

El señalamiento de una crisis de las vanguardias y de la contradicción derivada de ella en el trabajo intelectual no sería menor, ya que constituye un elemento fundamental, asociado a los dos tópicos aquí señalados: la crisis del marxismo-leninismo (del Estado autoritario) y la, entonces, menos tomada en cuenta idea de la autoemancipación de los pueblos.

El texto de Sarlo aparece precedido por la reproducción de una carta de Paul Thibaud difundida por *Esprit*, cuya finalidad era reunir firmantes “menos preocupados por tomar posición a favor o en contra de la guerra que por valorizar un acuerdo mínimo sin el cual la posguerra se precipitará en una guerra de culturas”.³¹⁹

³¹⁷ Beatriz Sarlo, “La Guerra del Golfo: representaciones pospolíticas y análisis cultural”, *Punto de Vista*, núm. 40, año XIV, julio de 1991, p. 29.

³¹⁸ *Op. cit.*, p. 31.

³¹⁹ Paul Thibaud, “La posguerra y los intelectuales”, *Punto de Vista*, núm. 40, año XIV, julio de 1991, p. 26.

Esta carta, titulada “La posguerra y los intelectuales” comienza subrayando las consecuencias del espectáculo de la guerra: la ignorancia, el desprecio, el odio y el rencor, que provoca, así como el riesgo de comprometer valores esenciales.

Una vez que la amenaza de la Guerra Fría se había disipado, el mundo tendió hacia la universalización de un derecho, que se impuso por medio de la guerra. La carta de Thibaud refleja un momento inicial del conflicto del golfo, a aceptar la idea de una guerra provocada por “el primer agresor” Saddam Hussein, quien “podría detener la lógica de la guerra“. Llama a los países de Occidente a limitar la violencia como preparación para la paz, a definir largamente los objetivos de la guerra y a plantear una metodología que pueda funcionar con otros problemas de la región.

Concluye advirtiendo sobre el peligro de la “fantasmaticación del pueblo enemigo, de la cultura extranjera“, y llama a aceptar la “responsabilidad de todos, pero en primer lugar de los políticos y de los comunicadores, los periodistas y los comentaristas, [quienes] contribuyen a formar la opinión“.³²⁰

La cortina de la época fue cayendo durante este periodo, en el cual se fueron cerrando unos ciclos (y abriendo otros), o al menos así lo estaba percibiendo la intelectualidad del momento.

En el número 39 en un texto titulado simplemente “Menem“, a un año de que este personaje asumiera la presidencia argentina, Sarlo argumenta sobre la idea del fin de ciclo peronista iniciado en 1945. Menem es no sólo el “enterrador del peronismo“, sino que al clausurar este ciclo da por terminada también una época de “incorporación de los derechos sociales y políticos de masas cada vez más amplias“.³²¹

Menem deconstruyó la narrativa y los mitos del peronismo e impuso un estilo de gobernar antidemocrático, basado en la toma de decisiones y no en la construcción de alternativas. Sarlo denuncia la dureza, la banalidad y el antiintelectualismo menemista.

El estilo de Menem pasa por alto la política, impone una práctica instrumental, donde la sociedad es sólo informada de las decisiones, como el envío de tropas al Golfo, el indulto a los militares represores, la conformación

³²⁰ *Op. cit.*, p. 27.

³²¹ Beatriz Sarlo, “Menem”, *Punto de Vista*, núm. 39, año XIII, diciembre de 1990, p. 1.

de la Suprema Corte de Justicia, etc. Como peronista, Menem estaba convencido de la importancia de lo simbólico, sin embargo, la “épica fundadora de 1945, que tuvo un peso fundamental en la cultura política argentina, desaparece tras los muros posmodernos de un *shopping* o es tragada por la desmesura de reglamentar por decreto un derecho constitucional”.³²² La consecuencia de esta operación es una sociedad concebida como mercado; el ocultamiento del proceso, la “máscara neutra” de la toma de decisiones desvaloriza lo ideológico y el diálogo necesario.

Aquí, Sarlo contrasta su definición de cultura democrática, la que “depende de que se piense que esta operación no sólo es posible sino fundamental a la contrastación de posiciones”.³²³

Menem vendría a representar no sólo la contraposición, sino el referente de una nueva cultura política, que no simplemente habría abandonado las banderas del peronismo histórico, sino que, para Sarlo, las habría cambiado radical y definitivamente.

Algunos números después, en “El peronismo verdadero”,³²⁴ Carlos Altamirano abunda en la interpretación de los distintos peronismos, y en esa tradición de luchar por una recuperación histórica de la esencia peronista. La interpretación de Altamirano se basa en la idea de un peronismo disidente (o verdadero) liderado en ese momento por Germán Abdalá, y uno gobernante, que peleaba por la reelección de Menem. Para el autor, desde 1955 el peronismo existió como dos corrientes diferenciadas; una proscripta, virtual y exiliada, frente a otra empírica, privada de verdad más no de poder.

Ese peronismo disidente simboliza una ausencia, la de Perón, pero también la del pueblo excluido de la política; y una resistencia: “El peronismo verdadero nunca tiene el poder”; Perón mismo “no fue siempre, y en todo momento, el depositario del peronismo verdadero”.³²⁵ Dicha resistencia tenía una tarea fundamental, el rescate de una esencia constantemente pervertida.

Hay aquí una clave y un retorno hacia uno de los tópicos de los que se ha venido hablando, esos hilos que cruzan esta selección de textos: el de una política ciudadana, autónoma o desvinculada del poder.

³²² *Op. cit.*, p. 3.

³²³ *Op. cit.*, p. 4.

³²⁴ Carlos Altamirano, “El peronismo verdadero”, *Punto de Vista*, núm. 43, año XVI, agosto de 1992.

³²⁵ *Op. cit.*, p. 7

Altamirano también destaca la habilidad menemista para, por ejemplo, conjugar en la campaña por la reelección los recursos del poder y la movilización contra el *establishment* proscriptivo; es decir, a ambos peronismos. Del otro lado, la representación del peronismo verdadero corría el riesgo de sólo ser reconocido por una minoría, y perder así aquel antiguo carácter de mayoría latente en una minoría.

Se vuelve a diluir el tema de la emancipación frente al del Estado, la vanguardia y el autoritarismo.

Sobre este tema, en “Eclipse de la memoria, política del olvido” (diciembre, 1989) José María Gutiérrez había comentado sobre una de las señales de actualización del autoritarismo en “democracia”: el indulto a los militares. Si el primer gobierno constitucional formuló decretos “que sometían a juicio a los máximos responsables del terrorismo de Estado (integrantes de las tres primeras juntas militares) y del terrorismo subversivo (dirigentes de las organizaciones guerrilleras), además de crear una comisión de notables encargados de investigar la desaparición de miles de personas Comisión Nacional Sobre la Desaparición de Personas (CONADEP)”,³²⁶ tal era una estrategia para despolitizar el antagonismo cívico-militar. Aunque la idea del indulto no estuvo presente durante las campañas, fue apareciendo mientras se acercaba la elección, con la influencia de las nuevas circunstancias creadas por el levantamiento de los militares conocidos como *Carapintadas* en Villa Martelli y el ataque al cuartel militar de la Tablada por parte del grupo guerrillero Movimiento Todos por la Patria, así como por la crisis económico-social, que deslegitimaban a Alfonsín. Su ventaja electoral y la entrega anticipada del mando le dieron a Menem un margen de maniobra.

Pero el factor determinante que precipitó la intención de indultar, fue la articulación poselectoral de un proyecto de salida de la crisis y de reconversión a fondo del capitalismo argentino, cuyas bases de sustentación socio-políticas e ideológicas no provienen del esquema populista tradicional (ni fueron promesa de campaña) sino de “establishment” económico más transnacionalizado y sus aliados políticos y sindicales.³²⁷

³²⁶ José María Gutiérrez, “Eclipse de la memoria, política del olvido”, en *Punto de Vista*, núm. 36, año XII, diciembre de 1989, p. 2.

³²⁷ *Op. cit.*, p. 3.

Otros factores jugaron a favor de la movilización de los organismos de derechos humanos, la cual postergó la medida y los alcances del indulto, pero no pudo cancelarla.

Para Gutiérrez, el indulto es éticamente escandaloso y una impostura política. “Sin embargo, las consecuencias más graves del indulto son aquellas que afectan los cimientos simbólico-culturales de la democracia y que, desde el inicio, se habían constituido en la referencia legitimatoria fundamental del proceso de redemocratización”.³²⁸

El indulto implica romper “la amarra más importante que todavía mantenía anclada la voluntad política de construcción” de una democracia constituida por acontecimientos que fueron espejos de memoria e identidad colectiva, el destructor del terror de Estado y la fundación de una comunidad política, pero especialmente por la irrupción del discurso de los derechos humanos, que genera por una parte una identificación en el rechazo a la violencia y por la otra una identificación como comunidad política.

Si bien el indulto no variaría la voluntad de persecución del cumplimiento de los derechos humanos, a menos que hubiera un retroceso autoritario, sí iba a modificar su dinámica y sus impactos. Y un signo alentador de ello, dice Gutiérrez, es la marcha contra el indulto, del 8 de septiembre de 1989. Mostraba además, que había de manera embrionaria, una voluntad política distinta de la oficial, una que miraba a los derechos humanos como una conquista.

Todos estos hilos han generado, en efecto, un panorama y unas identidades políticas y ciudadanas, que desde los primeros años de la primera década del siglo XXI se han expresado fuertemente, ya sea inclinándose hacia ese “peronismo verdadero” y plebeyo, o hacia una versión más institucionalizada, pero con el tema de la memoria y los derechos humanos como piso fundamental casi siempre.

7. El derecho al recuerdo

³²⁸ *Op. cit.*, p. 4.

Otra pregunta que emerge de la lectura de estos números, es aquella que se refiere a las formas en que el grupo intelectual de *Punto de Vista* usó la historia para proyectar futuros.

En *Punto de Vista* se hizo una revisión de las lecciones del pasado como ejercicio ineludible; se defendió la idea de que el derecho al recuerdo tiene que exigirse desde una perspectiva crítica que abandone la posición de víctima pasiva.

El ensayo de Beatriz Sarlo aparecido en 1984, "*Una alucinación dispersa en agonía*"³²⁹, es fundamental para comprender el complejo pasaje de unas formas de pensar sobre la dictadura y la represión, a otras que buscaban eliminar los puntos ciegos de los relatos militantes.

En este lúcido ensayo de Sarlo se percibe el esbozo de una hipótesis que será manejada por varios de los integrantes de *Punto de Vista*, y es justo la idea de mirar a la dictadura en su continuidad con el pasado argentino, es decir, verla en relación con los procesos políticos de las décadas del sesenta y setenta, poniendo atención en la propia historia de los movimientos de izquierda.

Después de la dictadura, los argentinos vivieron un quiebre, la relación con el pasado inmediato se tornó conflictiva. Sarlo, en este ensayo, sostiene que el acto de recordar debe ser un derecho, sobre todo en un presente en el que los argentinos habían "tocado el fondo de los fondos",³³⁰ y es que la dictadura introyectó la idea de que el futuro no le pertenecía a los sujetos y por lo tanto la relación que tuvieron con ese pasado inmediato que anulaba el futuro fue conflictiva. De esta forma, los ochenta fueron para Sarlo las horas del recuerdo, horas marcadas por la dispersión de pedazos de subjetividades que no saben qué hacer con su pasado.

Para recomponer lo fragmentado no habría que negar lo sucedido o inventar unidades imaginarias constructoras de certidumbres; tampoco reproducir un discurso anulador del sujeto que todo lo mira con la óptica del binomio víctima/victimario.

³²⁹ Beatriz Sarlo, "Una alucinación dispersa en agonía", en *Punto de Vista*, núm. 21, año VII, agosto de 1984, p. 1.

³³⁰ *Ibidem*.

Recuperar la memoria nos compromete a recordar también *lo que hicimos*, no para proponer una tranquilizadora equivalencia entre pueblo autoritario y régimen autoritario, entre ferocidad terrorista y ferocidad represiva, entre guerra justa y guerra sucia. Creo que recuperar la memoria supone, quizás en primer lugar, no apostar a ningún sistema de equivalencias simétricas, que nos asegure una perspectiva de hoy desde donde mirar los lugares pretéritos.³³¹

La propuesta de Sarlo era un punto de inflexión respecto a los discursos generalizados sobre el pasado inmediato. No era la única que estaba elaborando críticas en ese tenor. De hecho, en este ensayo, Sarlo dialoga con Pablo Giussani a propósito de la aparición de su polémico libro *Montoneros. La soberbia armada*³³² y, en medio de una fuerte polémica sobre las principales ideas vertidas en el libro, Sarlo aplaude la capacidad de Giussani de elaborar preguntas necesarias y con perspectiva crítica en tiempos en ésta última era imprescindible.

El derecho al recuerdo implicaría no hacer sólo un recuento de los daños, sino de saberse participante de lo ocurrido, por supuesto no como responsables, sino como sujetos activos en la historia. El recuerdo tiene sus reglas, dice Sarlo, las cuales habría que pensar colectivamente porque el pasado le pertenece a toda una generación. El problema sería que, si existe el derecho al recuerdo, habría que poner atención en las formas de enunciarlo.

Siguiendo este argumento, para Sarlo la ideología de la guerrilla encontraría su estética. Ejemplo de ello es lo que Rodolfo Walsh escribió en una carta a su hija Vicky y en otra, dirigida a sus amigos, en las cuales exaltaba estéticamente el sacrificio, el heroísmo. Walsh, dirá Sarlo, habría querido no sólo comunicar sobre la muerte de su hija en un combate absurdamente desigual, sino presentar una estetización de la muerte desde quien “estaba seguro de que había una bala en su propio final”.

Su hija no sólo moría por la revolución a la cual ambos habían apostado, sino que moría bellamente. Se estaba escribiendo un *arte de morir*, un plus agregado a la ideología. Entrelazadas con ella, la violencia y la muerte convierten a la política en un absoluto. La muerte totaliza todo lo que toca y la política se vuelve, a su contacto, totalitaria, porque se juega toda en el límite último de la razón, allí donde la razón ya no puede intentar su discurso.³³³

³³¹ *Ibidem*.

³³² Pablo Giussani, *Montoneros. La soberbia armada*, Buenos Aires, Argentina, Sudamericana-Planeta, 1984.

³³³ *Op. cit.*, p. 3.

Junto a algunas apariciones de Ernesto Sábato en medios públicos y a las propias ideas vertidas en el libro de Giussani, que cuestionaban las formas del recuerdo y la enunciación del pasado reciente, Sarlo rememora un artículo de Schmucler en la revista *Controversia*. Dicha publicación, que salió a la luz de 1979 a 1981, mantuvo una estrecha relación con el equipo editorial de *Punto de Vista*, sobre todo con Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano.³³⁴ El primer artículo difundido por dicha revista fue justamente al que Sarlo se refiere cuando habla de la emergencia de nuevas formas de ejercer la crítica a la dictadura y a la militancia. En dicho artículo el autor se preguntaba si acaso Rucci,³³⁵ no tenía también derechos humanos.³³⁶

Pensar desde una óptica más compleja casos como el de Rucci u otros más, sería la propuesta para hablar de aquello que, por siniestro, se resiste a ser pensado. Dichas formas, lo advierte Sarlo, no serán cómodas, muchos tendrán desacuerdos de fondo que esconderán tras disputas por la forma, quienes hagan esto también pondrán una objeción a la posibilidad de ejercer la crítica. Porque

la crítica es un movimiento imprescindible para saber cómo fue realmente ese pasado, sobre el cual la violencia militar quiso practicar una ablación

³³⁴ El Consejo de redacción de *Controversia* estaba conformado por José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Núdelman, Juan Carlos Pontantiero, Héctor Schmucler y Oscar Terán. Jorge Tula fungía como director. A partir del número 7 se integró Carlos Abalo como integrante del Consejo de redacción.

³³⁵ Carlos Ignacio Rucci fue un dirigente sindical argentino que en un momento de su trayectoria política fue acusado de traición por la organización Montoneros. Giussani asumía en su libro que el asesinato de Rucci fue perpetrado por Montoneros. Por su parte, los acusados se encargaron de rechazar las acusaciones en su contra.

³³⁶ Cabe rememorar una cita extensa de dicho texto para ahondar en el argumento de Sarlo. “Los derechos humanos, considerados como síntesis del papel protagónico de los hombres en una sociedad que tienden a eliminar la opresión y el autoritarismo, se vuelven un objetivo estratégico y no una mera táctica para alcanzar el poder a fin de instalar una sociedad donde esos mismos derechos ya no interesan. La lucha por su vigencia supera la etapa actual y tiene que ver con la naturaleza misma de la sociedad democrática a construir. Si es así, por riesgoso que sea, no pueden eludirse otras preguntas: ¿desde dónde pensar la realidad actual de los llamados países socialistas?, ¿cómo entender que el ejército soviético avale al ejército represor de la Argentina, aunque lo haga en nombre del Partido Comunista, la clase obrera y la lucha contra el nazismo?, ¿qué tiene que ver con el socialismo la alianza de China popular con Pinochet?, ¿cómo ubicar las reclusiones en campos psiquiátricos en la Unión Soviética?, ¿qué valor otorgarle a la paradoja de oficiales del ejército rojo condecorados por Videla mientras la OEA investiga las desapariciones de argentinos? El simple reconocimiento de nuevas tácticas del imperialismo norteamericano no es suficiente. Se impone repensar el porqué de un “socialismo” que gira alrededor de falacias y que repite modelos represivos que niega los derechos humanos reivindicados en las sociedades capitalistas. Se trata de saber, crucialmente, si es posible otro socialismo donde los hombres reconozcan la posibilidad de ejercer el derecho a ser dueños de su destino. La democracia no debería ser vista como una debilidad de la sociedad dividida en clases que debe ser aprovechada para eliminarla cuando las clases oprimidas sean dominantes. Por el contrario, la democracia es un modelo a desarrollar y que exige la eliminación de la tara fundamental de la sociedad burguesa: la explotación del hombre por el hombre. Héctor Schmucler, “Actualidad de los derechos humanos”, *Controversia*, número 1, Octubre de 1979.

sangrienta, pero que tampoco puede recuperarse como si fuera un fósil, intacto y a la vez petrificado.³³⁷

Con esta cita terminaba uno de los textos paradigmáticos de la época, referentes al problema del recuerdo y la memoria. A Sarlo le interesaba definir un “nosotros” crítico, que no se asumiera como la víctima pasiva de un proceso de represión; buscaba trazar un “nosotros” distinto al planteado por los esquemas de la militancia política intelectual de años anteriores.

Años después, en *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*,³³⁸ Sarlo plantea una crítica a los relatos únicos sobre la memoria y la “posmemoria”. Para ello realiza un cuestionamiento a las condiciones teóricas, discursivas e históricas del uso de testimonios, escritos en primera persona, sobre la represión y la dictadura. La literatura, a diferencia del testimonio, tendrá la ventaja de que el narrador piensa *desde fuera*, y esa condición permitirá no sólo padecer la pesadilla, sino apoderarse de ella.

Este argumento, que dota a la literatura de la capacidad de que el ser humano se apropie de su historia y no sólo la mire pasar por el costado, se puede rastrear como parte de una visión compleja sobre la historia, la política y la estética que Beatriz Sarlo fue gestando de la mano de otros integrantes de la revista. En las siguientes líneas, rastrearemos algunos de los planteamientos sobre estos temas vertidos en las páginas de *Punto de Vista* en esta década de transición.

8. Sur, un espejo y no

Hay números cuya densidad en el contenido total provoca, en un primer momento, no poder separar los textos unos de otros. Así sucede con el número 17, de abril de 1983.

Un editorial firmado por el consejo de dirección decía entonces que, si bien no existían las garantías totales para el proceso de democratización, ya que en contra de él conspirarían los operadores del golpe de 1976, habría que mantener la idea de que se estaba en el camino hacia la democracia, la cual no

³³⁷ *Op. cit.*, p. 4.

³³⁸ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI ediciones, 2005.

podía ser tarea de elites y la vuelta a la constitución del 63 no implicaría en sí misma la llegada a ella.

La democratización, dice el consejo de dirección, supone también la producción de nuevas condiciones económicas, sociales y culturales. La democracia no es, pues, una meta, sino un camino. “*Punto de Vista* ha buscado ser, con los medios a su alcance y desde su aparición en marzo de 1978, un vehículo de la disidencia intelectual contra el régimen instalado tras el derrocamiento del gobierno peronista”.³³⁹

En este contexto, las posiciones intelectuales no podrían ser máquinas de guerra intolerantes, sordas a la diferencia. Y se planteaba la idea de que el terrorismo ideológico suele preceder o acompañar a otras formas de terrorismo, en una perversa forma dialéctica.

La reconstrucción de la cultura argentina, de sus instituciones y de sus redes, de todo aquello que ha sido degradado material e ideológicamente constituirá un desafío para los intelectuales. Porque esa reconstrucción exigirá debate y espíritu crítico, pero también nuevas ideas y los intelectuales no deben participar en ella con mentalidad de preceptores o de profetas, sino como ciudadanos. Estas son las apuestas de *Punto de Vista*.³⁴⁰

Escrito desde el exilio en México, un artículo de Terán sigue al mencionado posicionamiento político colectivo. “El error Massuh”³⁴¹ fue y es un importante ensayo para comprender un momento de quiebre sobre la interpretación de la Guerra de las Malvinas al cuestionar las características del nacionalismo que se expresaban en la defensa de la Guerra.

Después del texto de Terán seguirá un dossier sobre la revista *Sur*, el cual concretaba en un trabajo de investigación específico la idea de renovación, creación y crítica intelectual que tanto se postulaba como principio de la revista. *Sur* será analizada, no demonizada. A lo largo de los años ochenta, María Teresa Gamuglio y Beatriz Sarlo publicarán avances de investigaciones de largo aliento sobre la revista *Sur* y el grupo intelectual que la conformaba.

“*Sur*: constitución del grupo y proyecto cultural”, ensayo de María Teresa Gamuglio comienza en clave williamsiana, a leer al grupo *Sur* como un

³³⁹ Consejo de dirección de *Punto de Vista*, “Editorial”, en *Punto de Vista*, núm. 17, año VI, abril de 1983, p. 3.

³⁴⁰ *Ibidem*.

³⁴¹ Oscar Terán, “El error Massuh”, *Punto de Vista*, núm. 17, año VI, abril de 1983, pp. 4-6.

movimiento con un “cuerpo de prácticas o un ethos distinguible“, el cual tiene que ser entendido no desde las tautologías que lo convirtieron en simple portavoz de la oligarquía, en una sola dirección.

Gramuglio propone ver los matices de mantener unidos en el análisis tanto la formación interna del grupo como su significación general. *Sur* no tuvo un manifiesto inaugural, fue más bien la revista de una agrupación que se define a partir de un sistema de relaciones personales, amistosas y de parentesco, que se sostenían por un conjunto compartido de valores éticos y estéticos. Cómo explicar la inclusión de María Rosa Oliver, simpatizante comunista, en los primeros años de *Sur*. La respuesta no se verá certera si se marca en trazos unilineales. La clave, dirá Gramuglio, está en concebir al trabajo cultural y al americanismo de *Sur* ligado a la constitución de un grupo cerrado y minoritario que una vez que se define lo hace al interior mismo de la clase dominante, tanto por la pertenencia como por la diferencia en su interior.

El sistema de valores compartidos de *Sur* sostenía la idea del elitismo del grupo minoritario, de la aristocracia intelectual. Pero no como un reflejo simple del aparato oligárquico de la época.

En el mismo dossier sigue un ensayo de Sarlo titulado “La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*“, el cual está en completa sintonía con la visión de Gramuglio. Que la actividad de *Sur* fue un importante factor de europeización de la cultura argentina de elite no está en duda. De hecho, los hacedores de *Sur* sostenían la convicción de la que literatura argentina precisaba tener vínculos con la europea y estadounidense. Pero no sólo este enunciado definiría lo que fue *Sur*. Esta agrupación cultural no puede pensarse como un simple reflejo de la cultura oligárquica. Hay que aferrarse a la heterogeneidad como punto de partida para ver en *Sur* las fisuras de su composición y la marginalidad respecto a los centros mundiales. Se parte pues de la idea de que la literatura extranjera llena fantasmas de vacíos y que, al mismo tiempo, tiene la función de revelarlos, despojarlos de su condición fantasmagórica. La certidumbre se coloca dentro de las propias carencias.

Esta certidumbre puede experimentarse de varias maneras y según grados de tensión o de conformidad diferentes. Coexisten en *Sur* de estos primeros años un americanismo optimista y uno pesimista; un americanismo confiado en la juventud y en la realización de la promesa que estas regiones arroja hacia el futuro y un americanismo preocupado por los obstáculos reales que presten

como marcas históricas del continente. De todos modos, en ambas flexiones, el americanismo no se hace cargo de la desigualdad y la violencia que separan a América Latina de Estados Unidos (este punto ciego define así una ideología y una política).³⁴²

En esos primeros años de *Sur* sus hacedores son unos intelectuales cuyo punto de unión estaba en pensar que la diferencia no supone inferioridad, sino potencialidad.

Visto con el prisma del tiempo, Sarlo escribió una frase que pareciera no sólo explicar a la revista *Sur*, sino a *Punto de Vista* mismo: “los argentinos leen, traducen, adaptan la lengua propia a la extranjera. Los primeros años de *Sur* mantuvieron a la argentinidad y su futuro en el centro”.³⁴³ Con ello, la revista argentina se sumaba, teórica y prácticamente al debate en torno a los itinerarios en los que se traza el intercambio cultural en América Latina. Tema en donde se cruzó con inquietudes también planteadas en *Casa de las Américas*, aunque en ambas publicaciones dicho problema se resolviera y enfrentara de manera diferente.

En el número 28, de noviembre de 1986, Gramuglio publicará un ensayo en que el sintetiza otros avances más sobre sus investigaciones del grupo *Sur*. En dicho ensayo lo que está de fondo es el cuestionamiento sobre las relaciones entre los intelectuales, el poder y la sociedad. “*Sur* en la década del treinta: una revista política” no es un título retórico. Al adjudicarle una politicidad intrínseca a la revista de Victoria Ocampo, Borges, Bioy, etc., Gramuglio lo que está permitiendo es una lectura presente y política de una revista publicada en el ayer.

Una de las aportaciones más interesantes de este ensayo es que desmenuza la idea de la “derecha” en un ejercicio práctico de investigación histórico-literaria. ¿Con quiénes entabla *Sur* el debate en la década del treinta?, se pregunta Gramuglio, ¿quién es el adversario implícito? Es el nacionalismo católico de derecha, cuya representación material estaba en las páginas de la revista *Criterio*.

Sin embargo, a pesar de este empeño crítico, *Sur* encierra una paradoja interesante: la de ser una publicación que, durante los años treinta, habló

³⁴² Beatriz Sarlo, “La perspectiva americana en los primeros años de *Sur*”, en *Punto de Vista*, número 17, abril- julio de 1983, p. 11.

³⁴³ *Ibidem*.

bastante poco de la realidad nacional. Los tiempos de la dictadura de Uriburu y de gobiernos conservadores no merecieron una crítica explícita, dirá la autora; con ello *Sur* usaba los modelos intelectuales europeos según lo que se quisiera legitimar o criticar y silenciaba aquello no conveniente o con lo que no estaba de acuerdo.³⁴⁴ Las ideas fuera de lugar operaron en *Sur*, desviando, criticando, silenciando, mostrando las complejas relaciones que se tejen entre el poder (quizá habría que enunciarlo en plural para ser más precisos) y fracciones intelectuales diversas.

Para el número 34, de julio de 1989, cuando ciertos muros ya estaban a punto de desmoronarse mientras se construían otros, Beatriz Sarlo publicó un texto sobre Borges que será, sin duda, un antecedente de su famoso ensayo *Borges. Un escritor en las orillas*. En este primero, titulado genéricamente “Borges y la literatura argentina”,³⁴⁵ la autora aborda acerca de la representación, habla del tiempo y la narración retomando la parábola de Funes. “Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero”;³⁴⁶ Funes es capaz de recordar pero incapaz de pensar. El ejercicio de pensar supone la generalización, la abstracción. Este cuento de Borges se plantearía el problema del realismo, de los que se encierran en sus propias experiencias y se condenan sólo a percibir.

En Argentina, dice Sarlo, durante décadas se aprendió con Borges una relación nueva y diferente con la literatura, reorganizándose por completo, poniendo en el centro el problema de la literatura argentina misma. Borges había muerto en 1986, para los últimos meses de la década del ochenta, Borges estaba “herido por la fama” y peligrosamente inmovilizado por la gloria póstuma. La literatura, para no morir, para cumplir la cita con el lector, necesita que la fama y la gloria no mermen la crítica en ningún sentido, decía Sarlo.

Años antes, Sarlo y Gramuglio escribieron cada una un ensayo que vale la pena recordar después de leer el brevísimo esbozo de sus propuestas sobre la revista *Sur* o sobre Jorge Luis Borges. Ambos son textos en los que, de

³⁴⁴ María Teresa Gramuglio “Sur en la década del treinta: una revista política”, núm. 28.

³⁴⁵ Beatriz Sarlo “Borges y la literatura Argentina”, en *Punto de Vista*, Número 34, julio de 1989, pp. 7-10.

³⁴⁶ Jorge Luis Borges “Funes el memorioso”, en *Ficciones*, Buenos Aires, Argentina, La Nación, 2005. p.161.

manera general se hace una reflexión sensible sobre el valor de la literatura y se responde, implícitamente a la pregunta sobre cuáles fueron las formas de enunciar y practicar lo colectivo como adjetivo que acompañaba el trabajo intelectual.

En “Literatura y política” (1983), Sarlo define al campo intelectual argentino como moderno en el sentido de que “las teorías que importan, los libros que se leen, las ‘autoridades’ que imponen sus hegemonías [...] son las mismas que protagonizan el debate intelectual europeo”.

Si una sociedad pone en juego la palabra a través de la literatura, Sarlo propondrá que una de las formas posibles de encontrar sentido en esa “masa dolorosa y desordenada de lo vivido en la última década”, será leyendo la narrativa de esos años.

La narrativa no podía aspirar a restaurar la totalidad perdida, que había sido, por otra parte, una forma de imaginación colectiva; tampoco a cerrar una explicación que ni estaba en condiciones de proporcionar, ni se esperaba razonablemente de ella.

Trabajó, en cambio, sobre los fragmentos de la experiencia, de manera tal que podría decirse que una parte de la mejor literatura argentina de esos años lleva las huellas de la historia. En este sentido, la narrativa es parte de un movimiento colectivo que recién está en sus comienzos: el procesamiento social de la experiencia, a la búsqueda de sus sentidos posibles. Se trata de operaciones de construcción del sentido, a partir de diferentes estrategias y modulaciones, que nos proponen respuestas diferenciadas en sus discursos. Hubo entonces imposición de la historia y, al mismo tiempo, recurso a ella.

La frase ¿quién de nosotros escribirá el Facundo?, escrita por Piglia en la novela *Respiración artificial* (1980), es un cuestionamiento que funcionó como anclaje, contraseña para que los intelectuales argentinos reflexivos, perplejos y desconcertados pensarán sobre los enigmas de la violencia, tanto en su presente como en el de Sarmiento. *Nadie, nada, nunca*, de Saer, es también parte de este anclaje, de la serie de mensajes utópicos y anacrónicos para pensarse. Al igual que *Cuerpo a cuerpo*, de David Viñas.

¿Qué uniría narraciones diversas en las que se ponen en juego la escritura y la historia? La cualidad de estar escritas reflexivamente, que hacen

pensar la escritura literaria como maneras de entender la historia; textos que representen la complejidad, discontinuidad y problematicidad de lo real.

9. Ser lección, no paradigma

Convencidos sus miembros de que las posiciones socialistas no superarían su colocación periférica en el escenario nacional, ni la inclinación a la disgregación e incapacidad política, surgió el Club de Cultura Socialista con el fin de formar una institución civil y pública que contribuyera a la renovación política interrogando críticamente al socialismo como identidad ideológica, cultural y política.

La Ciudad Futura fue la revista natural del Club, sin embargo en *Punto de Vista* se publicó su declaración de principios y varios de los autores de la revista formaron parte de la organización política. José Aricó (1931-1991) es sin duda el más importante de esos autores en cuanto a calidad reflexiva se refiere. La declaración de principios es un documento que a la luz de los años nos dice que, lo que algunos planteamientos que hoy se consideran novedad fueron dichos por otros tiempo atrás. Pasa que algunas enunciaciones se perdieron como agujas en el pajar, quedaron nubladas por paradigmas, ideas, palabras, que fueron siendo hegemónicas en el campo de los intelectuales de izquierda; existen hilos que nos tejen cuyas puntas sobrepasan los tiempos cortos de la política tradicional.

El Club presentó algunas premisas sobre el lugar desde el que hablarían. La democracia y la transformación social estarían en el centro de sus reflexiones, pero en una relación dialéctica en la que estuviera contenida la crítica y la transformación. Ni el tema democrático por sí solo podría configurar una identidad de izquierda, ni el tema social. Se trataba de plantear una organización diferente de las relaciones entre los hombres: el socialismo. Para ello la conquista de la paz era una prioridad.

Hay un párrafo fundamental en el texto que hoy revela que la crítica al modelo desarrollista tiene raíces profundas, las advertencias sobre la crisis a la

que nos conducirían el paradigma de desarrollo, sea de izquierda o de derecha, venían gestándose desde décadas atrás.

Resulta evidente que insistir en un camino de desarrollo que potencie indiscriminadamente la supuesta necesidad de los procesos económicos, científicos y tecnológicos tal cual ellos se dan, no es sino una forma de reproducir la crisis. Para encontrar el paso humano de las cosas es necesario pensar posibilidades nunca exploradas, alternativas no recorridas, que permitan aceptar la contradictoriedad de lo moderno”.³⁴⁷

En ese sentido, esta declaración de principios sostenía que era necesario pensar posibilidades nunca exploradas, alternativas no recorridas. Pensaban que en América Latina se podían generar formas de vida que rompieran con la dinámica incontrolada y perversa contenida en el desarrollo y la vida social de los países centrales. Así fue, en este territorio se generaron movimientos que demostraron la razón que tenía esa latencia de entonces.

Pensaban también que la izquierda debía despojarse de dos ideas sobre las cuales se habían tejido sus prácticas, una de las cuales fue pensar que es el Estado el instrumento privilegiado de transformación social y la otra concebir que el socialismo era un orden que se construiría de arriba hacia abajo; la nueva cultura de izquierda supondría también la aceptación de la diversidad de voces y opiniones.

La lectura de este entramado de propósitos expuestos en la Declaración de Principios del Club de Cultura Socialista puede hilarse más fino si se relaciona con otras lecturas que abonen a las inquietudes expuestas. En las líneas siguientes se retomarán brevemente algunas de las ideas sobre el quehacer intelectual y político que José Aricó plasmó en los artículos publicados en *Punto de Vista* durante la década de los ochenta. En el pensamiento del autor cordobés hay claves para pensarse hoy día, hilos que, a pesar de los años transcurridos, podemos traer al presente; hablando de historia y política también hay que mirar los tiempos largos, así nos daremos cuenta que aunque se imponga una idea de vertiginosidad y transformación radical, también estamos viviendo tiempos parecidos a los ya pasados.

El pensamiento de Aricó nos interpela porque compartimos con él un momento de saber de cierto que estamos en crisis, que es necesario mover al mundo, sacudirlo desde las raíces, pero poseer ante este panorama mucho

³⁴⁷ “Club de Cultura Socialista”, *Punto de Vista*, número 22, diciembre de 1984, p. 40.

más intuiciones que respuestas contundentes. Tenemos la sensación de estar viviendo al igual que Aricó “un momento crepuscular”³⁴⁸ en las formas en que la izquierda ha operado en relación con el Estado y sus instituciones y en el que también se están gestando cosas nuevas que bien a bien no podemos configurar.

En octubre de 1979, en el primer número de la revista *Controversia*, publicada en México por exiliados argentinos, Aricó hacía eco de la idea de que ante la crisis del marxismo que se vivía en aquella época, era necesario encontrar un punto de referencia común en el que el debate pudiera encararse. Aceptando la crisis teórica y práctica del socialismo, habría que ejercer un pensamiento que afrontara dicha crisis desde una crítica despiadada y radical desde la cual pudiese surgir el socialismo “aún inédito”, aquel que articulara y sintetizara lo teórico y práctico, lo ético y político, el ser y el deber ser del movimiento socialista.³⁴⁹ En ese sentido, la labor crítica del intelectual sería, para Aricó, fundamental e inaplazable. ¿En qué consistiría ésta?, ¿qué reflexiones planteó Aricó en sintonía con su concepción del deber ser de un intelectual?

En una entrevista a José Aricó realizada por Carlos Altamirano y Rafael Filippelli publicada en *Punto de Vista* al poco tiempo del fallecimiento de Aricó en 1991,³⁵⁰ éste evocó los tiempos de sus primeros años de militancia, aquellos en los que la entrada al partido comunista implicaba cierta vinculación con el mundo obrero; a los quince o dieciséis años se relacionó en asambleas y discusiones con los miembros del sindicato obrero y comenzó a sentir una sensación de extranjería “de no ser exactamente como todos”.³⁵¹ Aricó vivió en esos años una etapa de deslumbramiento porque fue un “extranjero” que persistió en mantener una mirada curiosa, que desplazó los ángulos, que buscó deshacer las certidumbres del lugar al que como extranjero llegaba.³⁵²

La entrada al partido le abriría el acceso a nuevas lecturas, a un nuevo campo en el saber; y en un sentido social le abriría las puertas a una sociedad

³⁴⁸ Horacio Crespo apunta que Aricó vivió un “momento crepuscular” de una forma de entender el marxismo, el cual se inició con las primeras críticas al estalinismo y culminó con la caída del Muro de Berlín. Confróntese: Horacio Crespo, “Celebración del pensamiento. José Aricó”, Seminario de Historia Intelectual, Febrero, 2002.

³⁴⁹ José Aricó, “La crisis del marxismo”, *Controversia*, núm. 1, octubre de 1979.

³⁵⁰ José Aricó “La construcción de un intelectual”, *Punto de Vista*, núm., 43, agosto de 1992, pp. 1-5.

³⁵¹ *Op. cit.*, p. 2.

³⁵² Véase Jacques Rancière, *Viajes al país del pueblo*, *Op. cit.*, pp. 9- 10.

propia “extremadamente solidaria, intercomunicada, solidaria como son las comunidades perseguidas”. Entraba a un mundo que lo comunicaba con un “inmenso río internacional” cuyo cauce era el comunismo. Esa, diría Aricó, era una sensación poderosa y exaltante que vinculaba historias de lucha casi seculares por el cambio, que además le daba sentido a las historias locales vistas en la perspectiva de una historia universal y que, por otra parte, compensaba el sentimiento de exclusión como individuo.

En el partido logré camaradas. Los amigos se probaron cuando dejé de ser camarada. Yo no sé como definir la amistad en una organización de ese tipo. Si todo está supeditado a la aceptación de la dirección política y de sus resoluciones, si el compañerismo significa, fundamentalmente esto, si se es camarada en la medida en que se participe del mismo sistema de creencias con la misma fe y con el mismo ánimo de no someterlas a discusión, las relaciones amicales nunca aparecen con claridad. Cuando fui expulsado, prácticamente todas las relaciones que habían parecido amicales se destruyeron, porque al hombre expulsado del partido se lo condenaba a una muerte civil; se lo acusaba de traidor, de tráfuga, de haber sido comprado con el enemigo, de corrupto.³⁵³

Esta cita extensa es crucial. Durante todo el siglo xx a la llamada cultura de izquierda le costó trabajo explicar la politicidad contenida en los afectos, en los vínculos humanos que se crean cuando se comparten proyectos políticos a partir de los cuales se forman lazos mucho más complejos que no pueden reducirse a una simple relación de camaradería o compañerismo.

Aricó, como tantos otros militantes de izquierda, entró y salió de la cárcel innumerables veces a inicios de los años cincuenta, años en los que también vería por primera vez el nombre de Gramsci estampado en letras de imprenta. Lo que recuerda Aricó del prólogo de Gregorio Berman a las *Cartas de la cárcel* de Gramsci es la idea que tenía que ver con el papel de aquel militante interesado también en la reflexión teórica; “no encontraba ni en los intelectuales ni en los partidos políticos esa doble función”,³⁵⁴ decía Aricó mientras recordaba que para ir a reuniones del partido con un libro de Gramsci había primero que forrarlo para que no se dieran cuenta que se llevaba uno de esos libros que “siempre te ponían en la frontera”. Gramsci le dio la posibilidad de juntar mundos, de militar al tiempo que leía a Trotsky en silencio. Como un tanto esquizofrénica recuerda su vida de aquellos años, en donde ante el

³⁵³ José Aricó “La construcción de un intelectual”, *Op. cit.*, p. 2.

³⁵⁴ *Op. cit.*, p. 3.

partido se callaba algunas cosas que pensaba y que a veces criticaba afuera, también al defender posturas ante personas que sabían que él pensaba de manera diferente.

Esa memoria sobre el quehacer político no puede perderse en estas anécdotas, similares a las que narran varios de los cubanos censurados en los setenta. Hay una densidad reflexiva importante; son experiencias a las que no podemos darles la vuelta, rodearlas como si nuestro presente no estuviera bajo disyuntivas similares en donde se asoman resquicios de autoritarismo en el pensamiento, en la forma de hacer la crítica o bien como si fuese posible un “campo” intelectual ascético, libre de contradicción.

Después vino la publicación en Córdoba de *Pasado y Presente*,³⁵⁵ revista que buscaba captar la emergencia de un nuevo bloque social-político de izquierda que tenía como uno de sus fondos a la revolución cubana, hecho ante el cual el partido comunista no se pronunciaba con claridad. *Pasado y presente* buscaba comunicarse con los comunistas pero no sólo con ellos, y anclar discusiones más allá del partido, por ejemplo aquellas, provenientes de Italia, sobre la dialéctica y el método dialéctico, sobre la política de alianzas y las modalidades de representación.

En esa entrevista hecha por Altamirano y Fillippelli, Aricó menciona un parteaguas en su vida intelectual: la publicación del primer editorial de *Pasado y Presente* del que ya se habló al inicio de este trabajo y en el que se pugnaba por tomar conciencia del pasado y de su continuarse. En ese sentido, en “La producción de un marxismo americano”,³⁵⁶ Aricó veía en Mariátegui a una de esas voces cuyo eco había que escuchar; ese eco que, parafraseando a Benjamin, resplandecía como imagen del pasado que relumbra y se presenta sin avisar ante el sujeto histórico justo en el instante en peligro que amenaza tanto a los hacedores de la tradición, como a los que la reciben.³⁵⁷ Mariátegui llevó a cabo un ejercicio intelectual que Aricó destaca: logró incorporar el marxismo y la experiencia europea no como paradigma, sino como lección. El primero supondría la idea de ejemplo a seguir, de esquema formal para

³⁵⁵ José Aricó dirigió *Pasado y Presente* en su segunda época, entre abril y diciembre de 1973, participó en la revista desde el segundo año de su creación, incorporándose así a esta publicación que habían fundado Oscar del Barco y Aníbal Arcondo. Crf., Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y presente*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.

³⁵⁶ José Aricó, *Punto de Vista*, número 25. p. 9.

³⁵⁷ Walter Benjamin. “Tesis sobre la historia y otras fragmentos”, *Contrahistorias*, México, 2005, p. 20.

organizar y explicar el mundo; la lección en cambio implica el ejercicio activo de la lectura, la intelección de un texto o conocimiento según quien lo interpreta o dependiendo de las formas en que se encuentre escrito o representado, implicaría el ejercicio de conocimiento que trasmite un maestro a un alumno.

La labor intelectual implicaría concebir la lección como una actividad dinámica, en la que el *alumno* busca incesantemente los orígenes de su pensamiento y se reconoce a sí mismo no sólo por lo nuevo, sino por las huellas de sus maestros dejadas en él. Además de Marx, Aricó reconoce a dos figuras más como parte fundamental de su entramado de pensamiento: Gramsci y Mariátegui.

Del primero sería un gran heredero. Gramsci le aportaría grandes lecciones para comprender su presente; por ejemplo, la idea de concebir al fascismo no simplemente como una peste intelectual y moral o un movimiento audaz carente de toda fe, sino, además de todo esto, como un sistema nuevo de organización de las fuerzas políticas y sociales en torno a un Estado de nuevo tipo.

Esta idea era una lección para mirar al peronismo, no un paradigma que lo explicara. Al ubicar las diferencias de concepción entre Croce y Gramsci en la forma de explicar el fascismo, Aricó proponía ver en el camino de la crítica gramsciana un indicio para explicar el peronismo. Gramsci se propuso buscar en la complejidad del pasado las premisas y condiciones del presente fascista, a diferencia de Croce, quien rechazaba y criticaba una investigación en la que se encontrara en las edades precedentes las causas de los malestares que se manifiestan en el futuro. No era la peste del intelecto, de la mente o del sentimiento aquello que podía dar cuenta de fascismo, sino buscar en la crítica del Risorgimento y del Estado la explicación de un orden político que impidió la resolución de cuestiones vitales para el pueblo y la nación. De la misma forma, el peronismo podía ser leído como el resultado no querido de la decadencia de un orden ilegítimo.

Gramsci nos permitió fijar dos orientaciones que con mayor o menor nitidez estuvieron presentes en las dos series de la revista (Pasado y presente): a) la búsqueda del contexto "nacional" desde el cual pensar el problema de la transformación y el socialismo; b) la aceptación plena de la perspectiva

socialista concebida como un proceso que se desarrolla a partir de la sociedad, de las masas, de sus propias instituciones y organismos.³⁵⁸

Gramsci les permitía validar sus ideas no en paradigmas sino en una realidad en transformación, y ejercer un diálogo con el mundo y la cultura de su momento. “Esta suerte de visión laica, no ideológica del marxismo” originó que al grupo intelectual al que pertenecía Aricó se le considerara marginal, incómodo e inclasificable, dentro de la cultura de izquierda de Argentina.

Por otra parte, en el debate entre Mariátegui y Haya de la Torre, Aricó pensaba que había una gran riqueza para entender América Latina. En el pensamiento de Mariátegui, que es el que rescata Aricó, se asienta una inquietud de búsqueda que cuestiona radicalmente el paradigma eurocéntrico, del que de una u otra manera es heredero Haya de la Torre.

Es Mariátegui quien como nadie intuye que América puede fundar una opción alternativa a Europa, por ser ella misma parte de este mundo; expresión viva de potencialidades que el despliegue victorioso de la *razón occidental* ha sofocado y a la que la crisis de ésta permite que emerja a la superficie.³⁵⁹

En un homenaje póstumo que se le hizo a Aricó en septiembre de 1991, Sarlo diría que en la articulación de la vocación política y el deseo de saber encararía Aricó la figura acabada de un intelectual; “más que la teoría, lo atraía esa forma espectacular de la historia que es la política”³⁶⁰

Qué será aquello que retomará Sarlo cómo elemento fundamental del pensamiento de Aricó, qué aspecto de su visión compleja del mundo será la que a principios de los noventa le parezca fundamental rescatar a Sarlo: la capacidad de sintetizar perspectivas e incluir posturas diferentes que incluso se resistirían a ser incluidas; el pensamiento que hace de la contradicción una herramienta para sostener, mejorar o incluso abandonar las propias ideas; y sobre todo, una forma de argumentación en la que era ineludible el ejercicio del pensar.

Aquí estaba una de sus formas de generosidad intelectual: obligar a pensar. Quienes no creemos en la tolerancia como resultado de una indiferencia radicalizada, sino como producto de la coexistencia conflictiva y difícil de lo diferente, le debemos mucho. En esta época de crisis de los intelectuales y

³⁵⁸ José Aricó, “Los gramscianos argentinos”, *Punto de vista*, núm., 29, abril-julio de 1987, p. 10.

³⁵⁹ José Aricó “La producción de un marxismo americano”, en *Punto de Vista*, núm. 25, diciembre de 1985, p. 12.

³⁶⁰ Beatriz Sarlo, “En memoria de José Aricó”, *Punto de Vista*, núm. 41, diciembre de 1991, p.1.

reciclaje académico o técnico de los saberes, le debemos también la reafirmación de la figura dramática de intelectual socialista.³⁶¹

Con varios años de por medio, cabe la pregunta si en *Punto de Vista* se dio cita esa capacidad de incluir posturas muy diferentes del mundo, si se incluyó la contradicción como método epistémico para conocer. Tomando riesgos interpretativos podemos decir que en *Punto de Vista* efectivamente encontramos reflexiones de intelectuales para los que la argumentación es básica para sustentar ideas. No bastaba con decirlas, había que sustentarlas. En ese sentido, harían eco del ejercicio de pensar propuesto por Aricó; sin embargo no serán sus páginas las de la inclusión de posturas muy diferentes. En sus páginas más bien se refleja una contradicción de la época: querer incluir al universo de diferencias de la izquierda y al mismo tiempo desear construir identidades, “nosotros”, bien diferenciados de otros. Se era gramsciano y socialista, comunista y marxista-leninista, peronista, o se buscaba una categoría más amplia: “intelectual de izquierda”. Ante un presente en el que por un lado se deseaba la unidad y por otro era necesario mantener la diferencia clara, *Punto de Vista* optó más por la coherencia interna y la solidez argumentativa, en donde no se asomara mucho la contradicción. A pesar de que en sus páginas hay diversidad de voces veremos que en ellas no se mira aquello de Rancière llama “Desacuerdo”.

Capítulo V.

Significar los fragmentos o de un acto en cuatro números

³⁶¹ *Op. cit.*, p. 2.

Cada número de una revista es un fragmento, una parte del proyecto general, una pieza que sólo tiene sentido si se pone en relación con otras. Desde una perspectiva, los libros también son fragmentos, aunque al autor y al lector les conviene entenderlos como unidades. Las revistas no. Cada número es la promesa de uno nuevo; incluso los números finales de la revista remiten al lector a los anteriores. Aquellas publicaciones de las que salió sólo un número, dejan al lector con una extraña sensación de incompletud. Perec refiere que una de las publicaciones que más trabajo puede costar ordenar en una biblioteca es el ejemplar suelto de una revista cualquiera. No le falta razón. Estamos acostumbrados a incomodarnos con lo incompleto.

Las siguientes líneas proponen hacer del fragmento, del ejemplar suelto de la revista, un material imprescindible para el historiador que busca indicios hilados, aquellos que llevan no sólo a valorar la palabra en sí, sino la forma de decirla y trasmitirla. El número suelto de la revista es sí un fragmento, una parte, una pieza, pero con fronteras, con inicios y finales precisos que ayudan metodológicamente al buscador de indicios.

Detenerse en un solo ejemplar, palpar la textura de las páginas y el grosor del papel; sentir la hendidura que deja sobre la hoja la impresión hecha con tipos móviles o hacer correr los dedos sobre la superficie lisa impresa en un moderno *offset*; comenzar por el final y hacer caso omiso del orden propuesto; ver sólo las imágenes o hacer una lectura ordenada de principio a fin son posibilidades que ofrece la materialidad de la revista. Las siguientes líneas versarán sobre la materialidad de dos números de la revista *Casa de las Américas* y dos de *Punto de Vista*. La descripción misma de cada ejemplar, encerrará las trayectorias elegidas por cada revista sobre aquello que Beatriz Sarlo llamo la “política gráfica”. En la elección de la forma material que debía tener la revista, también se estaban jugando concepciones sobre el quehacer intelectual.

El número de *Casa de las Américas* que abre este capítulo es el número 145-146 de julio-octubre de 1984. En él se perciben los hilos largos que ligaban a la revista cubana con los primeros años de su publicación, en él también se reflejará el complejo entramado de relaciones intelectuales cuya intensidad fue mediada por el proyecto revolucionario cubano.

En el número 171 (1988) otro de los retomados en este capítulo por considerar que en sus páginas se incluyeron tres aspectos importantes en la trayectoria de la revista. En primer lugar, el reconocimiento de *Casa de las Américas* como una institución cuyos 30 años de historia habían estado vinculados al proceso de la revolución cubana. En segundo lugar, hay un interés que no había estado presente de la misma manera en otros números, de que *Casa de las Américas* fuese un medio para dar a conocer con mayor organicidad a la literatura cubana. La tercera línea es que ya en 1988 hay claramente un interés por incluir el pensamiento social como parte de la revista.

Los números “decantados” de la colección de *Punto de Vista* fueron el número 27, de agosto de 1986, en el que se abordaron temáticas que acompañaron temáticas que son distinguibles como puntos nodales de reflexión en la revista (en particular se incluyeron textos sobre el partidismo en el arte, Gramsci, la familia como institución en Argentina, la reforma universitaria y una separata sobre Habermas) y el número 42, de abril de 1992, en el que se inaugura una nueva etapa en la materialidad de la revista argentina y se aborda el tema de la utopía como horizonte político en tiempos en los que desde la izquierda se respiraban ánimos desesperanzadores. Este número marcará fines y principios en la historia de la revista.

1. Un número para Cortázar

Es el mismo “gran sofá” que aparece como fondo en la foto que captó ese momento de encuentro entre Retamar, Padilla, Fayad Jamís y Pablo Armando Fernández, el mismo malecón habanero del frente de *Casa de las Américas* después de algunos años. Sentado, guayabera blanca y pantalón azul. Un viento proveniente del mar levanta su cabello. La mano izquierda sostiene una publicación doblada a la mitad. El ceño fruncido se debe, sin duda, al sol habanero. Es Julio Cortázar en un efímero instante de alguna de sus estancias en Cuba.

El número 145-146 de *Casa de las Américas* fue peculiar, resultará raro incluirlo en este capítulo, en el que vamos a detenernos en lo particular, para

trazar líneas que den cuenta de ciertos rasgos generales. Este número es doble, comprende una temporalidad que va desde julio hasta octubre de 1984; 250 páginas conforman un homenaje de *Casa de las Américas* a Julio Cortázar. Salvo la publicación de las bases del Premio Maurice Bishop y la transcripción del discurso leído por George Lamming, a propósito de la conmemoración del vigesimoquinto aniversario de la *Casa de las Américas*, todos los demás textos forman parte de un homenaje que la revista cubana hiciera al escritor argentino fallecido el 12 de febrero de aquel año.

Incluir este número como una de las partes que forman este cuarteto de revistas elegido para dar cuenta de las posibilidades de la revista como recaudo privilegiado de indicios para el historiador del siglo xx, se explica por dos razones. La primera es que la correspondencia que Julio Cortázar tuvo con Roberto Fernández Retamar da cuenta de un entramado cultural vivo y muy sensible sin el cual no se comprendería la naturaleza de varios de los textos ahí publicados; es decir, estas cartas son algunos indicios de lo que sucedía tras bambalinas, de lo que no cuentan los textos por sí solos. La segunda es que hay muchas referencias explícitas sobre la propia historia de la revista, datos precisos que permiten hoy día hacer un rastreo más complejo sobre algunos de los episodios paradigmáticos de la historia intelectual latinoamericana del siglo xx.

En el acto central por el xxv festejo de *Casa de las Américas*, George Lamming, gran novelista y poeta de Barbados, dijo que parte del respeto que sentía por Cuba era que había conquistado algo que parecía imposible: el miedo; en ese ejercicio de conquista *Casa de las Américas* había sido el “producto y arquitecto de ese milagro”. La casa contradecía las normas de producción y consumo de bienes culturales, no seguía las reglas del mundo burgués capitalista, editaba para “lograr la integración espiritual y la soberanía cultura de todos los pueblos de Nuestra América”. El discurso de Lamming terminaba con ¡Vivas! para la memoria de Maurice Bishop, *Casa de las Américas* y a la Revolución en Cuba.³⁶²

Era abril de 1984. Meses antes, en octubre de 1983, Maurice Bishop había sido asesinado en Granada, como parte de los episodios que llevaron a

³⁶² George Lamming, “Discurso en el acto central por el XXV aniversario de la Casa de las Américas”, *Casa de las Américas*, núm. 145-146, julio-octubre de 1984, pp. 5 –9.

la derrota a la Revolución Granadina. La publicación de las bases del “Premio Maurice Bishop” formaba parte de un homenaje de *Casa* al proceso revolucionario que había vivido Granada.³⁶³

En el discurso celebratorio, el escritor barbadiense hablará de la Ceremonia de las Almas, una forma de concebir la muerte desde la mitología haitiana. Esta es una especie de representación teatral en la que se invoca mediante el baile, la plegaria, la música y el canto, a los muertos para dialogar con los vivos; en esa ceremonia se libran batallas que tienen como fin último la reconciliación de los muertos, condenados al encierro en el agua mientras no resuelvan los conflictos que dejaron en vida. *Casa de las Américas*, dirá Lamming, recrea la Ceremonia de las Almas “en la cual las familias dispersas de este hemisferio, vivas y muertas, regresan una y otra vez, para un diálogo continuo de solidaridad en la lucha y el amor”.³⁶⁴

Benjamin, a propósito de la Ceremonia de las Almas, habla de la difícil labor que implica hacer una historia que no busca conocer las cosas “tal y como verdaderamente han sido”, sino adueñarse de un recuerdo como relumbra en el instante de peligro y como se le revela al sujeto histórico en el momento de peligro que amenaza tanto a la tradición como a los que lo reciben. Peinando la historia a contrapelo, *Casa de las Américas* pudo mantener relampagueando instantes en peligro, supo nombrar con justicia a los muertos. Pero la posibilidad de encender en lo pasado la chispa de esperanza, aquella de la que habla Benjamin, implicará también pensar en las contradicciones internas dentro de la propia *Casa de las Américas*, buscar incluso a los que, queriendo hacerlo, no pudieron formar parte del diálogo continuo del que hablaba Lamming.

Tanto el escritor barbadiense como Cortázar habían salido de América Latina hacia los “centros” culturales del momento; Lamming a Londres y Cortázar a París. En todo este número está presente un dilema que recorrerá esos años y del que ya hicimos un breve recuento al hablar de *Punto de Vista*. ¿Qué nos dice del intelectual el lugar geográfico desde el que enuncia? Parecería que todo discurso sobre el quehacer intelectual pasaba por el tamiz

³⁶³ La alfombra roja de los estudios latinoamericanos tiene debajo de sí una deuda enorme con este momento de la historia latinoamericana en general y de Granada en particular.

³⁶⁴ George Lamming, *Op. cit.*, p. 8.

de la reflexión sobre el lugar desde el que se hablaba. ¿Qué diferencias había entre hablar desde París o desde la Habana? ¿Desde la Ciudad de México o Buenos Aires?, ¿qué estaba en juego?, ¿la posición política o la forma de recreación de la vida? En esos años (y por supuesto que hoy todavía) era imprescindible hablar del lugar desde el que enuncian sus ideas los intelectuales. Y es que no podría ser de otra forma, justamente porque se estaban construyendo definiciones ancladas en la práctica. Sin embargo lo que importa saber es qué relación tiene la geografía con determinada definición y práctica intelectual en un momento en que el mapa del mundo se ha sacudido. ¿Dónde están los centros, las periferias? ¿Existen?, ¿de que forma?, ¿tendrían que llamarse de otra manera?

Algo podrá alumbrar este número de *Casa de las Américas* en el que se publicaron textos en donde el territorio desde el cual se construían era fundamental, incluso no sólo se hablaba desde naciones específicas, sino desde territorios ampliados, como la “Tierra”, la Patria Grande o las Américas.

“Julio Cortázar, compañero de prisión y libertad”,³⁶⁵ escrito por el nicaragüense Tomás Borge, es una tierna rememoración de su relación con Cortázar, misma que comenzó de la mano de la clandestinidad con un ejemplar de *Los premios*, amorosamente obsequiado a Borge por Josefina, quien poco después sería su compañera. Más tarde, estando Borge en la cárcel, Cortázar lo seguiría acompañando con palabras libreras. Después del triunfo sandinista en 1979, Cortázar pasaría de ser sólo un escritor importante al que se recoge en el aeropuerto, a ser el amigo con el que se comparte amistosamente el dolor por la muerte, en este caso la de Carol Dunlop, última compañera de Cortázar.

García Márquez también pone sobre la mesa en su ensayo de homenaje el tema de la amistad que se entrelaza con los proyectos políticos y culturales. “En alguna parte de *La vuelta al día en ochenta mundos*, un grupo de amigos no puede soportar la risa ante la evidencia de que un amigo común ha incurrido en la ridiculez de morir. Por eso, porque lo conocí y lo quise tanto, me resisto a participar en los lamentos y elegías por Julio Cortázar”.³⁶⁶ García Márquez,

³⁶⁵ Tomás Borge, “Julio Cortázar, compañero de prisión y libertad”, *Casa de las Américas*, núm. 145-146, *op. cit.*, pp. 12-16.

³⁶⁶ Gabriel García Márquez, “El argentino que se hizo querer de todos”, *Casa de las Américas*, núm. 145-146, *op. cit.*, p. 24.

en cambio, prefiere quedarse con el júbilo de su existencia y la alegría entrañable por haberlo conocido.

“Entrañable” es una palabra que sólo se utiliza cuando algo que se siente remite a las entrañas, a lo más interno, a lo más estrecho. Benedetti, al igual que García Márquez, usó ese término para referirse a la amistad que tenía con Cortázar.

El grueso de este número está conformado por una serie de cartas de Julio Cortázar a Roberto Fernández Retamar. La correspondencia publicada será, no la de Julio y Roberto, sino la de Julio a Roberto. El lector se encontrará ante una especie de rompecabezas al que le han quitado las piezas salteadamente. Con todo y los faltantes, el lector puede recrear ciertos trazos generales del dibujo contenido en el rompecabezas. Eso sí, los faltantes son los faltantes aunque tengamos líneas de trazo seguras. Sólo encontraremos una carta de Roberto a Julio, una que el destinatario no llegó a leer en vida.

Dichas cartas son una interesante manera de mirar las complejas relaciones entre lo público y lo privado. Esta revista de 1984 no sólo es fundamental como parte de la memoria de la revista cubana, lo es también porque pone de manifiesto una forma de concebir el trabajo intelectual, en la que lo privado y lo público no guardan distancias abismales, como en *Punto de Vista*. Retamar hace públicas, en este número, cartas que se refieren a aspectos de la vida privada y cotidiana del destinatario y remitente.

En una carta fechada el 17 de agosto de 1964, Julio le advertía a Roberto que usaba máquina de escribir porque era una costumbre de la que no podía zafarse. A propósito de *Rayuela*, narra Julio que Retamar le escribió un elogio con forma de pregunta: “¿de modo que se puede escribir así por uno de nosotros?”, a lo que Julio respondió que lo importante no era que haya sido él el primero en hacerlo, sino que se estaba llegando a “un tiempo americano” en el que era posible hacerlo. En esta carta muestra un especial cariño y respeto por Lezama Lima, quien poco tiempo después fue marginado de la cultura cubana. Sin embargo, Haydée Santamaría mantendrá, hasta el día de su muerte, el nombre de Lezama Lima dentro de la lista de la nómina de *Casa de las Américas*.

En julio de 1966, Cortázar le cuenta a Roberto que Lezama Lima le había enviado unos meses antes *Paradiso*, de la que sólo había podido leer

algunos pasajes en la revista *Orígenes*. “Se podrá hablar días enteros en pro y en contra de lo que ha hecho Lezama, pero *when all is said and done*, queda en pie una de las aportaciones más ricas que haya hecho un poeta a nuestra América”.³⁶⁷ Así Cortázar explicaba la inclusión de una crítica sobre *Paradiso* en un libro publicado por la entonces reciente editorial Siglo XXI. Es notorio que para Cortázar era fundamental dejar claro ante la gente de *Casa de las Américas* el acto de justicia literaria con Lezama, teniendo en cuenta que por esos momentos existía un debate intelectual en torno a la revista *Nuevo Mundo*.

Según cuenta el propio Cortázar, Monegal le había pedido una colaboración para la revista, ante lo que se le ocurría que publicar sobre Lezama Lima sería una buena idea: “no contestaré a Monegal hasta tener tu opinión. Por eso te pido una respuesta inmediata, me bastarán dos líneas”.³⁶⁸

Ya en enero del 66 Julio mandará una carta en la que dice que tuvo noticias frescas sobre los integrantes de *Casa* gracias a Vargas Llosa. También menciona a Rodríguez Monegal y el asunto “que parece viciado desde su nacimiento”. Cortázar se refería a la publicación de la revista *Mundo Nuevo*.

Otras referencias nos cuentan sobre la hechura de la revista más allá del papel y la tinta. Cortázar recomienda a Roberto publicar al director de la revista *Cero*, Jorge Carnevale. También le habla sobre las traducciones de románticos y formalistas de Aguirre Cárcer como una buena opción de publicación para la editorial *Casa*, no para la revista.

La carta de principios de mayo de 1966 tiene un párrafo interesante si lo relacionamos con los tiempos de la Cuba de la segunda mitad de los sesenta, cuando estaban ganando espacio las visiones más dogmáticas y simplistas de la cultura.

Al salir de París me telefoneó Fernández Santos. Quiere saber qué pasa con aquel ensayo que te envié hace bastante tiempo. El hombre está un poco receloso y pregunta si algún fanaticón de esos que tú sabes no lo habrá tildado de “revisionista” o cosa parecida; ya sabes que yo no entiendo nada de política, pero en mi recuerdo el trabajo de F. S. era inobjetable como crítica constructiva y como defensa de esos valores en que creemos tú y yo.³⁶⁹

³⁶⁷ Julio Cortázar, “Carta del 21 de julio de 1966”, *op. cit.*, p. 40.

³⁶⁸ *Op. cit.*, p. 41.

³⁶⁹ Julio Cortázar, “Carta del 7 de mayo de 1966”, *op. cit.*, p. 39.

Más allá de la risa que pueda provocar al lector la frase “no entiendo nada de política”, en palabras de Cortázar, es interesante notar que se oponía *Casa de las Américas* a los grupos de “fanaticones” a los que se refiere Cortázar.

Es claro que desde entonces existía, en términos de Rancière, un “desencuentro” sobre lo que implicaba la política, entre los “fanaticones” y Cortázar había un abismo sobre la concepción de la cultura y la política.

Para seguir atando cabos sobre las relaciones fraternas de la época y las configuraciones posteriores, el remitente le sugiere a Roberto que le pida a Carlos Fuentes algunos capítulos de su entonces novela inédita *Cambio de piel*. Fuentes fue posteriormente uno de los intelectuales más críticos de Roberto Fernández Retamar

Eduardo Galeano, Roa Bastos, Cintio Vitier, Volodia Teitelboim y Juan Gelman, César Fernández Moreno, José Agustín Goytisolo, Sergio Ramírez, Rogelio Sinán, Claribel Alegría, Osvaldo Soriano, Luis Urdías, Ermengarda Palumbro, Lisandro Otero, Julio Valle-Castillo, Carlos Alberto Gaveta, Pablo Armando Fernández, Fernando Butazzoni, Ugné Karvelis, Basilia Papastamatíu, Manuel López Oliva, Luis Rogelio Nogeras, Rogelio Rodríguez Coronel, Antón Arrufat, Luis Rocha, Manuel Pereyra, Gerardo Mario Goloboff, Rumen Stoyanov, Manuel Días Martínez, Carmen Waugh escribieron emotivos textos en este homenaje póstumo a Julio Cortázar. Después de vivir en el ostracismo literario, Antón Arrufat aparece nuevamente en las páginas de este número.

Siguiendo con la idea de que la carta es una forma textual en la que la sensibilidad se expresa de manera más explícita y con mayor facilidad que en otros géneros, Juan Gelman escribe una carta en la que dice que la literatura de Cortázar es más audaz que la de Borges, más misteriosa y abierta a todos los temblores por venir; que guarda un cariño del presente que sólo es posible si se respeta y se duele del pasado.

El poeta Luis Rogelio Noguerras escribió “Poema sin título o por Julio o Carta a Cortázar (para antes) o a un falso inmortal o el título es tan largo que mejor lo dejamos aquí”.

*yo me pregunto Julio
qué tipo de discurso
qué tipo de poema*

qué tipo de ceremonia vendía mejor para hablar
qué tipo de muerto ilustre en el que fatalmente te has convertido
aunque probablemente no hay poema o tipo de poema o ceremonia que tenga
tu talla
y toda palabra venga fatalmente a quedarte tirando de la sisa
corta de mangas
haciendo arrugas
lo cual sin duda te dará risa
si es que hay risa en ese tipo de silencio en el que ahora andas
metiendo algo así como el reverso del ruido
tú que parecías inmortal
tú el gran guardián
el gran alimentador
del fuego de la invención y la utopía
(cuidate mucho, ¿sí?)³⁷⁰

Llena de emotividad también es la carta fechada en París el 17 de febrero de 1967, en la que incluso se comienza un juego entre Miau, que será Julio, a Guau, que será Roberto. Para entonces, ya se sabía que la revista *Mundo nuevo* estaba vinculada con la CIA, y Cortázar le dice a Roberto que dentro de un tiempo le escribirá una carta “oficial”, lo que pone en claro que estas cartas eran “no oficiales”, aunque el lector aguzado notará que todas ellas fueron escritas pensando que muy posiblemente la lectura no quedaría sólo entre el remitente y el destinatario, sino que podían existir muchos lectores, tanto los que pondrían encima de las hojas sus ojos policiales como los que, años después, buscarían otro tipo de indicios.

Sobre el caso de la revista *Mundo Nuevo*, Cortázar dice que Monegal se ha quedado sin argumentos y que lo mejor es dejar las cosas claras. En una carta dirigida a Marcia Leiseca, quien era la vicepresidenta de *Casa de las Américas*, habla del Congreso de escritores del Tercer Mundo, así como de los libreros y lectores que *Casa de las Américas* tiene en París.

Imaginemos a Cortázar escribiendo en Saignon un 10 de mayo de 1967, justo en una época en la que en Francia se vivían momentos palpitantes, de los cuales una muestra era el cuestionamiento al papel de los intelectuales. En esta carta se nota justamente, la efervescencia de la reflexión sobre el papel de

³⁷⁰ Luis Rogelio Noguerras, “Poema sin título o por Julio o Carta a Cortázar (para antes) o a un falso inmortal o el título es tan largo que mejor lo dejamos aquí”, *op. cit.*, pp. 195-196.

la cultura en la política. Cortázar prefiere la carta al ensayo para hablar de temas como lo intelectual y latinoamericano, porque esos conceptos

me hacen levantar instintivamente la guardia, y si además aparecen juntas me suenan a enseguida a disertación del tipo de las que terminan casi siempre encuadradas (iba a decir enterradas en pasta española)... Tengo que hacer un gran esfuerzo para comprender que a pesar de esas peculiaridades soy un intelectual latinoamericano; y me apresuro a decirte que hasta hace pocos años esa clasificación despertaba en mí el reflejo muscular consistente en elevar los hombros hasta tocarme las orejas, creo que los hechos cotidianos de esta realidad que nos agobia obligan a suspender los juegos, y sobre todo los juegos de palabra.³⁷¹

Sobre la condición de humanidad que debe tener un intelectual antes de calificarse como tal, hace referencia el mismo Cortázar en dicha carta. Habla incluso de que su visión nace desde una perspectiva más ética que intelectual. Fina García Marruz habla de Cortázar como un hombre bueno, calificativo que era compartido por su esposo Cintio Vitier.

Una pequeña referencia de Cortázar en 1967 nos permite tender puentes y vasos comunicantes entre Héctor Schmucler y Roberto Fernández Retamar. “Me consoló un poco oír hablar de ti a los amigos, entre ellos a Héctor Schmucler que se quedó fascinado por tu personalidad y tu talento en el curso de las emisiones que hizo contigo en la ORTF”.³⁷² Recordemos que Schmucler, entre 1979 y 1981, publicó junto con otros la revista *Controversia*, la cual tenía importantes vínculos con *Punto de Vista*.

Después vendrán más cartas. Por ejemplo aquella en la que dice que la escritura le parece la más banal de las artes o casi un disimulo cuando de hablar de la muerte del Che se trata, o en la que hablan sobre la masacre de México ocurrida en el 68. También están las cartas en las que habla sobre la gripe de Adelaida, la esposa de Retamar, o en la que recuerda la “magia” que en él despertaban las hijas de éste. También está la mención a una traducción francesa que el propio Cortázar hizo de un libro de Padilla, pista importante para comprender los entramados intelectuales de la época. Justo el 15 de abril de 1969, desde París Cortázar escribía sobre el caso Padilla.

Sé de sobra que muchas de mis opiniones no estarán de acuerdo con las tuyas ni con las de otros compañeros de la Casa. Lo sé, pero también sé que eso no

³⁷¹ Julio Cortázar, “Carta del 10 de mayo de 1967”, *op. cit.*, p. 59.

³⁷² ORTF: Office de Radiodiffusion-Télévision Française. Julio Cortázar, “Carta del 1º de julio de 1967”, *op. cit.*, p. 72.

dará lugar a malentendidos; en cambio temo que en otros sectores intelectuales cubanos se interprete mi artículo como una defensa total y obstinada de Fuera de juego, y por consiguiente que me sitúan en la misma línea en que fue situado Padilla cuando los momentos más apasionados de la polémica.³⁷³

Termina esta carta pidiéndole a Roberto el deseo de que entre ellos todo esté siempre claro. A lo cual seguramente Roberto respondió con la misma sinceridad y cariño, lo cual sabemos por las palabras que el propio Julio escribiría en diciembre de 1969. Quien lea de corrido estas cartas, notará una presencia intelectual interesante. Los intercambios epistolares hablan sobre un Cortázar que le reclama a Retamar y a otros compañeros la tendencia de meterlos a todos en la misma bolsa, a propósito de la carta en la que muchos intelectuales le pedían explicaciones a Fidel Castro sobre el caso Padilla. Cortázar jamás habló de la revista Casa como un proyecto ajeno; se sentía parte de ella: “nuestra revista“, dice al hablar de ella.

“Cuánto tendremos que hablar, hamacándonos en tu sillones, de los que tengo una curiosa nostalgia“, le dice Cortázar a Retamar a finales de 1970. Y para mayo del 71, en una carta a Haydée, vuelve a alinearse con la revolución cubana. Esta respuesta irá en este número de 1984, seguida de la re publicación de la famosa “Poli crítica en la hora de los chacales”.³⁷⁴ Es notorio que tanto a Cortázar como a Retamar les fue complicado personalmente el tema de revuelo internacional causado por el caso Padilla. A principios del 72, Cortázar le escribe a Retamar que le da mucho gusto que se haya publicado la Policrítica. Y al filo de la carta dice: “hay cosas que cada vez comprendo más, y una de ellas es que lo personal cuenta muy poco cuando lo que está en juego es el destino de nuestros pueblos”.³⁷⁵

Luego vendrá el asesinato de Roque Dalton en 1975, y las consiguientes realineaciones intelectuales generadas en el momento en que es notorio el silenciamiento de un autor porque se vuelve incómodo al poder. De hecho, al costado de una carta, Cortázar le hacía saber a Retamar su preocupación acerca de la suerte de Mario Benedetti, puesto que había estado viajando constantemente. Eran tiempos en los que claramente se profundizaba la represión, la censura y el silenciamiento de la crítica. Por las misivas, sabemos

³⁷³ Julio Cortázar, “Carta del 15 de abril de 1969”, *op. cit.*, p. 94.

³⁷⁴ Julio Cortázar, “Policrítica a la hora de los chacales”, *op. cit.*, pp.126-132.

³⁷⁵ Julio Cortázar, “Carta del 14 de enero de 1972”, *op. cit.*, p.140.

que en el 76 Ugné Karvelis, quien entonces era esposa de Cortázar, comenzaba un proyecto documental sobre Cuba, para la televisión francesa.³⁷⁶ A pesar de los momentos candentes vividos, estas cartas muestran a un Cortázar muy cercano personalmente a Roberto Fernández Retamar, e incondicional a ciertos principios revolucionarios, pero un tanto más distante de la revista. A finales de los setentas decía que no creía en modelos y sí en ejemplos; tampoco en cristalizaciones sino en dialécticas revolucionarias, que la Revolución cubana no tendría que ser nunca la montaña, sino el mar, siempre recomenzando. Postulado que, por cierto, es lo que reclaman hoy los cubanos defensores de una ética de la revolución.

De los ires y venires de los amores de Cortázar son enterados Haydée y Roberto. A propósito de su futuro viaje a la isla, Cortázar le hace saber a Haydée que Ugné no será quien viaje con él, sino Carol. En la misma misiva le dice que desearía tener una bicicleta, para ir a dar vueltas de cuando en cuando por los barrios de la Habana. “Tú dirás que caigo en puerilidades con esta historia de la bicicleta, pero es un poco un símbolo, y por eso te la cuento”.³⁷⁷

Las últimas cartas, fechadas a principios de los años ochenta, nos dan cuenta de la enfermedad de Carol Dunlop, que la llevaría a una prematura muerte, en diciembre de 1982. A finales de 1981 a Cortázar se le veía enfermo y no dejaba de contarle a su amigo Roberto sobre todos los avatares de su vida cotidiana en París. Tampoco tenía empacho en decirle que le parecía que la cobertura exterior del encuentro no estuvo bien organizada. “Por qué, Roberto, se descuida una vez más algo tan fundamental como la imagen de la revolución en el exterior”.³⁷⁸

En una carta dirigida a Mariano Rodríguez, entonces presidente de la *Casa de las Américas*, le hace saber que recibió su telegrama y que suscribe plenamente la declaración del Comité permanente de intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América, y le dice que desde Europa se mueve con otros intelectuales en la línea de dicho encuentro. Menciona

³⁷⁶ En una carta fechada el 15 de agosto de 1978, Cortázar le informaba a Roberto que la película sobre el arte y la revolución en Cuba, filmada por Ugné, sería censurada por la televisión francesa, al considerarla “propagandística e inaceptable”. También le informaba sobre su separación de Ugné.

³⁷⁷ Julio Cortázar, “Carta del 9 de octubre de 1979”, *op. cit.*, p. 203.

³⁷⁸ *Op. cit.*, pp. 218- 219. Cortázar se refería al Primer Encuentro de Intelectuales por la Soberanía de los Pueblos de Nuestra América, celebrada en septiembre de 1981.

también que el “caso Valladares” ha desatado una nueva ofensiva de sentimentalismo anticubano, al tiempo que lamenta que no podrá ir a Cuba prontamente por la merma en el estado de salud, tanto suyo como de Carol.³⁷⁹

Desde Managua, comenzando 1983, Cortázar le escribe a director de *Casa de las Américas* el agradecimiento por la hospitalidad y calidez en un entonces reciente viaje a Cuba. En ella le transmite la necesidad de hacer más suplementos semanales sobre cultura y literatura. Le menciona que él cree que hay una calidad en los escritores y artistas cubanos jóvenes, y que pueden hacer labor de difusión de la cultura, saliendo de esquemas metropolitanos que poco énfasis le ponen a la población rural.

Como ya dijimos, el destinatario principal de estas cartas, publicadas en *Casa de las Américas* es Roberto Fernández Retamar. Así, en todo este número, el director de la revista estuvo como un personaje casi omnipresente, que sólo tomará la palabra en una última carta que ni siquiera es comparable con una botella que se arroja al mar o una carta que se ata a una paloma mensajera “porque no hay nadie al otro lado para recibirla”. En este poema, Retamar dice de Julio Cortázar lo siguiente:

*Entrás como un pájaro marino antes que el amanecer para decirles
Que este mundo tan raro va a ser mejor, mejor,
Y un día nos veremos desayunados todos,
Como dijo el padre Vallejo,
Que también se murió en París,
Con América y los pobres del mundo metidos en los huesos,
Y musitando España, aparte de mí este cáliz
Ahora vos te has muerto clamando:
“¿Vamos a dejar sola a Nicaragua en esta hora que es como su Huerto de los
Olivos? ¿Dejaremos que le claven las manos y los pies?”
No, Julio, no la dejaremos sola.
No puede ocurrir otra vez. También te debemos eso, esta promesa.
Ya es demasiado que a César, antes de enterrarlo en Montrouge,
Le hubieran dado lo que era de su César,
Y no le apartaran aquel cáliz.
A vos te decimos, entre los terrones de Montparnasse
O donde estés, que bien sabemos que es un colmenar de corazones
Que en la nueva hora del Huerto de los Olivos,
el pueblo héroe que amaste,*

³⁷⁹ Armando Valladares estuvo preso en Cuba desde diciembre de 1960 y hasta 1982, año en que migró a Estados Unidos.

*como se ama a una mujer que es un pueblo
tendrá a su lado el mundo,
y no dejaremos que le claven las manos y los pies,
muerto del alma, hermano queridísimo,
a nuestra Nicaragua tan violentamente dulce,
como vos.³⁸⁰*

¿Desde dónde hablan los intelectuales? Este número aquí descrito da pie para preguntarnos sobre el lugar de enunciación del intelectual. En la década de los sesenta se construyeron relaciones complejas entre los nacionalismos y los internacionalismos. La revolución mundial, que se pensaba estaba a la vuelta de la esquina, trastocó las identidades intelectuales. El exilio latinoamericano, como antes el español, también le dio un giro a la concepción de territorio en relación con las identidades políticas y culturales de los intelectuales.

En este caso, en el número 145-146, aquí descrito, lo que encontramos es un tiempo pasado contenido en un presente, es Cortázar en los sesenta y setenta, es Julio escribiéndole a Roberto, pero también es Nicaragua y Cuba siendo territorios depositarios de la utopía de varios intelectuales de la época.

Tan importante fue Cortázar para *Casa de las Américas* que no sólo se le dedicó un número doble, sino que desde la primera página hasta la última de ese número se habla de Julio Cortázar. La lectura de este ejemplar comienza y termina con una imagen de Cortázar sentado en el malecón habanero, impresa en tonos cálidos, igual que el ambiente de los textos.

2. Un número para Haydée

El último número en el que Arturo Arango sería jefe de redacción es 171, de noviembre-diciembre de 1988. A partir del siguiente año, Arango sería director de la revista, lo cual fue una excepción histórica, porque hasta el día de hoy es Retamar quien la dirige. En ese momento, la suscripción anual desde el exterior costaba entre 15 y 21 dólares, dependiendo de la región. En Cuba, la suscripción costaba 2.40 pesos cubanos, formalmente en esos años el cambio

³⁸⁰ Roberto Fernández Retamar, “Última carta”, en *Casa de las Américas*, núm. 145-146, julio-octubre de 1984, p. 235.

estaba 1 a 1 aunque realmente operara un tipo de cambio cercano a 5 pesos por un dólar).

La portada de este número tiene los colores de la bandera cubana y aparece una imagen de Haydée Santamaría con el ceño fruncido y la mirada concentrada. Con este ejemplar se celebraban los primeros 30 años de la *Casa de las Américas*. Es por ello que en la sección “Páginas salvadas”, en la que se recuperaban pensamientos y palabras de personas que habían sido fundamentales en el proceso revolucionario cubano, se publica una entrevista que Jaime Sarusky le hiciera a Haydée en 1977.

Como parte de la idea de recuperar la propia memoria de *Casa de las Américas*, en la entrevista realizada a Santamaría se difunden los objetivos primarios con los que nació la institución y más tarde la revista. Sobre el momento particular que se vivía en aquel 1977 en relación con los cambios culturales en el país, decía Santamaría que *Casa de las Américas* debería ser el puente entre la cultura latinoamericana y la socialista, y que el recién creado Ministerio de cultura debería estabilizar el trabajo cultural.

La publicación de textos de Eliseo Diego, Lisandro Otero, Pablo Armando Fernández, Miguel Barnet, Antón Arrufat, Senel Paz, Reinaldo Montero, Reina María Rodríguez, Alex Fleites, León de la Hoz y Roberto Fernández Retamar significó un acto en el que se reunían diversas generaciones y tendencias literarias cubanas.

Por otra parte, la publicación de textos presentados en el Encuentro de estudios literarios de Nuestra América, así como del Seminario-taller de educación popular, ponía a *Casa de las Américas* como un espacio en el que se recogían los debates y caminos más recientes. También es notoria la presencia del testimonio como género dentro de la revista. En este número en particular aparecen unas notas de Paco Ignacio Taibo II, sobre la presencia de 1968 en el imaginario político 20 años después.

Haciendo uso de las posibilidades de jugar con la materialidad de la revista, iniciaremos esta breve glosa del número 171 con la parte intermedia del mismo. De la página 67 a la 94, aparecen los textos del Encuentro de estudios literarios de Nuestra América, realizado en septiembre de 1988, y en el que se perfilaron ideas que hoy nos interesan. Por ejemplo, Antonio Cornejo Polar criticaba a aquellos que debatieron acerca de la pertinencia de producir

una teoría literaria que diera razón de la especificidad de la literatura de América Latina y en sus reflexiones omitieron la historia. La deshistorización de la crítica sociológica, dirá Cornejo Polar, es un descarrío epistemológico insubsanable.

Frente a los que creen que la literatura es una especie de revelación de esencias escondidas, como “el ser de América”, “el alma nacional” o “el espíritu del pueblo”, o los que leen la historia como un curso lineal carente de alternativas viables para superar los errores de la tradición, el crítico peruano decía que no se trataría tanto de rescribir la historia de nuestra literatura, sino de fundar otra, distinta incluso en su campo y en su objeto.

Habría no sólo que historiar los sistemas que forman la literatura latinoamericana, sino elaborar la historia de la polifonía de voces que dialogan y polemizan en el discurso literario y que hacen de los textos un producto heterogéneo conformado por intrincados procesos culturales que a veces formalizan lo existente, sino que también instaaura otras inéditas. En ese momento que Cornejo valoraba como impostergable la constitución de una historia *otra*, era indispensable tomar conciencia de que en cada momento decisivo la historia es imaginada de maneras diferentes y la literatura “se inserta en ese colectivo que reconoce como propio un pasado, un trayecto y —de alguna manera— un futuro”.³⁸¹ Tendríamos que crear un sistema de apropiaciones y rechazos para tener una fuerza que reactualice lo que puede parecer ajeno, perdido o muerto.

La historia entonces, no es nunca la misma, ni nunca es la misma la lectura que se hace de ella. A más de seguir sus propios cursos, los sistemas se encabalgan, perdiéndose o restaurando diálogos casi imposibles, inmersos en el torbellino de la historia de nuestros pueblos. Entender lo uno y lo otro, el modo como identidad y alteridad se cruzan y cambian de estatuto, es —tal vez— el signo mayo de esa otra historia literaria.³⁸²

Por su parte, el texto de Jorge Ruffinelli ponía el acento en la crítica a la crítica literaria. Haciendo un recuento sobre algunos de los críticos literarios latinoamericanos en el siglo xx (menciona por cierto a Beatriz Sarlo, entre los críticos literarios importantes), decía que la crítica latinoamericana, aunque no

³⁸¹ Antonio Cornejo Polar, “Sistemas y sujetos en la historia literaria latinoamericana”, *Casa de las Américas*, núm. 171, noviembre-diciembre de 1988, p. 71.

³⁸² *Ibidem*.

tuviese el mismo lugar que la poesía y la novela, poseía ya un corpus textual tangible y admirable, y daba cuenta de un saber que estaba completamente vivo, que “goza[ba] de buena salud”.

Poniendo el acento en el canon y sus implicaciones filosóficas, pedagógicas y políticas, Beatriz Pastor decía que desde la literatura y su crítica, ya fuese en Estados Unidos, Latinoamérica o Europa,³⁸³ se podían superar mutilaciones de la hegemonía occidental que había creado un canon tradicional en el que estaba imbricada una particular relación entre la raza, el sexo y la clase social. No muy lejos de estas ideas, se encontraba el texto de Jean Franco en el que se argumentaba que la publicación de textos como *Me llamo Rigoberta Menchú* y *Si me permiten hablar, Domitila* ponían el género testimonial luchando por un poder interpretativo y sugerían nuevas cuestiones éticas, que habían estado normalmente marginadas en los estudios literarios.

En este orden de ideas, quedaba colocado después de estos textos de aquel encuentro de estudios literarios, el de Paco Ignacio Taibo II en el que los años sesenta se presentaban como un horizonte testimonial, particularmente aquel emblemático 1968, que “no se quedó instalado en la fábrica de nostalgia que opera en nuestras cabezas sino que produjo gasolina épica para alimentar veinte años de resistencia”.³⁸⁴

Después de glosar algunas escenas de esa tarde y noche del 2 de octubre de 1968, Taibo II decía que esos 123 días de duración del movimiento estudiantil le habían dado tierra a una generación completa de estudiantes, tierra para buscar un camino. Algunos se fueron a la guerrilla urbana, otros a fundar organizaciones barriales, otros a las fábricas, muchos se quedaron en la universidad o crearon sindicatos. Otros se fueron al campo.

Llevamos en estos viajes todas nuestras virtudes y todos nuestros defectos: un voluntarismo a prueba de derrotas, una vocación de terquedad, mucho marxismo de manual, mucho sectarismo del viejo y del nuevo, mucho vanguardismo barato, mucha cabrona ignorancia. Había algunas virtudes mezcladas en el coctel, una idea de que la política es moral, que tardaría algunos años en tardar en desarrollarse, una sana sensación de que no éramos inmortales.³⁸⁵

³⁸³ Hoy nos preguntamos por qué en esta enumeración no aparecen Asia o África.

³⁸⁴ Paco Ignacio Taibo II, “Fantasmas nuestros de cada día”, *op. cit.*, p. 112.

³⁸⁵ *Op. cit.*, pp. 112-113.

A partir del 68, dirá Taibo II, se generó un nuevo sentido del lugar, de pertenencia, que se hizo visible cuando en el 73 se salió a defender a Chile o a los nicas en esa misma década. También en los días del temblor, cuando el movimiento del CU en la UNAM o en la lucha del movimiento electricista. En las ciencias sociales se veía el cambio pero también emergían errores cometidos cuando los movimientos estudiantiles se convirtieron en focos de divulgación del “marxismo neandertal”.³⁸⁶

El texto de Taibo II termina con una frase que dice que los sesentaiocheros andaban cargando fantasmas de sus muertos, de sus pocos traidores, de los suicidas; fantasmas viejos que se rejuvenecían a costas.

Al darle la vuelta a la página de la última línea del ensayo de Taibo II, siguen cerca de 50 páginas dedicadas a la educación popular. Hasta el presente, Cuba es uno de los lugares en donde más elocuente y propositivamente se ha pensado la idea de que la educación trasciende a las aulas escolares. Las memorias del Seminario-taller sobre educación popular, que auspició *Casa de las Américas* en el verano de 1988, tienen sus antecedentes en otros dos encuentros, uno realizado en 1984 y otro en 1986.

Se menciona explícitamente que en ese último encuentro se había cambiado el enfoque y la concepción de un tema fundamental: los procesos de liberación en América Latina y el Caribe no serían solamente aquellos que culminaban con la toma del poder por las clases populares sino también en el proceso de construcción de una nueva sociedad. “De ahí también que la rectificación, como característica actual del proceso de construcción socialista en Cuba, formara parte de las discusiones que sostuvimos”.³⁸⁷

En estos textos, lo que salta a la vista es la utilización de un vocabulario distinto al de años anteriores. La introducción de nuevas problemáticas, por ejemplo el cuestionamiento sobre las relaciones de poder implicadas en un proceso de enseñanza-aprendizaje que se desea como democrático o sobre las relaciones entre el Estado y la sociedad civil, entre organizaciones populares y partidos.

En la evaluación expuesta, se planteaban algunos puntos en donde se ponía de manifiesto el grado de institucionalización de la cultura cubana.

³⁸⁶ *Ibidem*.

³⁸⁷ “Nota”, *Op. cit.*, p. 114.

Calificaban como peligroso que los educadores populares sustituyeran el papel de los dirigentes políticos, o que se fomentara una actitud antipartidista al interior de los centros, lo cual bloquearía los procesos de constitución de una vanguardia. En aquel entonces se pensaba que en este proceso de aprendizaje era importante la recuperación de la experiencia histórica en la formación de los dirigentes revolucionarios. En ese sentido, Hart recuperaría la figura del Che como un precedente importante para la educación popular. Decía este autor que el Che pensaba que la autoeducación era un factor importante en la construcción del socialismo. El objetivo de la educación era, pues, enseñar a pensar, a educar en los sentimientos; de la fuerza espiritual surgida de un proceso complejo de educación popular, vinculada con los intereses reales, concretos y económicos de la sociedad, nacería una explosión revolucionaria, según Hart.³⁸⁸

Como corolario a las reflexiones sobre educación popular, se publica una entrevista realizada a Paulo Freire en 1987, titulada “La alfabetización como elemento de formación de la ciudadanía”. La página siguiente a la entrevista de Freire es una reseña que Ernesto Cardenal hizo sobre la novela *Castigo divino*, de Sergio Ramírez, a la vez que Elvio Romero reseña *El corazón escrito*, de Volodia Teitelboim. En esta reseña dice que Teitelboim sintetiza a obra poética que ha volcado parte de su vida interior. Se trata de una rememoración de las lecturas de antaño, principalmente de la literatura rusa y soviética. “Parece que ningún libro, poesía, novela u obra de teatro quedará fuera de la curiosidad de este lector terrible”.³⁸⁹

El escritor cubano José Prats Sariol publicaba una reseña firmada en la colonia el Pedregal de San Ángel de la Ciudad de México, en septiembre de 1988, en la que se hablaba de la obra *Esquemas para una oda tropical* de Carlos Pellicer. Otros libros brevemente reseñados en ese número de *Casa de las Américas* fueron, por ejemplo: *Manifiestos, proclamas y polémicas de la vanguardia literaria hispanoamericana*, compiladas por Nelson Osorio y publicadas en Caracas en 1988; del uruguayo José Pedro Díaz, *El espectáculo imaginario*; la recopilación de textos del Coloquio internacional “Lo lúdico y lo fantástico” en la obra de Cortázar; de la poetiza Amanda Berenguer, *La dama*

³⁸⁸ Armando Hart “Sobre socialismo, Espiritualidad y tradición”, en *Casa de las Américas*, *op. cit.* p. 132.

³⁸⁹ Elvio Romero, “El corazón escrito, de Volodia Teitelboim”, *op. cit.*, p. 149.

de *Elche*. Se reseñaba también el texto del dominicano Juan Bosch *Textos culturales y literarios*; el libro *Karibsky majak*, publicado en Praga, en el que se compilaba una muestra de la poesía caribeña, y también el de Luis Rogelio Noguera publicado en México, *A la hora señalada*, lo cual mostraba la repercusión internacional de este importante escritor cubano.

Una mención especial merece la reseña del libro *Ficción y política. La narrativa argentina durante el proceso militar*, en cuya publicación participaron empresas editoriales argentinas, españolas y estadounidenses, y que recogía los trabajos presentados en una reunión convocada por el *Institut for the Studies of Ideologies and Literature* y el *Department of Spanish and Portuguese* de la Universidad de Minnesota. Este libro fue en su momento un parteaguas no sólo en las formas de analizar simbólicamente la narrativa argentina del periodo de la dictadura sino en las implicaciones políticas de su historia reciente.

Las últimas páginas están consignadas a una sección llamada “Al pie de la letra”, cuya labor merecería futuros estudios. En ella se consignaba una gran cantidad de notas que difundían actividades políticas y culturales realizadas principalmente en América Latina. Por ejemplo, en este número de 1988, se reseña la actividad “Nosotros decimos no”, en la que 300 intelectuales y artistas participaron en un encuentro por el arte, la ciencia y la cultura en Chile. El encuentro sería inaugurado por Eduardo Galeano con un discurso ya famoso en el que dijo que esas voces reunidas levantaban un *no* al elogio del dinero y de la muerte, al sistema que pone precio a las cosas y a la gente, al mundo que destina dos millones de dólares cada minuto a la construcción de armas de guerra; no a la mentira y a la mediocridad como al destino, un no al miedo, al miedo de decir, hacer y ser. Un no a la neutralidad de la palabra humana y al divorcio de la belleza y la justicia. El *NO* se le decía a las dictaduras y a las dictaduras disfrazadas de democracia. No a la paz sin dignidad y sí al derecho de la rebelión contra la injusticia. Sí a la esperanza “hambrienta y loca y amante y amada”, y no al triste encanto del desencanto. Todo ello en el contexto del plebiscito nacional de 1988 en el cual los chilenos se manifestarían por un “sí” o un “no” a la continuidad de Augusto Pinochet en la presidencia hasta 1997.

También se publica una crónica de José Steinsleger sobre un mural de Oswaldo Guayasamín, un saludo del Congreso latinoamericano de escritores y el artículo de Taibo II publicado en la revista mexicana *Siempre*, en el que se anunciaba el fin del suplemento “La cultura en México en la cultura”.

En esta sección, “Al pie de la letra”, se congratulaban del otorgamiento del premio Pablo Neruda a Ernesto Cardenal, al tiempo que se lamentaban por la muerte del chileno Enrique Linh, del cubano Marcelo Pogolotti, del soviético José Grigulevich y de Fayad Jamís, quien falleció el sábado 12 de noviembre de 1988. El número 172-173 fue un homenaje póstumo al escritor cubano Fayad Jamís.

Se mencionan varios conciertos y exposiciones cuya pluralidad de nombres muestra claramente que *Casa de las Américas* era un espacio de encuentro cultural.

Las últimas páginas, antes de cerrar con una estrella blanca sobre fondo rojo que simula un recorte del papel de la contraportada, se encuentra el índice de todos los autores que publicaron en la revista durante 1988, la suma rebasa el centenar.

3. Punto de Vista en las marquesinas

La portada del número 27 de *Punto de Vista* aparece como si fuera la marquesina que presenta una novedad teatral o cinematográfica. Todo ese ejemplar fue diseñado y diagramado por Carlos Tirabassi. Era agosto de 1986, aunque una errata en la página legal consignara el año de 1985. Entonces la revista se vendía en kioscos y librerías a 3.5 pesos argentinos. Debajo de la publicidad de una revista de poesía se anuncia que *Punto de Vista* puede adquirirse en una librería de Río Cuarto, Río Negro, Córdoba, Catamarca, San Luis, y en un par de librerías montevideanas.

Ilustraciones del artista plástico argentino Ernesto Pesce acompañan los textos de ese número. Un rostro interrogante mira al lector desde el centro de la primera página. El texto de Beatriz Sarlo, “Una mirada política. Defensa del

partidismo en el arte”,³⁹⁰ comparte la actitud de la ilustración. Si como dice Sarlo retomando a Habermas, en el arte la abundancia de sentidos propone un modelo opuesto al de sociedades donde la libre circulación de esos sentidos está trabada por instituciones, la costumbre o la fuerza, el arte subvierte, por su misma forma, las leyes del autoritarismo. Ante eso, Sarlo se pregunta si esta afirmación sería sólo una teoría del lugar del arte en la sociedad o un discurso de flexión estética y programática. “¿Qué hacemos, entonces, los intelectuales, oscilando entre la argumentación regida por reglas formales e institucionales y programas estéticos o estético-ideológicos que nos vinculen con mayor fuerza y persistencia a la sociedad?”³⁹¹

Inspirada en la iluminación benjamiana, Sarlo diría que una es la visión del historiador, del teórico y del sociólogo de la cultura frente a un repositorio de discursos y prácticas simbólicas, y otra sería la mirada política sobre el presente y, desde el presente sobre el pasado. Aunque ambas miradas puedan coexistir en un mismo individuo, lo que se hace más difícil es que ambas operen al mismo tiempo.

A los intelectuales y sus opiniones y posiciones se les exige que tengan recaudos en la exhibición de sus razones; que sus formulaciones se articulen en el discurso. Se juzgan por su grado de coherencia interna; se las compara con juicios anteriores; se les pone a prueba en marcos generales; se interrogan sobre sus presupuestos y sus consecuencias. Por lo tanto, dirá Sarlo, habría que resolver las modalidades de coexistencia y cruce de las definiciones del gusto en el interior de una mirada política. El intelectual de izquierda, prosigue la autora, presta sus ojos y sus oídos a lo nuevo y se empeña en escuchar los rumores diferenciados de la sociedad en el espacio del arte; sus gustos, que son producto de su pasado, entran a trabajar a favor de esos rumores y de los esbozos que pueden ser la forma presente del futuro. Así, lo que habría que atender es lo que es menos visible, menos audible; discursos y prácticas intelectuales que escapan a las determinaciones del mercado y a los circuitos habituales. Pero también de encontrar aquello que, estando en el mercado, trabaja contra sus reglas, logra plantear preguntas imprevisibles e imagina

³⁹⁰ Beatriz Sarlo, “Una mirada política. En defensa del partidismo en el arte”, en *Punto de Vista*, núm. 27, agosto de 1986, pp. 1-4.

³⁹¹ Beatriz Sarlo, *op. cit.*, pp. 2-3.

respuestas. En clave de Raymond Williams, la mirada política atendería las figuras de lo nuevo, de lo emergente, y se apresta a disputar la hegemonía de las grandes líneas culturales, a cuestionar la legitimidad de su imposición.

Esa mirada, que por cierto está también en sintonía con los rostros que ilustran cada página del texto, se fijaría en todo aquello que intervenga en contra de la unificación, oponiendo el escándalo de otras perspectivas, poniendo en el centro el foco de las disidencias. Habría que descubrir cuáles son las formas e itinerarios que llevan al arte a cuestionar el propio lugar que se le ha adjudicado y los órdenes que lo integran; tendría que desorganizar el canon, atender a la alternativa y saber escuchar lo muchas veces inaudible que se presenta en lo nuevo. La mirada política no se regiría por un sentido común estético colectivo, por la construcción de un hábito y por las formas que éste promueve, pero tampoco se postularía como un opuesto en perfecta simetría. Se trataría de construir una sensibilidad soberana.

Sin embargo, en un giro explicativo que culmina no en una nueva mirada política sino en una propuesta que la institucionaliza, Sarlo termina su argumentación diciendo que frente a la especialización de las culturas (las que separa entre compartimientos de vanguardia y populares) haría que crear nuevas redes que visibilizaran las diferencias y que democratizaran las instituciones culturales.

El artículo de Hugo Vezzetti, “*Viva cien años: Algunas consideraciones sobre familia y matrimonio*”, es una crítica a propósito de una revista argentina llamada *Viva cien años*, que apareció en los años 30-40. Las ilustraciones de Pesce completan la crítica, hecha por Vezzetti en torno a las instituciones como la familia y el matrimonio. Pancho Liernur, en “La fábrica como texto”, decía que, a pesar de la presencia dominante en el paisaje formal contemporáneo los restos materiales de la industrialización ocupan en la historiografía apenas un lugar secundario. Incluso podría calificarse como insignificante comparado con la importancia que se le otorga a otro tipo de documentos o a otras arquitecturas que testimonian el pasado.

Fábricas, minas, puentes, alteraciones geográficas, vías, caminos, carteles, depósitos, casas, artefactos, instrumentos y demás medios de los procesos de producción podrían ser fuente para una historia que ha sido poco atraída por los procesos de la vida material. En el artículo de Liernur se

reconoce la herencia del pensamiento de Foucault, el cual ve en los restos de una fábrica no un mero recuerdo pintoresco, sino un artefacto de control y disciplinamiento que forma parte del poder moderno. El autor de los rostros interrogantes y de las imágenes críticas de los textos precedentes aparece en las ilustraciones que acompañan este texto, presenta imágenes en donde está él mismo con su propia fábrica, el tintero, el manguillo, las tijeras, el lápiz, la acuarela, el sacapuntas y sobre todo sus manos, cuya fuerza se presenta en un primer plano.

En la sección “Materiales para el debate” se plantea la pregunta de: ¿Una nueva reforma universitaria? Es un ensayo en el que se proponen reformas para la Universidad de Buenos Aires y en el cual participaron Adriana Puiggrós, Beatriz Sarlo, Alicia Azubel, Gregorio Kaminsky, Jorge Cors, Ricardo Nudelman, Hilda Sabato y Hugo Vezzetti.

El largo texto concluye que lo dicho en ese documento podría ser un canal para una reforma general en el sistema educativo; y que, ante las dificultades internas de la universidad, se presenta el problema mayor de que sin cambios económicos y sociales de mayor alcance, difícil sería cambiar la universidad, y por lo tanto, la participación y nexos entre ésta y la sociedad.

Una mujer con el torso desnudo y la mirada plácida y serena ilustra el fragmento de la novela del escritor argentino Sergio Chejfec *Senos originarios*. En una separata, aparece una extensa entrevista a Jürgen Habermas, titulada “Perfil político y filosófico”, realizada por Terry Eagleton y miembros del consejo de *Punto de Vista*, publicada primero por la *New left review* en mayo de 1985. Cuestionado acerca de que en su obra, Habermas había desplazado a la producción por la comunicación en tanto focos de análisis y fuentes de valor, y que pese a ello se consideraba materialista, el sociólogo responde que, a pesar de la centralidad de la comunicación en su análisis, él seguía explicando el modelo selectivo de modernización capitalista y sus correspondientes patologías en términos de los procesos de acumulación capitalista, desconectados de una orientación hacia el valor de uso.

Inmediatamente después, Habermas fue cuestionado sobre el balance que haría de la evolución política entre los años cincuenta y ochenta. El entrevistador retomaba la idea de que el cambio cultural en el ámbito de lo público en los países capitalistas era profundamente pesimista, un aguafuerte

de una vida pública degradada, en la que la sustancia de la democracia liberal quedaba vacía por una mezcla de manipulación plebiscitaria y una apatía privatizadora que operaba desintegrando las colectividades. En la misma pregunta se oponía a este panorama la propuesta habermasiana en la que se abre la posibilidad de restauración del dominio público a través de la democratización de los partidos, de las asociaciones y de los medios de comunicación.

En el balance cualitativo que Habermas realiza sobre los treinta años mencionados, dirá que la respuesta sería tentativa y pensando sólo en la experiencia de Alemania Federal. Le daba la impresión de que la esfera pública liberal se había fortalecido, aunque no dejaba de mencionar, por una parte, el carácter surreal e irónico como uno de los rasgos característicos de las grandes ciudades, al tiempo que se promovía un nuevo encantamiento de una realidad desrealizada.

Lo banal se asocia con lo irreal, costumbres desdiferenciadas, a la manera helenística, se funden con el estilo de la alta tecnología, y las ruinas de la cultura popular, con un gusto por lo extraño que es a la vez consumístico, personalizado y refinado. Los desechos de la civilización se revisten con el camuflaje del plástico. La sustancia de lo universal se disuelve en un narcisismo que falsifica todo lo individual y se convierte en estereotipo.³⁹²

Todo esto estaría acompañado por la tendencia a manipular las lealtades masivas, ejercicio que han perfeccionado y legitimado los partidos políticos que migraron desde el mundo de la vida al sistema político.

En la última pregunta es contundente: ¿Se imagina asumiendo un rol político más activo, como en la época del *Sozialistischer Bund*³⁹³ en los últimos años de la década del cincuenta, aunque dentro de otras circunstancias? La respuesta fue igualmente contundente. Habermas dice: “Si lo descartara, sería alguien diferente de lo que deseo ser”.³⁹⁴

Vale la pena recordar lo dicho por Zygmunt Bauman en su libro *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Durante la mayor parte de su historia, los intelectuales occidentales construyeron los planes de una sociedad mejor, civilizada o

³⁹² Jürgen Habermas, “Perfil político y filosófico”, separata *Punto de Vista*, núm. 27, *op. cit.*, p. 47.

³⁹³ La Federación Socialista, fundada en Alemania en 1908, que se proponía coordinar comunidades sin una dirección o gobierno central, basada en los principios de autonomía y libre asociación.

³⁹⁴ *Op. cit.*, p. 53.

racional. A pesar de las diferencias entre los numerosos proyectos, el concepto de “buena sociedad” poseía el rasgo invariable de pensarse en una sociedad amoldada a la representación del papel y del modo de vida intelectual. Esto mostró una división en el ámbito intelectual. A pesar de enfrentar conflictos por la lucha por los recursos del poder del Estado, cada elección se argumentaba y se legitimaba en términos de la esperanza de que la clase escogida deseara y pudiera crear o sostener una sociedad que diera cabida a las búsquedas intelectuales.³⁹⁵ Una sociedad que admitiera en la práctica un lugar central de los dominios específicamente intelectuales (como la cultura y la educación) y el papel crucial de las ideas en la reproducción de la vida comunitaria.

Ningún agente histórico parece responder hoy a esta descripción. La esperanza de que el mundo pueda ser un lugar seguro y cómodo para el trabajo intelectual no tiene un foco histórico en qué centrarse. Tal vez fue la conciencia de este aspecto de la nueva era el que encontró su expresión un tanto sublimada en la ‘desaparición del agente histórico’ de Touraine o la ‘crisis de legitimación’ de Habermas.³⁹⁶

Ambas expresiones transmitirían la comprensión profunda de que las ambiciones que validaban el modo intelectual de vida habían fracasado.

Después de la separata dedicada a Habermas, se publicaron, acompañadas del trazo de Pesce, una reseña de Daniel Freidemberg sobre *Diario en la crisis*, otra de Graciela Montaldo sobre el libro de Francine Masiello, *Lenguaje, ideología. Las escuelas argentinas de vanguardia*, y Beatriz Sarlo elogia el de Andrés Rivera, *Apuestas*. Y por último, Alfredo Rubione reseña un libro de crítica literaria.

Los cuatro libros reseñados habían sido publicados en 1986; es decir que, a diferencia de *Casa de las Américas*, la crítica bibliográfica era más inmediata. Esto se explica por varias razones, principalmente porque la mayoría de los textos reseñados en *Punto de Vista* fueron publicados en la propia Argentina lo cual facilitaba su adquisición, también porque la circulación de bienes culturales era más sencilla en el país sudamericano que en la isla caribeña. De estas reseñas, cabe resaltar la de Alfredo Rubione, *La continuidad de la crítica*, en la que se analizan diversos textos de crítica

³⁹⁵ Cfr., Zygmunt Bauman, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2005, pp. 208-209.

³⁹⁶ *Op. cit.*, p. 209.

literaria. *Los siete locos* de Roberto Arlt, *Todos los fuegos el fuego*, de Julio Cortázar, *Sobre héroes y tumbas*, de Ernesto Sábato, por citar algunos ejemplos, son revisados por diversos críticos literarios, lo que, según el reseñista, evidenciaba que en América Latina ya se estaba generando una crítica que adquiriría nuevos modelos teóricos y que presuponía a un lector actualizado.

Al igual en que en *Casa de las Américas*, en *Punto de Vista*, la década de los ochenta significó la inserción de la crítica literaria como un quehacer fundamental del intelectual latinoamericano. Si los sesenta y setenta fueron las décadas del *boom* de la literatura latinoamericana, los ochenta fueron los años en los que decantaron diversas miradas críticas sobre la novela latinoamericana, enunciadas desde el propio continente.

José Nun publica a partir de la página 26 el texto “Elementos para una teoría de la democracia. Gramsci y el sentido común”. Glosar este texto en su totalidad y hacer un análisis que elabore reflexiones pertinentes para el presente implicaría un trabajo que excede los límites formales de esta investigación. Sin embargo, este texto tiene una gran valía y cabe recuperar ciertos pasajes que podrían alumbrar un presente en el que, si algo parece extraviado es el sentido común. Ciertamente, el sentido común es depositario de pesadas y confusas herencias filosóficas y teológicas, como señala Nun. En los *Cuadernos* de Gramsci, la noción de sentido común designaría a la filosofía de los no filósofos, es decir, a la concepción del mundo absorbida críticamente por los diversos ambientes sociales y culturales en que se desarrolla la individualidad moral del hombre medio. Por eso, “cada estrato social tiene su sentido común, que es en el fondo la concepción más difundida de la vida y de la moral”.³⁹⁷

Habría un nivel en el que es posible cuestionar y reconstruir al sentido común. Éste sería el de la filosofía de la praxis, postura que sería crucial en la epistemología gramsciana y que relacionaría la filosofía, la historia y la política. Ser crítico con el sentido común no significaría, según Gramsci, enfrentar doctrinariamente los sentimientos espontáneos de las masas, sino “innovar y devolver crítica una actividad ya existente”. La experiencia concreta de los

³⁹⁷ Antonio Gramsci, citado por José Nun, en “Elementos para una teoría de la democracia. Gramsci y el sentido común”, *Punto de Vista*, *op. cit.*, p. 26.

sectores populares genera un núcleo de buen sentido, en el marco de su sentido común.

Así, para explicar cómo opera el trabajo ideológico en la adquisición progresiva de la propia personalidad histórica, Nun recurre al concepto gramsciano de espíritu de escisión.

En los Quaderni son múltiples las referencias a estas nociones, pero falta una elaboración sistemática. El “sentido de separación” denota tanto la percepción de una comunidad de intereses no necesariamente antagónica como que “el pueblo siente que tiene enemigos y los individualiza sólo empíricamente en los así llamados señores”. En cuanto al desarrollo del “espíritu de escisión”, es un proceso que va desde la afirmación de “la autonomía de los grupos subalternos pero dentro de los viejos marcos”, hasta la difícil conquista de su “autonomía integral”.³⁹⁸

Lo que Nun resalta como importante es que el pasaje entre “aquel espíritu” y “este espíritu” supone siempre un *momento catártico*, en el que se articularía críticamente el sentido común y que sería el punto de partida de toda la filosofía de la praxis. Ese momento no se daría de manera espontánea, requeriría de organización y no hay organización sin intelectuales, es decir, sin organizadores y dirigentes que elaboren los aspectos teóricos del nexo entre la teoría y la práctica. ¿Cuál sería, pues, la tarea principal de las personas especializadas en la elaboración conceptual y filosófica? Su labor sería introducir la racionalidad en las masas o potenciar su núcleo de buen sentido. La respuesta de Nun, evocando a Gramsci, sería que correspondería hacer lo primero, apoyándose en lo segundo. Lo que articularía estos dos momentos sería la política.

Junto al texto complejo y abigarrado de Nun, el lector encuentra anuncios de otras revistas, que de alguna u otra manera dialogaban con *Punto de Vista*. Justo al lado de la columna en la que se está hablando sobre el espíritu de escisión, aparece el anuncio del número 1 de *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*, de agosto de 1996. En el pequeño recuadro, se dice que ese primer número trataría temas como trabajo y sindicalismo; congresos pedagógicos; democracia, liberalismo y socialismo; y nuevas ideas para políticos de los años ochenta. Sus directores eran José Aricó, Juan Carlos Portantiero y José Tula.

³⁹⁸ *Ibidem.* p. 30.

Otras revistas que se anuncian en esta página son *Nueva Sociedad*, de Venezuela, la *Revista Iberoamericana*, publicada en Pittsburgh, *Hispanamérica*, a la cual Saúl Sosnowsky le daba vida desde Estados Unidos; la peruana *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, que era dirigida por Antonio Cornejo Polar; la publicación cordobesa *Escrita*, cuyo octavo número, publicado en mayo de 1986 contenía, entre otros, un texto de Lezama Lima; y *Espacios*, de la Universidad de Buenos Aires.

Antes de la contraportada, en la que, además el sumario, se replicaba la potente imagen de Pesce que muestra una figura masculina en su taller como fábrica, se publicó la réplica de Beatriz Gercman y Alejandra González en la que cuestionaban el artículo de Sarlo “Escisión o mimesis”. Por eso podemos decir, sin riesgo de equívoco, que el concepto gamsciano de “espíritu de escisión” estaba nombrando un problema que el intelectual argentino sentía como propio.

4. La utopía de cabeza, número 42

La obra de Joaquín Torres García es completamente distinguible. De alguna manera Montevideo le dio color a sus pinturas y sus pinturas le dieron color a Montevideo, cada línea de Joaquín Torres está presente una relación dialéctica entre trazo y espacio. Hay una ilustración que lo caracteriza y que forma parte del corpus de imágenes de América Latina: la silueta del continente debajo de la línea del Ecuador volteada de cabeza; un sol aparece iluminando el río de La Plata y la luna menguante da su cara a Chile y la Patagonia. La obra gráfica que ilustra el número 42 de *Punto de Vista* es del gran plástico uruguayo; en la portada aparece el fragmento de una imagen de la misma serie que la antes descrita. Con un trazo suave el sol de tinta negra de Joaquín Torres García acompaña el recuadro rojo del anuncio del número de abril de 1992; abajo y en tinta roja, con una tipografía delgada y fina, aparece la palabra UTOPIA en mayúsculas y englobando al resto del índice que prometía tratar temas como la política y la modernidad; Arlt y Buenos Aires; Lynch; Huyssen y los años sesenta.

A partir de este número 42 y hasta el último en 2008, la revista será diseñada por el Estudio Vesc y reproducirá una imagen distinguible en la que durante más de quince años se mantendrá una unidad en el diseño editorial.

La rama dorada y la hermandad de las hormigas era la transcripción de una ponencia presentada en el Club de Cultura Socialista en diciembre de 1991, en torno a una jornada de reflexiones sobre la utopía y la ciudad. Retomando *La rama dorada* de Frazer, Eduardo Grüner resalta la importancia del valor crítico que tiene el imaginar mundos posibles, alternativas a una situación que merece ser impugnada.

El concepto de otredad que tantas páginas llenará en la academia occidental de los años noventa, ocupa un lugar central en este ensayo, que concluía que, si como lo esperaba Habermas y lo temía Baudelaire, estamos por fin condenados a entendernos entre las otredades diversas, entonces se pagaría un precio muy alto por esa “comprensión” universal, que supondría la desaparición de toda forma de pensamiento alternativo, de todo imaginario político. Entonces, decía Grüner, “debemos decir que estamos enfáticamente a favor del malentendido: al menos él permite reintroducir la dimensión del conflicto de las interpretaciones, allí donde la moral al uso nos exige una tibia indiferencia, una reedición desapasionada de la hermandad de las hormigas comiéndose impiadosamente las hojas de la rama dorada”.³⁹⁹ La posibilidad de la utopía estaría jugándose en este malentendido.

Por su parte, Oswaldo Guariglia, en “Utopía e Ilustración”, el cual es una transcripción revisada por el autor de una intervención igualmente realizada en la misma jornada, organizada por el Club de Cultura Socialista, hace un recuento sobre el concepto de utopía. La utopía en la modernidad sería un concepto que incluiría la noción de cambio en el tiempo, lo cual planteaba un cambio radical respecto a la antigüedad. “Y esto es realmente un cambio radical, esta noción de cambio en el tiempo es sumamente curiosa porque, en el fondo, se da por primera vez como una noción teológica”.⁴⁰⁰

Después de un recorrido argumentativo que pasaba por Ricoeur, San Agustín, Comte, Fukuyama, Hegel, Marx, Benjamin, Kant, Popper, Bloch, el

³⁹⁹ Eduardo Grüner, “La rama dorada y la hermandad de las hormigas”, en *Punto de Vista*, núm. 42, abril de 1992, p. 6.

⁴⁰⁰ Oswaldo Guariglia, “Utopía e Ilustración”, *op. cit.*, p. 7.

autor termina diciendo que, tanto en Habermas como en Rawls existe un nuevo giro a la noción de utopía respecto a todos los demás autores. “La noción de utopía está en nuestras propias categorías para comprendernos a nosotros mismos como miembros de una sociedad transparente a la razón”.⁴⁰¹

Otra ponencia transcrita de la misma jornada de reflexiones es la de Héctor Schmucler, “Impedir la utopía”. Esta última es el resultado de la voluntad humana de despegarse de toda trascendencia para constituir, construir, un mundo autocentrado en los propios hombres; lo que haría que en su propia definición la utopía contuviera su propia tragedia. El razonamiento de Schmucler argumentaba que, si la utopía nace de la aspiración de construir un mundo autocentrado en la voluntad humana, esto originaría la posibilidad del nacimiento de otro gran producto de la humanidad: el intelectual, el pensador crítico, el intelectual crítico burgués.

A partir de este pensamiento se puede explicar una contradicción. El intelectual crítico puede existir con autonomía porque cree en la posibilidad del pensamiento autónomo producto de la voluntad humana; pero también construye una sociedad producto de este espíritu crítico que prescinde de algo que le sirva de fundamento fuera de sí mismo. Por lo tanto, la tragedia de la utopía es que inventa una naturaleza humana, y lo hace desde una ética. Ante lo cual, Schmucler se pregunta si se puede construir una ética autofundada en lo humano, si el hombre podría encontrar algún fundamento en algo que lo trascienda. Si fuera cierto que lo único que nos cabe es dedicar toda la vida a aprender a vivir el misterio de la trascendencia, el recorrer de ese camino nos aproximaría a la felicidad, concluye Schmucler.

Anahí Ballent, en “Ciudad y utopía, la trama del hechizo”, habla del Buenos Aires de los años treinta. Y es que, en el siglo xx, fue en las ciudades en donde se colocó la utopía futura. En ese mismo tenor, el texto de Beatriz Sarlo, “Arlt, ciudad real, ciudad imaginaria y ciudad reformada”, hablaba del horror de la ciudad vieja, pestilente, sucia, caótica, cruzada por el olor de los conventillos. Se funde en los personajes de Arlt con una ciudad moderna más

⁴⁰¹ *Ibidem.*

inventada que vista. “Algo que Buenos Aires será, pero no es todavía en 1930; como fantasma a ella se sobreimprime una ciudad casi imaginaria”.⁴⁰²

A Arlt, Sarlo le otorga la virtud de recrear una literatura que predice en los treinta lo que va a ser el Buenos Aires de los cuarenta y cincuenta. Arlt hizo una elipsis de tiempo, saltando sobre el presente y haciendo de sus propios signos una masa compacta del futuro.

Aquí hay un dato que no sería gratuito. Al pie del artículo de Anahí Ballent se anuncia con una pequeña ilustración cuyos trazos parecen del propio Torres García, una película dirigida por Rafael Filippelli, con un guión de Adrián Gorelik, Beatriz Sarlo y Graciela Silvestri. En su libro, *La imaginación técnica: Sueños modernos de la cultura argentina*, Sarlo realiza toda una serie de reflexiones sobre el uso profano de la técnica en la primera mitad del siglo XX, y en cómo estos usos mediaron la jerarquización de los saberes. El anuncio de esta película nos habla de la directora de la revista, quien también tenía puesta la mirada en la imaginación técnica inspirada en la cinematografía.⁴⁰³

Ilustrado con una estrella trazada por Joaquín Torres García, el texto de Adrián Gorelik y Graciela Silvestri habla sobre las representaciones de la ciudad que eludían los aspectos centrales que le daban densidad a los modernismos radicales, en donde se daban cita aspiraciones jacobinas y comunitaristas y las necesidades de definir una sociedad nueva que correspondiera a los nuevos tiempos. Lo que predominó fue una visión armónica y la pretensión de recuperar el destino como utopía.⁴⁰⁴ Adrián Gorelik se estrenó en este número como miembro del Consejo de dirección. Este hecho es importante porque se comenzaron a incluir nuevas temáticas y análisis sobre la ciudad.

A propósito de la visión de la posmodernidad de Andreas Huyssen, María Teresa Gramuglio, en el texto “Un posmodernismo crítico”, hace una interesante lectura de las propuestas de este autor. Parfraseándolo, dice Gramuglio que, los movimientos sociales, el ecologismo, las reivindicaciones de las culturas de la minoría y el feminismo se revelarían como vigorosos

⁴⁰² Beatriz Sarlo, “Arlt, ciudad real, ciudad imaginaria y ciudad reformada”, en *Punto de Vista*, núm. 42, *op. cit.*, p. 20.

⁴⁰³ Cfr. Beatriz Sarlo, *La imaginación técnica: Sueños modernos de la cultura argentina*, Nueva visión, Buenos Aires, 2004.

⁴⁰⁴ Adrián Gorelik y Graciela Silvestri, “El pasado como futuro. Una utopía reactiva en Buenos Aires”, en *Punto de Vista*, núm. 42, *op. cit.*, p. 22.

ataques a las estructuras destructivas, etnocéntricas y patriarcales de la sociedad capitalista. Entonces Gramuglio ya se preguntaba si estas experiencias

podrían sustraerse a las mismas aporías en las que quedaron atrapadas las vanguardias; o la cooptación por el mercado de la cultura u otras formas de institucionalización, sobre todo si se piensa en la asombrosa promoción que algunos de estos movimientos reciben desde lo más granado de instituciones académicas como lo son las universidades estadounidenses, donde, además, se han convertido en una pieza de las disputas por los espacios de poder.⁴⁰⁵

Si bien los intercambios y préstamos entre el arte y la cultura de masas producirían resultados calificados por Gramuglio como excelentes, también generarían hojarasca, “hojarasca conformista”, confundirían la cultura con el espectáculo. Por otra parte, agrega Gramuglio, si bien es cierto que los movimientos sociales de diverso tipo podrían ser un potencial para liberar formas de conciencia crítica, es verdad también que no se podría eludir “la melancólica sensación de que resultan tan débiles como Madame Bovary y tan ineficaces como las vanguardias, para transformar los aparatos institucionales y económicos del capitalismo postindustrial, incluida la industria de la cultura”.⁴⁰⁶

En esa misma página, inserto en el texto de Gramuglio, quedó el anuncio de la revista venezolana *Nueva Sociedad*, que en el número 116, de diciembre de 1991, contenía artículos coyunturales sobre Chile, Honduras y Brasil, además de un texto de análisis de Boaventura de Sousa Santos, y también un texto sobre las posiciones intelectuales tomadas en torno a la Cumbre Iberoamericana, que se había realizado en Guadalajara. El tema central de aquel número fue la estética, la cultura y la sociedad. Participaron en aquel número Beatriz Sarlo, Rento Ortiz, Nelly Richard, entre otros.

Rafael Filippelli en “El peso del tiempo. Sobre *Historia de Tokio*, de Yasujiro Ozu” hace una crítica de la película de este director de cine japonés. En medio de esta reseña, las ilustraciones de Joaquín Torres García podrían apoyar la interpretación de Gramuglio. Una luna, un cuchillo, una rosa de los vientos, un corazón, una estrella y el símbolo que representa al género femenino, hablan de la emergencia de nuevas formas de representar a las

⁴⁰⁵ María Teresa Gramuglio, “Un posmodernismo crítico”, *Punto de Vista*, núm. 42, *op. cit.*, p. 32.

⁴⁰⁶ *Op. cit.*, p. 32.

minorías, que a pesar de compartir en un mismo espacio gráfico, aparecen desconectados entre sí.

Después de la reseña de Filippelli aparece una crítica a *Corazón salvaje* de David Lynch, configurando así una nueva etapa de *Punto de Vista* en la que la reflexión en torno a las artes visuales comenzaría a tener más espacio dentro de la revista.⁴⁰⁷ Este texto lo transcribió María Teresa Gramuglio de un número muy reciente, de noviembre de 1991, de la revista francesa *Espirit*.

Una discusión en la que vale la pena detenerse es el intercambio de ideas entre Silvia Sigal y Oscar Terán en torno a los libros que ambos publicaron en 1991, en los que se abordaba el tema de la década de los años sesenta. *Punto de vista* publicó la transcripción de aquel intercambio sucedido en noviembre de 1991, en el Club de Cultura Socialista.

Terán decía entonces, que uno de los motivos para escribir acerca de los sesenta fue que en el año 66 o 67 se incorporó al partido cubano, y que la crítica a éste, después de 1975, lo llevó a una caída de los ideales. Fue un momento en el que descubrió que sus ideologías eran mortales. Siendo así, necesitaba pasar de la filosofía a la historia de las ideas.

Por su parte, Sigal dice que ella escribió el libro motivada por buscar el entendimiento sobre la juventud peronista y sobre los intelectuales de izquierda que actuaron como “si fueran peronistas y luego ya no se supo muy bien qué eran”.⁴⁰⁸ También la motivó el interés por conocer sobre grupos intelectuales a los que no les había dado tanta importancia, por el sesgo de su militancia política. Por lo tanto, dice Terán, que en los dos libros hay una distinción en cuanto a la memoria. A Silvia le interesaría lo otro respecto de sí misma, y a él, volver a ver lo visto, volver a leer lo leído pero con otros ojos.

Así, estos dos libros forman parte de la historiografía más importante sobre los años sesenta en Argentina. Son también parte del entramado crítico que durante la década de los años ochenta se fue tejiendo en torno a la lectura del pasado más reciente. Los sesenta fueron un horizonte que, para la revista cubana y la revista argentina, tuvieron un lugar y un trazo diferente.

⁴⁰⁷ Marc-Oliver Padis, “El reflejo ciego. Sobre *Corazón salvaje* de David Lynch”, *Punto de Vista*, núm. 42, *op. cit.*, pp. 37-41.

⁴⁰⁸ Silvia Sigal y Oscar Terán, “Los intelectuales frente a la política, *Punto de Vista*, num. 42, *op. cit.*, p. 43.

En las páginas finales del número 42, aparecerán varios anuncios de revistas con las que *Punto de Vista* tenía intercambios: las españolas *Leviatán* y *Letra Internacional*; la peruana *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, *Hispanamérica*, con dirección postal en Estados Unidos; la *Revista de Crítica Cultural*, dirigida por Nelly Richard en Chile, y las argentinas *Diario de Poesía*, el cual en el número anunciado tenían en la portada el texto de George Perec, “Instrucciones de uso”, y *La Ciudad Futura*. *Revista de Cultura Socialista*, que era la publicación emblemática del Club de Cultura Socialista.

La contraportada de aquel número es igual de sugerente que su portada. Un reloj que marca la una con veinte minutos, una rosa de los vientos, las letras dibujadas del mes de abril y una flecha apuntando hacia la izquierda son los trazos de Joaquín Torres García que acompañaban el logotipo en rojo de la revista argentina.

5. Políticas gráficas, políticas estéticas

Funes, el personaje borgiano, tardó un día entero en reconstruir y recordar lo que había sucedido en un día entero pasado. Su capacidad de abstracción se limitaba al uso del lenguaje. Funes recordaba todo con tal detalle y precisión que no podía pensar. ¿Cómo describiría Funes cada ejemplar de una revista? ¿En qué detalles se detendría? ¿Qué sería aquello digno de recordar? Cuando describimos siempre omitimos algo, sea voluntariamente, por desconocimiento o por no ver aquello que está oculto ante nuestros ojos.

Quien fuera versado en el tema de la impresión y el diseño tendría mucho más que decir que lo que aquí se ha enunciado en estas descripciones de las revistas. Por ejemplo, si alguien pasara los dedos por encima de las revistas del inicio de la década de los ochenta, se daría cuenta que las técnicas de impresión cambiaron hacia el final de la década. Hay libros de principios de siglo cuyo primor radica no sólo en lo que dicen, sino en su materialidad, en el papel amarillento surcado por la impresión que en él dejaron los tipos móviles. Y qué decir de aquellas novelas rosa de finales del siglo XIX cuyas ilustraciones eran coloreadas a mano.

Cuentan Esther Pérez y Arturo Arango que cuando comenzaron a usar computadoras tuvieron que cambiar sus formas de revisar los errores en la impresión. Los cambios en la técnica están directamente relacionados con la forma en que las ideas se transmiten.

No fue el propósito de las descripciones anteriores hacer un relato de *cómo son* esos números. Sería un error parecido a la pretensión de conocer el pasado “tal cuál sucedió” o querer hacer una descripción a lo Funes. De lo que se trata es de detenerse en la apuesta gráfica de la revista, en poner en relación a los textos ahí colocados, en preguntarse por las funciones que pudo tener el colocar cierta imagen a lado de un texto, o un color combinado con otro en la portada de la revista. Las revistas durante el siglo xx, y con particular intensidad después de los sesenta, ocuparon estéticamente el espacio de lo público.

Tanto *Casa de las Américas* como *Punto de Vista* formaban parte del paisaje cultural urbano. Ambas reprodujeron políticas gráficas distinguibles, aunque compartieron la conceptualización primaria sobre lo que debía o no ser una revista; quienes participaban en su hechura hicieron de ella un objeto en el que se desplegaban sujetos colectivos a los que les interesó no sólo pensar en qué ideas transmitían, sino en dónde y de qué forma.

A manera de conclusión. Reflexiones finales

Cuando entendamos que si el futuro le tapa la boca al pasado, se la tapa también a sí mismo; entonces se podrá volver a viajar creyendo en el sentido y la belleza de lo que uno encuentre —que estará siempre lleno de pasado.

Tomás Segovia

1. Las coordenadas

¿Qué es lo que justificó el cruce en coordenadas comunes de dos revistas latinoamericanas tan disímiles? En su contemporaneidad, ambas fueron creaciones intelectuales que objetivaron esa fuente inmanente de la que habló José Aricó: el hacer de una revista de cultura la materialización de una fuerza que roe el interior de quien la hace y que encuentra en ella el medio para colocarse críticamente frente a la realidad.

Una idea de César Vallejo resulta sugerente para pensar nuevas articulaciones políticas y culturales. En medio de un contexto agitado, Vallejo propuso que el artista debía ante todo suscitar una nueva sensibilidad política en el hombre que no empadronara al espíritu en ninguna consigna propia ni extraña. Se trataría pues no de darle nuevos tonos políticos en la vida, sino de crear nuevas cuerdas que dieran esos tonos.⁴⁰⁹ Esta metáfora es sugerente también para pensar al intelectual y a la calidad de la crítica que tendría que implicar la reflexión sobre su propio quehacer.

La crítica frente a la actualidad tendría que ser capaz tanto de distinguir a las cuerdas viejas, como contribuir a la creación de los nuevos tonos. Ello significaría realizar una labor compleja porque la posibilidad de darle nuevos sentidos y funciones al trabajo intelectual implica que, quienes lo realizan, se coloquen no como ajenos al problema ni como entes extraños que lo diagnosticarán desde un espacio externo, sino como parte de él. El trabajo del pensar tiene que originar nuevos tonos, difícil es inventarlos cuando no se mira críticamente al músico, al instrumento, a la cuerda.

La historia de los intelectuales y sus relaciones tendría que cumplir un papel crucial en la conformación de nuevas formas para construir y transmitir conocimiento. Sin la historización del intelectual será imposible construir al intelectual como sujeto o pensar en la trascendencia de su función. Con la historia se tiene no sólo que afinar el pensamiento analítico o informativo, sino la capacidad de imaginar, intuir y relacionarse de nuevas formas con la

⁴⁰⁹ César Vallejo citado por Bolívar Echeverría en “Introducción”, en Walter Benjamin, *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, Editorial. Itaca, México 2003, p 1.

sociedad en la que la generación de conocimiento tenga un sentido distinto al que tiene en la sociedad capitalista.

En ese sentido, dar cita en un presente a dos experiencias históricas del pasado reciente nos sitúa frente a la posibilidad de rescatar un cúmulo de experiencias de la generación y transmisión del conocimiento, y de una práctica intelectual en la que se relacionaban dialécticamente las ideas con el hacer.

Los intelectuales que participaron en la hechura tanto de *Casa de las Américas* como de *Punto de Vista* dedicaron tiempo, atención, pasión a una empresa colectiva que se materializó en la forma específica de revista. A pesar de ser proyectos colectivos, compartían también el ser publicaciones vinculadas con figuras intelectuales emblemáticas específicas, Roberto Fernández Retamar, en *Casa de las Américas*, y Beatriz Sarlo, en *Punto de Vista*.

Ambas publicaciones fueron consideradas núcleos de pensamiento de “izquierda”, con la vaguedad que ello pudiese implicar tanto en aquellos años como en el presente. Hoy son consideradas fuentes ineludibles de la memoria reciente de la producción cultural latinoamericana, particularmente de los países de los que son originarias. Se planteaban la crítica como uno de sus ejes metodológicos, aunque su ejercicio fuese completamente diferente, dada la naturaleza propia de las publicaciones. *Casa de las Américas* es una de las revistas canónicas del latinoamericanismo, en cambio, *Punto de Vista* es un refrete importante para los estudios latinoamericanos, pero no por tributar a la tradición latinoamericanista, como sí lo hizo *Casa de las Américas*.

Si se trata de rastrear las concepciones sobre el trabajo intelectual, ambas revistas son fundamentales para acercarse a los itinerarios reflexivos de los intelectuales sobre su quehacer. Han sido retomadas como una fuente importante para la reflexión, desde una diversidad de estudios sobre lo político y lo cultural. Sin embargo, son pocos trabajos los que han estudiado las publicaciones con una visión más relacional, entendiendo el entramado de redes sociales y productivas que envuelven la hechura de una revista. Se extraña particularmente la realización de trabajos que estudien *Casa de las Américas* durante una década fundamental para la comprensión de la historia reciente cubana, así como trabajos que coloquen a ambas revistas en coordenadas comunes con otras.

En ese sentido, Cuba ha funcionado en los estudios sobre América Latina como la excepción puesta a pie de página. Toda experiencia histórica debe estudiarse en sus particularidades, detalles, dobleces y rugosidades propias. El caso de Cuba merece especial atención dada la excepcionalidad histórica que ha representado en el proceso de construcción del socialismo. Sin embargo, y sobre todo en el momento actual de la *globalización* capitalista, es indispensable avanzar en metodologías de estudio que permitan el entrecruzamiento de aquello que parecería completamente inconexo. Sólo llenando de experiencias que puedan confrontar prácticamente a la globalización como concepto se podrá también trascender la naturalización de este mismo proceso.

Casa de las Américas era una publicación cultural que dependía del Estado cubano. Aunque de ninguna manera puede compararse el papel que desempeña el Estado en sociedades capitalistas con el que cumplió en Cuba en un contexto en el que el mundo hegemónicamente se dividía entre los bloques socialista y capitalista, no puede obviarse esta relación para el estudio de la publicación cubana. El origen de la revista argentina se enmarcó en la multiplicidad de actos de resistencia en contra de la dictadura y después se reconfiguró como un espacio de reflexión en tiempos de democracia.

Sin embargo, esta enunciación no está exenta de paradojas. Mientras *Casa de las Américas*, efectivamente, formaba parte del Estado como la publicación de la institución cultural homónima, su reproducción en un espacio continental amplio contribuyó a la crítica radical o reformista del Estado, fue inspiradora de rebeldías continentales diversas, incluyendo aquellas que pugnaban por la desaparición del Estado como resultado de la construcción del comunismo.

Punto de Vista puede ser entendida, a la luz de los años, como una publicación que en algún sentido contribuyó a la reformulación del Estado ampliado en el contexto neoliberal. Si, como lo entiende Gramsci, el Estado ampliado es aquel que se concibe no sólo como aparato institucional de control del orden social sino como aquel en el que confluyen de manera orgánica las "fuerzas intelectuales y morales" con las que se organiza la sociedad completa, y aquellas que Gramsci llama sociedad política y sociedad civil, y en las que la coerción y la dominación se combinan de manera compleja, *Punto de Vista* fue

pieza fundamental para comprender un nuevo engranaje entre la cultura y la política, la coerción y margen de acción, justamente porque cumplió la función de ser un producto cultural no estatal, no universitario, no partidista, no militante; es decir que se quiso ubicar como una entidad cultural independiente y autónoma de otras. Sin embargo, ello formó paradójicamente parte de la dinámica neoliberal de desmantelamiento del Estado y la reconfiguración de la cultura. De hecho los deslindes intelectuales que originaron el quiebre en el Consejo de Dirección de la revista tienen una relación directa con una confrontación profunda en la concepción de la política, la cultura y el quehacer intelectual.

El directorio de autores que publicó en *Casa de las Américas* durante la década de los ochenta es exponencialmente mayor al de colaboradores de la revista argentina. La primera publicación se nutrió de los ríos internacionalistas que emanaron de Cuba después del triunfo revolucionario y que para los años ochenta mostraban gran vitalidad a pesar de los deslindes intelectuales y artísticos de finales de los sesenta y principios de los setenta. La segunda mantuvo una red de colaboraciones mucho más pequeña y nunca tuvo entre sus pretensiones la construcción de un internacionalismo de la naturaleza del de la revista cubana. Sin embargo, a pesar de esta gran diferencia, ambas revistas eran armadas por un núcleo muy pequeño de personas que decidían qué artículo debía ir, en qué lugar, en qué sección. A *Casa de las Américas* llegaba la mayoría de las colaboraciones, por las diferentes vías de comunicación política, cultural y académica, con el resto de América Latina y el mundo. Por el contrario, la dinámica de *Punto de vista* fue casi siempre la de pedir colaboraciones específicas y la de elaborar materiales propios.

En el trayecto de esta investigación se hizo énfasis en la puesta en práctica del trabajo intelectual en colectivo. Las maneras en que se materializó esta forma de trabajo fueron profundamente distintas. Para el caso argentino, el entramado afectivo y político era más concreto y delimitado, y para el caso cubano, más simbólico y amplio. Los hacedores de *Punto de Vista* venían de militancias diferentes cuyas aguas se encontraron en un cauce común en la transición a la democracia. Desde *Punto de Vista* construyeron amistades y redes intelectuales cuya fortaleza se relacionaba con la visión política del futuro. Sin negar que en la práctica se constituyeron relaciones fraternas

reales, en *Casa de las Américas* existió una identidad simbólica muy fuerte, fincada en el deseo por que América Latina caminara hacia el socialismo. La mayoría de los intelectuales, artistas y escritores que confluían en sus páginas formaba parte de ese “nosotros” amplio que conformó una red menos tangible que la que existía en torno a *Punto de Vista*, pero no por ello menos potente.

En aquella época, el Consejo de dirección de la revista argentina permanentemente se reunía para discutir los temas y enfoques de los números. Su práctica como consejo era más constante y permitía la discusión frontal. El Consejo de redacción de *Casa de las Américas* llegó a reunirse, pero no con la frecuencia y minuciosidad que el de la publicación argentina. Los códigos de legitimación de los textos e imágenes eran diferentes.

Casa de las Américas tuvo mecanismos de inclusión del trabajo colectivo y de validación de sus publicaciones entre la intelectualidad latinoamericana, que son distinguibles de las de *Punto de Vista*. Si en un momento la revista fue planeada principalmente por Roberto Fernández Retamar, más tarde con Fernando Butazzoni, después con Arturo Arango y a la salida de éste con Esther Pérez, no se puede obviar que la revista era un espacio de participación muy amplio, tanto dentro como fuera de Cuba.

En los momentos en los que hubo cambios en la configuración de *Punto de Vista* se debió justamente al quiebre en la concepción política y cultural de los miembros del Consejo de dirección. Los cambios en la revista cubana obedecían más a las transformaciones en la política cultural del Estado cubano que a diferencias políticas profundas entre quienes hacían la revista.

Más parecida a las revistas convencionales es *Punto de Vista*. Con un formato rectangular vertical, pasta blanda, hojas impresas en blanco y negro, con una tipografía más pequeña y poco juego en el diseño de los encabezados, con imágenes subordinadas al texto, esta revista demostraba con su materialidad que sus hacedores pusieron más empeño en el qué decir que en la formalidad. Sin embargo, poco a poco, los números de *Punto de Vista* fueron complejizando su hechura al modificarse su propia concepción de la cultura, en el contexto de la apertura democrática, la posibilidad de escribir más abiertamente, y el aumento de recursos financieros.

Casa de las Américas conservó, desde sus orígenes, el estilo constructivista que en la URSS fue remplazado oficialmente por el formalismo

ruso. El juego tipográfico, la hechura de las portadas, la combinación de colores contrastantes, la repetición de fragmentos de imágenes a lo largo del ejemplar, el juego con las viñetas y con el aire como un elemento del diseño, estuvieron siempre asociados a la relación entre las posibilidades técnicas y la creatividad del diseñador. Podría entenderse que la materialidad misma de *Casa de las Américas* fue uno de los ejemplos más claros de la resistencia ante la parametrización de la cultura en un momento en el que la dependencia económica con el bloque socialista implicó la adecuación de la cultura institucional a los modelos que se imponían desde la hegemonía socialista.

Con todas estas diferencias es el presente lo que une poderosamente a ambas publicaciones. Una y otra son espacios que salvaguardan la memoria de las formaciones intelectuales críticas, ambas mantuvieron un férreo compromiso de transformación futura. Son espacios para mirar la contradicción y la potencia que se origina en el trabajo colectivo, al tiempo que son fuente para entender trayectorias individuales.

Jugando con una idea de Beatriz Sarlo que hablaba sobre la ausencia de fuentes para encontrar el deseo de transformación política, se puede pensar a las fuentes del historiador como un indicio del pasado, tanto como fuentes de deseo de transformación futura. Fuentes e indicios que sirvan para criticar la naturalización del presente, y al mismo tiempo imaginar, crear y trabajar por la construcción de futuros más justos, libres y democráticos, en los que una de las tareas del conocimiento y el pensamiento sea la de recuperar la historia en varios sentidos. Uno de ellos, el de llenar el vacío de historia que la teoría tiene en la actualidad. Si somos críticos de la mecanización de la producción, debemos ubicar al trabajo intelectual dentro de ese proceso. “¡Todo al fuego, hasta el arte, para alimentar la hoguera!”, dijo José Martí.

2. (Im)pensarse intelectual

En un juego de palabras, hace más de una década, Immanuel Walerstein propuso que había que *impensar* las ciencias sociales, no repensarlas, porque la normalidad es que eruditos y científicos repiensen los asuntos no que los

impiensen. Es decir, que las reflexiones se desliguen de la cosmovisión de la que forman parte.

En *Casa de las Américas* se enunciaron innumerables concepciones sobre el trabajo intelectual. La mayoría de ellas de carácter coyuntural, no teórico.

Los intelectuales manifestarían diferentes ámbitos de la creación. Intelectual sería desde un escritor, un músico, un artista plástico, un teatrero, un cineasta, un investigador o un ensayista. Desde su posición creativa, tendrían la conciencia de leer el malestar no porque fuesen sujetos individuales, sino porque forman parte de una actividad convulsa, decía Mariano Rodríguez, presidente de Casa de las Américas. Hart, ministro de Cultura, hablaba de “nuestros intelectuales”, es decir que había otros que quedaban fuera de la identidad contenida en el “nuestros”. Para aquellos que están dentro, la defensa y la denuncia no serían cuestiones ajenas, sino condiciones naturales. Hart incluso preferirá, antes de hablar de intelectuales, hablar de revolucionarios. Julio Cortázar pensaba que los colectivos de intelectuales tendrían que conformar una mirada colectiva para mirar el horizonte de sus propias tierras y de sus destinos. El intelectual tendría que ser muy perspicaz para poder distinguir al enemigo interno. Y también tendría que cuidarse de que fuese poco revolucionario el lenguaje de los revolucionarios. Habría que velar porque la palabra no se quedara atrás en el avance de la historia. Ariel Dorfman, en una lúcida y pionera visión sobre lo que hoy claramente se define como neoliberalismo, decía que al intelectual no le quedaba otra arma en ese contexto, más que la inteligencia, la imaginación, la honradez crítica y el deseo de generar con esas capacidades un eco en otros. Los visionarios, los filósofos, los místicos, los poetas y sabios que a través del tiempo quisieron cambiar el mundo, fueron los que heredaron a los intelectuales el deseo de ser constructores de futuro, la apetencia por habitar el tiempo venidero.

En medio de la represión, de la injerencia imperialista, de la guerra nuclear, se apelaba al poder de persuasión de los intelectuales; a su lucidez, al poder de la inteligencia, que se veía como un arma invencible. En el contexto de la revolución sandinista, una funcionaria decía que los intelectuales tendrían que cumplir, junto con otros, el papel crucial de orientadores del pueblo. Serían

ellos los que romperían al muro de la desinformación, y alzarían su voz para denunciar la guerra.

Retamar defendía la idea de la construcción de una identidad compartida entre todos los intelectuales desde la cual se defendiesen causas comunes, porque también habría un destino común, pacífico y soberano. Con cierto tono crítico, Gabriel García Márquez se burlaba de los intelectuales complacientes, que sólo decían sus ideas en encuentros y congresos, pudiendo morir cómodamente sin cumplir la característica que él pensaba que debía tener un intelectual crítico, es decir, encontrar en la voz de los otros una utilidad práctica para darle continuidad a la lucha. García Márquez también abogaba por reconciliar el raciocinio y la imaginación, para que ningún concepto fuese rebasado por la vida. El escritor Volodia Teitelboim pensaba que el intelectual tendría la importante labor de influir en las mayorías, ganar influjo en el espíritu de los pueblos.

En la práctica, la revolución del 59 y en particular la trayectoria de Haydée Santamaría lograron conformar en *Casa de las Américas* una nueva relación entre la cultura, el saber, la práctica y el compromiso político. Fernando Martínez Heredia hablará de trabajo intelectual, no de intelectuales. Éste tendría que modificarse con el curso de la transición socialista. Sus funciones tendrían que ser otras, cualitativamente diferentes y más importantes a las que tiene en una sociedad capitalista. Compartiría con otros trabajos la lucha por cumplir objetivos comunes. Identificaría y mantendría el rumbo hacia los caminos más radicales; formaría seres humanos e instituciones nuevas. El trabajo intelectual contribuiría a la crítica interna, porque existiría un compromiso total del individuo con la lucha y con el proyecto social.

En los años posteriores al Quinquenio gris, algunos literatos cubanos resistieron ante la imposición de parámetros que limitaban la creación artística. Además, con su obra recrearon las posibilidades de la literatura como constructora de sujetos que tienen el derecho a forjar su presente y futuro incesantemente. El papel de la literatura sería decir, no predicar. La cultura, en tanto creación es una permanente rectificación, dijo Cintio Vitier.

La construcción desde *Punto de Vista* fue distinta. En esa revista se definió al intelectual deseado como intelectual de izquierda, y después como intelectual ciudadano. *Punto de Vista* fue pensada como un vehículo de

disidencia intelectual, de solidaridad e interlocución. Un lugar en donde tuvieran cabida la controversia y la discusión. Como “intelectuales de izquierda en el marco de la democracia”, se definieron en un primer momento. Intelectuales que tenían que relacionar perspectivas específicas disciplinares con diversos intereses públicos, al tiempo que se posicionaran en la “izquierda”, en el marco del sistema democrático.

Para Beatriz Sarlo, con *Punto de Vista* se buscaba colocar nuevos puntos en la agenda intelectual argentina. En primer lugar, repensar las relaciones entre cultura, ideología y política, y en ese marco colocar al intelectual como sujeto que está en tensión entre lo cultural y lo político. El intelectual tendría que estar trabajando en y sobre los límites, con la idea de transformación e incluso de destrucción, y también con el reconocimiento de su existencia e inercias.

Después, cuando se comience a acompañar el concepto de intelectual con el de ciudadano, el grupo de *Punto de Vista* coincidirá en que este concepto coloca al intelectual de forma diferente frente a Estado. Para *Punto de Vista*, en el marco de la transición a la democracia, la reconstrucción de la cultura argentina, con sus instituciones y redes sería una tarea también de los intelectuales, en la que tendrían que estar con un espíritu crítico y también con nuevas ideas; no deberían ser profetas, sino ciudadanos.

Altamirano pretende escapar a algunas de las certidumbres planteadas por el discurso de que todo es político, incluyendo la cultura. Si en el marco del proceso democratizador se elaboraron explicaciones totalizadoras que concebían al intelectual como portador de grandes síntesis teórico-prácticas, u otras que defendieron la competencia del intelectual en áreas y disciplinas particulares, siempre institucionalizadas, Altamirano concluye que el ejercicio intelectual en el terreno de lo político no debe ceñirse a sus marcos institucionales. De ser así, se correría el riesgo de que la inquietud provocada en aquellas coyunturas se estancara. Desde otro punto de vista, lectoras de la revista argentina dirían que el intelectual puede optar por el acomodo académico o por el compromiso político. El intelectual no puede escapar del narcisismo que lo lleva siempre a observarse a sí mismo, por tanto, lo que se debía reflexionar con mayor cuidado no era la figura del intelectual sino la del político.

En el presente es verdad que el devenir sobre el trabajo intelectual, sea para reafirmarlo o bien para construir otra cosa, sólo podrá proyectarse de manera diferente si antes se reflexiona sobre las posibilidades de construir otra política, sobre la base de una crítica profunda a dos concepciones construidas en la modernidad capitalista. Una sería aquella que concibe al espacio como un territorio que siempre puede conquistarse, ocuparse, usarse, reorganizarse y aprovecharse; y otra que concibe al tiempo como un constante devenir en el que se despoja al sujeto de la posibilidad de construir sus futuros. La modernidad también ha parido a sus críticos. En ellos encontraremos los hilos que permitan construir otra política, fundada en una práctica y concepción distinta sobre el tiempo y el espacio.

3. Tiempo y espacio

Quizá una de las labores en donde se pone a prueba la visión de un colectivo intelectual es justamente el momento de nombrar una revista. Bastaría reflexionar sobre los títulos de las revistas analizadas para darse cuenta de las metáforas que sus nombres encierran. *Casa de las Américas* hacía referencia a un espacio común construido para albergar a las Américas, en plural. Mientras en la doctrina Monroe de-*signaba* el territorio continental inventado como aquel que le pertenecía a los estadounidenses, la institución cubana y su revista resignificaban, en plural, esa América para (todos) los americanos.

De esta manera, la *casa* que designaba la revista hacía, al mismo tiempo, de puente entre el espacio intelectual continental y el de los lectores cubanos y latinoamericanos que tenían acceso a la revista, y que provenían de los más diversos orígenes. Lectores jóvenes y viejos, habitantes de las metrópolis y las provincias, lectores para los que la revista era de fácil acceso si se encontraban en el amplio círculo de relaciones creadas por la red generada por la revista.

Esta *casa* designa desde entonces aquel espacio de encuentro para pensar las Américas y no sólo el continente del mismo nombre. Se trata de un punto de partida en donde la pluralidad ya está inscrita y la territorialidad

incluye la diferencia. Una pluralidad que habitaba las *Américas* desde antes de que se designara como un solo continente, pero que en 1960 aparecía apenas como una intuición (sobre todo si se compara con la emergencia indígena continental que vendría luego de 1992).

El nombre de la revista argentina *Punto de vista* hace referencia igualmente a un posicionamiento espacial, a la construcción imaginaria de un lugar, en donde existe más que un punto de vista (lo que el discurso oficial de la Junta militar trataba de negar). El de la revista era por lo menos uno de ellos; el punto de vista de un grupo de intelectuales que buscaba posicionarse políticamente, para empezar reclamando el derecho a mirar desde el propio lugar. Se trata de un espacio más abstracto, con una territorialidad indefinida en un primer momento, pero con la posibilidad de definirse en la práctica.

El espacio que designa *Punto de Vista* no se parece tanto a una casa sino a ese lugar imaginario en donde Gramsci proponía librar la guerra de posiciones. Mientras el sujeto hegemónico recurría a la violencia para legitimar su visión única de la historia, *Punto de Vista* abría el abanico de posibilidades, planteaba la existencia de posiciones, si no enfrentadas sí distantes.

El Estado ampliado, en donde *Punto de Vista* parecía colocar sus esfuerzos para librar las batallas políticas e intelectuales, estaba marcado por la violencia institucional, que al mismo tiempo debilitaba a las instituciones estatales, lo que terminaría en un proceso de funcionalización del Estado en el marco neoliberal.

En tanto, en Cuba a esa *casa* se le colarían por puertas y ventanas dinámicas propias del capitalismo que nunca dejaron de existir, no sólo en la dimensión económica sino en la cultural. Desde la revolución del 59, pero con mayor profundidad a partir de la crisis iniciada a mediados de los años ochenta, se irán profundizando los conflictos entre el capitalismo y el socialismo. Actualmente, la coyuntura que vive Cuba es crítica. Con ella se comparte la deriva del sentido intelectual.

La revista construye territorios imaginados e imaginarios; crea identidades, espejos, imágenes y diálogos, con los cuales también construye temporalidades diversas. Si ella está consignada al tiempo del consumo efímero, el convertirla en una fuente histórica alarga su temporalidad y transgrede a la coyuntura en la cual fue producida.

¿Qué temporalidad es la que necesitamos recrear para trascender la crisis como idea y realidad? No podrá ser la que ha convertido al tiempo en un cúmulo de instantes fragmentados y desligados; tampoco el tiempo del consumo en el que todo se convierte en viejo con una velocidad impresionante y lo nuevo aparece como fetiche. Ni el tiempo del vacío y la incertidumbre, ni el del progreso enmascarado con el concepto de “utopía” que suele despojar a los sujetos de su responsabilidad en el presente.

Si se está en un tiempo en el que no sólo no se sabe lo que vendrá en el futuro próximo, sino ni siquiera lo que se quiere esperar,⁴¹⁰ quizá sea momento de la humildad y la sencillez, de la escucha, de la reflexión paciente y pausada pero no aletargada. Si de dar nuevo sentido al trabajo intelectual y al conocimiento se trata, no se puede pecar de soberbia interpretando ciertas prácticas del pasado, sobre todo aquellas que nos son más inmediatas, como radicalmente ajenas a nosotros. Si el futuro es un tiempo desprestigiado en el presente sobre el cual no recaen los sueños, utopías, proyectos, nos queda la opción de reconfigurar los tiempos, sentir *nostalgia del futuro* recuperando la historia.

Bibliografía

Acha, Omar, *La nueva generación intelectual*, “Introducción a la orfandad intelectual”, Herramienta ediciones, Buenos Aires, 2008.

Altamirano, Carlos, (dirección), *Historia de los intelectuales en América Latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Kats Editores, España, 2008.

Altamirano, Carlos, (dirección), *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la ciudad letrada en el siglo XX*, Kats Editores, España, 2010.

⁴¹⁰ Tomás Segovia, “El tiempo en los brazos”, en *El blog de Tomás Segovia*, disponible en: <http://tomassegovia2.blogspot.mx/>

- Altamirano, Carlos, "Lecciones de una guerra", *Punto de Vista*, núm. 15, agosto-octubre de 1982.
- Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación*, Norma, Bogotá, Colombia, 2006.
- Arango, Arturo, *Terceras Reincidencias*, La Habana Cuba, 2012.
- Arrufat, Antón, *Los siete contra Tebas*, Ediciones Unión, La Habana, Cuba, 1968.
- Asís, Jorge, *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, Buenos Aires, Argentina, Booket, 2007.
- Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
- Beatriz Sarlo, *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*, Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina, 2009.
- Bobbio, Norberto, *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Editorial Paidós, 1998.
- Borges, Jorge Luis, *Ficciones*, Buenos Aires, Argentina, La Nación, 2005.
- Bourdieu, Pierre, *Homo academicus*, México, siglo XXI editores 2008.
- Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y presente*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004.
- Caballero, Rufo, "La década prodigiosa", en *El Caimán Barbudo*, Agosto, 1990.
- Cerutti, Horacio y Carlos Mondragón (coord.), *Resistencia popular y ciudadanía restringida. Política, economía y sociedad en América Latina y el Caribe*, CCyDEL-UNAM, México, 2006.
- Crespo, Horacio, "Celebración del pensamiento. José Aricó", *Seminario de Historia Intelectual*, Febrero, 2002.
- De Diego, José Luis, *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo?. Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, Ediciones Al margen, La Plata, Argentina, 2004.
- De Otero, Blas, *Verso y prosa*, Ediciones Cátedra, Madrid, España, 1982.
- Echeverría, Bolívar, *Definición del a cultura*, Itaca-FCE, México, 2010.
- Fernández Larrea, Ramón, "Variaciones a la boca del lobo", en *Nunca canté en Brodway*, Barcelona, España, 2007.
- Fernández Retamar, Roberto, *Todo Caliban*, Buenos Aires, Argentina, CLACSO, 2004.
- Fornet, Ambrosio, (Selección, notas y prólogo), *Acerca de Roberto Fernández Retamar*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 2001.
- Fornet, Ambrosio, "Casa de las Américas: entre la revolución y la utopía", en Saúl Sosnowski (editor), *La cultura de un siglo. América latina en sus revistas*, Alianza editorial, Buenos Aires, 1999.
- Foucault, Michel, "Le langage à l'ini", *Tel Quel*, Núm. 15, Suil, 1963.
- Foucault, Michel, *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

- Foucault, Michel, *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*, Alianza editorial, Madrid, España, 1981.
- Gallardo, Emilio José, *El martillo y el espejo: directrices de la política cultural cubana. 1959-1976*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, España 2009.
- Gilman, Claudia, "Las literaturas de la política en Cuba", en Cristian de Paepe y otros, *Literatura y poder*, Leuven University Press, Bélgica, 1995.
- Giussani, Pablo, *Montoneros. La soberbia armada*, Buenos Aires, Argentina, Sudamericana-Planeta, 1984.
- González Margarita, Tania Parson y José Veigas, *Déjame que te cuente. Antología de la crítica en los ochenta*, Arte cubano, ediciones, 2002.
- Graciela Pogolotti, *Polémicas culturales de los sesenta*, Letras cubanas, La Habana, Cuba, 2006.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, tomo I, Editorial Era, México, 1975.
- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, Tomo II, México, Editorial Era, BUAP, 1999, México.
- Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1984.
- Hart Dávalos, Armando, *Cambiar las reglas del juego. Entrevista con Luis Báez*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1986.
- Hernández, Rafael (comp.), *Sin urna de cristal. Pensamiento y cultura en Cuba contemporánea*, La Habana, Cuba, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura "Juan Marinello", 2003.
- Kundera, Milán, *La broma*, Seix Barral, Barcelona, 2002.
- Lie, Nadia, *Transición y transacción. La revista cubana Casa de las Américas (1960–1976)*, Bélgica, Ediciones Hispamérica, 1996.
- Martínez Heredia, Fernando, *El ejercicio de pensar*, Ruth Casa Editorial-ICIC Juan Marinello, La Habana, Cuba, 2008.
- Martínez Heredia, Fernando, *La crítica en tiempos de Revolución. Antología de textos de Pensamiento Crítico*. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2010.
- Martínez Heredia, Fernando, *El corrimiento hacia el rojo*, Editorial Letras Cubanas, 2001.
- Matilde Ollier, María, *De la revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Argentina, Siglo XXI editores, 2009.
- McCaughan, Edward J., *Reinventando la revolución. La renovación del discurso de la izquierda en Cuba y México*, Siglo XXI, México, 1997.
- Mirabal, Elizabet y Carlos Velasco, *Sobre los pasos del cronista (El quehacer intelectual de Guillermo Cabrera Infante en Cuba hasta 1965)*, Ediciones Unión, La Habana, Cuba, 2010.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo (comps) *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, Buenos Aires, 2004.
- Perec, George, "Pensar clasificar, Poética narrativa y teoría literaria", *Suplemento 34. Materiales de trabajo intelectual*, Editorial Anthropos, Barcelona, España, septiembre de 1992.

- Pouillon, Jean y otros, *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1981.
- Rancière, Jacques, *Breves viajes al país del pueblo*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1991.
- Rancière, Jacques, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Nueva visión, Buenos Aires, 1996.
- Randall, Gregory, *Estar ahí entonces. Recuerdos de Cuba 1969-1983*, Ediciones Trilce, Montevideo, Uruguay, 2010.
- Romero, José Luis, *Breve historia de la Argentina*, FCE, Buenos Aires, 2004.
- Santana, Adalberto, "Cuadernos Americanos, 60 años: recuentos y retos", en *Cuadernos Americanos*, núm. 90, 2001.
- Saramago, José, *De este mundo y del otro*, Madrid, Alfaguara, 2003.
- Sarlo, Beatriz, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI ediciones, 2005.
- Sarlo, Beatriz, *Tiempo presente*, Buenos Aires, Argentina, siglo XXI editores, 2010.
- Svampa, Maristella, *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Taurus, Buenos Aires, 2005.
- Sweig, Stefan, "El mundo de ayer", en *Obras completas. Memorias y ensayos*, Editorial Juventud, Barcelona, 1953.
- Aricó, José, "Editorial" *Pasado y Presente*, Córdoba, Argentina, abril-junio de 1963, año I, núm. 1.

Hemerografía

- Aricó, José, "La crisis del marxismo", *Controversia*, núm. 1, octubre de 1979.
- Benjamin, Walter, "Presentación de la revista Ángelus Novus", en *Contrahistorias*, núm. 13, septiembre 2009.
- Espina, Mayra, "El periodo especial veinte años después", en *Temas*, número 65, enero-marzo 2011.
- Fernández Retamar, Roberto, "Casi un siglo de revistas culturales españolas e hispanoamericanas", en *En la España de la eñe*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007.
- Fernández Retamar, Roberto, "Un trabajador llamado Peña", *Granma*, 2 de julio de 1988, reproducido en *Casa de las Américas*, núm. 171, noviembre-diciembre de 1988.
- Fornet, Ambrosio, "Apuntes para un plano de la Casa", (*Casa de las Américas* 1979) en, *Rutas Críticas*, Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 2011.
- Martínez Heredia, Fernando, "Izquierda y marxismo en Cuba", en *Temas*, núm. 3, de octubre-diciembre de 1995.
- Patiño, Roxana, *Intelectuales en transición: las revistas culturales argentinas (1981-1987)*. Curso de Pós-Graduação em Literaturas Espanhola e Hispano-Americana, Cuadernos de recenvenido, Universidade de São Paulo, 1997.
- Santana, Adalberto, "Cuadernos Americanos, 60 años: recuentos y retos", en *Cuadernos*

Americanos, núm. 90, 2001.

Sarlo, Beatriz, "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", en *Le discours culturel dans les revues latino-américaines de 1940 á 1970*. Université de la Sorbonne Nouvelle- Paris III, Paris, 1999.

Schmucler, Héctor, "Actualidad de los derechos humanos", *Controversia*, número 1, Octubre de 1979.

Documentos electrónicos

Castro, Fidel, "Palabras a los intelectuales", en Ministerio de Cultura, disponible en: <http://www.min.cult.cu/loader.php?sec=historia&cont=palabrasalosintelectuales>, (fecha de consulta: 22 de febrero de 2010).

Echeverría, Bolívar, *Homo legens*, en Comunidad Andina, disponible en: <http://www.comunidadandina.org/BDA/hh44/33HOMO%20LEGENS.pdf>, (fecha de consulta: 1 de marzo de 2010).

Fernández Retamar, Roberto, "José Lezama Lima y su visión calibalesca de la cultura", Academia Cubana de la Lengua, disponible en: http://www.acul.ohc.cu/lezama_vision_calibanesca.pdf, (fecha de consulta: 24 de septiembre de 2011).

García Hernández, Arturo, "Rectificar errores, principal virtud y fuerza de la Revolución Cubana: Cintio Vitier", *La Jornada*, 13 de septiembre de 2002, disponible en: <http://www.jornada.unam.mx/2002/09/13/03an1cul.php?origen=cultura.html> (fecha de consulta: 2 de enero de 2010).

González, Marianela, "Del testimonio del otro: compromiso, pasión y riesgo. Entrevista con Margaret Randall", en *La Jiribilla*, disponible en: http://www.lajiribilla.cu/2011/n508_01/508_21.html, (fecha de consulta: 20 de diciembre de 2011).

Martínez Heredia, Fernando, "Cuba, cincuenta años de revolución, nuestra edición especial", entrevista de Cathy Ceïbe y Bernard Duraud, en *L'Humanité*, disponible en: <http://www.humanite-en-espanol.com/spip.php?article165>, (fecha de consulta: 20 de diciembre de 2009).

Navarro, Desiderio, *et al*, "La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión", en *Criterios*, disponible en: <http://www.criterios.es/cicloquinqueniogris.htm>, (fecha de consulta: 4 de septiembre de 2009).

Segovia, Tomás, "El tiempo en los brazos", en *El blog de Tomás Segovia*, disponible en: <http://tomassegovia2.blogspot.mx/>

"Un nuevo colectivo intelectual", en *Bazar Americano*, disponible en: <http://www.bazaramericano.com/punto.php?msg=colectivo>, (fecha de consulta: 3 de noviembre de 2009).

"Polémica intelectual. Consenso desde Cuba", disponible en: http://www.desdecuba.com/polemica/articulos/25_01.shtml, (fecha de consulta: 5 de noviembre de 2009).

Radio Francia Internacional, "El fin del consenso nacional sobre las islas Malvinas", Lunes 12 de abril de 2012. Disponible en: <http://www.espanol.rfi.fr/americas/20120402-el-fin-del->

[unanimismo-sobre-las-islas-malvinas](#). (Fecha de consulta: 13 abril de 2012)